

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



INVIERNO 1982

II EPOCA

Nº 10

## LAS ELECCIONES Y EL CAMBIO

Aramberri, Santesmases, Paramio, Reverte, Lovelace, Tosa

LA POLITICA  
DE OCUPACION ISRAELI  
José M. Mohedano

LA FEMINIZACION DE  
LA POBREZA  
Alice Mc Kee

LAS ANTINOMIAS DE LA PAZ  
F. Feher y A. Heller

LA LOGICA MILITAR  
Fernando Savater

EL PSOE  
Y LA II REPUBLICA  
Feliciano Páez

CAMBIO SOCIAL Y  
CONDICIONES DE TRABAJO  
Carlos Asenjo

JOSEP PLA  
Lluís M. de Puig

JOSE ANTONIO MARAVALL  
Entrevista

REGLAMENTO

DE LA

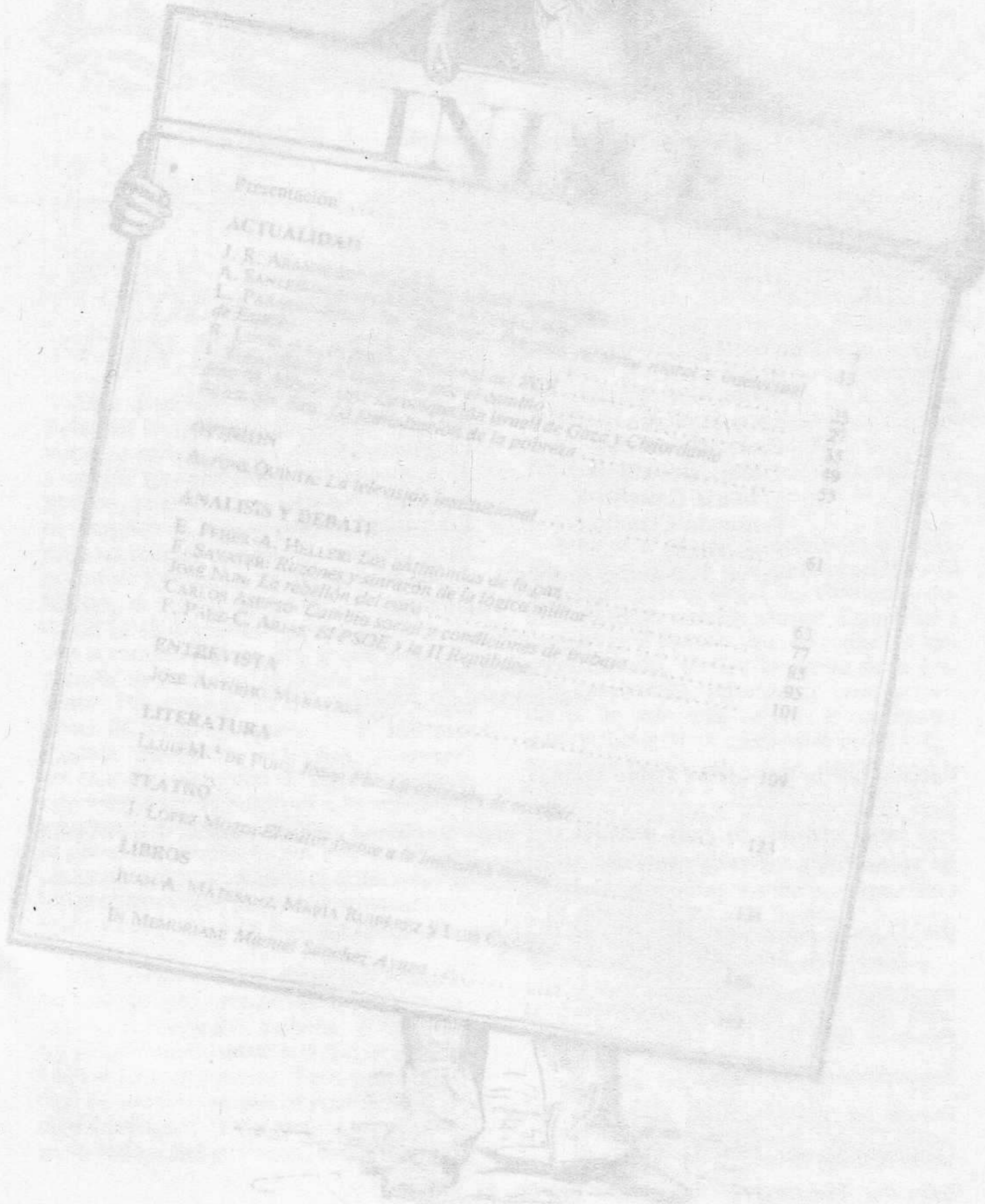
COMISION

DE

LA

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



PRESENTACIÓN	
ACTUALIDAD	
J. R. Aranda	43
A. Sánchez	45
L. Pardo	47
R. López	49
I. Vázquez	51
OPINIÓN	
Antonio Quintanilla: La televisión institucional	53
ANÁLISIS Y DEBATE	
E. Ferrás-A. Haller: Los argumentos de la paz	61
E. Sánchez: Razones y oración de la lógica militar	63
Jose Navarro: La rebelión del agua	77
Carlos Astor: Cambio social y condiciones de trabajo	83
F. Pérez-C. Arana: El PSOE y la II República	95
ENTREVISTA	
Jose Antonio Murillo	101
LITERATURA	
Luis M. de Puy: José María de Pereda	109
TEATRO	
I. López Muñoz: El teatro desde la infancia	121
LIBROS	
Isabel A. Martínez: María Ruiz de Alarcón y Luis García	133
En memoria de Manuel Sánchez-Aizpuru	141

# Leviatán

REVISTA DE HISTORIA E IRAS

---



# INDICE

Presentación .....	5
<b>ACTUALIDAD</b>	
J. R. ARAMBERRI: <i>El encanto y sus encrucijadas</i> .....	7
A. SANTESMASES: <i>Los límites infranqueables</i> .....	13
L. PARAMIO-JORGE M. REVERTE: <i>Por una reforma moral e intelectual de España</i> .....	23
R. LOVELACE: <i>El fracaso electoral del PCE</i> .....	27
I. TOSA: <i>Desde la izquierda por el cambio</i> .....	35
JOSÉ M. MOHEDANO: <i>La ocupación israelí de Gaza y Cisjordania</i> .....	49
ALICE MC KEE: <i>La feminización de la pobreza</i> .....	55
<b>OPINION</b>	
ALFONS QUINTÁ: <i>La televisión institucional</i> .....	61
<b>ANALISIS Y DEBATE</b>	
E. FEHER-A. HELLER: <i>Las antinomias de la paz</i> .....	63
F. SAVATER: <i>Razones y sinrazón de la lógica militar</i> .....	77
JOSÉ NUN: <i>La rebelión del coro</i> .....	85
CARLOS ASENJO: <i>Cambio social y condiciones de trabajo</i> .....	95
F. PÁEZ-C. ARIAS: <i>El PSOE y la II República</i> .....	101
<b>ENTREVISTA</b>	
JOSÉ ANTONIO MARAVALL .....	109
<b>LITERATURA</b>	
LLUIS M.ª DE PUIG: <i>Josep Pla: La obsesión de escribir</i> .....	123
<b>TEATRO</b>	
J. LÓPEZ MOZO: <i>El autor frente a la industria teatral</i> .....	131
<b>LIBROS</b>	
JUAN A. MATESANZ, MARIA RUIPÉREZ y LUIS CAÑIZAL .....	135
IN MEMORIAM: <i>Manuel Sánchez Ayuso</i> .....	141

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

**Director:**

Salvador Clotas.

**Comité de Dirección:**

Antonio G. Santesmases

Ludolfo Paramio

M. Reyes Mate

Julio R. Aramberri

Santiago Roldán

Miguel Satrústegui

**Comité Asesor:**

Pedro Altares

Joaquín Arango

Carlos Barral

Carlota Bustelo

J. María Castellet

Fernando Claudín

Elias Díaz

M. A. Fernández Ordóñez

F. Fernández Santos

Salvador Giner

Enrique Gomáriz

J. A. González Casanovas

E. Haro Tecglen

Francisco Laporta

Marta Mata

J. M. Reverte

X. Rubert de Ventós

**Coordinador:**

Manuel Ortuño Armas

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores." LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha.  
Madrid-4. Telfs. 410 28 39 - 410 24 55.

Maquetas: Bering Comparini.

Produce: SOYSA.

Suscripciones: SOYSA.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: Maribel, A. G. - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.



## COLABORAR CON EL CAMBIO

Ante el cambio decidido por los españoles en las pasadas elecciones, esta Revista no se coloca en una posición de espectador (porque el cambio no es cosa de imagen, ni esperamos aquí a verlas venir) ni tampoco de creyente (la fe debe quedar para las religiones), sino de confiado colaborador. Queremos colaborar con el Gobierno, el primer Gobierno de izquierda desde la II República, pero, sobre todo, con el cambio mismo, con el que debe emprender la sociedad española en su conjunto. Por consiguiente, más que juzgadores de los gobernantes desde una pretendida ortodoxia ideológica, queremos ser cauce de expresión de aquellas opiniones y análisis penetrantes que ayuden a orientar a la opinión pública (al menos a la parcela que constituyen nuestros lectores) y contribuyan a formar criterio sobre los problemas que plantea la situación política y económica de nuestro país.

Una situación cuyos datos estructurales no han variado, porque no cambia la nación de la noche a la mañana, ni tampoco los condicionamientos económicos nacionales e internacionales. Pero la tarea actual es apuntar un nuevo rumbo, marcar otro horizonte de desarrollo, no «renovar todo», que esa sería, como dijo Ma-

## PRESENTACION

quiavelo, la consigna del Príncipe que entra en un Estado nuevo para él. Y un partido popular como el PSOE ni cae llovido del cielo ni el cambio que propone puede proyectarse desde un lejano poder, sino que ha de vincularse a las iniciativas individuales y colectivas de los miembros más conscientes, modernos y solidarios de nuestra sociedad, los que ya funcionan y cuya acción hay que generalizar.

Se dice que el cambio ya ha sido aceptado; y es verdad aunque, como casi todas las verdades, sólo lo sea a medias. Cierto que sólo en raros momentos durante estos últimos años se ha visto o, mejor dicho, percibido tanta esperanza, tranquilidad y apaciguamiento; cierto también que sólo pocos han puesto en duda la necesidad de las drásticas medidas económicas de ajuste. Pero falta por ver si la sociedad y la Administración, soldadas entre sí por múltiples vínculos corporativos y clientelares, querrán y sabrán acudir a la cita reformadora convocada por diez millones de electores.

Y no es el azar el que dirimirá esta duda, sino el acierto o la equivocación. Ahí está la responsabilidad del Gobierno: lograr conectar con los grupos dispuestos a promover el cambio (que en todos los sectores existen), sortear la rutina de la gestión ministerial, seleccionar unas prioridades de reformas básicas y coherentes que estructuren un calendario político firmemente perseguido, y no dejar que los acontecimientos y el tiempo entierren la mejor oportunidad que se ha presentado en la historia reciente de España. El papel de la opinión pública en este proceso es decisivo: el cambio ha de ser entendido para que pueda ser participativo. Aquí está la responsabilidad de los periódicos y de las revistas progresistas, y concretamente la de *LEVIATAN*: contribuir a que se entienda lo que pasa y lo que debe pasar.

\* \* \*

Este número de *LEVIATAN* se inicia con una serie de artículos que analizan,

## PRESENTACION

desde distintos ángulos, el triunfo socialista y las consecuencias que de él se derivan para la historia presente de España. Los análisis corresponden a los miembros del Comité de Dirección de la Revista: J. R. Aramberri, A. Santesmases y L. Paramio; R. Lovelace e I. Tosa estudian, respectivamente, los resultados electorales del PCE y el proyecto socialista desde una posición de izquierda independiente. El capítulo de política internacional se dedica a la política de ocupación israelí, a cargo de J. M. Mohedano, centrándose fundamentalmente en los territorios palestinos de Gaza y Cisjordania. Alice Mc Kee nos describe, tomando como ejemplo el caso norteamericano, el proceso de pobreza creciente de la mujer.

En la sección de *Análisis y Debate*, A. Heller y F. Feher hacen una notable contribución al estudio de los movimientos pacifistas y antinucleares, tema al que *LEVIATAN* ha prestado atención en sus últimos números. Fernando Savater apor-

ta importantes elementos al estudio de la violencia y el militarismo en la sociedad, y José Nun a la teoría de los partidos políticos. Completan esta sección los artículos de Carlos Asenjo sobre las relaciones entre las condiciones de trabajo y la vida cotidiana, y de Feliciano Páez sobre el PSOE en la II República.

La *entrevista* de este número corresponde al insigne intelectual y profesor José Antonio Maravall. La sección de *Literatura* está dedicada al gran escritor catalán desaparecido, Josep Pla, y la de *Teatro* a los problemas con que se encuentran los autores frente a la industria teatral.

No podemos terminar esta presentación sin recordar a nuestro amigo y colaborador Manuel Sánchez Ayuso, fallecido el pasado mes de noviembre, a quien la Revista desea rendir homenaje incluyendo, en la parte final, a modo de *in memoriam*, un fragmento de su libro *Socialismo y Crisis*.

Una situación cuyos datos estructurales no han variado, porque no cambia la naturaleza de la noche a la mañana, ni tampoco los condicionamientos económicos nacionales e internacionales. Pero la tarea actual es apuntar un nuevo rumbo, marcar otro horizonte de desarrollo, no «vario todo», que esa sería, como dijo Ma-



---

# EL ENCANTO Y SUS ENCRUCIJADAS

---

## Julio R. Aramberri

---



# 1

---

**El triunfo electoral del PSOE ha significado, entre muchas otras cosas, la aparición de un proceso de repolitización en la sociedad española. La muestra más palpable ha sido la disminución de la abstención desde las elecciones de 1979 y el aumento absoluto del número de votantes en relación con las del 77, en las cuales no pudieron votar aún los menores de 21 años.**

La posibilidad, la necesidad de un gobierno coherente así como la posibilidad, la necesidad de emprender una serie de cambios inaplazables que el gobierno de Calvo-Sotelo no quería enfrentar en modo alguno, han hecho que se cortase aquella corriente del desencanto que tanto había preocupado en los últimos años. Hoy todos estamos encantados.

Imagino que habrá aumentado mucho con el triunfo electoral del PSOE la satisfacción de algunos bienpensantes que se han mostrado encantados de que las gentes se hubiesen desencantado del desencanto. Su argumento era meridiano. El desencanto había sido el mal despertar de un bello sueño. Los ideales milenaristas de buena parte de la izquierda española

habían chocado con una dura realidad durante los primeros años de la transición y habían reaccionado frente a ella con un desplante que se movía entre la tentación

### **El electrochoque del 23-F tuvo más virtudes terapéuticas que un largo tratamiento psicoanalítico.**

eremítica y las del epicureísmo vulgar: lujuria, gula y vanidad. El desinterés por la política y el desprecio por los políticos se vieron bruscamente truncados por la irrupción del Gran Turco, en la figura aborrecible de Milans y de Tejero. Tan breve y estremecedor brillo del despotismo oriental como futuro previsible llevó al despertar de los venecianos, sumidos en la molicie, y les hizo ver que era menester abandonar su sueño dogmático, que lo mejor es enemigo de lo bueno y que su desencanto formaba cuerpo indisoluble con una ilusión injustificada. El electrochoque del 23-F tuvo más virtudes terapéuticas que un largo tratamiento psicoanalítico; en un santiamén nos reconcilió con la realidad y sus testarudas limitaciones. El fin del desencanto era el alba de la sociología de lo posible.

Es un argumento tramposo. Aunque sirviese para describir el comportamiento de algunos escritores que, tras criticar ayer al poder en todas sus formas, macro o microfísicas, han descubierto hoy la simetría de los poderes y la superioridad del Estado democrático, descubrimiento que no por serlo del Mediterráneo honra menos a sus patrocinadores; aunque sirviese para poco más que eso, digo, se presentaba con tal pretensión de universalidad que no podía por menos de incurrir en la simpleza jesuítica de vestir al maniqueo. Así, bajo el generoso manto del milenarismo se cobijaban todos y cada uno de aquellos proyectos políticos que no fueran del gusto del autor. No creo, empero, que haya sido el milenarismo la causa del hundimiento del proyecto carrillista, ese eurocomunismo en el que, no hace mucho, algunos veían una salida a la crisis del marxismo. No parece que haya sido precisamente el milenarismo la ideología defendida por la izquierda socialista, ni tampoco por otras

opciones de extrema izquierda que sólo se han distinguido por exigir que las reformas necesarias sean realmente radicales, que el reformismo radical del que se habla sea ambas cosas. O, tal vez, ¿es el reformismo radical también milenarista?

Si queremos entender, hemos de evitar la trampa hegeliana de la razón en la historia, que, además, cuadra mal con el positivismo estrecho de los discípulos confesos de Bernstein. Hay que hablar en términos más acordes con un mundo secularizado. La dialéctica milenarismo/realismo no es un lenguaje operacional, que diría el otro. De lo que se trata es de comparar proyectos políticos y de analizar las condiciones que han hecho posible el éxito de uno de entre los varios que ha manejado la izquierda durante los últimos años. Pienso que si alguien puede estar encantado en este momento son todos aquellos que han contribuido a articular, primero, y llevar al éxito, después, la estrategia moderada de la mayoría del PSOE desde la celebración del Congreso Extraordinario. Su apuesta ha ganado.

En efecto, la abrumadora mayoría que se fue forjando a partir de ese momento se unificaba en torno a la posibilidad de un triunfo electoral que se produciría si las reformas políticas, sociales y económicas que se defendían fueran moderadas. Un mensaje que, al parecer, ha entendido y seguido una buena parte del electorado que, hasta hoy, no había votado socialista.

De que el mensaje ha sido moderado, tanto en su fondo como en su forma, no caben dudas. El programa electoral del PSOE se articulaba en torno al slogan *Por el cambio*, aunque, en realidad, en el mismo se contemplasen muy escasos cambios o reformas de las que, antes, los enterados llamaban *de estructuras*. El cambio al que se aludía no era ni económico ni político. En ambos terrenos sólo se proponía

una gestión más racional de la crisis y la consolidación de la democracia, entendida como un proceso fundamentalmente parlamentario. Eran, evidentemente, compromisos genéricos. Los compromisos específicos como la creación de ochocientos mil puestos de trabajo o el referéndum para la salida de la OTAN se han ido difuminando a medida que la campaña avanzaba.

De suerte que, poco a poco, lo que emergía era un compromiso con el cambio moral, con un modo distinto de hacer las cosas, con la apelación al regeneracionismo, con un discurso sobre la disminución de las desigualdades sociales. Hay mucho malicioso que cree en la proporcionalidad inversa entre los cambios efectivos y la moral; cuantas menos cosas que ofrecer, más importante la retórica sagrada. Algo de eso parecían pensar los ricos de este país. Con cada llamada a la responsabilidad, al esfuerzo y al trabajo subía la Bolsa un punto.

Pero es indudable que, con toda su ambigüedad, el proyecto de un socialismo moderado y gestor de la crisis se ha impuesto con la rotundidad de diez millones de votos. Más aún, que ese proyecto, por paradójico que parezca, ha recibido apoyos por la derecha y por la izquierda. De los cuatro millones de electores que por primera vez han votado al PSOE, los sustraídos a UCD deben ser tantos como los que han abandonado al PCE o a la extrema izquierda. Así pues, este proyecto tiene hoy un apoyo social verdaderamente extraordinario. Nunca —hay que insistir en ello— ha tenido la izquierda de este país una posibilidad similar. Pocos gobernantes en la Europa actual podrán presumir de tan amplio apoyo, del electorado y de su propio partido, como Felipe González. Como ha dicho alguien, no cabrán excusas para no cumplir las promesas electorales.

Si algo no ha salido de acuerdo con las

previsiones que el proyecto socialista mayoritario establecía, ha sido el hundimiento del centro. Esto exige una reflexión. Quienes creen que la historia es una marcha más o menos complicada hacia la racionalidad universal, apuestan por la posibilidad de que esa razón se imponga al conflicto de los intereses. Haciendo abstracción de éstos, suponen que cada agente social tiene asignadas unas funciones que debe cumplir. El papel histórico de la burguesía consiste en hacer la revolución burguesa. Pero, a menudo, los hechos no están en consonancia con las expectativas. En nuestro país, por ejemplo, la burguesía ha sido tradicionalmente incapaz de asentar una sociedad moderna y un régimen político democrático. No es que la burguesía española sea especialmente tozuda y se niegue a aprender lo que le conviene. Para sectores muy importantes de la misma, la revolución burguesa sólo es

---

**Hay muchos maliciosos  
que creen en la proporcionalidad  
inversa  
entre los cambios efectivos  
y la moral.**

---

posible a condición de que sus intereses se vean seriamente perjudicados. Ante esa posibilidad, lógicamente, los sectores predominantes de la burguesía española abdicarán de su tarea histórica y tratarán de asegurarse la bolsa.

La historia de UCD es una repetición, en circunstancias distintas y más favorables, de la vieja representación. UCD, desde el momento de su creación, se presenta como un conglomerado de fuerzas heterogéneas que tratan de hegemonizar la transición política, buscando legitimación para ello en la promesa, nuevamente repetida, de convertir a España en un país capitalista avanzado. Pero tan pronto como, con la ayuda de la izquierda, comienzan a controlarse los posibles excesos de la transición se ponen de manifiesto sus limitaciones. Muy pronto, las distintas fuerzas que hay en su seno, atentas a los vientos que soplan desde la patronal, la iglesia y sectores del aparato de Estado, comienzan a poner límites a todo intento de reforma. Los impulsores de la reforma fiscal o del divorcio en las filas de UCD se

quedan progresivamente aislados; Suárez, antes, había tenido que dimitir al chocar con los mismos obstáculos. El gobierno de Calvo-Sotelo marcó, lógicamente, el cenit de la inoperancia y su dontancredismo significaba que ningún cambio sería posible.

¿Quiere esto decir que en este país sea imposible construir una sociedad moderna y democrática? Lo que significa, más bien, es que esa tarea difícilmente puede ser asumida por los partidos políticos de la derecha y que es una responsabilidad que incumbe a la izquierda. Felipe González acertaba al decir que la revolución burguesa aquí teníamos que hacerla nosotros. Pero, tal vez, no reparaba en que esa tarea, aun facilitada por la integración creciente de España en el sistema capitalista mundial, va a exigir un enfrentamiento a fondo con fuerzas muy poderosas de la sociedad española, aun para llevar a cabo un programa tan moderado como el que acaba de recoger el apoyo mayoritario de nuestra sociedad.

En efecto, la debilidad del centro se ha visto subrayada no sólo porque cerca de un 35 % de su antiguo electorado se haya pasado al PSOE, sino también porque una cantidad similar se ha ido tras los pasos de Fraga. Un Fraga que, además, ha sido votado por buena parte de la antigua y moderna extrema derecha; que, ya desde el principio de su labor como jefe de la oposición, comprende a los golpistas, en clara muestra de que estará con un pie fuera y otro dentro del sistema democrático. En AP-PDP se van a manifestar, ya sin necesidad de disfraces, todas las resistencias a los menores cambios, todas las veleidades y guiños hacia un sistema autoritario, todos los intereses intocables de los diversos corporativismos del país, toda la negrura del clericalismo español. Hacer la revolución burguesa frente a esos adversarios va a exigir, para no que-

darse en la mera declaración de intenciones, un amplio esfuerzo de movilización social, un horizonte de transformaciones con el que puedan identificarse de forma duradera los actuales votantes socialistas. Es un reto que no se podrá esquivar.

Para terminar el censo de encantados, hay que decir que también lo estamos quienes deseáramos una mayor claridad en el programa socialista y una estrategia que preparase a sus seguidores a las dificultades que se avecinan. Nuevamente en la historia de España nos encontramos con la oportunidad de contener una sociedad a la cual ya no dé sonrojo pertenecer, la pluralista y tolerante; una sociedad abierta, en la que los méritos de cada quien y su esfuerzo sean cada vez más la medida del papel que desempeñe socialmente; una sociedad en la que los medios culturales estén al alcance de todos y la creatividad individual y colectiva se disparen. Esta es una oportunidad que no debe desaprovecharse, en la que todos deberemos colaborar. Sin duda, además de arrimar el hombro allá donde se desee contar con nosotros, si es que quieren hacerlo, muchos de quienes hoy también estamos encantados seguimos creyendo que una de las mejores colaboraciones que pueden aportarse es la de una crítica que evite mitificaciones interesadas o que se cierren los ojos ante los defectos y lagunas, por aquello de que la ropa sucia hay que lavarla en casa. Sin la crítica y su expresión, como sin el trabajo serio y responsable, cundiría nuevamente el fantasma del desencanto.

Por eso, no parece ocioso acabar este artículo con una reflexión sobre las dificultades con que se va a topar el proyecto socialista mayoritario, no ya desde el exterior (paro, crisis, terrorismo, golpismo, una oposición asilvestrada, etc.), sino también desde su propio seno.

---

**No cabrán  
excusas  
para no cumplir  
las promesas  
electorales.**

---

*¿Todos encantados?*

Todavía es demasiado pronto para saber qué límites va a autoimponerse el futuro gobierno socialista y habrá que espe-

rar a que se manifiesten para hablar de ellos. Sin embargo, se pueden apuntar algunas cuestiones en relación con la sociedad en general, con el electorado socialista y con el propio partido.

Uno de los aspectos más preocupantes de las relaciones entre el futuro gobierno y la sociedad es, a mi entender, la política de información. No basta sólo con hacer la política acertada. En una sociedad industrial, es menester que esas medidas sean adecuadamente presentadas y recogidas por los medios de comunicación, a fin de que el apoyo social a las mismas siga siendo mayoritario. Pero, hasta el momento, la política socialista en este campo ha sido muy deficiente. El modelo social vigente en nuestro país es un sistema mixto en la mayoría de los medios de co-

municación (prensa y radio estatales junto a cadenas de diarios y emisoras en manos privadas), y de monopolio estatal para el medio televisivo. La política socialis-

---

**Hacer la revolución  
burguesa va a exigir  
un amplio esfuerzo  
de movilización  
social.**

---

ta de información hasta la fecha ha abandonado la prensa y la radio en manos de la derecha, en sus diversos matices, sin hacer ningún esfuerzo porque surgiesen, en la sociedad civil, medios de comunicación progresistas con amplia implantación. Al carecer de ellos, se hacían sentir lógicas tensiones, favorables a la continuación de aquella extraña economía mixta, a menudo defendida en nombre de los trabajadores de los antiguos medios de comunicación del Estado. El mensaje que se oía, entre tanto silencio, parecía ser el de que, una vez llegados los socialistas al gobierno, esos medios podrían utilizarse adecuadamente para apoyar al poder. La cosa era meridiana en el terreno de la televisión: una defensa a ultranza del monopolio con la promesa de que todo cambiaría tan pronto como llegase el gran día. Ni una palabra sobre las razones por las cuales no puede haber televisión privada en un sistema de economía social de mercado; ni una idea innovadora sobre las posibilidades tecnológicas y económicas que

permiten a la izquierda competir en este terreno con las poderosas cadenas privadas que defenderán los intereses del capital. Indudablemente, falta una concepción de la comunicación que libre a los órganos de izquierda de ser la voz de su amo o insoportables medios de los que, por definición, se excluya toda aquella porción de la vida que no puede reducirse, ni mediante el más estrecho sociologismo, a la política. En el fondo, parece como si la izquierda confesase su incapacidad para informar y distraer en régimen de competencia, y hubiese de acudir al monopolio estatal para obligar a los ciudadanos a que la escuchasen; conclusión lógica de esa visión verticalista de la información y menospreciadora del ocio que parece ser su destino histórico.

El resultado es que el gobierno socialista llega a ejercer sus funciones en las peores condiciones posibles en este terreno, sin una red de diarios y emisoras que puedan respaldar y criticar de forma progresista su gestión, apoyándose contradictoriamente en el beneplácito de aquellos órganos que pertenecen a lo más civilizado del capital, y con la seguramente imposible empresa de limpiar las cuadras de Augias en que se ha convertido el monopolio de RTVE. ¿Por qué no se recuerda nunca a este respecto al Lord Acton que tanto gústase de citar en otros terrenos, con aquello tan bonito de que «el poder absoluto corrompe absolutamente»?

En relación con su electorado, una de las grandes limitaciones con que puede encontrarse el futuro gobierno es la de caer en la trampa de que su izquierda está desarmada y cautiva y de que, por tanto, la tarea más urgente consiste en templar los nervios de las fuerzas vivas de este país. Las trazas son, sin embargo, de que por ahí van los tiros. La mayor parte de la campaña electoral se ha hecho con los dos ojos mirando hacia la derecha, como si la izquierda estuviese obligada a apoyar la

opción mayoritaria del PSOE. Sin duda, la grotesca política del PCE de Santiago Carrillo había dejado a un amplio núcleo de electores sin otra posibilidad que votar socialista para no tirar su voto al mar. Pero no es menos cierto que, en el ejercicio del poder, el futuro gobierno va a tener difícil conciliar las demandas contradictorias entre quienes se esforzarán porque los cambios morales sólo afecten a lo moral y quienes —que son muchos— le aguardan prioritariamente en el terreno del paro, de la lucha decidida contra el golpismo y de la no alineación con ningún bloque militar, o lo que es lo mismo, que hay que salir de la OTAN y también imponer el desmantelamiento de todas las bases USA en nuestro territorio, porque, que uno sepa, no hay bases rusas. Hacer caso omiso de esas y otras exigencias, amén de incumplir las promesas electorales, podría impedir que el socialismo fuera incapaz de seguir hegemonizando la política de la izquierda. En el terreno sindical, una política de esas características iría en detrimento de la UGT, pues no hay que olvidar que, en plena pleamar socialista, en plena recepción de más de un millón de votantes comunistas, CC.OO. es la única fuerza extramuros que ha capeado el temporal y parece seguir manteniendo posiciones.

En resumen, si existe una gran asimetría entre la militancia y el electorado del PSOE, convendría que el futuro gobierno tuviese en cuenta que ese electorado es socialmente heterogéneo y que las fuerzas que esperan cambios concretos y prácticos, las fuerzas inmorales, constituyen una parte no despreciable de él. Las mismas condiciones que han favorecido el espectacular triunfo del PSOE pueden tornarse de inocentes cañas en duras lanzas si, como es de temer, una gestión que debería ser popular cae en la tentación de confiar en un tecnocratismo más ilustrado.

Finalmente, en relación con la propia militancia, existe un riesgo no desprecia-

---

**Sólo cabe irse al toro  
y hacer la faena  
que diez millones  
de electores  
esperan.**

---

ble. El Congreso Extraordinario del PSOE mostró a las claras que el malhadado 28 Congreso había sido un espejismo de la izquierda. Pero sería casi tan ilusorio creer que, en la realidad, el PSOE actual es tan monolítico y templado en acero como darían a entender los plebiscitarios resultados de su 29 Congreso. Este último reflejó tanto la situación de euforia en que se encontraba su mayoría, una mayoría que todo da a pensar que no era totalmente homogénea, como las carencias de la Izquierda Socialista, indudablemente incapaz de ofrecer, no ya una alternativa, sino ni siquiera una concepción general que sirviese de punto de partida para una futura oposición. Pero ni los más entusiastas de la localidad niegan que esos dos factores de fondo se vieron increíblemente reforzados por unos estatutos, venerables tal vez, pero basados en una cerrada regla mayoritaria que, como cualquier novicio en ciencia política sabe, acaba siempre por ser el más imperfecto de los sistemas democráticos de representación y un obstáculo considerable incluso para que la misma mayoría se haga una opinión adecuada de la realidad.

Si la futura Conferencia de Organización del PSOE no halla los medios para una representación más generosa de las minorías (así, en plural), la dirección actual, arropada por las adhesiones incondicionales que siempre proporciona el poder, podrá seguir imponiendo sus criterios como una apisonadora. Pero seguramente ella habrá ganado así tan poco como los demás, abocando a la marginación interna a sectores y corrientes con los que será necesario contar para hacer que su propio proyecto sea capaz de imponerse socialmente.

En cualquier caso, la hora de la verdad ha llegado. No hay excusas para aliviarse ni tampoco para ver la faena desde la barrera. Sólo cabe irse al toro y hacer la faena que diez millones de electores esperan.

---

# LOS LIMITES INFRANQUEABLES

---

## Antonio Santesmases

---



# 2

---

**Tras los resultados electorales del 28 de octubre cabe plantear una primera reflexión sobre el cambio social que pueden llevar a cabo los socialistas desde el poder gubernamental. ¿A qué desafíos tendrán que responder? <sup>1</sup> ¿Están suficientemente perfilados los márgenes de actuación, los límites que nunca deben ser traspasados?**

Es evidente que todo lo que podamos decir está formulado a nivel de hipótesis, ya que ni vamos a realizar un recuento exhaustivo de las barreras que pueden limitar a los socialistas, ni podemos prever la densidad de cada una de las resistencias que éstos se verán obligados a allanar.

Antes de entrar en este tema conviene que nos detengamos en la situación política y en las expectativas previas al 28 de octubre. Dos meses antes de las elecciones la posibilidad de obtener la mayoría absoluta, de formar un gobierno monocolor, se veía extraordinariamente problemáti-

ca. Parecía difícil obtener la mayoría absoluta por múltiples razones. Unas declaraciones recientes de Alfonso Guerra reflejan la dificultad del intento:

**Parecía imposible  
el aumento,  
a derecha e izquierda,  
del cuerpo  
electoral.**

«En la primavera del ochenta elaboramos un documento sobre estrategia política en la que hablábamos de la necesidad de incrementar los votos entre ocho y diez millones. ¿Y de dónde se podían obtener? Teníamos dos direcciones. Una que estaba representada por los partidos que habían desaparecido y que habían dejado, como llamábamos nosotros, huérfanos de partido a cerca de dos millones de personas, como eran el PTE, la ORT.

Había también una crisis del Partido Comunista del que se estaban marchando no ya votantes, sino también militantes. Vimos que también esas personas orientarían su voto hacia el Partido Socialista. Luego había otra dirección: la de los sectores progresistas de UCD que, frustrados por la acción de un gobierno decepcionante, también iban a ver inclinados sus votos hacia nosotros o hacia la abstención. Y, por último, encontramos una zona en medio de las dos que a nosotros nos interesaba mucho que era la abstencionista. Así podríamos recoger un millón largo de huérfanos de partido, un millón del Partido Comunista, a casi dos millones de la UCD más progresista y casi un millón de los abstencionistas. Eso, que fue diseñado en la primavera del ochenta y uno, ha tenido un cumplimiento milimétrico»<sup>2</sup>.

Estas palabras de Guerra reflejan, a mi juicio, un hecho sorprendente y difícilmente repetible: un aumento de voto proveniente de la izquierda extraparlamentaria, de la izquierda comunista, de la burguesía progresista, de la abstención. Este cuádruple aumento del voto va unido a la consolidación del propio voto socialista. Muchos pensábamos que esta estrategia electoral era inviable. Creíamos que iba a ser difícil, por no decir que imposible; que

era suspirar por la cuadratura del círculo el intentar este aumento, a derecha e izquierda, del cuerpo electoral.

Tras los descabros en los comicios autonómicos en Catalunya y Euskadi veíamos que no iba a ser sencillo el mantener los resultados del año 79 (mucho más difícil aún el aumentarlos tras los debates surgidos de la controvertida LOAPA). Era igualmente complejo avanzar en Galicia y en Castilla. No se puede olvidar el hecho de que la crítica socialista a la actual ley electoral venía de la relevancia desproporcionada dada a la España rural en detrimento de la España urbana e industrial.

El punto que, sin embargo, algunos de los críticos a esta estrategia veíamos como más difícil de realizar se cifraba en la posibilidad de aumentar, al unísono, el voto por la izquierda y por la derecha. Pensábamos que algunas de las alternativas programáticas socialistas, planteadas quizá para aumentar el espacio electoral del Partido Socialista por su derecha, inevitablemente le restarían votos por su izquierda. Creíamos que algunas de las declaraciones de significados líderes socialistas acerca de temas como las nacionalizaciones, la política exterior y el mantenimiento de las bases norteamericanas en territorio español, las subvenciones a la enseñanza privada, el aborto terapéutico... o algunas de sus actuaciones más discutibles (estatuto de los trabajadores, ley de defensa de la democracia, ley de seguridad ciudadana, LOAPA) inexorablemente le iban a restar votos por su izquierda. No estoy afirmando, de ninguna manera, que la «bondad» de estas leyes, o la «justeza» de aquellos comportamientos quede consagrado por los resultados electorales. Pienso que muchas de esas declaraciones son equívocas y que la aprobación de algunas de esas leyes nunca se debió producir<sup>3</sup>, pero es el hecho que, al menos electoralmente, el efecto negativo no se ha producido.



Se me puede objetar que en el programa electoral del Partido Socialista muchos de estos temas aparecen matizados más precisamente. Esta objeción es cierta, pero también lo es que la imagen de cara al electorado era que el Partido Socialista aceptaba la presencia de bases americanas en el territorio español, no reivindicaba abiertamente el aborto (salvo el aborto terapéutico), garantizaba, en las intervenciones televisivas, las subvenciones a la enseñanza privada, con mayor énfasis que el control de la comunidad escolar sobre las mismas y, por último, defendía la racionalidad intrínseca de la economía libre de mercado.

El programa electoral aparecía difundido insistiendo en su carácter no ideológico ni partidista. Existía un miedo cerval a hablar de un modelo de sociedad alternativo al existente, cuando el actual modelo, por cierto, no hace sino resquebrajarse por los cuatro costados. Esta desideologización propia del socialismo moderno, moderado, europeo, racional, que había logrado «enterrar» de una vez por todas la antigualla ideológica de los padres fundadores del socialismo clásico, algunos pensábamos que podría influir negativamente en ciertos sectores del electorado «huérfano», «abstencionista», que cubría el espacio de la izquierda social.

Se había llegado a hablar, por los críticos de izquierda a esta estrategia, que con tales planteamientos Felipe González perdería inevitablemente los votos de Pablo Iglesias, no llegando a formar nunca gobierno. Hay que decir que la prueba irrefutable de los hechos ha desmentido nuestros asertos. El socialismo progresista, regenerador, no marxista, ha logrado una increíble victoria electoral y va a formar gobierno. Al menos en este terreno la estrategia de la mayoría por el cambio, preconizada por el sector mayoritario del PSOE, ha triunfado. En la hora de la victoria es justo reconocer que, si bien es

cierto que para un Partido Socialista los resultados electorales no lo son todo, y que ni siquiera es siempre conveniente ganar elecciones a cualquier precio, también lo es que dado que muchas de las polémicas establecidas hasta el momento se cifraban en apostar por la manera como se ampliaba el espacio electoral, en ese terreno los hechos permiten al sector dominante del Partido Socialista estar de enhorabuena: su planteamiento ha llegado a buen fin.

El triunfo ha sido de tal calibre que otro de los puntos más discutidos y debatidos, el socialismo como proyecto autónomo, se ha hecho realidad. El desmoronamiento, al unísono, del centro político y del Partido Comunista deja arrinconada hasta mejor ocasión la polémica acerca del partenaire del Partido Socialista en las

---

**Dentro del propio modelo democrático caben lecturas distintas de la constitución y proyectos diferenciados de acción social.**

---

futuras tareas gubernamentales. Aquella «elección» inevitable que daría al traste con cualquier perspectiva rígidamente autonomista se ha esfumado: ni «frente-

populismo» ni «gran coalición». Las urnas le dan una victoria electoral al Partido Socialista (revalidada, además, para mayor evidencia, en el Senado) de tal magnitud, que el gobierno monocolor se impone.

El Partido Socialista podrá llegar en el futuro al gobierno en una situación económica más favorable, en una situación militar menos tensa, en una situación internacional más distendida... todo ello es posible, pero difícilmente podrá repetir unos resultados electorales tan abundantes como los del pasado 28 de octubre. Las posibilidades constitucionales y parlamentarias son inmejorables. ¿Son igualmente espléndidas las posibilidades sociales? ¿A qué resistencias deberán enfrentarse los socialistas para llevar a cabo su programa?

Antes de aventurarnos en este terreno convendría decir algo acerca del sistema

de partidos que se constituye en España. No creo que podamos, en este momento, saber a ciencia cierta qué futuro podemos correr: ¿Está agotado el espacio del partido centrista? ¿Está agotado, en nuestro país, el marco socio-político del Partido Comunista? ¿Lo está para cualquier otra formación política que se quiera ubicar a la izquierda del PSOE? ¿Tiene Fraga un techo electoral infranqueable? Todas estas son preguntas que el futuro nos irá desvelando. No me interesa, en este momento, entrar en ese tema, sino el preguntarme con Fraga si el actual sistema de partidos implica la reducción de las posibilidades socio-políticas a una alternancia entre un bloque conservador liberal y otro socialista moderado <sup>4</sup>.

Lo primero que hay que resaltar es que si es difícil conseguir aglutinar un electorado tan marcadamente heterogéneo, más difícil es intentar conciliar demandas sociales tan contradictorias. Si es cierto el esquema expuesto anteriormente por Alfonso Guerra, han votado al PSOE desde el trabajador en paro hasta el joven pacifista, pasando por los liberales simplemente progresistas o los ecologistas anti-nucleares. Tal heterogeneidad hace que para algunos se trate simplemente (lo cual probablemente es mucho para nuestro país) de que el Estado funcione, mientras que para otros, por ejemplo, lo prioritario es salir de la OTAN, desarticular el golpismo, legalizar el aborto o acabar con el paro.

Dada la heterogeneidad de los apoyos sociales, la ambigüedad, mantenida en toda la campaña, acerca del modelo de sociedad no va a poder perpetuarse por mucho tiempo. Es evidente que no hay sólo dos modelos de sociedad, como se ha dicho equivocadamente: el constitucional-democrático y el involucionista-autoritario. Dentro del propio modelo democrático caben lecturas distintas de la constitución y proyectos diferenciados de acción

**Transformar la escuela  
o los derechos de la mujer  
implica chocar con los que defienden  
la hegemonía educativa  
o la familia católica.**

social. Tiene por ello razón Fraga cuando afirma:

«...a la larga, cada uno tiene que ocupar su sitio. Y unos aprueban la socialización, el aborto, el neutralismo, la escuela pública y laica... Otros preferimos la iniciativa privada, la libertad de empresa y de trabajo, la familia sólida, la defensa del mundo occidental y de sus valores, el derecho y el deber de los padres a educar a sus hijos...» <sup>5</sup>.

Se puede argumentar que Alianza Popular no representa exactamente un bloque liberal-conservador que, pacíficamente, acepte la alternancia entre modelos sociales diferenciados, sino que catastrofista, apocalípticamente, se considera depositaria de una España unida que va a ser desmembrada irresponsablemente por rojos totalitarios. Es evidente que este tipo de retórica demagógica va a estar presente, constantemente, en la boca de Fraga, pero o aceptamos que ahí está la derecha española, la derecha pura y dura, que no por democrática va a dejar de ser pura y dura o, por el contrario, acentuamos los rasgos involucionistas-militaristas-golpistas de Alianza Popular, en cuyo caso el Partido Socialista aparece como el «único» partido democrático. Para llegar a esa situación de tensionamiento entre golpistas y demócratas más valdría no haberse empeinado en ocupar el espacio del centro político.

La inexorabilidad de elegir entre dos modelos de acción social viene de la claridad meridiana que tiene la derecha sobre el tema. Para Alianza Popular el bloque conservador liberal debe defender un modelo de política exterior netamente atlantista que huya de neutralismos desarmados e impotentes. (Detrás del desarme

unilateral, dirá Fraga, no está sino la matanza.) Este atlantismo aparece para nuestra derecha pura y dura como preferible a cualquier «ambigüedad» en política

exterior del tipo de los que defienden bases sí, OTAN no.

Aquí tenemos el primer límite que, según la derecha, no debemos traspasar. La

adhesión al pacto atlántico debe ser mantenida a toda costa. Es obvio que en este tema los intereses estadounidenses (e inclusive las maniobras del gobierno Reagan cerca de Marruecos) constituyen un límite que nos va a costar franquear.

Un conservador liberal, atlantista, defiende un modelo de sociedad donde no sólo son abominables el pacifismo, el neutralismo, el tercermundismo, sino que se parte del supuesto de que la planificación económica no es sino el inicio de un inevitable camino de servidumbre donde el colectivismo, el intervencionismo, el estatismo, el burocratismo nos absorberán. No sólo quedaremos desbordados por la presión fiscal, por el desorbitado gasto público, por la inercia y arbitrariedad administrativa, sino que la gestión socialista nos irá acercando, indefectiblemente, al totalitarismo.

Es obvio, también, que en este punto las preferencias de la cúpula empresarial están claras. No hay que ser un genio económico para comprender que la disminución de las cargas fiscales y el control de las rentas salariales es un mecanismo inteligente para mantener la tasa de los beneficios, sin la cual no es posible ni cumplir con las santas virtudes del ahorro y de la conservación del patrimonio, ni hacer gala de la capacidad de riesgo e incertidumbre que impone la disciplina del mercado de nuestra sociedad competitiva.

Sin embargo, la retórica más gratificante para nuestra derecha pura y dura no viene de los encrespados temas económicos, sino de los grandes valores: la seguridad, el ahorro, el trabajo, la disciplina, el orden, la ley. Por ello Fraga de nuevo ha atinado, al expresarlo con su inequívoca claridad:

**Ni el atlantismo  
es la patria de la libertad,  
ni el Pacto de Varsovia  
es el paradigma  
del socialismo.**

«Yo tengo la sensación de que las grandes instituciones —como la Iglesia, por ejemplo— cuanto menos se las toque y se las inquiete en sus fundamentos, mejor»<sup>6</sup>.

Si entre esos fundamentos (en el caso del Ejército) está el vivirse como depositarios de la integridad del territorio, como llamados a reconducir cualquier desvarío de los políticos civiles, se puede llegar a ser «comprensivo» con los golpistas. Si el terrorismo aumenta sus acciones se puede proponer el estado de excepción o el estado de sitio (porque las guerras o se ganan o se pierden) o incitar a que la pena de muerte sea restaurada.

No parece prematuro afirmar que, tras los juicios del 23 de febrero, muchos de los altos mandos militares que por allí desfilaron se sentirían plenamente gratificados con el golpe de timón que Fraga propone. ¿Qué efectos tendrá en este contexto la disolución de Fuerza Nueva como partido? Esa es una interrogante que todos quisiéramos tener contestada.

Cuando Fraga habla de grandes instituciones no se refiere únicamente al Ejército sino que, en su modelo, tiene una enorme importancia el papel de la Iglesia. Por ello a los rasgos antedichos (conservadurismo, atlantismo, neoliberalismo económico, autoritarismo) habría que añadir el neconfesionalismo. Lo que los teólogos denominan la recatolización de lo privado, la reducción del mensaje religioso a los ámbitos donde su magisterio sea más efectivo, la escuela y la familia, Fraga lo entiende y lo acepta<sup>7</sup>.

Nadie podrá dudar tampoco del lugar donde se encuentra el apoyo que la campaña del iracundo Padre Martínez Fuertes diciendo que el futuro de la escuela estaba en juego y que ahora declara que las elecciones no afectan el modelo de escuela. No creo que sea tampoco dubitable que los gritos estentóreos del jefe del Estado del Vaticano acerca del execrable crimen

cometido contra inocentes víctimas no señalen límites que se desean intransitables<sup>8</sup>.

Este breve recorrido por algunos de los principios que constituyen el modelo de sociedad de Alianza Popular muestra que la derecha pura y dura tiene importantes apoyos internacionales, empresariales, militares y eclesiales, para intentar señalar límites que jamás deberán ser franqueados por la política gubernamental socialista. Estos apoyos se incrementan si pensamos en las grandes corporaciones sociales y en los poderosos medios de comunicación que están detrás del proyecto de la derecha para nuestro país.

Una vez más tener los votos en las urnas no significa lo mismo que tener los

apoyos sociales que permitan instrumentar, desde el gobierno, políticas de cambio. Es evidente que si estudiamos el problema, desde los contraprincipios que de-

fiende Fraga no se trata sólo de mostrar racionalmente si la escuela pública, laica, autogestionaria, constituye un modelo de educación preferible a la imposición de idearios de cuño medieval por patronos-directores.

No basta tampoco con defender el derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo, a tener una maternidad deseada. Lo que hay que plantearse es que llevar a cabo una transformación en la escuela o en los derechos de la mujer implica chocar con los que defienden la homogeneidad educativa o la familia católica. Implica una confrontación con la pretensión de la institución eclesiástica de ser la depositaria y la monopolizadora de las definiciones morales.

Hay que meditar muy seriamente la forma de confrontación, el estilo de la polémica, los apoyos en los movimientos feministas y de enseñantes, para llevar a cabo esta tarea. Si se quieren llevar a la

práctica las propias reivindicaciones del programa socialista la dialéctica entre la negociación inteligente, en algunos casos, y el conflicto inevitable en otros, no puede ser rehuída.

De igual modo existe un modelo de sociedad atlántico-occidental que considera una veleidad tercermundista cualquier apuesta por la neutralidad, y, sin embargo, a nivel de principios, es evidente que el socialismo no puede aceptar la dialéctica infernal de los bloques ni verse forzado a optar por la alternativa entre el imperalismo atlántico o la dictadura burocrática del Este. Ni el atlantismo es la patria de la libertad, ni el Pacto de Varsovia es el paradigma del socialismo. Esto que puede estar claro a nivel de principios va a tener que ser revalidado en la práctica.

---

**El partido  
debe tener  
una autonomía  
frente  
al Gobierno.**

---

Para prevenir cualquier desvío imprevisto, el editorialista del diario *El País* (y es un ejemplo significativo de los límites que también quiere señalar al gobierno

socialista el periódico más progresista de nuestro entorno) ya se ha encargado de recordar que sería una «imprudencia» cualquier posición rígidamente antiatlántica. La administración Reagan, nos viene a decir el editorialista<sup>9</sup>, podría pasar de una situación de expectación a un apoyo a las intencionadas golpistas. Con lo cual parece señalarse otro tipo de límite infranqueable: si no queremos volver al golpismo, aceptemos el atlantismo. Mediante tal tipo de chantajes podemos llegar a una situación que haga que efectivamente la amenaza de involución, de ruptura traumática, sea el gran chantaje para aceptar no el modelo de sociedad democrático, sino la lectura conservadora del modelo constitucional, es decir, los principios a los que hemos ido haciendo mención; en esta ocasión, a aceptar como inexorable el atlantismo.

Con respecto al tema del militarismo y del autoritarismo, el chantaje ha sido preparado con cuidado. Bajo términos ambi-

guos («autonomía del poder militar») se trata de dar por bueno un modelo de democracia autoritaria donde el poder militar no esté subordinado al poder civil. Luchar por lo contrario, porque un ejército profesionalizado y moderno sea respetuoso con las urnas y no tenga la permanente tentación de reconducir la situación, de controlar la vida social, de intervenir en los asuntos del Estado, exige, entre otras cosas, romper con la gestión llevada a cabo tras el 23-F, que ha implicado una progresiva autonomía de la cúpula militar en su relación con el Ministerio de Defensa<sup>10</sup>.

Hemos escrito repetidamente en estas páginas de *Leviatán* que la gran tragedia para la izquierda de la transición política, entre otras, ha sido el asistir a la aceptación por parte de la izquierda social de una austeridad económica que no ha tenido como contrapartida una democratización del Estado. Hasta ahora la izquierda a lo sumo podía haber ejercido una oposición y un control parlamentario más duro para poder lograr este propósito. En este momento, sin embargo, la posibilidad y la necesidad de realizar esta tarea va a ser imperiosa. Para llevar a cabo sus objetivos la izquierda va a chocar con los intereses y prerrogativas de los grandes cuerpos del Estado, de las grandes corporaciones sociales que, desde sus organizaciones (sanitarias, educativas, empresariales), van a luchar en el Parlamento, en la prensa y en la calle contra las reformas de los socialistas.

Hay que tener muy claro que las batallas sociales y políticas fuertemente cargadas de ideología van a ser inevitables si no se quiere renunciar al programa electoral, por moderado que éste pueda ser. Para llevar a cabo esta batalla se necesita de un partido mucho más fuerte que el existente, mucho más plural y mucho más arraigado en los movimientos sociales que pueda contrarrestar el poder social de las cor-

poraciones de la derecha. Un partido que a la par de responder puntualmente a las provocaciones de la derecha, sepa vibrar ideológicamente para apoyar críticamente al gobierno salido de las urnas.

Para ello el partido tiene que tener una autonomía frente al gobierno, una autonomía que le permita una personalidad propia y que posibilite la imbricación y la integración de colectivos sociales tan dispares como la antigua izquierda extraparlamentaria o comunista y los sectores socialdemócratas. El reto de crear ese partido es decisivo para hacer frente al cambio que electoralmente ha sido logrado.

Para los que consideran que la ruptura democrática era posible, que fue malbaratada por la traición de los dirigentes de los partidos reformistas, la gestión de los socialistas en el gobierno aparece ya prefijada: no harán sino someterse a los designios de los poderes fácticos. Ayer aceptaron la monarquía y olvidaron la república, mañana recortarán sus programas, olvidarán sus promesas, y la gran patronal podrá imponer la austeridad económica, Estados Unidos el atlantismo y las grandes instituciones (Ejército, Iglesia) no verán puestos en cuestión sus fundamentos.

La aceptación de todos y cada uno de los principios del orden social existente es una de las posibilidades. Sumisión a los poderes fácticos que se habría dado no ya hipotética, sino inevitablemente, si se hubiera tenido que gobernar en coalición con la derecha disfrazada de centro. Sin embargo también es posible que con un gobierno parlamentariamente fuerte, aún no cuestionando la lógica del sistema capitalista, quepa realizar una política tendente al neutralismo en política exterior, conducente al laicismo en el tema escolar,

sensible a las reivindicaciones del movimiento feminista, respetuoso con las libertades. Una política que transforme las instituciones desde la Seguridad Social a la

**No pueden confundirse  
los designios  
coyunturales  
con los presupuestos  
del socialismo.**

Administración de Justicia, pasando por la televisión o la administración burocrática.

Este tipo de política de democratiza-

ción del Estado, de modernización de la sociedad, no es una política específicamente socialista. Es una política realizada por la burguesía democrática en muchos países europeos. En España la debilidad congénita de esta burguesía, la atracción por fórmulas puras y duras, hace inexorable esta tarea. Realizarla no puede ser, sin embargo, confundir los designios coyunturales con los presupuestos ideológicos, estratégicos y políticos del socialismo. Es necesario que el Estado funcione si la alternativa a su funcionamiento es la aparición del militarismo sacral. Es una condición imprescindible si queremos que la frágil democracia española llegue a consolidarse.

El problema no está en realizar esa tarea estatal-institucional, el problema estriba en pensar que esa tarea es la única que debe realizar el Partido Socialista o en creer que esa es ya una tarea específicamente socialista. De afirmar que no es una tarea socialista no se infiere que los socialistas no la deben llevar a cabo, no se infiere que la misión de éstos sea mirar expectantes cómo la tarea de democratización la llevan a cabo otros, mientras nosotros podemos esperar con placidez el desarrollo de las acciones de la inexistente burguesía democrática.

Es muy cierto que la debilidad congénita de la burguesía española, que la crisis del centrismo, que el carácter más conservador-autoritario-reaccionario, que liberal, reformista o popular del partido de Fraga hace que el Partido Socialista se vea forzado a cubrir no sólo electoralmente el espacio del centro sino a realizar gubernamentalmente políticas de signo centrista. Si no se quiere que estas políticas lo sean todo, si no se quiere que el centrismo reformista sea el carácter distintivo del Partido Socialista, hay que saber distinguir entre

**Si difícil es conseguir un resultado electoral tan abultado, lo es más el consolidar una pluralidad de apoyos sociales tan diversificados.**

la necesidad histórica de llevar a cabo una función y la reivindicación de los principios ideológicos que constituyen las señas de identidad del socialismo.

Es cierto que sólo con principios no se elabora ninguna política, pero también lo es que la mejor forma de resolver la difícil conflictividad entre los principios teóricos y la prueba de la práctica es arrojar los principios a las tinieblas exteriores. Arrojadlos de la propia casa ya no volverán a inquietarnos con preguntas inoportunas sobre los comportamientos que desarrollamos, éstos tienen su propia «lógica» que ninguna ideología puede llegar a comprender.

Este tipo de reducción de la razón política a razón instrumental, de la política al mundo de los negocios, implica una superación de las ideologías clásicas por un tipo de tecnoburocracia sonriente que no logra ir más allá de los propios condicionamientos del sistema. Para ir más allá se necesita una dosis de imaginación, de audacia, que no se puede soslayar si no se quiere reproducir miméticamente las estructuras actuales existentes.

Dos últimas consideraciones para terminar:

1) Si es difícil conseguir un resultado electoral tan abultado, más difícil todavía es consolidar una pluralidad de apoyos sociales tan diversificados. Las demandas de los colectivos que apoyan al PSOE son distintas e inclusive en algunas ocasiones contradictorias.

La pregunta está en los cambios que se necesita realizar, en el interior del partido, para lograr sintetizar apoyos tan diversificados. El trasvase, el vaciamiento de los cuadros del partido en la Administración del Estado, unido a otros fenómenos que no se pueden olvidar (la excesiva unanimidad de las últimas resoluciones congresuales, el grado de carisma absor-

vente de su líder principal) hacen del Partido Socialista un partido poco apto, si no se transforma, para recibir a militantes de otras formaciones de izquierda que deseen apoyar el cambio con algo más que su voto en la urna.

Si a todo ello añadimos la escasa presencia de los militantes socialistas en los débiles movimientos sociales y la falta de apoyo claro del partido a las reivindicaciones de estos colectivos, pudiera ocurrir que el partido que ha logrado abrirse a capas sociales diversificadas no sea capaz de aparecer como un organismo vivo e integrador de distintas sensibilidades.

Desde este punto de vista parece impropio, por ejemplo, afirmar sin más que el partido no va a controlar democráticamente al gobierno, pero más sorprendente y peligroso aún sería pretender controlar férreamente al partido desde el gobierno, o simple y llanamente reducirlo a un olvido indiferente.

2) Se ha insistido repetidamente en la campaña electoral en la necesidad de una regeneración moral de la sociedad española. Hay que decir que el camino del infierno está lleno de piadosos deseos y salpicado de buenos sentimientos.

Una regeneración moral, en un momento de crisis económica galopante, puede implicar cosas notablemente distintas. Para algunos regenerar es volver a poner las cosas en su sitio, mantener la ley, el orden, la seguridad, la disciplina y el trabajo. Con toda razón habla Fraga de un modelo de sociedad moral-institucional, frente a una sociedad permisiva y libertaria.

Pienso que los socialistas no debemos tener el menor miedo a asumir esta distinción propuesta por Fraga, porque efectivamente frente a los que se siguen consi-

derando los depositarios de la moral, de la ley y del orden y de las demás virtudes teológico-eclesiales, nosotros debemos pensar que regenerar significa acabar con la moralina trasnochada de una sociedad hipócrita que pretende acotar constantemente límites infranqueables, sancionar comportamientos y reprimir actitudes.

Regenerar debe significar que no cabe plantear, sin sonrojo, que se cobren cinco sueldos, pero que es perfectamente posible ser diferente sin que ello implique ningún tipo de escándalo pudibundo o de sanción penal. Regenerar es acabar con la lógica de la normalización y de la exclusión, para apostar por una lógica de la pluralidad donde quepa ser catedrático y barítono, diputado y homosexual, católico y comunista, sin que la interferencia de códigos plurales (para el que así lo desee) deba ser reprobada por una sociedad disciplinaria que exigiría de cada uno de nosotros ser buenos, sencillos, santos, honrados y beatíficos. Pudiera ser que otros desearan ser alambicados y barrocos, herejes e iconoclastas, perversos y transgresores, sin que su opción deba ser, bajo ningún concepto, regenerada, redimida o comprimida.

Una de las muestras del cambio que deben de traer los socialistas habrá de verificarse en estos niveles cotidianos, mostrando que en esta ocasión regenerar es algo distinto a redimir, purificar o exorcizar los demonios particulares de cada uno. Estos demonios familiares pueden permanecer, para uso y disfrute, en cada uno; los que sí deben ser arrancados son algunos de los demonios sociales a los que hemos ido refiriéndonos a lo largo de este trabajo. Si regenerar es acabar con la corrupción administrativa, la tortura policial o

la manipulación informativa, habremos logrado mostrar que no existen límites infranqueables, que la hora del cambio efectivamente ha empezado ya.

**Regenerar  
es acabar con la lógica  
de la normalización  
y de la  
exclusión.**

<sup>1</sup> Un buen análisis periodístico de algunos de los problemas con los que se pueden encontrar los socialistas al pisar el poder, se puede ver en el reciente libro de César Alonso de los Ríos y Carlos Elordi: *El desafío socialista*. Editorial Laia. Barcelona, 1982.

<sup>2</sup> Declaraciones de Alfonso Guerra a *Diario 16*. 2 noviembre de 1982.

<sup>3</sup> He tratado la crítica a estos puntos en mi artículo «El Calvario y el Secuestro», en esta revista. *Leviatán*, n.º 5.

<sup>4</sup> Este análisis del sistema de partidos enfatizando la necesidad del bipartidismo entre el bloque conservador y el socialismo moderado aparece constantemente en las obras de Manuel Fraga. Se pueden consultar las dos últimas: *España entre dos modelos de sociedad*. Planeta. Barcelona, 1982, y *El cañón giratorio*. Conversaciones por E. Chamorro. Argos-Vergara. Barcelona, 1982.

<sup>5</sup> Manuel Fraga: *España entre dos modelos de sociedad*. Pág. 209.

<sup>6</sup> Manuel Fraga: *El cañón giratorio*. Pág. 83.

<sup>7</sup> Manuel Fraga: *El cañón giratorio*. Pág. 138.

<sup>8</sup> Un editorial del diario *Ya*, del 4-XI-82, «Tan mezquino, tan triste», refleja esto que digo. En él se afirma: «Aunque indirectamente este adoctrinamiento (se refiere a la Homilía del Papa) sirva para recordar a los poderes temporales que por muchos votos que los respalden (cuyo sentido, además, sería discutible) existen límites que no deben franquear y que no los ha puesto la doctrina revelada, sino la ley grabada por la naturaleza en el corazón humano y que empieza diciendo no matarás».

<sup>9</sup> El editorial del diario *El País* es del viernes 29 de octubre de 1982 y dice textualmente: «La ausencia de un apoyo exterior a los deseos golpistas, digámoslo claramente, la suposición cierta de que una junta militar en España es algo no deseado por el gobierno Reagan... podría quizá someterse a revisión si el referéndum llega a convocarse».

<sup>10</sup> Consultar en este sentido el capítulo del libro de Alonso de los Ríos dedicado al tema.



---

# POR UNA REFORMA MORAL E INTELECTUAL DE ESPAÑA

L. Paramio y J.M. Reverte

---



# 3

---

**Felipe González ha llamado a los españoles a un esfuerzo de *regeneración* de la vida pública y de la actividad colectiva en España. Y ante esa llamada un 46 % de los votantes ha apoyado la propuesta de cambio del PSOE.**

Uno de los aspectos más comentados de la campaña socialista en las elecciones legislativas de octubre de 1982 ha sido el abandono de las propuestas de índole más ideológica (en el sentido de clasista) y su sustitución —muy especialmente en las intervenciones del propio Felipe González— por propuestas de carácter fundamentalmente moral: solidaridad y responsabilidad colectivas, en el trabajo y en la

política, frente a un clima de indiferencia y corrupción, de defensa de los intereses particulares frente a cualquier consideración general.

Parece obvio que esto constituye un escándalo desde la perspectiva del veteromarxismo. ¿Cómo aceptar tan abrumadora identificación del electorado con una propuesta no clasista? En buena lógica

debe tratarse de un apoyo coyuntural fruto de un mero espejismo, de un desvarío idealista al que los hechos deberán dar respuesta contundente. Las realidades de

*clase* se cobrarán un alto precio por esta breve euforia que ha unido a media España en torno a un proyecto regeneracionista.

Para la teoría política de mayor solvencia académica la cuestión no deja tampoco de ser llamativa. El PSOE, convocando a una amplia mayoría social en torno a su programa, ha optado por convertirse en una *catch-all party*, graciosa expresión con la que la politología anglosajona designa a los partidos que se proponen superar su particular origen étnico o de clase para convertirse en eje de una mayoría nacional. También se sabe el riesgo de tal intento. El desgaste que introduce el ejercicio del poder lleva a la fragmentación de la mayoría inicial y quiebra las ambiciones de alcanzar la hegemonía del partido en cuestión.

En ambos planteamientos, el académico y el véteromarxista, desempeña un papel fundamental una hipótesis reduccionista según la cual no existe una plataforma objetiva que permita aglutinar a una mayoría electoral capaz de apoyar un proyecto popular-nacional de constitución de un nuevo sistema hegemónico. Y llegados a estas alturas sería inútil que los autores de estas líneas ocultaran su juego, por lo que pasaremos a continuación a detallar algunas de nuestras hipótesis de partida.

**Uno.** La realidad política no es transparente a las realidades de clase, contra lo que pensaban Carlos Marx, Federico Engels y un largo etcétera de fundadores del socialismo moderno. Hay una serie de complejas mediaciones —ideológicas, organizativas, nacionales o étnicas, religiosas, de «status»— entre las realidades de clase y la esfera de la política. Para colmo de males la hipótesis reduccionista que ve-

---

### El PSOE ha superado su origen de clase para convertirse en eje de una mayoría nacional.

---

ría en la política un puro reflejo de la escisión clasista de la sociedad sólo podría servir de apoyo a un proyecto político socialista —en general: emancipador— si se

diera por hecho un privilegio numérico o bien ontológico del proletariado industrial. Se sabe que Marx partía de la creencia en dicho doble privilegio, a causa de la errada hipótesis de la depauperación creciente y de las malas compañías de su juventud, pero no parece que se deba imitar a los fundadores en sus errores (bastante trabajoso es ya imitarlos en su ambición de conocer y transformar la realidad).

**Dos.** Si se descarta el intento de reducir la política a la estructura de clase (es decir, lo que Laclau y Mouffe suelen llamar *reduccionismo de clase*) no hay ninguna razón para dar por descontado el descalabro de todo proyecto de construcción de una mayoría nacional-popular sobre la base de que en tal mayoría coexisten —forzosamente— intereses particulares contrapuestos. Al diablo con el *catch-all party* y sus famosas antinomias. El problema es saber si existe un proyecto económico que pueda dar satisfacción a esos intereses contrapuestos y compensar las insatisfacciones relativas sobre la base de un proyecto ideológico común suficientemente sugestivo. Por supuesto que la ideología no basta para aglutinar a una mayoría, pero puede llenar los huecos que deje libres la economía, al menos dentro de ciertos límites. Se puede recordar la larga eficacia de las coaliciones keynesianas de postguerra en las llamadas socialdemocracias, e incluso la nada despreciable herencia del *New Deal* en Estados Unidos. El problema de elaboración de un proyecto económico y un proyecto ideológico capaces de aglutinar a una mayoría social es un problema muy *concreto*, y no tiene nada que ver con ningún análisis general del capitalismo o de la sociedad moderna. Se trata de un problema que tiene solución o no según los países y las épocas.

*Tres.* Los autores son, para su desgracia, gramscianos (y por ello marxistas) descarada e incurablemente revisionistas. Es decir, que no pretendemos convertir a Gramsci en precursor de una nueva versión de la socialdemocracia de la postguerra, ni intentamos negar la dualidad presente en su obra entre su formación leninista y sus desarrollos posteriores. Más modestamente, pretendemos sacar punta al último Gramsci con el fin de utilizarlo contra el leninismo tradicional, no por animadversión contra don Vladimiro (que bastante cruz tuvo en los últimos años de su vida), sino para tratar de encontrar alternativas a esa extraña variedad del despotismo asiático que llamamos socialismo real y el evidente estancamiento de las democracias keynesianas en las que los leninistas (y asimilados) querían ver la única expresión posible de una gestión democrática y socialista del poder.

*Cuatro.* El principal concepto que se puede tomar del último Gramsci es, como todo el mundo sabe, el de hegemonía, pero no en el sentido de dirección de la sociedad por un sujeto político —el *nuevo príncipe* o algún amigo suyo— sino de construcción de un nuevo *sistema hegemónico* (Mouffe) basado en un nuevo modelo económico, un principio ideológico distinto y, previsiblemente, un sistema político alternativo al anteriormente dominante. Ahora bien, el hecho de que en ese sistema desempeñe un papel fundamental un partido político concreto no permite considerarle *sujeto* de la hegemonía. Por definición, la hegemonía, principio fundante de la legitimidad política de un sistema social, es un *efecto sin sujeto*. El partido es un mero instrumento en la construcción de una hegemonía, y aunque ciertamente imprescindible en esta tarea tampoco puede sustituir a otros elementos, de los que serían ejemplos un modelo económico viable, un conjunto de movimientos sociales expresivos de la conflictividad social o un patrón ideológico de movilización más o menos creíble.

Dicho todo lo cual se puede volver al comienzo. La propuesta de regeneración que los socialistas han presentado a la sociedad española tiene una curiosa similitud con lo que Gramsci denominó *una reforma moral e intelectual*. Gramsci vivió en una Italia dominada por la herencia del Risorgimento, una modernización política dirigida desde arriba que había dejado básicamente intactas las estructuras del poder económico y el mundo intelectual italianos. Ante esta realidad Gramsci propuso la necesidad de una ruptura con esa pesada inercia del pasado, con esa carga de corrupción absolutista tardía, de caciquismo político e intelectual que arrancaba de los grandes intelectuales urbanos del liberalismo conservador y arraigaba en las masas campesinas a través de los pequeños intelectuales, clérigos o maestros rurales, que eran la tropa de choque del sistema hegemónico liberal-conservador.

La inviabilidad de ese sistema hegemónico ante la crisis civilizatoria del primer tercio de nuestro siglo fue resuelta brutalmente con la aparición del fascismo. Sabemos que las condiciones que lo hicieron posible no son fácilmente concebibles en medio de la nueva crisis que está sellando el último tercio del mismo siglo. Pero eso no significa mucho a menos que podamos esbozar las grandes líneas para encontrar una alternativa a *esta* crisis. La apuesta es especialmente dramática en España, donde la transición política que lleva del franquismo a la monarquía parlamentaria ofrece llamativos paralelismos con el Risorgimento italiano. En ambos casos estamos ante una reforma sin ruptura, que ha desbloqueado el conflicto inmediato al precio de permitir la continuidad de una oligarquía corrupta y caduca, incapaz de encabezar el proceso de adaptación de la nación a unas circunstancias exteriores radicalmente nuevas, menos aún de hacerlo según una línea que defienda los intereses populares.

**El proyecto socialista  
para España  
es un proyecto  
de reforma moral  
e intelectual.**

En esta coyuntura el PSOE ha lanzado una propuesta de renovación moral e intelectual de la vida española, una propuesta que enlaza a la vez con lo mejor de nues-

### Aquí y ahora no hay programas a la izquierda del programa de gobierno socialista.

tro pasado inmediato —el regeneracionismo del 98 y de la Segunda República, la ambición de reforma de la Izquierda Republicana de Azaña o el proyecto de renovación intelectual de la Institución Libre de Enseñanza— y con lo más lúcido del pensamiento marxista moderno, es decir, con los *Cuadernos de la cárcel*, de Antonio Gramsci. El proyecto socialista para España es un proyecto de *reforma moral e intelectual*, lo que no significa olvidar la economía sino subrayar cuáles son las condiciones de una modernización económica de nuestro país.

En efecto: se ha hablado ya mucho de que una ampliación o profundización del control público de la economía exigiría un cambio en la concepción del propio sector público, una transformación de la moral y la actividad de los funcionarios, una mutación radical en la estructura de la burocracia estatal y en sus relaciones con la sociedad civil. Se ha insistido también sobradamente en la necesidad de un cambio en la moralidad pública si el Estado español debe poder abordar tareas de redistribución del ingreso y de potenciación de la igualdad de oportunidades, en un contexto de recursos limitados y de notoria defraudación fiscal por parte de la oligarquía económica (mientras a los asalariados se les fiscalizan cuidadosamente sus rentas).

España necesita una modernización económica profunda, pero el primer paso de esta modernización no es otro que una reforma moral e intelectual de nuestra sociedad, una reforma que haga viables (en términos financieros) la reconversión industrial, la cobertura del paro y la racionalización y desarrollo de la Seguridad

Social y que, al mismo tiempo, haga pensable el progreso hacia una sociedad más democrática en la economía y en la política, hacia una sociedad más *profundamen-*

*te libre*, más radicalmente democrática, pues al cabo de muchas vueltas y revueltas es a ese progreso hacia una democracia radical a lo que estamos conviniendo en llamar avance hacia el socialismo.

Aquí y ahora no hay programas a la izquierda del programa de gobierno socialista. Hay reivindicaciones de movimientos sociales a las que aún no se ha sabido o podido encontrar cabida en ese programa, y hay una incapacidad mayor o menor del PSOE para abrir una dialéctica constructiva con tales movimientos. Pero no hay modelos económicos más radicales ni alternativas ideológicas globales fuera del área socialista. En este contexto la idea de un proyecto de reforma moral e intelectual de la vida española como clave articuladora de la alternativa socialista es un notorio acierto en la vía de construir una mayoría nacional-popular.

El paso siguiente es llevar a la práctica esa reforma moral e intelectual, y es aquí donde surge un doble y muy grave reto. El PSOE no puede (*no debe*) fracasar en esta tarea porque es en ella donde la sociedad española la medirá como instrumento válido o no para la construcción de una nueva hegemonía. Pero los militantes —en el sentido más amplio del término— de la izquierda que se formó contra la dictadura deben elegir sin más dilación entre la pasividad o el compromiso ante una apuesta irrepentible. La responsabilidad histórica del PSOE por los errores que pueda cometer en los próximos meses o años sólo será comparable con la irresponsabilidad de quienes, pudiendo apostar *ahora* por el cambio, prefieran la autoindulgencia y la buena conciencia, reservándose para el previsible momento de la crítica tardía.

---

# EL FRACASO ELECTORAL DEL PCE

Ricardo Lovelace

---



# 4

**El fracaso electoral del PCE es mucho más que un revés pasajero. Expresa la inviabilidad de un proyecto político sofocado por sus propias contradicciones, que se han ido poniendo de relieve, primero, con la crisis interna de la organización y, ahora, con un veredicto popular tan claro como decisivo a efectos de definir el próximo futuro de un partido al que le será muy difícil abandonar la marginalidad en la vida política española.**

El resultado obtenido en las urnas por el Partido Comunista es tanto más significativo cuanto se produce en unas elecciones cuyo sentido general implica un avance extraordinario de la izquierda, representada por el PSOE, y un deseo mayoritario del pueblo español de consolidar la

democracia rompiendo definitivamente con la larga época dictatorial. Que dentro de estas elecciones generales el PCE pierda casi dos tercios de su electorado refleja nítidamente que el elector de izquierdas no considera a ese Partido ni como un grupo útil a la hora de transformar la rea-

lidad española en un sentido progresista, ni siquiera con alguna perspectiva para el futuro a más o menos largo plazo. Es también un juicio severo sobre el compor-

tamiento de un partido que, desde su legalización, ha derrochado el capital político que había acumulado en las décadas anteriores.

Antes de pasar a un examen más detenido de las causas del fracaso comunista —algunas de las cuales he tratado de analizar en estas mismas páginas en su número 8 del verano pasado— parece pertinente comentar, como reverso del mismo fenómeno en el que se inscribe ese fracaso, el triunfo espectacular del PSOE, entre otras cosas para salir al paso de una de las explicaciones oficialmente sostenida por la dirección del Partido Comunista en torno a su desastre electoral. El enunciado de que la pérdida de votos del PCE se ha debido al basculamiento del «voto útil» de la izquierda en favor del PSOE, orientación electoral que se presenta con la capacidad exculpatoria que los «datos objetivos» brindan a las visiones dogmáticas, puesto en pasiva quiere decir que el voto al PCE era «inútil», grave constatación para un partido con vocación de incidencia en la vida política del país, que requeriría una seria reflexión en vez del silencio hasta ahora propinado por los más caracterizados dirigentes comunistas.

La inutilidad del voto comunista no es el resultado de una extraña conjuración de variados ingredientes —como parece apuntar el dimitido secretario general— porque parece difícil aceptar que aquéllos pesaran más ahora, es decir, cuando el electorado se inclina mayoritariamente a la izquierda, que inmediatamente después de la legalización difícil del PCE en 1977. Por el contrario, el cambio de voto de más de la mitad de los electores comunistas de 1977 y 1979 es el producto de la experiencia de los años transcurridos desde esas primeras elecciones, y esa experiencia

## **La pérdida del voto comunista responde a la experiencia del electorado.**

no ha podido ser más concluyente y más sabiamente administrada por el electorado de izquierdas.

El PCE se presentaba en 1977 como el

partido con mayor protagonismo y más abnegación en las luchas por las libertades de las décadas anteriores; con una vocación transformadora de sí mismo —dejando atrás su pasado estalinista— y de la sociedad en la que se desenvolvía a través de una multiplicidad de medios políticos, sociales y culturales; contaba con miles de cuadros destacados, con una importante presencia en las jóvenes generaciones políticas en formación, y en los campos universitario y cultural, sin olvidar su importante influencia en el mundo sindical. Era precisamente este conjunto amplio de engarces sociales los que dotaban al PCE no sólo de un vigoroso perfil en la realidad española, que hizo inevitable su legalización puesto que en otro caso la autenticidad democrática de las primeras elecciones hubiera quedado dañada, sino también constituían las bases a partir de las cuales nutrir su transformación.

Pero desde 1977 en el Partido Comunista han prevalecido cada vez más los rasgos que parecían iban a ser abandonados irreversiblemente con su legalización; lo viejo se ha impuesto sobre el segmento del PCE que fue capaz de garantizar su permanencia en la vida del país más allá de un mero testimonio durante la dictadura: se ha ido sofocando la posibilidad de cambio en el propio Partido, y con ello las viejas estructuras han destruido los elementos que algún día hicieron atractivo el PCE para muchos de sus militantes y para la mayoría de sus electores.

En este progresivo proceso de autodestrucción, que desde otro ángulo recuerda al vivido también en UCD, con la diferencia notable de que este partido nunca llegó a ser tal al margen de los instrumentos propios del Estado, el Partido Comunista ha ido centrifugando a buena parte de su

capital humano que, o bien ha quedado apartado de la política, o integra hoy en día otras formaciones de izquierda.

Cuando el electorado del 77 y 79 del PCE vota ahora socialista está inclinándose por una opción con muchos puntos de contacto con aquélla que fue defendida por el segmento más renovador y democrático del PCE. Y mientras, el Partido Comunista, que se había acercado a su propio cambio —ahora sabemos que sólo, en la óptica de sus dirigentes más poderosos, como vía para su subsistencia en condiciones difíciles de clandestinidad— ha acabado eligiendo el camino que le lleva a la autodestrucción.

No quisiera que la afirmación de que el PSOE es hoy toda la izquierda española, incorporando por ello elementos humanos y políticos que formaron parte en su día del PCE, produzcan suspicacias en los veteranos socialistas, o que alguien de la derecha se sirva para una potencial campaña en torno al «criptocomunismo» de la formación socialista: los sectores más conservadores de la sociedad española necesitan poco para descubrir comunistas en todas partes, formando esta habilidad parte de su tradición más tenazmente defendida. En todo caso, del último peligro enunciado no merece la pena ocuparse precisamente por ese abuso al que tan acostumbrado estamos los españoles, y tan vacunados como han demostrado las elecciones últimas, a pesar de las campañas lanzadas subliminalmente por ciertos sectores conservadores —las mismas que ahora parece querer aprovechar Santiago Carrillo en sus declaraciones a *El País* del pasado 14 de noviembre.

Pero sí interesa que ningún militante socialista malentienda que su triunfo en las elecciones trata de ser burlado con la atribución interesada del mismo, parcialmente, a otros componentes antaño en formaciones distintas al PSOE. Lejos de

mermar la importancia y el protagonismo del Partido Socialista en la opción de cambio votada por los españoles, la acrecienta: cuando un partido es capaz de trascenderse, de superar su propio círculo interno, de aglutinar en su seno todas sus tradiciones y las tradiciones del resto de la izquierda española democrática con alguna presencia en la vida española, precisamente está dando los pasos ineludibles para convertirse en partido gobernante, está demostrando con su práctica que le es posible adquirir una posición dirigente y que ese ofrecimiento de «pacto con la sociedad» que formulara su secretario general es más que una frase.

El camino seguido por el PCE, en contraposición al recorrido por el PSOE, le ha llevado hasta el punto de sólo repre-

---

**Las viejas estructuras  
han destruido  
los atractivos  
que tenía  
el PCE.**

---

sentar a aquellos minúsculos sectores de la sociedad española cuyo rasgo definitorio es, precisamente y en la generalidad de los casos, ser «comunistas de toda la vida», es decir, comunistas cuya tradición y nexo entronca directamente con la tradición eclesial de la Tercera Internacional y su defensa sin contrapartida de unos modelos tan fracasados como aborrecibles para cualquier ciudadano demócrata y medianamente informado del mundo presente, al menos en las sociedades industrializadas. Y desde esas bases no puede construirse hoy un partido útil en las sociedades occidentales de nuestros días; sólo es posible subsistir —y ese es el límite que matiza el proceso de autodestrucción del PCE— en un ghetto en el que el sectarismo devoto actúa como único instrumento de cohesión y mantenimiento.

La trayectoria seguida por el PCE en estos años ha demostrado un hecho que hasta hace poco no era evidente para muchos militantes renovadores del Partido Comunista, a saber: la imposibilidad de transformar un partido de esta clase. Recuerdo haber leído algún trabajo de uno de los precursores de la renovación inter-

na —y por eso también uno de los primeros en ser expulsado de las filas del PCE en su historia reciente— en el que Fernando Claudín se interrogaba sobre las posibilidades de transformación del Partido Comunista a raíz de la condena de la invasión de Checoslovaquia: en este texto Claudín saludaba desde fuera de las filas del PCE su postura frente a Moscú —lo que, dicho sea sin ningún ánimo adulator, honraba a un hombre maltratado por ese partido—, pero se mostraba ciertamente pesimista en cuanto a las posibilidades de ruptura con su pasado estalinista de los partidos comunistas en general.

Durante muchos años miles de militantes españoles nutrieron las filas del PCE creyendo que aquel pesimismo era exagerado, y que cuando el partido alcanzara su legalidad en una España democrática los lastres de su pesada tradición acabarían siendo vencidos. Pues bien, los acontecimientos posteriores a 1975 han demostrado que esa apuesta era un error, y las elecciones del 82 han ratificado al nivel más amplio del electorado el reconocimiento de un error que se expresa en el abandono del PCE por parte de miles de sus militantes de antaño.

Pero la equivocación de muchos es el fracaso de todo el PCE, a pesar de la teorización que sus dirigentes han elaborado para explicar la desintegración progresiva del partido. En el último lustro, como en otras épocas fue práctica común, se ha explicado cada abandono notable del PCE como la constatación de la falta de «pureza comunista» del excluido o autoexcluido. El PCE, desde ese punto de vista oficial, habría aglutinado en los años inmediatamente anteriores al fin de la dictadura a muchos demócratas y progresistas que no habrían encontrado acomodo me-

mejor (?) para luchar por las libertades, de tal suerte que una vez normalizado el panorama político español, aquéllos se han ido reubicando en los espacios políticos

**Se ha demostrado  
la imposibilidad  
de transformar  
el Partido  
Comunista.**

en los que «siempre» deberían haber estado.

Esta explicación encierra en sí misma el sustrato ideológico permanente en el PCE, que resume su incapacidad para renovarse: ahí está la sacralización del partido como ente diferenciado de sus propios militantes; la idea de que hay «comunistas con marca indeleble», como en las iglesias sus ministros, y hay otros, todos los que en un momento dado discrepan con la dirección que encarna al «partido», sin ese atributo a pesar de poseer el carnet. Pero lo que es más importante, en el fondo de una teorización como la mencionada se está expresando la incapacidad del PCE para liderar —e incluso su renuncia a ello— la voluntad de cambio existente en la sociedad española. Es esta la filosofía del ghetto aunque se mencione de vez en cuando a Gramsci.

Con toda seguridad, para muchos sectores de la derecha española lo sucedido con el PCE encuentra una explicación diametralmente opuesta a la que aquí se quiere defender: el Partido Comunista habría sido víctima, desde este punto de vista conservador, de la moderación y distanciamiento de Moscú impuestos por su secretario general. Es ésta una afirmación escuchada a menudo y que encierra un cálculo interesado que por sus consecuencias conviene comentar. Además, la opinión de los sectores más ortodoxos del propio PCE, como del mismo Carrillo cuando se presenta como víctima de turbios manejos, coinciden en unos u otros puntos con esa visión conservadora.

Si el PCE hubiera perdido electorado por su moderación, y por la ambigüedad de sus relaciones con Moscú, sería lo mismo que afirmar la existencia de un nutri-

do segmento electoral —que ha votado al PSOE (?)— que puede expresar su «radicalismo» bien a través del PSOE, si éste impulsa decididamente el cambio de la so-



ciudad española, o bien como crítica a la moderación del Partido Comunista: en ambas situaciones la derecha, y no sólo ella, pretende hipotecar la actuación del

**El PCE  
está incapacitado  
para liderar la voluntad  
de cambio de la sociedad  
española.**

gobierno socialista; con la primera posibilidad, está construyendo las bases de la denuncia del criptocomunismo en toda medida que afecte a sus intereses, y en la segunda, atizando la desunión del compacto volumen de la ciudadanía que se ha inclinado por la opción socialista.

De hecho el electorado de izquierda al votar PSOE y dejar reducido el porcentaje comunista a una mínima expresión, ha demostrado que en España no existe ninguna posibilidad de un partido con implantación significativa cuyas raíces conecten con el llamado «socialismo real». Pero, también, el escaso voto comunista ha puesto de relieve que el cuerpo electoral no cree que el PCE pudiera desempeñar la labor de salvaguardar la «pureza» de la actuación socialista, conforme el propio PCE se ha presentado para reclamar el voto. Como ya se ha afirmado, el PCE ha perdido las elecciones de manera abrumadora porque, sencillamente, no es un partido necesario, o no lo es para el cambio que el electorado de izquierda persigue.

Importa mucho subrayar este punto porque en los próximos meses y años vamos a asistir al intento de resucitar la merma presencia comunista sobre la base de la crítica permanente, desde ciertas posiciones de izquierda, a las actuaciones del PSOE de más difícil defensa ante la opinión pública, como consecuencia del extraordinario reto que supone gobernar en España con un sentido de cambio y transformación en una realidad cargada de hipotecas.

Por supuesto que ningún electorado, ni ninguna persona con cierta conciencia política, puede otorgar un cheque en blanco al partido político al que ha ofrecido su

confianza en unas elecciones; pero el PCE no tiene credibilidad para erigirse en tutor de un cambio en el que no cree, a tenor de sus posiciones mantenidas en los últimos

años, e incluso las más recientes según las cuales la «izquierda —el PSOE— ha llegado muy pronto al gobierno».

Efectivamente, en los últimos años el PCE se ha venido pronunciando, expresa o tácitamente, en el sentido de que un cambio protagonizado por la izquierda no era posible, y mucho menos protagonizado por un partido al que, coincidiendo con la derecha más conservadora, se le calificaba de inmaduro; toda su política, a través de las sucesivas versiones de los gobiernos de coalición, partían de ese supuesto, al igual que su comportamiento en el período en que actuó como instrumento de presión contra el propio PSOE. En unas condiciones así, ¿puede el PCE ofrecerse como vigilante de la coherencia del cambio refrendado en las elecciones?

Por otra parte, a los dirigentes actuales del PCE no se les escapa el hecho indudable de que un éxito en la gestión gubernamental socialista, en estos próximos cuatro años, cerraría más aún las posibilidades de recuperación comunistas. De ahí la insistencia derrotista de Santiago Carrillo en las dificultades futuras: más que un temor, que tanto contrasta con el optimismo expresado, a la vez que surgido, de las urnas, trasluce el deseo de confirmar unas tesis, desgraciadamente las únicas que parecen mantener la voluntad de supervivencia política de una generación cuyo fracaso es bien evidente.

La ambigüedad del mensaje del PCE y de su papel en estos años ha acabado destruyendo toda posibilidad de que desempeñara un papel relevante en la vida española. El Partido Comunista había elaborado una política durante la dictadura que los acontecimientos posteriores demostraron falsa, pero se negó a revisarla; había

aglutinado en su entorno multitud de energías que hubieran podido transformarlo —dentro de los límites de una situación extraordinariamente complicada—, pero prevalecieron en su seno las tendencias más tradicionales y conservadoras; había roto a medias con Moscú y con el lúgubre «socialismo real», pero nunca se desligó totalmente de esa realidad sofocante: son éstas las claves de un resultado tan adverso al PCE en las elecciones recientes.

En estas circunstancias, los llamados «méritos» de la actuación del PCE en los años posteriores a la desaparición de Franco sólo son comprensibles si se adopta un punto de vista de la derecha conservadora o liberal, desconocedora en todo caso de la realidad viva del PCE en el umbral de la desaparición de la dictadura. Estos «méritos», que en repetidas ocasiones se encarnan en el Secretario General del Partido, son incomprensibles para un electorado cuya sensibilidad está muy lejos de ser representada por los guiños y lenguajes de un cierto «establishment», más propios de una época tortuosa a la que ese electorado ha dado la espalda en las últimas elecciones.

Efectivamente, cuando se subrayan hechos como el abandono de los colores republicanos, o el reconocimiento de la monarquía parlamentaria, dentro del bagaje positivo de los que ahora son derrotados en las urnas, se olvida que el Partido Comunista de 1975 no era un grupúsculo doctrinario dispuesto a desafiar la lógica del sentido común; se parte del supuesto de que ese tipo de posturas no hubieran prevalecido sin el concurso de los que han monopolizado hasta el extremo la dirección del PCE: que esta visión interesada no responde a la realidad se demuestra al

comprobar que el grueso de los que se han marchado del PCE, y el grueso de los que han cambiado de voto, lo han hecho para apoyar la opción encarnada por el PSOE.

En este mismo sentido, mención aparte merece la decisión adoptada por el IX Congreso de «abandonar el leninismo». He aquí la expresión más acabada de la ambigüedad de una política que ha conducido decididamente al desastre del PCE. En ese Congreso, celebrado en 1978, se hubiera podido remozar toda la estructura interna del Partido y revisar a fondo, como entonces muchos pidieron, toda una política que la realidad posterior a 1975 había demostrado equivocada; en vez de eso, se plantea una discusión —olvidada posteriormente— cuyo efecto práctico, como fue denunciado en el mismo momento, es desviar la atención del primer congreso en la legalidad, que concluye con la decisión mayoritaria de suprimir el término «leninista» porque «al hacerlo se es más leninista», o porque «Lenin mismo lo hubiera hecho así de haber vivido» (del discurso de Sánchez Montero para defender la tesis propuesta). Difícilmente podrá nadie reconocer un elemento positivo en esta discusión que dejó intacta la cuestión de la renovación del PCE y sólo supuso un cambio puramente verbal en unos textos que desde la perspectiva de sólo cuatro años padecen de la más total obsolescencia.

En todo caso, el electorado no ha abandonado al Partido Comunista por la adopción de esas posturas, sino por falta de coherencia de las mismas. Quizá mejor que ningún observador político el cuerpo electoral de izquierdas, en muy pocos años, ha comprendido que hoy un Partido Comunista, en una sociedad industrializada circunscrita al ámbito de la Europa Occidental, no puede reconstruirse hasta alcanzar una importante presencia en la vida política: los partidos comunistas de mayor influencia en la Europa a la que pertenecemos no hacen, en este sentido,

sino conservar la que adquirieron tras la Segunda Guerra Mundial, o perderla poco a poco como en el caso francés. Y tal hecho no responde a un fatalismo históri-

---

**El PCE  
no ha sido víctima  
de su moderación,  
sino de su  
incoherencia.**

---

co, sino a la percepción que nuestras sociedades tienen del ejemplo desolador de la Europa del Este. No basta, por ello, en una perspectiva de transformación como

**Un éxito en la gestión del PSOE cerraría las posibilidades de recuperación comunista.**

la que pudo ser abordada por el PCE, una posición intermedia en la que se sigue manteniendo como herencia, aunque sea crítica, la realidad de las dictaduras burocráticas del Este. Y claro está que en este asunto el nombre común de comunistas, con aquellas dictaduras, no es precisamente el menor problema que ha trabado las posibilidades de renovación de los partidos comunistas, incluido el de España.

Con todo, es en la gestión cotidiana de su política doméstica en donde el PCE ha fracasado más estrepitosamente en estos años recientes, si bien ese fracaso remite a problemas organizativos, ideológicos e

históricos cuyas raíces están todas ellas interconectadas. Las modestas cifras de votos alcanzadas en 1977 y 1979 iban directamente dirigidas a apoyar lo que el PCE

era y representaba en los últimos años de la dictadura en el interior de España: la destrucción de esa imagen y de la presencia de las jóvenes generaciones comunistas en las manifestaciones que articulan la vida social y política del país, ha reducido el voto del PCE al círculo estrechísimo de la tradición comunista que arranca de los años 30, y que quedó congelada tras la derrota de 1939. De ahí que el futuro del PCE, por encima de la voluntad de algunos de sus dirigentes, no parezca muy alejado de la vuelta a la «ortodoxia»: ese partido cerrado y minúsculo perseguirá tenazmente sus propias señas de identidad, pero no será útil a la izquierda española.

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias

# Los Cuadernos del Norte



**Cuadernos de:**      **Textos de:**

Pensamiento  
Cine  
Arte  
Inéditos  
Literatura  
Poesía  
Diálogo  
Viaje  
Música  
Asturias  
Actualidad  
Jazz

C. J. Cela  
Barthes  
Umbral  
Torrente Ballester  
Jiménez Losantos  
Manuel Vicent  
Pedro Caravia  
Antonio Gamoneda  
Angel González  
Antonio Gala  
Gonzalo Suárez  
Cabrera Infante  
Cándido  
Zamora Vicente  
etc.



Periodicidad: *Bimestral*. Información, publicidad y suscripciones: *Caja de Ahorros de Asturias*. Plaza de la Escandalera, 2. Oviedo. España. Apartado de Correos 54. Teléfono 22 14 94. Extensión 254.

---

# DESDE LA IZQUIERDA POR EL CAMBIO

---

Ignacio Tosa

---



---

**El PSOE ha conseguido en las elecciones generales del 28 de octubre la mayoría absoluta, con un programa de aliento regeneracionista, en el que ocupaban un lugar central la modernización y el impulso ético. Sin incorporar ni el lenguaje ni los objetivos tradicionales de la izquierda ha logrado convertir el desencanto en esperanza, generando una movilización de masas importante, aunque invertebrada y estrictamente limitada a la lógica y período electorales.**

Por el contrario, las propuestas más genéricamente de izquierdas y las organizaciones que las postulaban han recibido un cortísimo respaldo popular hasta el punto de que, desde la óptica del mapa electoral, da la impresión de que en España hubiera desaparecido su espacio político.

Sin embargo, la embriaguez del triunfo no debe propiciar la falta de reflexión, porque adoptar esta actitud sería una irresponsable miopía. El significado de lo acontecido no es ni inequívoco, ni irreversible. Dejando de lado la especulación sobre cuanto haya sido debido a los aciertos

del PSOE y cuanto a la concurrencia de las crisis de PCE y UCD, queda en pie la necesidad de realizar una aproximación analítica y profunda al proceso y a la si-

tuación histórica en que se ha producido el triunfo, de cuya comprensión pueden surgir elementos explicativos del por qué y criterios orientadores de un para qué con contenido y horizonte.

Indudablemente de esta reflexión se derivarán implicaciones para la acción de gobierno, una acción que no puede dejar que se frustre esta oportunidad histórica. Para ello debe ser coherente con la propuesta que ha generado el respaldo popular, asumiendo también que la materialización de los componentes más progresistas que latén en el proyecto son presupuesto necesario de su vitalidad y eslabón hacia fases sucesivas de un diseño socialista que se negaría a sí mismo y carecería de futuro si pretendiera reproducirse desde las simples coordenadas interclasistas de ética y modernización.

Hacer explícita la perspectiva desde la que está escrito este artículo tiene sentido para que no haya ni ambigüedad, ni claves ocultas. Lo ha sido desde la posición de una izquierda independiente, comprometida con la transformación de la sociedad como lo estuvo en la lucha contra el franquismo; una izquierda, por tanto, con trayectoria militante, aunque hoy sin vinculación con partido alguno. Una izquierda con perplejidades y sin respuesta a muchas cosas que, no obstante, en el proceso electoral ha prestado su respaldo al PSOE.

Es obvio que este trabajo no pretende, por sí mismo, lograr una reevaluación del contexto histórico y sus objetivos que sirva de cimiento —los cimientos posibles— para una nueva línea de avance. Aspiración tan ambiciosa escapa a su diseño que, sin embargo, sí intenta contribuir modestamente en esa dirección.

**No es pensable que en tiempos de paz pueda un país europeo aislado tomar un rumbo revolucionario.**

No es posible reflexionar políticamente en España limitándose a la coyuntura, ni tampoco a partir de una supuesta postura de principios, portadores de una coheren-

cia global, pero desligados de lo que de específico tiene este tiempo y esta sociedad.

El camino que puede llevar a conclusiones que resulten a la vez fundamentadas y operativas tiene que discurrir por problemáticas de muy diversa naturaleza que se enlazan y superponen de forma inextricable.

Sin situar el contexto mundial y más en concreto el espacio histórico-cultural de este país el discurso carecerá de un marco referencial de suficiente amplitud, porque este país vive en un mundo desigual e interdependiente, formando parte de una tradición y realidad europeas que establecen posibilidades y límites.

Desde otro ángulo, los elementos de crisis que se manifiestan o subyacen en nuestras sociedades cuestionan buena parte de los fundamentos sobre los que se ha construido un dilatado período histórico. Sólo los más obtusos piensan que estamos ante una simple, si bien grave, crisis económica. La duda y la carcoma circulan por aguas más profundas y nada serio puede hacerse sin bucear a su encuentro y sin entender su lenguaje.

Pero no todos son factores de orden general, sean de naturaleza mundial o civilizatoria; los hay también específicos, propios de la sociedad española, procedentes de su pasado, de su trayectoria histórica, del singular periplo recorrido por los pueblos que hoy coexisten y friccionan en España. Una plena conciencia del condicionamiento histórico es algo de lo que no se puede prescindir si se quiere entender el contenido y el por qué de la situación actual, si se quiere actuar de verdad sobre ella, transformarla.

Estos pasos previos pueden ya permitir una aproximación a las tareas pendientes que, con esta perspectiva, pueden desbordar el carácter inventarial, con su inoperante inarticulación, para convertirse en un tejido dinámico, con prioridades y condicionantes.

### *Un contexto general de crisis*

La Europa actual es un conjunto de naciones altamente industrializadas, inmersas incluso en la problemática post-industrial, con un alto nivel de vida y una estructura social en la que las clases vinculadas a la agricultura hace decenios que perdieron peso en favor de los trabajadores urbanos. Una Europa que, en el plano internacional, si bien se encuentra en una posición de privilegio respecto al Tercer Mundo, está también bajo la amenaza de la URSS y subordinada militarmente a EE.UU. en una alianza en la que, de continuo, afloran componentes de rivalidad económica.

Las formas democráticas tienden a ser dominantes en el terreno político, estando el espacio de la izquierda ocupado, desigualmente según los países, por la socialdemocracia, un socialismo que sin haber repudiado formalmente el marxismo sólo lo incorpora como uno de sus componentes, y el eurocomunismo, formulación hacia la que con mayor o menor convicción y consistencia han tratado de evolucionar los principales partidos comunistas procedentes de la III Internacional, no siendo, finalmente, significativa la presencia de posiciones calificables como de izquierda revolucionaria.

Sin embargo, para entender los componentes de la crisis en que hoy se encuentra sumida Europa no vale con detenerse en lo más inmediato y aparente porque son varios los factores que se combinan, materializados algunos en la conciencia del pueblo y en su memoria histórica, derivados otros de una problemática más recien-

te. Son resumibles en los siguientes puntos:

- *La derrota del movimiento obrero revolucionario europeo en torno a los años veinte*, derrota cuya secuela fascista aniquiló la dimensión revolucionaria de las clases obreras más maduras y organizadas. Su potencial de resurgimiento se concentró en la defensa de la URSS, patria socialista y símbolo de la liberación futura.

- En la segunda mitad del siglo *el derrumbamiento del modelo socialista* significó la pérdida de la referencia tan cuidadosamente preservada que, sin solución de continuidad, se vio sustituida por la frustración de un socialismo real malformado que, a corto plazo, bloqueaba todo horizonte.

- *La amenaza a la supervivencia* tiene también una particular resonancia en la

Europa desgarrada de este siglo, por otra parte crecientemente consciente de que el riesgo para la vida proviene tanto de la pérdida de la paz como del progresivo de-

terioro de las condiciones de habitabilidad del planeta. La combinación de los peligros de guerra aniquiladora y de degeneración progresiva se convierte así en una realidad, en un verdadero síndrome que condiciona el comportamiento europeo.

- *La realidad brutal del Tercer Mundo*, con el que existen fuertes nexos históricos y actuales relaciones económicas, plantea el hecho diferencial y suscita la duda sobre si el bienestar relativo de Europa, incluido el de los sectores populares, no estará vinculado a los dramáticos problemas de millones de hombres, de forma que una mayor justicia para todos sólo pueda construirse sobre la base de un cambio de perspectiva y de renuncias en este continente.

- En este contexto, y como último punto, se presenta *la crisis económica* en

**Nuestra peculiar  
trayectoria histórica ha sido  
un lastre para cualquier  
política que aspire al progreso  
y a la democracia.**

la que continuamos sumidos, con el derrumbamiento de posiciones que se consideraban consolidadas, la reaparición de peligros casi olvidados, la pérdida de expectativas, el corrosivo avance del paro, con su secuela de división objetiva en el seno de la clase obrera.

En estas circunstancias no parece aventurado concluir que, *sin la confluencia de factores externos de carácter bélico o sin la profundización y pérdida de control de la crisis económica, no existe posibilidad de que surjan en un futuro previsible en Europa movimientos revolucionarios capaces de asentarse en el plano político*, es decir, no es pensable que en tiempo de paz pueda un país europeo aislado tomar y afirmarse en un rumbo revolucionario. De esta conclusión, sólo los interesados y miopes pueden deducir que el progreso sólo pueda construirse a partir de la aceptación del sistema capitalista. El tiempo de la historia es, a veces, lento y complejo, con períodos en los que parece perderse todo nexo con un futuro construido sobre bases distintas de las en el momento vigentes, períodos en los que sólo lo inmediato parece posible. En Europa estamos, y con gran probabilidad continuamos adentrándonos en uno de ellos, pero no en un contexto de estabilidad general que permitiría pronosticar su larga duración. Muy al contrario, la impotencia existe y crea una apariencia de inexpugnabilidad, pero al mismo tiempo los factores de crisis lo están invadiendo todo.

En efecto, no estamos ante una crisis que se produzca en el marco de una estructura de valores firmemente enraizada; lo más característico hoy en día es que el propio ámbito que delimita las referencias y la escala de valores a utilizar se ven ellos mismos cuestionados.

El hombre moderno no estaba acostumbrado a percibir y a analizar los *problemas a escala mundial*, sus esquemas, su capacidad para captar las contradicciones estaban forjados en un espacio más

reducido que, al desbordarse, le deja perplejo y desconcertado. Algo similar puede decirse de la *amenaza para la supervivencia de la humanidad*. A pesar de que la guerra y el exterminio hayan sido compañeros inseparables del proceso humano, nunca se habían combinado en este grado la conciencia de su existencia y la magnitud del riesgo. No sólo una élite, sino la generalidad de los hombres, al tiempo que aprenden a captar la dimensión global de la humanidad, tienen que enfrentarse con la evidencia de las tendencias autoaniquilantes. Resulta algo de difícil asimilación y muy improbable el poder asumirlo sin poner todo lo demás en duda.

Pueden considerarse como aspectos adicionales de similar naturaleza los siguientes:

- *El significado y contenido que deban atribuirse al progreso distan de estar claros*. Se ha perdido la firmeza de su identificación con el avance de la ciencia, con su utilización productiva a través de tecnologías de creciente complejidad. Tampoco es ya obvio que el aumento de los bienes materiales sea algo positivo, si se toman en cuenta los medios necesarios para conseguirlos. El crecimiento económico se ha desacralizado; aunque todavía persista como punto de referencia de las políticas corrientes hoy ya se sabe que no sólo es algo frágil, sino también un arma de doble filo. La confianza en el desarrollo de las fuerzas productivas, tan compartida por opuestas ideologías, está hoy más que nunca resquebrajada.

- *El propio sentido del trabajo se tambalea*, convertido su ejercicio en un privilegio que no comporta una verdadera realización y sin haber perdido su carácter de carga. Tan alejados de su versión bíblica,

**Una política progresista  
tendrá que enfrentarse  
con los problemas derivados  
del atraso y malformación histórica  
del Estado español.**

ca, como del componente de libertad que Marx le atribuía en la etapa comunista, se presenta como una pervivencia trastocada, porque es difícil mantener cualquier



ética fundada en el trabajo cuando su propia posibilidad es una incertidumbre o una esperanza inasequible. Y para la sociedad moderna se trataba de un valor

**El PSOE ha conseguido inhibir el obstruccionismo inmediato y activo de los núcleos duros del poder económico.**

fundacional y permanente, cuyas bases materiales hoy se están esfumando hasta el punto de que sin entender esto es imposible captar las raíces de muchos comportamientos —pasotismos diferenciales tan al uso— de la mano del crecimiento económico y de la transformación de la estructura social, *normas sociales vertebradoras de la sociedad civil se están viendo cuestionadas* —la célula familiar, el papel de la mujer en la sociedad, el control del propio cuerpo, la búsqueda de nuevas formas de convivencia—, sin que la sociedad sea capaz de imponer sus referencias culturales, limitada a intentar neutralizar sus componentes más subversivos por medio de la recuperación de los aspectos integrables.

Todo lo expuesto tiene importancia en sí mismo, pero a la vez comporta un nuevo condicionante para el tratamiento de los acuciantes problemas que plantea la crisis económica, porque es cierto que una política progresiva tiene que buscar soluciones a corto plazo apoyándose en la lógica del sistema, pero estas *soluciones no lo serán en realidad si se hacen con olvido de la perspectiva mundial y sin afrontar el resto de problemas profundos que subyacen en la crisis*. Para no encubrir la verdadera dificultad de lo que está en juego hay que señalar que a corto, e incluso a medio plazo, lo que puede favorecer a lo primero hay un gran riesgo de que vaya en contra de lo segundo y viceversa. Por añadidura, en el contexto europeo no hay espacio para las soluciones radicales de los problemas suscitados en este apartado, por lo que la dimensión temporal tiende a convertirse en el factor dominante, importando *más la combinación capaz de generar una dinámica que la valoración estática de los hechos aislados*.

La razón de incluir siquiera sea una alusión a la problemática teórico-política en un artículo construido en otro plano se apoya en que las nuevas interrogantes tienen un efecto, en modo alguno desdeñable, sobre los criterios orientadores de la práctica política. Puede, sin mayor dificultad, entenderse que hay elementos cuya definición parece imprescindible para razonar y establecer juicios consistentes.

En primer lugar, *la unidad de análisis, el espacio societario o geográfico que constituye objeto y referencia para la acción política*. Su clara delimitación se presenta como un requisito necesario para evitar la ambigüedad, porque si en un tejido interdependiente se diluye el carácter absoluto —la nitidez— de la unidad valorativa, surgirá la posibilidad, por ejemplo, de que lo que en principio parece regresivo a escala de país cobre un significado de signo opuesto —o al menos contenga relevantes componentes de esa naturaleza— a escala mundial y viceversa.

En segundo lugar, *la dimensión temporal* —no sólo porque se trate de fenómenos dinámicos que acontecen en un eje temporal—, sobre todo porque aunque supongamos por hipótesis que existen bien definidos criterios valorativos, el ritmo del tiempo histórico es casi irreducible a escala de tiempo personal, lo cual posibilita que lo que a una escala parece inmovilismo tenga en la otra un claro contenido de progreso. Se incluye aquí esta implicación por tratarse de un error de perspectiva al que la izquierda ha sido particularmente proclive, si bien no debe entenderse que el ajuste sea siempre en términos de tiempo histórico más lento, frente a un tiempo personal más rápido y acelerado. Aunque ésta sea la situación más frecuente puede haber casos en los que la relación se invierta y a escala individual se perciban como menos urgentes problemáticas que en perspectiva societaria e histórica lo

sean en grado extremo; por ejemplo, determinados riesgos ecológicos contemporáneos.

En tercer lugar, los intereses sociales que se defienden y promueven sólo pueden establecerse con rigor suficiente si, con carácter previo, lo han sido *los protagonistas sociales* a los que corresponden. Y de nuevo aquí la vieja seguridad con que se movía la izquierda, identificándose sustantiva y semánticamente en términos de clase, ha dado paso a una situación ambigua —diluida—, abierta, de un lado, a una lectura interclasista —o más bien aclasista y pretendidamente societaria—, mientras que, de otro, se parte a la búsqueda de los sujetos emergentes, de la nueva identidad o combinación social en la que resida —a la que pueda asignarse— el protagonismo del impulso histórico.

Finalmente, la identificación y el sentido que se atribuye al *sistema social* —al que supuestamente existe y al que pueda sustituirlo—. La dificultad surge si llegan a hacerse imprecisos los términos esenciales y definatorios del vigente —perdiéndose su verdadera dimensión de sistema consistente que opera y se reproduce de forma específica—, en cuyo caso es fácil atribuir a cualquier cosa carácter superador del capitalismo y que se desarrolle una retórica de este signo. Más aún si, en el otro lado, se pierde el perfil del modelo alternativo, bajo el impacto de experiencias históricas frustradas y de la inexistencia de una reelaboración teórica que sea capaz de asumir la realidad imprevista y difícilmente integrable en esquemas heredados en el viejo paradigma.

Sin necesidad de incluir nuevas perturbaciones, que existen simplemente combinando las citadas, se comprueba el ascenso y la creciente importancia que hay que atribuir al *concepto de transición* —insegura y a veces ciega transición—, y a la *problemática de procesos*, a cuya luz

debe releerse la articulación entre las pretendidas —y reales— *reformas y rupturas*.

### *La realidad española*

La actual situación española está atravesada por condicionamientos de similar naturaleza a los que caracterizan el presente europeo, aunque algunos de ellos estén necesitados de importantes matizaciones, fruto principalmente del menor y más reciente crecimiento económico, a su vez singular, y origen de una estructura social más cercana de fases intermedias del proceso de industrialización. Sin embargo, el rasgo más específico y diferenciador proviene de *nuestra peculiar trayectoria histórica*, peculiaridad que *se constituye en un verdadero lastre para cualquier política que aspire al progreso y a la democracia*.

Si en el caso europeo señalábamos la derrota del movimiento obrero en los años veinte como un elemento conformador de la realidad actual, en España sería poco sensato pensar que la *derrota en la guerra civil y la larga duración del franquismo*, hasta su extinción con la muerte del dictador, no fueran a marcar de forma determinante la memoria y el comportamiento de las principales clases y sectores de nuestra sociedad. La heroicidad y el desbordamiento de las energías del pueblo no se saldaron con una victoria, como tampoco los sacrificios y luchas bajo la dictadura consiguieron la hegemonía para las fuerzas populares.

Por otra parte, y aún con mayor entidad, no se puede olvidar que la modernización del país bajo un sistema democrático y en el seno del capitalismo ha sido la tarea inexorablemente frustrada de los dos últimos siglos, con el resultado de heredar hoy una *sociedad civil débil*, empobrecida e incapaz de imponerse a las instituciones seculares, Iglesia y Ejército, cir-

**Hay que aceptar como hecho incontrovertible la inexistencia de un proyecto global coherente de transformación de la sociedad.**

cunstancia vinculable a un *sistema político sin hábitos ni raigambre democrática*, en un *Estado arcaico* vuelto hacia el pasado, sin vitalidad para forjar unas nuevas bases que le permitan reencontrar su propio sentido en el mundo actual, refundando la *convivencia de los pueblos de España*. No sólo en el proceso histórico que conduce del siglo XIX a nuestros días no se han alcanzado estos logros, sino que el tiempo perdido con su secuela de solidificación de enquistamientos y de acumulación de agravios, magnifica todavía más la entidad de los problemas.

Sobre este telón de fondo se produce la *transición y el establecimiento de un régimen constitucional democrático*, en el que se reconoce a los partidos políticos un marco de libertades públicas, juego electoral y un conflictivo reconocimiento de la realidad plurinacional española. Transformación profunda respecto al franquismo, pero que tiene lugar sin que se modifique el poder económico, que sigue controlado por los mismos protagonistas, y sin que haya ruptura con criterios democráticos en el aparato de Estado. Se modifican los mecanismos institucionales, pero de partida no se cuestionan los poderes fácticos sobre los que se sustentó el fascismo. Puede considerarse un proceso abierto, aún sin concluir, que en su singularidad ha producido avances y generado hipotecas.

Durante este período *la crisis económica* continúa agravándose a pesar de que la izquierda colabora, acepta los sacrificios que impone la racionalidad del sistema capitalista y desmantela, de forma paulatina, la dinámica de masas; éstas no penalizan este comportamiento y la izquierda reformista, que juega a fondo y con habilidad a la mecánica electoral, se consolida hasta el punto de que mientras desaparecen todas las posturas revolucionarias del panorama político español, emerge el PSOE como irresistible fuerza en ascenso.

A partir del análisis que llevamos realizando y contando con la innegable ventaja de juzgar hechos ya acaecidos, no tiene nada de sorprendente la *posición de claro predominio dentro de la izquierda que la transición política ha otorgado al PSOE*. El desprestigio de todo lo que se vinculara al modelo de socialismo real, unido a la demanda de reformas y cambios, confería al PSOE, a pesar de no tener un proyecto autónomo consolidado, un claro espacio objetivo que supo aprovechar con su buena imagen electoral, favorecido todo ello por la carencia de otras opciones. Porque, en efecto, el PCE, aunque hubiera percibido la tendencia existente en la sociedad, no supo transformar con suficiente rotundidad ni sus posiciones (URSS, III Internacional, organización), ni su imagen (mantenimiento de los viejos dirigentes), mientras que la extrema izquierda, lastrada por errores y dogmatismos, tampoco acertó a conservar, en una evolución general que no la favorecía, las posiciones conseguidas en la lucha contra el franquismo. Más tarde, ya sin nada significativo a nivel estatal a su izquierda, el PCE fue incapaz de dar una salida positiva a sus contradicciones internas, enfangándose en un proceso de regresión y de pérdida de implantación social.

Así las cosas, se llega a una situación en la que el PSOE, *triunfador absoluto de las elecciones generales*, es el partido del gobierno. Tal vez, también, porque en un tiempo de perplejidad es el que formula una propuesta más coherente, más sincera, con una sintonización real con los problemas, porque esa actitud nace de su propia condición, en circunstancias en las que la indefinición teórica se convierte en virtud y la aparente debilidad orgánica en fuerza.

---

**El PCE fue incapaz de dar una salida positiva a sus contradicciones internas.**

---

El hastío, la repulsa de la continuidad, son profundos en el cuerpo social y nadie podrá negar al PSOE el no haber sabido levantar la esperanza y una actitud positi-

va en amplios sectores ciudadanos. Incluso ha conseguido desde la *incontrovertida legitimidad democrática de su mandato y la modestia de sus propuestas transforma-*

**El PSOE ha formulado una propuesta que sintoniza realmente con los problemas.**

*doras en el terreno económico*, inhibir el obstruccionismo inmediato y activo de los núcleos duros del poder económico, para los que, señalémoslo, el triunfo del golpismo —cuyos apoyos potenciales no han sido desmantelados— resultaría disfuncional en las actuales circunstancias.

El PSOE se enfrenta con las tareas pendientes y con la responsabilidad de la acción de gobierno con todos los factores favorables enunciados, pero también con un partido en el que la organización y la vida interna apenas han tenido tiempo para consolidarse, sangrado por el traslado al aparato del Estado de gran parte de sus componentes más ricos, sin haber resuelto su inserción en la sociedad, acosado por el inevitable oportunismo de muchas incorporaciones, sometido, finalmente, a las tendencias objetivamente corrosivas que genera el ejercicio del poder en organizaciones e individuos.

Hablar de las tareas pendientes podría llevar a transitar por un espacio a caballo entre la retórica y la utopía si el discurso no fuera referido a las que se consideren *objetivos concretos planteables en el contexto y circunstancias antes descritos*. Con esta delimitación dejamos fuera, en primer lugar, lo que correspondería a otra etapa histórica distinta de la que nos encontramos (ruptura con el capitalismo, transición socialista, etc.), en segundo lugar la especificación articulada de un programa, es decir, lo que no es concretable al nivel de generalidad en que nos movemos (políticas generales, ámbito institucional, definición estructural).

Si asumimos el diseño esbozado, es obvio que una política progresista tendrá que enfrentarse con los problemas derivados del atraso y malformación histórica

del Estado español, del contexto internacional de la crisis civilizatoria y de la crisis económica, pudiendo esta combinación de planos articularse en los siguientes términos:

1. *Revitalización y enriquecimiento de la sociedad civil*, abordando con fuerza e imaginación todo lo que se refiere a la educación, la cultura, los medios de comunicación, etc., con medidas que penetren en el tejido social, favorezcan el conocimiento y la crítica y confieran protagonismo a los ciudadanos, no sólo aislados, sino especialmente a partir de sus formas organizativas de base.

2. *Consolidación del sistema democrático*, entendido en un sentido amplio, concebido en términos de presencia activa de las personas y los sujetos sociales en la vida colectiva, lo cual requiere:

- Un verdadero desarrollo de las libertades públicas.
- Asentar la supremacía del poder civil.
- Afrontar en su verdadera dimensión la cuestión nacional.
- Vincular el sistema político al cuerpo social, recuperando la honestidad de la función pública, potenciando las atribuciones y medios de los niveles autonómico y local, e intentando que el seno de las empresas no queden al margen del control y garantías democráticas.

3. *Modernización del Estado*, porque sin una reforma profunda de la Administración Pública y de la función de las Fuerzas Armadas, no cabe concebir estadios sucesivos en una política de progreso, que se vería privada de los instrumentos y la seguridad mínimamente requeridos.

4. *Afirmar la independencia nacional y la solidaridad internacional*, con un claro antibelicismo, sin vinculación a bloques, conectando con la tradición de neu-

tralidad española, redescubriendo su plena vigencia, sin abdicar de la más cabal pertenencia a Europa, pero también con una postura activa y solidaria con los pueblos del Tercer Mundo, en particular los que nos son más próximos, valorando su potencialidad y la importancia que puede llegar a tener una postura coherente y decidida de apoyo a su progreso y afirmación nacional.

5. *Asumir, con sensibilidad y sentido de la responsabilidad los condicionamientos que impone la crisis civilizatoria* en la fijación de la política corriente, en las opciones de reestructuración energéticas, de tecnología, de ritmo de crecimiento, iniciando el aprendizaje que debe llevar a encontrar un contenido progresivo a objetivos que no se vinculan al continuo aumento de los bienes materiales.

6. *Actuar sobre los protagonistas y las reglas de juego económicos con los siguientes criterios:*

a) Liberalización del juego económico

en todos los ámbitos en que sea posible, sin proteger situaciones de privilegio o de ineficacia, demostrando que, en la actual etapa, liberalización-socialización es una falsa contradicción alentada por una derecha proclive a la defensa de los monopolios y a la inmoderada pervivencia del proteccionismo.

b) Revalorizar el sentido y la necesidad de las prestaciones y equipamientos colectivos, como componente constitutivo no tanto del tiempo pasado como del futuro previsible.

c) Fortalecimiento del sector público, como instrumento imprescindible que tiene que estar dotado de eficacia y transparencia.

d) Tendencia a limitar, por razones antimonopolistas y estratégicas, el poder disfuncional y desproporcionado de que hoy dispone la oligarquía.

e) Reorientación de las relaciones con el capital extranjero invertido en España, sobre bases conscientemente establecidas que, sin olvidar la realidad de una economía internacionalizada, busquen fomentar nuestra viabilidad autónoma, a través del control creciente de nuestras propias decisiones y el racional apoyo a posibilidades internas hoy inhibidas.

Estas orientaciones no tienen por qué constituir un obstáculo, sino todo lo contrario, para una gestión económica eficaz de los problemas inmediatos: paro, desigualdades, reestructuración, posición en la división internacional del trabajo, etc., problemas, sin embargo, cuyo análisis escapa a las posibilidades e intención de esta reflexión.

## Conclusiones

Definido el contexto más general, los rasgos globales de la situación española y las tareas en ella pendientes, estamos ya

en condiciones de intentar una formulación de conclusiones que sin abandonar el tono general del discurso sea a la vez suficientemente precisa como para elucidar líneas de actuación práctica. Para hacerlo vamos a partir de una doble constatación:

1. *En Europa, y en particular en España, ni las condiciones existentes —objetivas y subjetivas—, ni su previsible desarrollo permiten, en el período histórico que podemos contemplar, trabajar sobre la hipótesis de una ruptura revolucionaria, salvo confluencia de factores externos ya aludidos.*

2. Al margen de que existan o no tales condiciones, hay que aceptar como un hecho incontrovertible la *inexistencia de un proyecto global coherente de transformación de la sociedad*, porque ni existe una crítica suficiente de las experiencias fallidas, ni las potenciales fuerzas revolucionarias disponen de un modelo alternativo

que, asumiendo dichas experiencias, resulte consistente, ni tampoco hay planteamientos con solidez teórica y enraizamiento político capaces de orientar una posible transición hacia el socialismo.

Cabría argumentar que los puntos citados no suponen nada negativo para una política de progreso, incluso para una política socialista, porque la inexistencia de un modelo alternativo de sociedad y la carencia de una estrategia para alcanzarlo son pruebas de la madurez de una sociedad que, conscientemente, abandona los derroteros de la utopía y las tentaciones del dogmatismo. En tal enfoque, se presentaría como suficiente un proyecto de reformas, alentado por motivaciones subjetivas y con una fuerte componente ética, que aspiraría a superar el capitalismo, sin más.

Si, por el contrario, se considera, y en mi opinión es así como debe considerarse, que para que la superación del capitalismo no sea una retórica hueca hay que plantearse la necesidad de desembocar en un sistema social necesitado de una estructura y un funcionamiento distintos, pero de similar rango a los del capitalismo, incluida su capacidad para reproducirse, entonces el segundo de los puntos citados configura una grave carencia y se constituye en verdadera hipoteca para una política de izquierda.

Desde esta perspectiva, son dos las líneas de trabajo que pueden formularse. La primera buscaría la *gestación y desarrollo de un nuevo proyecto político de izquierda* capaz de subsanar el vacío citado en segundo lugar y en relación con ello, de potenciar las fuerzas negadoras del capitalismo y portadoras de elementos de una sociedad alternativa. Su campo de actuación podría estar tanto en la elaboración intelectual, como en los movimientos emergentes o incluso en el trabajo dentro de formaciones políticas que lo posibiliten.

La segunda reivindicaría la coherencia que puede tener en Europa, en este momento histórico, la *lucha por objetivos concretos, aunque no estén engarzados en una visión de conjunto*, en una estrategia omnicomprendiva. Implicaría participar a través de los cauces de acción existentes en determinadas tareas, con consciente despegue de las concepciones legitimadoras dominantes en los cauces utilizados, sin renunciar, por tanto, a la posibilidad de discrepar de las fundamentaciones inspiradoras, aceptando el carácter histórico limitado de los objetivos posibles, pero también el contenido progresivo que comportaría su consecución al sentar las bases de desarrollo de un futuro proyecto socialista.

Este camino implica aceptar que, aquí y ahora, el avance hacia una sociedad superadora del capitalismo sólo puede hacerse por medio de un *proceso de acumulación de rupturas cualitativas puntuales*, que enriquezcan con sus experiencias el proceso global y den tiempo a que madure la hoy inexistente configuración de éste. Es obvio que esta vía se contrapone a la que busca concentrar la ruptura en una unidad de acto, pero tampoco debe ocultarse que su gran riesgo es perder el horizonte y asumir el reformismo con su sentido más restrictivo porque, ¿cómo identificar las reformas que son rupturas cualitativas, distinguiéndolas de las que son pura gestión del sistema capitalista? No creo que pueda haber respuesta general solvente, siendo sólo a través del análisis concreto de cada situación histórica como pueden alcanzarse las necesarias delimitaciones, a partir de criterios generales que ellos sí pueden establecerse.

*España, 1983-1986*

**La superación del capitalismo sólo puede hacerse por medio de un proceso de acumulación de rupturas cualitativas puntuales.**

A comienzos de diciembre de 1982 resulta difícil distinguir entre la magia del ensueño y la cruda realidad de los procesos sociales. Se llega a tener la sensación

de que el PSOE ha realizado un ejercicio de estilo y que su propuesta —«podemos hacerlo, pongámonos a funcionar»—, ha cultivado a la colectividad tocando su fi-

---

**El PSOE ha realizado un ejercicio de estilo y su propuesta ha cautivado a la colectividad tocando su fibra sensible.**

---

bra sensible, predisponiendo a la aceptación de sacrificios y transformaciones. Nadie es culpable, todos somos protagonistas. Es la historia del grano de arena y la rehabilitación de los hijos pródigos. Todo puede cambiar sin necesidad de desgarramientos, si hay suficiente buena voluntad. No hay nada de ridículo en esta situación. Encierra un potencial y tiene unas limitaciones. Tan erróneo sería ignorar lo uno como negar lo otro. Tomándolo como punto de partida se pueden establecer los *posibles escenarios*.

*El primero, es el de un PSOE prisionero de la fórmula que le ha dado el éxito, empeñado en la conservación a toda costa del clima social de concordia general, para ello dispuesto a plegarse al realismo de los hechos, abdicando de toda intención transformadora que tenga que pagar el precio de su cuestionamiento. Esta política se basaría en el aislamiento de situaciones y estamentos problemáticos, buscando su superación por la vía de enfrentarlos con el bien común general; sería, por tanto, una política elusiva de las contradicciones sociales profundas y encontraría su límite en el que tiene en una sociedad como la española el impulso ético interclasista. Un límite severo, porque no es ningún talismán. La práctica de esta política tendería a alimentar la necesidad de su continuidad, ya que los procesos que serían su fruto crearían su propia racionalidad.*

*Este escenario difícilmente puede considerarse una verdadera opción para la transformación de la sociedad española, ni siquiera para una modernización significativa de la misma; no crearía la dinámica mínimamente necesaria; entre otras, por las siguientes razones:*

- *Su apertura a la sociedad tendería a ser limitada, utilizando la parte más tecnocrática y menos progresiva de sus fuerzas, sin tan siquiera abrirse a la aporta-*

*ción de los sectores más avanzados del propio partido.*

- *La lectura de la *cuestión nacional* nunca desbordaría los estrictos límites que permite la interpretación tradicional, a todas luces insuficiente.*

- *La *política económica* podría aspirar a la eficacia y a la buena gestión convencionales, pero sin cuestionar posiciones relevantes estructuralmente, sin enfrentarse con las más importantes restricciones.*

- *El tratamiento de los condicionantes y exigencias de la *crisis civilizatoria* no irían más allá del terreno especulativo y retórico, siempre aplazadas las medidas concretas por la lógica de las realidades inmediatas.*

En resumen, nos encontraríamos con que el contenido real del impulso inicial se quedaría en una propuesta de *alternancia política —no cualitativa— respecto a los partidos de la derecha*. Aún en estos términos podría mantener el PSOE un importante espacio electoral, si bien el resultado final dependería de la asimilación interna por el partido y también de que aparecieran o no otras propuestas con contenido sustantivo de izquierda, articulación organizativa y credibilidad social.

*El segundo escenario es el de un PSOE que después del camino que permita recorrer el impulso inicial, tratara de hacer una lectura progresista de su propuesta programática, intentando convertirse en cauce capaz de vehicular las rupturas cualitativas puntuales que la sociedad española necesita abordar para modernizarse y para no cegar la vía de un desarrollo socialista. Un PSOE empeñado en gene-*

rar un proceso efectivo de cambio social, proceso que es incapaz de sostenerse sobre simples bases de estilo y eficacia, no sustentadas por una verdadera vertebración social y una voluntad política que, conscientemente, esté dispuesta a afrontar, y resolver, las previsibles e inevitables resistencias sociales.

Esta política tendrá que manifestarse en cuestiones puntuales clave, marcando claras diferencias con las enunciadas en el primer escenario:

- El estilo tendería a convertirse en contenido y en participación, de forma que la llamada línea caliente entre el gobierno y los ciudadanos evolucionara desde la forma hacia la sustancia, abriéndose a nuevas vías de *presencia del pueblo en los asuntos políticos*, desbordando las

tentaciones del amiguismo y de la tecnocracia aséptica, para utilizar lo más válido, comprometido y competente que pueda generar la sociedad, acumulando, así, las fuerzas necesarias para sustentar el cambio.

- *La defensa de España como proyecto unitario* debería progresivamente concebirse no como un apriorismo metafísico, sino como un gran objetivo histórico, cuya consecución tiene que partir de la aceptación de la diversidad de sus pueblos —aceptación entendida en sentido profundo—, del respeto a su identidad y al ejercicio de su libertad como tales, en suma, de su voluntaria integración en la convivencia y el diseño colectivos, refundando con sensibilidad y prudencia el sentido del Estado.

- La *política económica*, tal vez, tendría que continuar siendo el *terreno de las más limitativas transacciones* si se quieren evitar antagonismos que, en el actual contexto, no se podrían doblegar y bloquearían, en cambio, el progreso en el resto de planos. La gravedad de la crisis y la seve-

ridad de los condicionamientos dejan —en el marco de la lógica del sistema y en ella nos movemos— poco margen de maniobra. En términos generales, el predominio de medidas firmes y austeras no parece pueda, a corto plazo, encontrar sustanciales contrapartidas para los trabajadores. Sería, por el contrario, *gratuito que la socialdemocracia lo invadiera todo*, no sólo lo que parece inevitable sino también aquellos terrenos en lo que nada antagónico impide un enfoque distinto, un verdadero cambio cualitativo en la concepción y en el funcionamiento. Esos terrenos existen. Así, implicaría no sólo carencia de imaginación sino falta de voluntad política para el cambio que las reformas en el área de la empresa pública fueran superficiales —pura cosmética—, con los mismos métodos y hombres que la gestionaron bajo el franquismo o en la

**Sería gratuito que la socialdemocracia lo invadiera todo, incluso en terrenos donde nada antagónico impide un enfoque distinto.**

etapa de UCD, sacralizando de nuevo la falaz asepsia tecnocrática, renunciando a lo posible, asumiendo la impotencia. *En el ámbito económico, en las limitadas esferas en que el cambio cualitativo es posible, sería por ello más grave y políticamente más significativo que predominara la inanidad, la pura continuidad de lo mismo, con los mismos.*

- Finalmente, una distinta comprensión —tal vez fuera suficiente con una comprensión a secas— de la *crisis civilizatoria* debiera permitir enfrentarse con el crecimiento económico, con la articulación formación-trabajo-ocio, con los «marginalismos» sociales, desde unas coordenadas distintas a las de la interpretación y la moral convencionales hoy dominantes. Sería excesivo pretender que los enfoques radicales se convirtieran en inspiradores de la acción de gobierno, pero sería, por el contrario, frustrante que ni siquiera emergiera *una nueva sensibilidad*.

Establecidos, con la inevitable simplificación, los escenarios, siempre será po-



sible la pregunta —y con ella la duda—, sobre dónde se encuentra la acumulación de rupturas puntuales —la realización de tareas pendientes— que marca el nivel de

## La modernización del país ha sido la tarea frustrada de los dos últimos siglos.

*suficiencia*. ¿Cuáles son imprescindibles y cuál el grado de profundidad para alcanzarlo? No creo que haya respuesta *a priori*. Las arriba glosadas han sido seleccionadas con intención, pero más a título de ejemplo que como prioridades fuertes entre las tareas pendientes. Tampoco se puede desconocer que la complejidad de las situaciones que pueden plantearse es imprescindible. A pesar de ello, sí cabe pensar que *la tendencia dominante será suficientemente perceptible como para permitir, a estos efectos, valoraciones políticas*, tomando en cuenta el contenido de la acción de gobierno y también la actitud de la derecha ante ella.

Es obvio que no están los tiempos para esquematismos y el intentar leer el sentido profundo de los procesos no implica desprecio de la necesidad de medir los momentos, el lenguaje, la generación de las propias fuerzas, el aislamiento de la reacción, la oportunidad de los avances. El énfasis y el desarrollo temporal vendrán, cómo no, influidos por las contradicciones internas y por la evolución del contexto exterior. Reconocerlo no invalida nada de lo hasta aquí dicho. Todo lo contrario.

Por otro lado, es también cierto que el proyecto de cambio puede fortalecerse si se consigue recuperar a la izquierda hoy dispersa —restos de un naufragio—, y sobre todo, si se consigue hacerlo sin que se pierda su fibra más fértil, porque, a pesar del desbordamiento de votos, no van a sobrar fuerzas en este país para conseguir que el mensaje de cambio se convierta en un proyecto efectivo de cambio. Ligado a ello, en la deseable hipótesis de que llegue a predominar el segundo escenario, quedaría en pie una última pregunta. ¿Puede el PSOE ser un terreno que permita, aunque conscientemente no lo aliente, la con-

figuración, ligada a la práctica, de un verdadero proyecto político de izquierda, en el sentido que aquí le hemos atribuido? Sólo se le puede dar una respuesta condicionada, enunciable en forma negativa: no se crearán condiciones en el terreno estrictamente político para que fragüe una opción política de izquierda adaptada a la situación española sin que el PSOE ejerza el poder y decante de manera suficiente su condición, cerrando en un sentido u otro la expectativa hoy abierta tras casi cincuenta años de gobierno dictatorial o de derechas. Si la respuesta fuera positiva y el PSOE permitiera en su seno tal dinámica, no sólo consolidaría su posición, sino que incluso la reforzaría en el seno de la izquierda, incorporando fuerzas que hoy se mantienen en una postura distante. No parece tenga demasiado sentido intentar ponderar el eventual impacto electoral de tal comportamiento, porque depende de factores hoy imponderables. En la hipótesis de una respuesta negativa a la pregunta formulada, el rechazo del PSOE, en el ámbito de la izquierda más progresiva, sería precisamente la condición necesaria, el factor que abriría nuevas posibilidades a la gestación de fórmulas que, entroncando con los aspectos válidos de una tradición de izquierda, asimilaban críticamente las experiencias frustradas, abriéndose a planteamientos capaces de conseguir presencia política y apoyo popular, por su línea política, por su propuesta organizativa y por su inserción social.

Para terminar, hay que ratificar la plena vigencia en la España de hoy de la opción establecida en las conclusiones de orden general:

1. Contribuir al desarrollo de un nuevo proyecto político de izquierda.
2. Luchar por objetivos concretos que supongan rupturas cualitativas puntuales en nuestra sociedad.

Sin embargo, es igualmente coherente con el análisis realizado, y avanza un grado de concreción, la siguiente *propuesta*:

1. *Apoyo incondicional al respeto y a la consolidación del PSOE como gobierno del Estado.* En particular, si los poderes fácticos y la derecha dura trataran de impedir o bloquear la normal función de gobierno por medios que pueden ir desde el golpe al obstruccionismo social y parlamentario.

2. *Colaboración profunda y crítica sincera* —ya en 1983 y con la esperanza de que no sea recibida desde la desconfianza o con un mal entendido sectarismo—, *ayudando a que predominen los factores*

*que conducen al segundo escenario* —el único capaz de conseguir el cambio, si asignamos sentido a tal palabra, en España.

3. *Toma de postura fundamentada, sin excluir su vertiente orgánica*, en función de la línea política y organizativa que se afirma a medio plazo —y es difícil pensar que en 1984/85 no se pueda establecer la necesaria valoración.

Creo que es así como, desde la izquierda, se puede participar y promover honesta y coherentemente el cambio. Un cambio que es la gran oportunidad de nuestro pueblo y en el que todos debemos sentirnos implicados.

---

# LA OCUPACION ISRAELI DE GAZA Y CISJORDANIA

José M. Mohedano

---



# 6

---

**Si el poder de la conciencia y el espíritu internacional no hubieran demostrado ser todavía tan débiles quizá tampoco habríamos tenido que lamentar después las brutales matanzas en los campamentos palestinos de Sabra y Chatila.**

Porque, invadiendo el Líbano, Israel no ha hecho sino aplicar una vez más el procedimiento que hasta el presente tan buenos resultados le ha proporcionado: tratar de hacer olvidar la gravedad y falta de fundamento de sus agresiones ejecutando impunemente a continuación otras más crueles e injustificadas.

En la tremenda espiral de aceptaciones

y claudicaciones que Israel impone desde hace años en la vida de las relaciones políticas internacionales, la anexión de la meseta del Golán el 14 de diciembre de 1981, sin consulta alguna de la población afectada, no es la menos importante. Y si sobre este territorio sirio ocupado por el ejército israelí desde 1967 ya se ha extendido la ley, la administración y la jurisdicción del Estado de Israel, todos los signos

de su política hacia Gaza y Cisjordania sólo permiten extraer una conclusión razonable: que, en contra de *todos* los planes de paz propuestos para esa región del mundo, Israel sólo busca y pretende la anexión ilegal y violenta de estos territorios palestinos.

**Israel sólo busca  
y pretende  
la anexión ilegal y violenta  
de estos territorios  
palestinos.**

Jurídicamente, la creación de una administración civil con competencias propias al lado de la administración militar no viola el Reglamento de La Haya de

Desde la proclamación de Jerusalén como capital de Israel en julio de 1980<sup>1</sup> se han ido agravando los atentados a la integridad política y territorial de Gaza y Cisjordania mediante la transformación de la administración militar en administración civil, la destitución de los alcaldes y de los gobiernos municipales y el desarrollo y extensión de la política de asentamientos israelitas en los territorios ocupados.

1907 ni la Cuarta Convención de Ginebra de 12 de agosto de 1949 sobre protección de personas civiles en tiempo de guerra. Pero la promulgación desde 1967 de más de mil ordenanzas militares en todo tipo de materias relativas a la vida civil, la transformación de su mayor parte en legislación israelí ordinaria y el poder reconocido a las autoridades civiles para dictar normas de carácter permanente que se integran en la legislación general violan el artículo 43 del Reglamento de La Haya que obliga al ocupante a «respetar, salvo impedimento absoluto, las leyes en vigor en el país»<sup>2</sup>.

*La transformación de la administración militar en administración civil*

*La destitución de los Alcaldes y de los gobiernos municipales*

El 1 de noviembre de 1981 fue creada en Cisjordania y en Gaza una administración civil dirigida por Ménahen Milson.

La Administración civil israelita ha destituido por «falta de colaboración» a los siguientes alcaldes y sus gobiernos municipales, entre otros: el 18 de marzo de 1982 al alcalde de El Bireh (Ibrahim Tawil), el 25 de marzo a los de Naplouse (Bassam Chakaa) y de Ramallah (Karim Khalaf), y el 30 de abril al de Anabta (Walid Hamdallah).

A primera vista, esta modificación de la estructura de las autoridades de ocupación no entrañaría una importancia de especial gravedad. Sin embargo, la sensación que tiene la población palestina de que con esta decisión se da un paso más hacia la anexión se corresponde plenamente con la realidad jurídica.

Precisamente estas destituciones fueron, en parte, el origen de las protestas y graves incidentes de los meses de marzo y abril de 1982 que produjeron al menos quince muertos y 160 heridos entre la población palestina.

En efecto, la ordenanza militar 947 decretada el 8 de noviembre de 1981 establece que los actos adoptados por esta administración civil serán considerados como integrantes de la legislación ordinaria y no como leyes de seguridad. Por otra parte, las ordenanzas militares más importantes dictadas para estos territorios desde 1967 han ido perdiendo su carácter provisional para adquirir el carácter de derecho permanente e integrarse en la legislación israelí.

*Los asentamientos de población*

La política de creación de colonias israelitas en los territorios ocupados es muy conocida. No obstante, entre 1967 y 1977 el número de asentamientos fue relativamente limitado. Las concentraciones,

como la de Kiryat Arba, se establecieron fundamentalmente en el valle del río Jordán por razones a la vez estratégicas y agrícolas. En total, unos 60.000 israelíes fueron instalados durante este período en quince cooperativas tipo Kibbutzim en el conjunto de los territorios ocupados (Cisjordania, Gaza, Golán y Jerusalén Este).

Pero a partir de 1977-1979 se puso en marcha un plan de colonización sistemático para asentar de 120 a 150.000 israelitas hasta 1985<sup>3</sup>. El objetivo de este plan propuesto por el Sr. Droblés, jefe del Departamento de Colonización de la Agencia Judía, en 1979 y complementado en 1981, está claro: «No debe haber ninguna duda sobre nuestra intención de conservar Judea y Samaria (Cisjordania). La mejor y más eficaz manera de conseguirlo es acelerar los asentamientos en la región».

Estas colonias israelíes son, en primer lugar, de carácter rural aunque su interés agrícola es prácticamente nulo. Pero permiten controlar las ciudades palestinas e impedir, en último término, la comunicación entre ellas. Son ocupadas, sobre todo, por los extremistas religiosos del Gush Emmunim —El Bloque de la Fe— apoyados por el partido Likoud y sirven de centros de formación militar-religioso para los jóvenes extremistas que constituyen verdaderos comandos armados.

Los otros asentamientos son las colonias urbanas cuyo ritmo de construcción se ha acelerado en los últimos dos años. Rodean la mayor parte de las poblaciones de Cisjordania desde que fue anexionada Jerusalén Este. En total han sido construidas ya 30.000 viviendas que pueden albergar a 120.000 personas. Y aunque un gran número de ellas no están todavía ocupadas, por supuesto su uso está prohibido para los palestinos.

En un país en el que las dos terceras partes de la tierra no están registradas y

carecen de títulos escritos —en la época de los turcos la propiedad se adquiría por el uso y por la transmisión hereditaria— las disposiciones de excepción<sup>4</sup> que dan cobertura a la extensión de las colonizaciones permiten apropiarse de un buen número de propiedades palestinas y sirven de base jurídica para la destrucción de casas o barrios enteros<sup>5</sup>.

Quizá sea ocioso señalar que en el plano del derecho internacional, el artículo 46 del Reglamento de La Haya establece que la propiedad privada «no puede ser confiscada». Este sistema de asentamientos viola también el párrafo 6.º del artículo 49 de la cuarta Convención de Ginebra —ratificada por Israel el 6 de julio de

**La promulgación  
de ordenanzas militares  
en todo tipo de materias relativas  
a la vida civil violan el  
Reglamento de La Haya.**

1951— según la cual «la potencia ocupante no podrá proceder a transferir una parte de su propia población civil al territorio ocupado por ella».

Si Israel se autorreconoce como uno de los Estados más democráticos del Próximo Oriente, estos principios democráticos, especialmente la libertad de expresión, apenas tienen vigencia en los territorios ocupados.

De entre los muchos diarios palestinos editados en Jerusalén Norte, varios —como *Al Attali'Ah*— están prohibidos en Cisjordania y Gāza y tampoco pueden ser distribuidos en territorios israelíes. Los demás necesitan una autorización semestral para su difusión en las zonas ocupadas. Y todas las publicaciones están sometidas a censura previa. Por su parte, los periodistas palestinos carecen de estatuto profesional si no se afilian a un sindicato israelí y sus detenciones son frecuentes.

Las Universidades palestinas de los territorios ocupados —especialmente las de Al Najah, Bir Zeit y Bethlém— están controladas por los ocupantes y directamente por un oficial militar que puede tomar cualquier tipo de medida incluido el cierre

sin limitación de tiempo, motivado por «consideraciones de orden público».

Igualmente, cualquier manifestación que ponga en cuestión la autoridad israelí o el simple despliegue de la bandera palestina, están prohibidos.

Los palestinos que trabajan en Israel no pueden pasar allí la noche. Más de 100.000 palestinos son obligados diariamente a ir y venir desde su poblado al lugar de trabajo añadiendo cuatro horas más de trayecto a su horario de trabajo.

A algunos alcaldes se les ha asignado un domicilio obligatorio, vigilados por guardianes que les acompañan en sus desplazamientos. Incluso hay días en que les está prohibido abandonar el domicilio.

El ejército puede detener discrecionalmente a cualquier persona durante 18 días. Esta detención, sin recurso judicial, puede prorrogarse hasta seis meses por la autoridad gubernativa y renovarse por el mismo período y sin inculpación ni juicio ni comunicación al interesado de los motivos de la detención ni de las pruebas que hay en su contra.

La población palestina ha sido víctima, en el curso de estos últimos años, de violencias cometidas no directamente por la autoridad israelita, sino por los colonos o por miembros de grupos extremistas o de carácter paramilitar. En este sentido, el mundo entero conoció los atentados perpetrados el 2 de junio de 1980 contra los alcaldes de Napleuse, Ramallah y El Bireh en el Bassam Chakaa (de Napleuse) perdió las dos piernas y Karim Khalif (de Ramallah) su pierna izquierda.

La situación de los palestinos en las prisiones israelitas es altamente alarmante. Sólo cabe la comparación con los países que no alcanzan los mínimos democráticos. Desde las detenciones de noviembre

de 1981 y de marzo-abril de 1982 las prisiones están superpobladas: en celdas para cinco personas se amontonan quince prisioneros. Observadores internacionales han comprobado cómo los detenidos sólo podían dormir en posición de sentados para dejar sitio a los demás.

Estas condiciones de detención no sólo son penosas por la situación material que reina en las prisiones y campos de detención, sino también a causa de los malos tratos infringidos a los prisioneros. En 1980, dos prisioneros murieron a causa de malos tratos en la prisión de Nafha y después de los incidentes de noviembre de 1981 y marzo-abril de 1982 hay numerosos testimonios de las humillaciones y brutalidades producidas por los soldados israelíes contra los detenidos.

La última cuestión son los atentados a los derechos económicos, sociales y culturales de los palestinos.

El derecho al trabajo de los palestinos tiene diversas restricciones:

- a) Carecen de la protección social y sindical de los trabajadores israelíes porque no pueden sindicarse y su salario es frecuentemente el 50 % inferior al de un israelí.
- b) El acceso a ciertas profesiones está sometido a licencia cuyo otorgamiento está subordinado a la afiliación a unas ligas ideológico-profesionales consideradas por la población palestina como una forma de colaboración con el ocupante y, por Jordania, como una traición, posible objeto de sanciones graves.
- c) Algunos comerciantes han sido también víctimas de restricciones como represalia por las protestas contra la extensión de las colonias.

Existen unos servicios de salud palestinos en Cisjordania y Gaza, pero Israel no hace nada por ayudar a desarrollarlos y mejorar. El funcionamiento cotidiano de

**La política económica  
hacia los territorios  
ocupados subordina por entero  
su desarrollo  
a los intereses israelíes.**

los hospitales y dispensarios palestinos chocan con toda suerte de obstáculos puestos por la administración israelí. Están muy mal equipados y sólo obtienen

productos de primera necesidad. Puedo contar una anécdota tristemente significativa: en septiembre de 1981 llega al puerto de Haifa una ambulancia enviada por una organización humanitaria alemana para un hospital de Cisjordania. Quedó bloqueada en la aduana hasta marzo de 1982 y dos meses después todavía no había podido ser matriculada.

La política económica de Israel hacia los territorios ocupados tiene por objeto subordinar por entero su desarrollo económico a los intereses israelíes mediante la prohibición o severa contingentación de las exportaciones de ciertas categorías de productos de Gaza y Cisjordania, la supresión casi total del sistema bancario palestino, la negativa a que los municipios palestinos puedan programar sus proyectos de desarrollo económico y la prohibición, en fin, de cualquier proyecto económico o industrial palestino que compita mínimamente con la economía israelí.

No contento de haberse anexionado Jerusalén Este, Israel procede continuamente a la expropiación de barrios árabes que son destruidos y reconstruidos para convertirse en barrios judíos. En espacio de más de diez años he viajado a Jerusalén Este antes y después del año 1967 y he podido comprobar la modificación del carácter árabe de una parte de la ciudad y los graves atentados contra su urbanismo tradicional, pues los nuevos barrios, a pesar de un cierto esfuerzo estético, se integran

---

**Parece como si Israel  
lo que quisiera  
son los territorios  
ocupados  
pero sin su pueblo.**

---

mal en el conjunto histórico y cultural. Además existen otros proyectos tan rechazables urbanísticamente como el proyecto de hacer dos niveles de circulación en la ciudad.

La dimensión de los atentados contra los derechos más fundamentales de los palestinos, en tanto que pueblo y también en tanto que individuos, está lejos de haberse hecho exhaustivo en este trabajo. Es suficiente constatar que las autoridades israelíes no dejan en ninguna ocasión de contrariar a los palestinos en sus aspiraciones más modestas, da igual que sea en su vida pública como en su vida privada.

Parece como si Israel lo que quisiera son los territorios ocupados pero sin su pueblo, es decir, anexionarse Gaza y Cisjordania desesperando hasta tal punto a la población que no encontraría otra salida que un nuevo éxodo. Pero, de hecho, aunque Israel no hace nada para retener a los que se van, la gran mayoría ha decidido quedarse.

Y quizá éste pueda ser el punto más importante: frente a un Estado que ha decidido de una vez por todas dejar por los suelos las normas internacionales más elementales como se puede comprobar, por quien todavía lo necesite, con la reciente invasión del Líbano, en la que, como jamás en el curso de una historia bastante sangrienta, Israel ha violado el derecho internacional y humanitario, a los palestinos de Gaza y Cisjordania y a los drusos del Golán no les queda otra cosa que oponer que no sea su coraje y una determinación que parece haberse convertido ya en obstinación.

1 Esta proclamación fue condenada por el Consejo de Seguridad de la ONU en su Resolución 478 de 20 de agosto de 1980.

2 La Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó por 111 votos contra dos (Israel y EE.UU.) y 31 abstenciones la Resolución 36/147 C.8 de 16 de diciembre de 1981 por la que «reafirmaba que todas las medidas tomadas por Israel para modificar la estructura institucional de los territorios ocupados son nulas». En el mismo sentido la Resolución 465 adoptada por el Consejo de Seguridad de 1 de marzo de 1980.

3 La población de los territorios ocupados es de

alrededor de 1.300.000 personas. De ellos 850.000 pertenecen a Cisjordania y 450.000 a Gaza.

4 Estas disposiciones son: a) Defense Emergency Regulations de 1945 que permite delimitar una zona cerrada por razones de seguridad y expulsar a sus habitantes en beneficio del ejército, que ulteriormente cederá la zona a una colonia civil; b) legislación de 1967 sobre propiedades privadas abandonadas y aplicada, por ejemplo, a las propiedades de los 20.000 refugiados de la guerra de los seis días; c) legislación que dispone transmitir un bien inmueble sin propietario conocido al Estado.

5 Desde 1967, Israel ha expropiado 203.000 hectáreas en Cisjordania, el 37 % del territorio.

La política económica  
hacia los territorios  
ocupados subordina por entero  
su desarrollo  
a los intereses israelíes.

Existen unos ser-  
vicios de salud palesti-  
nos en Cisjordania y  
Gaza, pero Israel no  
hace nada por ayudar  
a desarrollarlos y  
mejorar. El funciona-  
miento cotidiano de



---

# LA FEMINIZACION DE LA POBREZA

---

Alice Mc Kee

---



---

**Ya han pasado casi dos décadas desde que se firmó el «Acta de Igual Oportunidad de Empleo», de 1964, y la de «Igual Paga por Igual Trabajo», un año antes. Pero a pesar de los esfuerzos por hacer desaparecer la disparidad de ingresos, las tendencias estadísticas prevén que hacia el año 2000 toda la franja de población pobre de los EE.UU. estará compuesta por mujeres y niños.**

De acuerdo con el Consejo Nacional Asesor para Oportunidades Económicas, la feminización de la pobreza acabó siendo uno de los hechos sociales más angustiantes de la presente década.

En 1964, aproximadamente el 12 % de la población de EE.UU. era oficialmente

pobre. Durante las décadas intermedias, los programas sociales y la «Guerra a la Pobreza» modificaron la apariencia de ésta en Estados Unidos, pero no redujeron su medida. Por el contrario, una cuota más amplia de la capacidad de pobreza fue transferida a las espaldas de las mujeres. Muchos miembros de la administra-

ción actual prefieren creer que la guerra a la pobreza está esencialmente ganada, un argumento atractivo para una época en que los presupuestos nacionales están es-

**Para las mujeres  
la pobreza  
es progresiva:  
cuanto más vieja,  
más pobre.**

tancados y el crecimiento económico retrasado. Pero la evidencia sólo indica que la pobreza está más firmemente concentrada en los sectores tradicionalmente más perjudicados de la sociedad norteamericana —mujeres y minorías—. En todos los grupos étnicos las mujeres más viejas y las familias dirigidas por mujeres son hoy las víctimas de la pobreza.

Las rentas del trabajo constituyen la fuente principal de subsistencia para la mayoría de la gente. Es, tal vez, la medida del dólar de la productividad de un trabajador. Cuando las estadísticas continúan indicando que en EE.UU. las mujeres ganan menos de 59 centavos por cada dólar ganado por los hombres, ¿qué significa eso? ¿Que las mujeres no trabajan tan duro o que no producen tanto como lo hacen los hombres? ¿O que las mujeres carecen de la educación necesaria para buenos trabajos? No hay ninguna evidencia que sugiera que las mujeres son menos productivas que los hombres. En la fuerza laboral tienen una longevidad comparable y, como grupo, las mujeres están educadas tanto o mejor aún que los hombres que ocupan puestos similares. Sin embargo, la medida del dólar en el valor del trabajo frustra a las mujeres en su búsqueda de igual oportunidad de empleo, a pesar de las leyes que ordenan igualdad en el lugar de trabajo.

### *Mujer, envejecimiento y pobreza*

Los ingresos de las mujeres —cualquiera sea su medida— son siempre menores que los de los hombres y tienden a descender más aún a medida que la mujer envejece. Para las mujeres la pobreza es progresiva: cuanto más vieja, más pobre. El riesgo de ser pobre en la vejez es mucho

más alto para las mujeres que para los hombres; casi dos de cada cinco mujeres no casadas mayores de 65 años son pobres. En el momento en que una mujer

probablemente ya está sola y la salud comienza a fallarle, sucede que debe sobrevivir con un ingreso más bajo que en otro momento de su vida —muy por debajo de cualquier grado razonable de pobreza—. En la actualidad, más del 70 % de los ancianos pobres son mujeres y, para magnificar esta cuestión, las mujeres de más de 65 años constituyen, hoy, uno de los sectores de más rápido crecimiento de la población norteamericana.

La disparidad en los niveles de ingreso entre los hombres y mujeres de más edad está directamente vinculada al origen de dicho ingreso. La Seguridad Social nunca fue concebida para ser una fuente primaria de ingresos, sin embargo se convirtió en la única posibilidad para muchas mujeres mayores. El 60 % de las mujeres de más de 65 años dependen exclusivamente de la Seguridad Social, comparado al 46 % de los hombres. Ellas reciben, también, beneficios bastante más bajos (335,13 frente a los 432,63 de los hombres, en marzo de 1982). Las jubilaciones son otra fuente de ingresos importante para la vejez. Desafortunadamente, aún cuando la mujer puede ser desechada para este tipo de prestaciones (y el 22 % de las solteras lo son), la suma promedio es bastante inferior para las mujeres que para los hombres. Si las jubilaciones fueran más fácilmente accesibles para las mujeres, la reforma de la Seguridad Social sería menos urgente.

Los salarios disminuyen, por supuesto, con la edad, y la desigualdad de salarios entre hombres y mujeres es aún más crítica en la vejez. El salario o jornal promedio para las ancianas es menos de la mitad del de los hombres, y sólo el 14 % de las solteras de más de 65 años tienen algún tipo de ingreso. Dicha cifra se reduce aún

más hasta llegar al 7 % después de los 73 años. Las mujeres que dedican a sus familias sus años más productivos pagan así una fuerte multa cuando llegan a la vejez.

En 1979, el Informe del Consejo Nacional Asesor para la Seguridad Social reseñó la necesidad urgente de mejorar el trato injusto a las mujeres en el marco de su sistema. Aún hoy, cualquier discusión de reforma se ve ensombrecida por la cuestión del futuro sistema de fondos.

### *Mujeres, niños y pobreza*

La segunda desviación de importancia entre los sectores pobres de la población norteamericana está referido a la creciente proporción de familias encabezadas por mujeres. Dicha desviación tiene, para el futuro, implicaciones mucho más alarmantes. En la actualidad, en EE.UU., una de cada tres familias encabezadas por mujeres es pobre. Esta cifra contrasta profundamente con la de una familia pobre de cada 18 encabezadas por hombres. Después de casi una década de esfuerzos contra la pobreza y contra la discriminación, las mujeres cabeza de familia, respecto de los hombres en la misma situación, tienen casi seis veces más probabilidades de ser pobres. Y quizá la mayor tragedia de dicha situación es el efecto en los niños de esas familias.

Es probable que la tendencia continúe debido a la brecha existente entre los ingresos de hombres y mujeres. Entre los padres solteros de menos de 24 años, hoy las mujeres tienen nueve veces más probabilidades de ser pobres que sus equivalentes masculinos. Sumándose a la cantidad de familias con madres muy jóvenes está la tasa creciente de embarazos de adolescentes y de nacimientos extramatrimoniales. Aumenta la generación de mujeres jóvenes que encabezan familias invadidas

por la pobreza y que se enfrentan a una perspectiva desoladora en los años 80.

Diana Pearse y Harriet McAdoo escribieron un informe llamado *Mujeres y niños: Solos y en la pobreza*, donde establecen que «si a las esposas y cabezas de familia mujeres se les pagara los salarios que ganan los hombres cualificados, aproximadamente la mitad de las familias que hoy se encuentran en la pobreza no lo estarían». La dilatada brecha que hay entre los salarios de los hombres y los de las mujeres, las altas tasas de desempleo para la mujer, y menos oportunidades para el progreso en su vida, son elementos que contribuyen a la pobreza de las familias encabezadas por mujeres. De los trabajadores a tiempo completo que en EE.UU. ganan menos de 5.000 dólares anuales, el

---

### **La desigualdad de salarios entre hombres y mujeres es aún más crítica en la vejez.**

---

53 % son mujeres, y de aquellos que ganan al año 15.000 o más, sólo el 9 % lo son. Es obvio que con ingresos tan bajos, ni aún con un trabajo de jornada completa

se puede eliminar la pobreza de una mujer con niños pequeños.

Si el único problema fueran los bajos salarios, las mismas oportunidades de empleo podrían ser, al menos, una respuesta entre las mujeres y niños. Pero hay otros fenómenos sociales que confluyen.

Un hecho muy conocido de la sociedad norteamericana lo constituye la creciente tasa de divorcios, que contribuye a la pobreza de un gran número de familias encabezadas por mujeres. Pero el divorcio no es la única causa de su pobreza. En la actualidad los matrimonios terminan casi en la misma relación en que terminaban hace un siglo —alrededor del 34,5 % al año—. Sin embargo, en esa época el divorcio era inusual, el matrimonio terminaba con la muerte de uno de los cónyuges. Aún a principios de la década del 50, en más de la mitad de hogares dirigidos por mujeres éstas eran viudas; en cambio en la actualidad sólo lo son un tercio del

mismo tipo de familias. Las mujeres divorciadas que normalmente sostienen a sus familias tienden a ser más jóvenes que las viudas en la misma situación.

A pesar de ocasionales informes sensacionalistas en sentido contrario, el típico resultado de una ruptura matrimonial es que el marido se convierte en soltero y la esposa en madre soltera. A diferencia de lo que ocurría con las viudas de antes de los 50, cuya pérdida económica se veía aliviada con los beneficios de la Seguridad Social, a las mujeres divorciadas de la actualidad se les hace casi siempre imposible llenar el vacío económico. Las perspectivas de un ingreso adecuado para la familia son casi impensables. A nivel nacional, los pagos de los padres para mantenimiento de los niños son mínimos y, a menudo, inexistentes. A las mujeres divorciadas les es casi imposible cobrar pensión por alimentos, y en el momento del divorcio a menos de la mitad se les concede haberes importantes.

Se habla mucho del fraude a la beneficencia y poco acerca de la lúgubre forma en que dicha asistencia satisface las necesidades económicas de los receptores honestos. En tanto que cada Estado tiene sus propias provisiones, los pagos del bienestar social promediaron sólo 241 dólares mensuales por familia en el año 1977, variando desde menos de la mitad hasta el 96 % del nivel pobre. Donde los padres no efectúan pagos para ayuda, los programas de la asistencia pública son desastrosamente inadecuados y las mujeres y los niños sufren solos la carga.

### *El aspecto distintivo de la pobreza de la mujer*

Es evidente que las mujeres son, y seguirán siendo, los pobres de esta nación. Lo que es menos evidente son las causas y la naturaleza de la pobreza femenina. Las

**Las mujeres son pobres por razones diferentes por lo que lo son los hombres.**

autoras del informe *Mujeres y niños: Solos y en la pobreza*, lo dicen y muy sencillamente: «Las mujeres son pobres por razones diferentes por las que lo son los hombres». Mientras que hombres y mujeres pueden compartir las características causantes de la pobreza (muchas mujeres son pobres porque sus maridos lo son), aumenta el caso en que las mujeres son pobres por «derecho propio».

Pearse y McAdoo examinaron las causas de la pobreza, identificaron aquellas que se aplican exclusivamente a un sexo y descubrieron que mientras ninguna de ellas es exclusivamente masculina, aproximadamente la mitad son exclusivamente femeninas. Por ejemplo, los hombres, en general, no empobrecen a causa del sexismo, del divorcio o de la socialización del rol sexual y ciertamente tampoco a causa del embarazo. Las mujeres, sí. El mismo divorcio que termina en pobreza para una ex mujer y los niños, para el ex marido puede significar libertad de cargas financieras.

Dos son los orígenes más importantes de la pobreza femenina. Primero: en la cultura norteamericana es la mujer la que continúa soportando el mayor peso de la crianza de los niños. De ese modo, las mujeres adelantan la interrupción de sus carreras para dar a luz y criar a sus hijos, y la elección de la carrera en la mujer se hace, a menudo, pensando en esa futura interrupción. Las mujeres divorciadas reciben la custodia de los niños en una abrumadora mayoría de casos.

La segunda causa de pobreza entre las mujeres es la oportunidad limitada que tienen en el mercado de trabajo. Estas dos fuentes de pobreza interactúan y se magnifican una a otra, como lo demuestra las actitudes que la sociedad tiene ante los trabajadores y servicios dedicados al cuidado de los niños.

Como la crianza de los niños está consi-

derada una responsabilidad femenina, virtualmente, en ese campo, sólo trabajan mujeres, ya sea en sus propios hogares o en centros de cuidados diurnos. Y porque el cuidado de los niños es tradicionalmente tarea de mujeres, en general está mal pagado. El costo del cuidado diurno está considerado como una responsabilidad de la mujer, ya sea porque su trabajo fuera del hogar ocasiona dicho gasto, o bien porque tiene la custodia. Según las estadísticas, si los costos de los cuidados diurnos se dedujeran de los ingresos de las madres que están empleadas, el número de familias pobres encabezadas por mujeres se vería incrementado sustancialmente.

Las políticas de bienestar social reflejan la ambivalencia de la sociedad respecto del rol y del «status» de la mujer. A pesar de la actual probabilidad de que la mayo-

ría de mujeres jóvenes trabajen fuera del hogar, sus trabajos son considerados como secundarios respecto de las carreras de sus maridos y de sus responsabilidades fa-

miliares. Cuando esas actitudes se reflejan en las políticas de bienestar, la pobreza está garantizada. Los esfuerzos de empleo para reducir la dependencia del bienestar social entre las mujeres se ven entorpecidos por las opiniones tradicionales de la dependencia económica y social de las mujeres y por todo aquello que tiene que ver con el mantenimiento de la estabilidad matrimonial a toda costa. Cada vez más existe un desproporcionado número de mujeres que se encuentran encerradas en una combinación de asistencia social y trabajo marginal.

Los programas de bienestar social, que se basan en el viejo modelo masculino de la pobreza, no consideran la especial naturaleza de la pobreza femenina. Un hecho que se comprende poco y que raramente se refleja en la política de bienestar público es que las mujeres que están en la pobreza son, casi invariablemente, traba-

jadores productivos, participando de ello, y a la vez, en la fuerza laboral pagada y en la no pagada.

Muchas mujeres permanecen, contra su voluntad, en la fuerza de trabajo no pagado durante la mayor parte de su vida adulta, cumpliendo con aquello que está visto como «su obligación con la sociedad». Aunque nadie cuestiona la importancia económica y social del hogar, se delega, casi exclusivamente, a la mujer su cuidado y mantenimiento, sin recompensa o reconocimiento económico. El «valor moral» de dicho acuerdo se ve reforzado por las estructuras familiares tradicionales, la iglesia, las escuelas y el Estado.

De algún modo se espera que las mujeres consigan más de lo que necesitan para su independencia económica o seguridad financiera. Es improbable que dicho mo-

delo económico de trabajo femenino se justificara alguna vez, pero hoy, en la década de los 80, es imposible.

Dado el amplio y creciente número de

mujeres que dirigen por sí solas sus familias debe comenzar a surgir un nuevo modelo de trabajo femenino. La enorme carga de mantener un trabajo y asumir toda la responsabilidad de los niños hace que las mujeres empleadas tengan que dejar de pertenecer temporalmente a la fuerza laboral para poder cubrir las necesidades de sus niños. Demasiado a menudo las mujeres están en sus casas justo cuando debieran estar buscando una dinámica de ascenso. Más tarde, cuando vuelven a su sitio de trabajo, deben recomenzar con tareas menos pagadas o con niveles de principiantes.

No es sorprendente que muchas mujeres opten por quedarse en casa, acepten su rol tradicional en tanto trabajo no pagado y se decidan por los escasos beneficios del sistema de bienestar social, a la vista de las desventajas del empleo-pago que puedan conseguir. Demasiado a menudo,

---

**Dado el creciente número  
de mujeres  
que dirigen sus familias  
debe surgir un nuevo modelo  
de trabajo femenino.**

---

esa decisión lógica encadena a las jóvenes mujeres y a sus niños a un sistema que sólo perpetúa su pobreza.

---

**Las mujeres contribuyen,  
mucho más de lo que  
participan,  
a la productividad y estabilidad  
de una nación.**

---

*La prueba de la realidad para  
los programas sociales*

Aunque el cambio social ha acabado con la tradición de la dependencia de la mujer, las políticas públicas no han estado a la altura de las circunstancias. Las mujeres contribuyen, mucho más de lo que participan, a la productividad y estabilidad de la nación; sin embargo, casi toda esa contribución continúa sin ser gratificada y sin ser reconocida. El reclamo de la mujer por un ingreso y una seguridad de retiro está severamente limitado por un sistema económico que no establece valor monetario alguno para su trabajo en el hogar y, además, lo subvalora en el mercado de trabajo. Mucho del «status» económico de la mujer todavía está basado en su dependencia y no en su productividad. Habilitar a las mujeres para que sean los asalariados principales no es, aún, un objetivo de la sociedad.

*La feminización de la pobreza* como hecho social, económico y moral es grave para la década de los 80.

Las desigualdades de las actuales políticas públicas, modeladas por el rol económico tradicional de la mujer, no puede continuar. Ancladas en la pobreza por programas caprichosos diseñados por y para los artífices masculinos de la políti-

ca, es evidente que las mujeres que son jóvenes y pobres están destinadas, en la actualidad, a hacerse más viejas y pobres según pasan los años. Persistiendo en el mo-

delo masculino de que un trabajo automáticamente redime de la pobreza a una familia, la sociedad no puede continuar alegremente frustrando dicho objetivo con inadecuadas o inexistentes ayudas para el cuidado de los niños. Los políticos están ahora recortando los programas sociales que hay para los pobres, una medida que sólo puede ahondar más el nivel de pobreza de las mujeres y sus familias. Los programas sociales no deberían ser recortados sino reconducidos de modo de solucionar los requerimientos específicos de las mujeres que hoy son pobres. Hacerlo de otro modo sería condenar a millones de mujeres y niños a un círculo cerrado de pobreza.

Y, sin embargo, la década del 80 podría muy bien ser aquella en que las mujeres tomen su futuro —y el futuro de la economía norteamericana— en sus propias manos, en vez de estar esperando el impacto de las decisiones políticas y económicas hechas por los hombres. Después de todo, las mujeres representan más de la mitad de los votos y de los recursos humanos de este país. Si los ciudadanos prudentes examinaran cada medida política pública por sus efectos potenciales sobre las mujeres y los niños, ésta podría, aún, ser una década de promesas cumplidas y seguridad económica para la mujer.

Traducción: Rut Gartenhaus

---

# LA TELEVISION INSTITUCIONAL

---

*Alfons Quintá*

---



Quiérase o no, estamos viendo el fin del monopolio de RTVE. Dentro de muy pocos años —un par— en gran parte de España se recibirán programas de televisiones extranjeras con casi tanta facilidad como hoy pueden oírse multitud de radios foráneas.

Todos aquellos que deseamos defender la democracia hemos de obrar de modo que el inevitable fin del monopo-

lio no implique un caos ni tampoco usos perturbadores de las ondas, como los que tuvieron efecto en Chile y que tan importante papel jugaron en la caída del último Gobierno Constitucional de aquel país.

También debería evitarse el llegar a una situación «a la italiana». Para ello nada mejor que una concepción generosa, libre y plural del ordena-

miento televisivo. No hace muchos años que las emisoras de radio privadas pueden elaborar sus propios boletines de noticias con amplitud. Ello ha resultado muy positivo para el fomento de la calidad de la radio pública —muy superior a la de la monopolística televisión— y también es un elemento de defensa de la democracia. Piénsese, por citar un ejemplo concreto, en la magnífica labor de la cadena SER en la vergonzosa noche del golpe de Estado del 23 de febrero. Los Terceros Canales de televisión que los Estatutos conceden a las comunidades autónomas no deben ser, en ningún caso, considerados como el resultado de una concesión que hay que controlar o yugular. Son un elemento positivo para el fomento de la cohesión social y para empezar a recorrer el camino inevitable del fin del monopolio. El primer organismo que debería deseárselo es la televisión democrática y realmente reformada que el nuevo gobierno tiene el compromiso de propiciar.

La competencia de una televisión también institucional —como debe ser la de los Terceros Canales— será un elemento que acentuará la profesionalidad del medio, permitiendo la mejora de la calidad de la programación de ámbito general español. Unos profesionales de radio perfectamente comparables en su origen a los de Televisión han creado en España una radio pública de nivel europeo y perfectamente comparable a la mejor radio privada. Esta afirmación no es posible efectuarla respecto a la Televisión. La diferencia está, en su mayor parte, en la existencia de una sana competencia radiofónica frente al monopolio televisivo. Solamente desde una perspectiva de nula o es-

---

## La competencia de una televisión también institucional acentuará la profesionalidad del medio.

---

casas profesionalidad es posible impedir la existencia plena de otros canales tan institucionales, en su ámbito, como RTVE. En esta cuestión no es posible, y desde luego no es admisible, la reproducción de críticas que pueden tener su peso a la hora de argumentar en contra de la Televisión privada.

Sería un error funesto concebir a los Terceros Canales

como una prolongación de lo existente. Partir de cero, pretender ser modélicos, buscar la profesionalidad y la institucionalización, rechazar de plano los partidismos y amiguismos, establecer unas relaciones laborales que fomenten la creatividad e impidan el corporativismo y el vedetismo, son objetivos que son relativamente fáciles de alcanzar a la hora de concebir una nueva televisión. Pero en

cambio estos mismos objetivos resultan mucho más lejanos si se parte de estructuras concebidas en otros momentos históricos.

Desde una perspectiva de Estado el ejercicio pleno de nuestros derechos estatutarios, que implican la posesión plena de una red propia de emisión y el acceso a todas las fuentes informativas mundiales (en el mismo grado en que cualquier periódico recibe información gráfica de agencias internacionales) no deben ser vistas como un peligro sino como una garantía y un elemento de progreso en la perspectiva de que el fin del monopolio de RTVE revista los mayores caracteres institucionales posibles.





---

# LAS ANTINOMIAS DE LA PAZ

F. Feher y A. Heller

---

*análisis y debate*

---



Personalmente, los movimientos pacifistas occidentales del último año y medio nos han enfrentado a una serie de dilemas. Por una parte, tenemos una cierta experiencia acumulada y algunos principios que pueden servirnos todavía como normas para criticar no las ilusiones sino la práctica (a menudo deliberada) de los movimientos pacifistas, consistente en engañarse a sí mismos. Por otra, estos movimientos pacifistas han planteado una serie de cuestiones que no habían formado parte del discurso teórico de la izquierda y con los que la teoría tiene que iniciar un diálogo para ser capaz de formular sus nuevas respuestas.

## *Sobre los movimientos en general*

Por lo normal, los movimientos no parten de una argumentación racional, sino de un *gesto*. Empiezan por la protesta, la desobediencia y la rebeldía. Más que interpretar unas

necesidades y unos deseos, los expresan e indican. La primera característica de los movimientos que derivan de tales necesidades y deseos es que, por lo general, están organizados en torno a una cuestión, son *acciones en torno a una sola cuestión* a corto o largo plazo. El segundo rasgo, complementario del primero, es que, al promover esta cuestión, *contribuyen a una causa más general*. Esta causa general es la lucha contra la expropiación por las instituciones y la «lógica del sistema» de la capacidad y posibilidad universales de tomar decisiones en cuestiones democráticas de vital importancia, así como, en última instancia, la supervivencia del género humano. Una tercera característica es que los movimientos sólo están *mínimamente organizados*. Por supuesto, siempre hay en ellos tendencias, tipificadas por los activistas de uno u otro partido, que pretenden dotar al movimiento de un marco organizativo más sólido y circunscrito. Pero en la medida en que conservan su impulso inicial, los movimientos pueden resistir a los intentos de este tipo (a los que en cierto casos consideran como una franca manipulación). Esto, sin embargo, no excluye estimulantes diálogos entre los movimientos y las organizaciones políticas. En cuarto lugar, y precisamente por las razones hasta ahora expuestas, son por lo general indiferentes, y a veces abiertamente hostiles, a los principios doctrinarios, salvo cuando los movimientos están organizados en torno a una sola cuestión ideológica. Sin embargo, esto no es lo mismo que decir que son hostiles a las ideologías: más bien su «ración de ideología» es ingerida de una forma tan subterránea que difiere radicalmente de la de los partidos políticos ideológicamente centrados. Otro rasgo estructural es que, la mayoría de las veces, los movimientos son efímeros, pero su desaparición es sentida como un *horror vacui* por los más comprometidos y, como el ave Fénix, resurgen en torno a nuevas cuestiones, por lo general con un auditorio parcial, aunque no totalmente, renovado. Y, por último, en la mayoría de los casos los movimientos son *fenómenos interclasistas*.

Todos estos rasgos determinan la creciente importancia atribuida a los movimientos en la política occidental y, en especial, en la europea. (La escena política americana, al no estar organizada de acuerdo con los tradicionales patrones europeos de los partidos y la centralización, les ha opuesto siempre una resistencia mucho mayor.) El redescubrimiento por Hannah Arendt de Rosa Luxemburgo está lejos de ser accidental. La comprensión profunda, aunque sociológicamente poco sistemática, por Luxemburgo del enorme papel de los movimientos no tenía más remedio que resultar atractiva para Arendt, cuya original teoría de la «revolución política» se basaba precisamente en este fenómeno. Los movimientos de la década de 1960, tanto en sus objetivos específicos en favor del Vietnam y en contra de la guerra como en sus objetivos más generales, han dejado una huella indeleble en la fantasía política, incluso de quienes no los compartieron, o los compartieron sólo parcialmente. Es, pues, algo más que un bizantismo teórico investigar, sobre la base de la morfología estructural esbozada más arriba, el papel potencial de los movimientos en general, y de los movimientos pacifistas en particular, por lo que respecta a la defensa y preferiblemente a la radicalización de la democracia. Esto podría suceder, en nuestra opinión, porque, por un lado, al promover una causa general a través de una sola cuestión, *los movimientos tienen un potencial democrático* y, por otro, al promover una sola cuestión y depender del carácter de esta actividad, pueden tener un *contenido o sustancia democrática*. Con respecto a *esta última*, hay dos condiciones que deben ser cumplidas para considerar este contenido como algo actual y no sólo potencial. En primer lugar, la cuestión concreta defendida por los movimientos debe tener una afinidad con los valores, ideas o principios democráticos, y en segundo lugar esta cuestión (y los movimientos que la sostienen) deben estar abiertos al desafío de una discusión racional iniciada desde dentro o desde fuera.

Por lo que respecta a la realización de la sustancia democrática, la segunda condición (la disposición al diálogo) es al menos tan importante como la primera. La razón es muy

sencilla. Los movimientos incluyen a personas que, mientras dura el movimiento/ac-  
ción, se centran en una sola necesidad y deseo común. Sin embargo, estos participantes  
viven la totalidad de su vida con múltiples necesidades y diversos intereses. Esto, a su  
vez, significa una forma diferenciada de enfocar la sola cuestión que tiene en común. Si  
estas diferentes opciones en cuanto a la interpretación de la causa común no pueden ser  
formuladas activamente (y su formulación activa es lo que significa la apertura a un dis-  
curso racional), el movimiento volverá inevitablemente su esfera pública recién creada y  
organizada en torno a una sola cuestión común contra sus miembros, como fuerza coer-  
citiva para impedirles objeciones, dudas y opiniones personales. Será expropiado por  
los «fabricantes de opiniones». De este modo, los movimientos que en un principio aspi-  
raban a la reforma de la esfera pública expropiada y alienada pueden caer en un *simula-  
cro de esfera pública* similar a la de las instituciones oficiales alienadas que criticaban, y  
tal vez en mayor grado que éstas, ya que las garantías proporcionadas por las reglas del  
juego aquí sólo desempeñan un papel insignificante.

Si ahora anticipamos el resultado de nuestro análisis, no podemos sino esbozar un  
cuadro desigual. Los movimientos pacifistas promueven una sola cuestión que tiene, in-  
dudablemente, un potencial democrático radical por lo que respecta a su contribución a  
la causa más general (la reapropiación de la esfera pública donde se toman las decisiones  
cruciales). Si bien tienen una afinidad con los valores democráticos que resiste el endure-  
cimiento hasta el punto de que la innegable presencia en ellos de «fabricantes de opinio-  
nes» deseosos de manipularlos no hace que los participantes sean sordos a los contraar-  
gumentos, también manifiestan una actitud romántica que puede denotar una inclina-  
ción a encerrarse en sí mismos. En esta doble calidad, pueden convertirse en el trampolín  
de una lucha radical, aunque no doctrinaria, por la redemocratización del mundo occi-  
dental (ésta es la «revolución política» de Arendt), si bien debido a sus elementos román-  
ticos (que por supuesto tienen un potencial crítico sumamente importante) pueden dege-  
nerar también en una fuerza intolerante y destructiva. En resumen, están en una encruci-  
jada, y éste es un momento ideal para iniciar su discurso racional.

### *La «sola cuestión» de los movimientos pacifistas y la paz como universal empírico*

La afirmación de que los movimientos son acciones en torno a una sola cuestión pa-  
rece ser bastante clara y sencilla pero, de hecho, dos componentes totalmente diferentes.  
El primero es el *valor supremo* (o *fin último*); el segundo, el *objetivo concreto*. La defini-  
ción de uno mismo como miembro o participante de un movimiento sólo significa la  
aceptación por uno mismo de la validez del valor supremo (o fin último) sin interrogran-  
tes ni interpretaciones. En este sentido, el valor supremo es aceptado con un *gesto*. Es ca-  
si tautológico afirmar que unirse a un movimiento pacifista significa aceptar *la paz como  
fin último o valor supremo* que no necesita, o mejor dicho no debe, ser puesto en entredi-  
cho. En realidad, hay una constelación histórica muy compleja tras esta sencilla y tauto-  
lógica afirmación.

Buena parte de la agresividad de los militantes pacifistas proviene de una acción de  
camuflaje casi deliberado. Se comportan como si el valor de la paz fuera un universal  
empírico del género humano desde tiempos inmemoriales, cuando en realidad este uni-  
versal empírico del género humano tiene un historial bastante breve. Sólo llegó a ser  
aceptado como tal tras las terribles bajas de la Segunda Guerra Mundial y el drama sim-  
bólico de Hiroshima. Antes de la guerra no sólo las culturas fascistas o semifascistas de-  
fendían una antropología marcial en la que la frase de Napoleón: «Qué demonios me im-  
porta un millón de muertos» podía ser escrita en letras de oro. También en lo que enton-

ces se aceptaba como socialismo había un desprecio total y abierto hacia el valor de la paz. Por lo que respecta a las intenciones, la insistente intolerancia de muchos activistas de la paz sirve a una buena causa: el fortalecimiento de este universal empírico del género humano recién nacido. Esta postura conciliadora por nuestra parte no significa, sin embargo, que estemos dispuestos a llegar a un compromiso ideológico con ciertas exageraciones. Cuando en un artículo interesante y original, aunque provocadoramente polémico —Richard Falk: «Nuclear weapons and the end of democracy». *Praxis International*. Vol. 2, n.º 1. Abril, 1982— presenciemos el retorno de la acusación contra los llamados bombardeos de intimidación de los aliados occidentales sobre Alemania, simplemente tenemos que señalar lo siguiente. Los prisioneros de los campos de concentración que rezaban todos los días para que volvieran los pilotos angloamericanos eran también seres humanos, como lo eran los soldados de los ejércitos occidentales que habrían muerto por cientos de miles si los bombardeos no hubieran socavado la resistencia alemana y japonesa. Tenemos un testigo de cargo para demostrar que eso habría sucedido: Goebbels, que en sus *Diarios* describió repetidas veces, con desesperación, cómo la población de las zonas occidentales de Alemania, aterrorizada por los incesantes bombardeos, impidió a la *Wehrmacht* continuar resistiendo<sup>1</sup>. El argumento de Falk y otras posturas similares son ejemplos de una defensa del valor de la paz como universal empírico del género humano exagerada hasta tal punto que el defensor, inconscientemente, se coloca en la posición de árbitro sobrehumano: opone unas vidas humanas a otras vidas humanas y decide cuáles son «más valiosas». Los jefes aliados se rigieron por un principio más pragmático, el interés nacional y, de este modo, fueron más humanos. (Por supuesto, no todos. La destrucción de Dresde no puede ser justificada con razones pragmáticas, e Hiroshima fue algo más que la destrucción de una ciudad.) Repitamos, sin embargo, que todas estas exageraciones son meras consecuencias de un nuevo e importante proceso por el que el valor de la paz se está convirtiendo en un universal empírico del género humano.

Una visión totalmente diferente se nos ofrece cuando examinamos el *objetivo concreto* de los movimientos pacifistas. Por lo que a esto respecta, un gesto no basta. La interpretación resulta inevitable y sólo puede ser realizada bajo la égida de unos valores que no son el valor supremo del movimiento. Se ha señalado ya la escisión que empieza a aparecer en el movimiento pacifista y en torno a él entre aquéllos para los que el valor supremo de la paz sólo es concebible si va unido a la libertad (la «buena vida») y aquéllos que abogan por la vida, aunque no sea más que pura esclavitud (mera vida). Cualquiera que sea el nivel alcanzado hasta ahora por los debates, desde la perspectiva de los objetivos concretos los meros gestos ya no son suficientes. Muy al contrario, las alternativas tácticas y las opciones programáticas vendrán definidas por unos debates aparentemente estériles en torno a los objetivos concretos.

### ¿Movimiento pacifista o movimiento antinuclear?

Para un sector muy amplio de la opinión pública, este subtítulo carece de sentido. Las dos reivindicaciones, la de la paz y la de la abolición de las armas nucleares, están aparentemente fundidas en una sola. Pero esto es sólo aparentemente. Una vez más, la apariencia es obra de los gestos de los manifestantes que no examinan analíticamente el contenido de sus gestos. Sin embargo, los rituales y las liturgias ocultan el hecho importante de que: a) Los movimientos pacifistas y antinucleares no son una misma cosa, y b) los movimientos antinucleares sirven como vehículo a diferentes aspiraciones sociales.

En el primero de los casos, tenemos una prueba empírica muy sencilla: la guerra de las Malvinas. Al margen de toda evaluación de la política del gobierno Thatcher (que no

puede ser siquiera propuesta aquí), sigue en pie el hecho de que Gran Bretaña, que había sido, junto con Alemania occidental, el campo de batalla más destacado de unos movimientos pacifistas y antinucleares aparentemente idénticos, fue presa de un patriotismo belicoso y prácticamente generalizado. El movimiento antinuclear inglés, con la excepción de la pequeña y politizada minoría en torno a Tony Benn, no ofreció resistencia a la política bélica de Thatcher, y en este sentido no fue en absoluto un movimiento pacifista. Este argumento, que fue esgrimido con regocijo por una prensa hostil a los movimientos, sólo sirvió para denigrarlos. En nuestro caso, sirve para analizarlos.

¿Qué es, pues, el movimiento antinuclear si no es un movimiento pacifista? En primer lugar, es una *acción ecologista romántica*. Este aspecto puede ser perfectamente analizado en el caso de la versión alemana que, de hecho, y mucho antes de que surgiera el problema de los misiles, se había movilizó ya contra las centrales nucleares en forma de *Bürgerinitiative*. Cuando señalamos el carácter romántico de estas aspiraciones, hacemos hincapié en su ambivalencia. Por una parte, hay en ellos una buena cantidad de retórica acrítica en nombre de la «vida» o lo «orgánico», contaminado ahora por lo «artificial» o lo «sintético» que poluciona el aire y envenena los ríos. Esta tendencia es acrítica en la medida en que casi siempre va acompañada de la aceptación invariable de la civilización industrial moderna y su sistema de necesidades, sin prestar siquiera atención al hecho de que, si se eliminara lo artificial, las necesidades defendidas de forma tan vociferante probablemente no podrían ser satisfechas. Por otra parte, esta tendencia romántica podría convertirse, aun cuando no se convierta necesariamente, en la instigadora de la primera revolución tecnológica de importancia llevada a cabo bajo la guía directa y consciente de la sociedad. Los socialistas marxistas y no marxistas que durante décadas han estado hablando de la necesidad de unas tecnologías radicales alternativas no deben cerrar los ojos al hecho de que el movimiento romántico de los ecologistas podría desembocar en la más poderosa de tales revoluciones.

Pero hay otros usos no pacifistas de los movimientos antinucleares que aquí sólo podemos tratar rápidamente. El tipo más difundido de movimiento antinuclear no pacifista es el que rechaza la instalación de armas nucleares (tanto operativas como estratégicas) si la población del país en cuestión ha de contribuir considerablemente a los costes de su fabricación o compra o si las armas nucleares son instaladas en el territorio soberano de una nación sin que ésta tenga derecho a rechazar las decisiones relacionadas con su despliegue. En ambos casos, nos enfrentamos con unas tendencias nacionalistas bajo un disfraz antinuclear, cuando el término «nacionalista» es tan contradictorio como el término «romántico».

Pero todo esto hace a la vez necesario y posible analizar metodológicamente los movimientos pacifistas de forma *relativamente aislada* de los movimientos antinucleares. Cualquier movimiento pacifista digno de este nombre tiene que rechazar las guerras de *todo* tipo, tanto nucleares como convencionales. Hay ahora movimientos que profesan muy conscientemente el pacifismo con la garantía de fondo del valor de la paz como universal empírico del género humano. Una tendencia manifiesta de este tipo dentro de la Iglesia evangélica en Alemania oriental ha sido descrita con todo detalle en una interesante colección de documentos, *Friedensbewegung in der DDR*<sup>2</sup>. En un movimiento pacifista de extracción religiosa, las bases morales están claras: matar es pecado, aunque sea en defensa propia. Sin embargo, aparte de que ni siquiera las instituciones religiosas más ortodoxas podrían prescindir de un apoyo táctico a la violencia y el asesinato (por ejemplo la Iglesia polaca durante la resistencia a la ocupación alemana), ¿qué es lo que pueden hacer los movimientos no religiosos con el principio de la no violencia *absoluta*? Llegados a este punto, surgen preguntas muy antiguas y anticuadas. ¿Es lícito el tiranicidio? ¿Cómo deben comportarse los grupos humanos cuando se enfrentan al peligro de

que se les imponga un régimen genocida (Campuchea)? Sentarse a ver lo que sucede, ¿no es un pecado por omisión? ¿Se puede condenar a naciones y grupos humanos a la renuncia a la lucha armada en defensa propia por razones morales? ¿Fue la guerra contra la Alemania nazi un pecado? ¿Deberíamos resignarnos a vivir como esclavos para evitar una guerra? No son sólo estas preguntas, más que retóricas trágicamente tópicas, sino que de hecho son contestadas tácitamente en nombre de una violencia emancipadora por un sector considerable de los más ardientes pacifistas de hoy. Al decir «tácitamente» tenemos presente un hecho que no podemos documentar con amplias encuestas, pero de cuya existencia estamos convencidos. Estamos casi seguros de que un gran número de participantes en los actuales movimientos pacifistas se sumaron con anterioridad a las acciones contra la guerra del Vietnam. Sin embargo, la participación en este movimiento no sólo supuso una protesta contra una guerra concreta (la americana) sino también, *e in uno actu*, un energético apoyo a otra guerra (la que libraban los vietnamitas contra los americanos). Una vez más, éste no es un signo de hipócrita incoherencia, sino más bien un nuevo síntoma del carácter antinómico de los movimientos que estamos analizando.

Sólo hay dos respuestas sinceras a las preguntas antes planteadas: la *zoológica* y la *radicalmente democrática*. Ninguna de ellas carece de elementos antinómicos. (La primera denominación está tomada de Castoriadis, que siente el desprecio del griego libre hacia la vegetación a un nivel pseudohumano.) La postura zoológica fue formulada del modo más drástico por un joven americano que hizo historia en una manifestación contra el servicio militar, durante el mandato de Carter, llevando un cartel con el siguiente texto: «No hay nada por lo que valga la pena morir». Al tiempo que eliminan una de las mejores tradiciones de la izquierda, supuestamente en nombre de ésta —la preferencia por morir de pie, conservando la dignidad humana, en lugar de sobrevivir de rodillas—, los zoólogos humanos tienen que hacer frente a una contradicción lógica que es algo más que un bizantinismo intelectual. Si no hay nada por lo que valga la pena morir, en otras palabras, si el valor supremo no es la paz, sino una subsistencia vacía, libre de valores, entonces no hay nada por lo que valga la pena vivir en la medida en que no hay trascendencia, no hay nada «más allá» del mero vivir (y ya «algo por lo que valga la pena vivir» es más que el mero vivir). Esta es la ética del esclavo que, en nuestra época encantadora, es mucho más que una utopía. Esto es lo que un notable radical, Jorge Semprún, llamaba la «muerte del judío» con justo desprecio, pensando en las interminables filas de materia prima humana que marchaba lentamente hacia la muerte con la esperanza de una mera supervivencia; esto es Campuchea con unas condiciones alimenticias algo mejores. Sin embargo, dado que lo propio del carácter socio-zoológico de todas las Campucheas es que el esclavo no pueda nunca garantizar ni siquiera el nivel de subsistencia del «mero vivir», esta postura difícilmente puede cumplir la promesa mínima en nombre de la cual lo ha sacrificado todo: la supervivencia vegetativa.

La respuesta democrática a las preguntas planteadas por los movimientos pacifistas empieza por la negativa a separar la cuestión de la paz de las cuestiones políticas en general. Pero, con ello, la actitud radicalmente democrática se opone al sentimiento fundamental tanto de los movimientos pacifistas como de los antinucleares: el miedo. Un tratamiento democrático de las cuestiones planteadas por los movimientos pacifistas, por un lado, y una presencia saturada del miedo en ellos —o un hincapié manipulador en este miedo—, por otro, simplemente no pueden coexistir durante mucho tiempo sin que el segundo factor anule irreparablemente al primero. La cuestión no es si hay una buena razón para tener miedo: nunca ha habido una razón tan buena en la historia humana. El quid de la cuestión es que los movimientos, si quieren ser democráticos, tienen que retornar a la ética neoestoica de Spinoza y Goethe: no pueden organizar su vida sobre la base del miedo y la esperanza, y en particular no pueden hacerlo sólo sobre la base del miedo. El argumento neoestoico, y esto es mucho más que una cuestión académica, subrayaba

que una vida basada en la constante interacción del miedo y la esperanza perdería su capacidad de deliberación racional, signo distintivo del individuo libre, y esto es aún más aplicable a una vida vivida en el miedo constante, en la histeria organizada. En el caso de los movimientos pacifistas, esta máxima sugiere, en primer lugar, la integración de las reivindicaciones *sensu stricto* en las reivindicaciones políticas y, en segundo lugar, el rechazo rotundo de la ética de que «no hay nada por lo que valga la pena morir». La paz global y la realización de una democracia radicalizada —preocupación global a su vez— no pueden ser concebidas por separado.

Pero de lo anterior se desprende que en nuestra opinión ningún movimiento pacifista que trascienda el nivel de la postura zoológica puede ser absolutamente pacifista. En otras palabras, el fin último del valor de la paz debe significar algo más que la subsistencia vacía, en la medida en que abarca un cierto tipo de reivindicación de una «buena vida» y no sólo de una «mera vida». Y, a pesar de que la paz se ha convertido de hecho en un universal empírico, nadie puede negar, sin pecar de hipocresía, que sigue habiendo una contradicción entre una buena vida y una mera vida, que la guerra y la violencia no pueden ser totalmente eliminadas de nuestras acciones si pretendemos algo más que la supervivencia. Hay gobiernos tiránicos en el mundo, y cuando hablamos de ellos sería insincero negar que pensamos en primer lugar en los tipos de gobierno que se llaman socialistas pero son, de hecho, una perversión de todo lo que tradicionalmente ha representado el socialismo. Y esto es así no porque sean los únicos sistemas tiránicos, sino porque son las únicas tiranías *generalizables*, mientras que las juntas latinoamericanas o los despotismos lunáticos del tipo de Idi Amin no lo son. Pero, por encima de toda duda, la hegemonía de *cualquier* sistema político, incluido aquel cuya radical transformación es nuestro objetivo, aunque sea con mucho el más habitable, es decir, el capitalismo liberal, llevaría inevitablemente a la falta de libertad en amplias zonas y sería el enemigo de la «buena vida» precisamente en este sentido. Por eso la respuesta socialista o, dicho de otra manera, la respuesta radicalmente democrática a las preguntas planteadas por los movimientos pacifistas no considerará la paz como un valor absoluto e incuestionable, sino sólo como un valor relativo: relativo a la defensa propia, a la defensa de la democracia y la dignidad humana.

Así pues, hemos llegado al punto en que la actitud democrática radical está, asimismo, cargada de antinomias. Esta postura, precisamente porque parte de la premisa de la libertad, se opone al valor esencial que se ha convertido recientemente en un universal empírico del género humano: la paz. Esto no quiere decir, sin embargo, que el valor de la paz, como universal empírico del género humano, haya sido siempre idéntico al postulado de los zoólogos humanos; lejos de ello, es algo a lo que siempre ha aspirado la «buena vida». Pero un universal empírico del género humano tiende a ser absoluto, y la postura democrática relativiza necesariamente el carácter absoluto del valor de la paz. Y, lo que es más, esto sucede en un mundo en el que nadie puede predecir con seguridad cuándo un conflicto local llevará a una colisión global, cuándo en medio de un enfrentamiento en un principio no nuclear aparecerán las armas nucleares o cuándo, en una versión más moderada, la idea de fabricar armas nucleares ignorando todos los tratados de no proliferación surgirá en una comunidad humana que esté luchando por su existencia o por el orden democrático<sup>3</sup>. En este conflicto entre el valor absoluto de la paz y los intentos democráticos de relativizarlo, están presentes todas las contradicciones del humanismo actual. Esto queda perfectamente indicado en una afirmación de Richard Falk en su artículo antes citado. Aunque las armas nucleares como instrumento de *disuasión* pueden servir a los fines de la democracia (es muy difícil creer, por lo que sabemos de la realidad del «socialismo real», que lo que ha quedado de la democracia bajo una oligarquía liberal podría haber sido o puede ser rescatado sin la bomba), las armas nucleares, por su misma existencia, delimitan la democracia y la ponen en peligro por dos razones. En pri-

mer lugar, una atmósfera inevitablemente autoritaria rodea sus secretos tecnológicos, su forma de almacenamiento, su constante disposición estratégica, su uso eventual. En segundo lugar, todas las materias relacionadas con ellas, y por tanto con la supervivencia del género humano, están forzosamente sujetas a la discreción de un poder (presidencial, ministerial, etc.) que, por su propia estructura, es incompatible incluso con un liberalismo restringido.

### *Los movimientos antinucleares propiamente dichos*

Los movimientos antinucleares *sensu stricto* están a favor de la *virtual* eliminación de las armas nucleares de nuestra civilización (en nuestras consideraciones no entran los movimientos antinucleares como iniciativas ecológicas). «Virtual» significa aquí exactamente lo que dice el diccionario: «Que tiene virtud y eficacia para producir un efecto, aunque no lo produce de presente». Por este sencillo rodeo semántico hemos llegado a una de las principales antinomias de la paz en los tiempos modernos. Los movimientos antinucleares no pueden exigir nada por debajo de la total destrucción de todas las armas nucleares, por lo menos como objetivo final. En principio, esta reivindicación puede ser conseguida, y cuando lo haya sido los efectos de la eliminación de las armas nucleares serán «producidos de presente». Pero, por otra parte, no será una realidad, como tal, porque no hay posibilidad (sin un cambio genético completo que es una pesadilla más espantosa que el holocausto nuclear) de erradicar el conocimiento necesario para fabricar armas nucleares, ahora eterna e indeleblemente grabado en la conciencia humana colectiva. Todos los que enfocan el problema exclusivamente desde el punto de vista de la existencia de armas nucleares (y esto es exactamente lo que hacen los movimientos antinucleares) tienen que hacer frente a la desagradable perspectiva de que su éxito puede ser todo lo más virtual, no total y factual.

Pero al menos en un aspecto los movimientos antinucleares están teóricamente en una posición mucho más ventajosa que los movimientos pacifistas: no tienen que preocuparse por el problema de combinar los intereses de la mera vida con los de la buena vida. Si se produce un enfrentamiento nuclear general, las condiciones mínimas de la buena vida desaparecerán de una vez por todas (cosa que se puede decir con seguridad), así como las de la mera vida (cosa que se puede decir con toda probabilidad). Si pereciera todo el sistema en el cual categorías como libertad, dignidad humana, racionalidad, etc., pueden ser aplicadas (y ciertamente no se aplican a las galaxias no habitadas por seres humanos, que son invenciones exclusivas nuestras), cualquier inversión de energías morales en su defensa carecería de sentido. Por supuesto, los fanáticos de la moral podrían argüir que ningún acto moral va más allá de sí mismo, ya que el carácter moral reside en el propio acto. Un argumento similar es que siempre ha habido comunidades humanas que han preferido la muerte colectiva (pensemos en la muerte de los habitantes de Masadá, en tiempos de la guerra de los judíos contra Roma; en las muchas tribus indias que escaparon de la opresión blanca mediante el suicidio) a una vida indigna desde su punto de vista. Pero en el caso de un holocausto nuclear no se aplica siquiera un argumento de este tipo. Todos los presidentes y secretarios primeros que estén en condiciones de decidir el suicidio colectivo de su comunidad optarán, por el mismo acto, por el suicidio de todas las comunidades existentes. Repetir esto es el fin de toda elección moral.

El lector atento puede lícitamente afirmar que aquí el contraste entre la mera vida y la buena vida, y con él todas las cuestiones genuinamente morales, desaparecen por completo sin dejar huellas. Lo que queda es un cementerio moral, con sólo dos alternativas, ambas ajenas a la moral propiamente dicha: la esclavitud voluntaria y colectiva, por una parte, y el suicidio heroico y colectivo de todo el marco de referencia humano, por



otra. Este sería realmente el fin de la moral, ya que la última va dirigida a la vida humana, no a su autoextinción espiritual o física. Todos los intentos de combinar el valor de la paz con el valor de la libertad resultan vanos en la atmósfera de un holocausto nuclear. No podemos escoger nuestra muerte al perder todo aquello por lo que vale la pena vivir, porque entonces escogemos la muerte de todos los seres vivos, ni podemos escoger tampoco la buena vida, sino sólo una breve y tensa existencia entre ambas.

De hecho, la bomba quedó envuelta en esta atmósfera de día del juicio final desde el momento de su invención como resultado de la menos feliz de las coincidencias entre los factores más heterogéneos. Fue fabricada por el más liberal de los científicos, el más grande de ellos, un pacifista instintivo y convencido, a fin de salvaguardar la libertad. En el momento en que demostró su «eficacia», los propios fabricantes comenzaron a maldecirla como la mayor amenaza a la que jamás había estado expuesta la humanidad. Fue el más soberbio resultado del intelecto humano, pero ninguna invención del simbólico Mefistófeles nos puso nunca tan al borde de la destrucción. Solzhenitsin dio un nombre mitológico a este hijo monstruoso del intelecto calculador. Lo llamó, junto con el camino que condujo a él, «la segunda caída». Y Einstein consideró la creación de la bomba como su pecado personal (y el de sus colegas). Tan poderosa era la emanación infernal de la invención que la mayor parte, si no la totalidad, de la responsabilidad fue atribuida a una ciencia que no conocía límites. Pero la gente que acusa a la ciencia tiende a olvidar que hacen falta Hitlers de varios tipos para que las ciencias naturales sigan precisamente este camino. La bomba se convirtió en el símbolo sensible de la autodestructividad y del infierno subyacente de nuestra civilización que no podría dar origen a ningún orden humano con sus esfuerzos.

Pero si todo esto es cierto, y creemos que lo es, el mérito histórico de los movimientos antinucleares resulta comprensible, por absurdas que puedan parecernos sus propuestas prácticas. Este mérito histórico es considerado como la prueba de una dialéctica histórica un tanto irónica, ya que actúa en contra de la esencia misma de los movimientos nucleares, que se consideran a sí mismos, incorrectamente como hemos visto, también movimientos pacifistas. *El mérito histórico consiste en la posibilidad de que si los movimientos antinucleares lograran su objetivo, el virtual desarme nuclear, que es sumamente improbable en unas condiciones sociológicas inalteradas, abrieran con ello de nuevo la posibilidad de una opción entre la guerra y la paz para nosotros, opción que ya no es nuestra en la era nuclear o al menos sólo lo es en un grado limitado.* Por supuesto, este mérito puede ser formulado también, cínicamente, de este modo: «Los movimientos antinucleares, al imponer la eliminación del «factor de disuasión» entre los sistemas expansionistas, anuncian la nueva época de unas guerras mundiales convencionales de dimensiones inauditas. Aunque una alternativa como ésta no puede ser descartada con un gesto, honradamente pretendemos que los movimientos tomen lo que hemos dicho como un cumplido. Esto, sin embargo, lo decimos con desesperación. *Un mundo de opciones trágicas es un mundo lleno de sangre, pero infinitamente mejor que un mundo sin opciones, o un mundo en el que abandonarse a una «Campuchea» o a una autodestrucción colectiva y generalizada sea el único antídoto.* Y no nos equivoquemos: un mundo de opciones trágicas es el único resultado posible del hecho, con pocas probabilidades de convertirse en realidad, de que los movimientos que enfocan el complejo problema social desde el punto de vista de la bomba consigan su objetivo.

### Alternativas

Pero dado que a la gente le gustaría sobrevivir y vivir una buena vida en lugar de caer en la esclavitud o suicidarse colectivamente aunque los teóricos presenten *antinomias*

que los movimientos han de afrontar escrupulosamente, están moralmente obligados a dar también, por lo menos, ciertas versiones alternativas de solución. Pero antes de entrar en la cuestión de «qué hacer», nos gustaría señalar al menos una cuestión en torno a la cual tendría que haber consenso: la *cuestión de la proliferación*. Indudablemente, puede haber argumentos en favor de la proliferación también porque esta cuestión figura entre las antinomias de la paz. Sólo la patriotería de las superpotencias, dirán algunos, aboga por un monopolio nuclear. Pero, ¿quién podría negar que hay al menos algo de verdad en esta opinión? A continuación defenderemos la tesis de que las burocracias civiles y militares de las superpotencias, demasiado bien informadas acerca de la capacidad de destrucción de las demás, harían honor al carácter disuasorio de la bomba, mientras que no hay este tipo de garantía relativa por parte de los Idi Amin del mundo. (Aquí podemos analizar las posibles implicaciones morales y políticas de un chantaje nuclear entre superpotencias.) Por consiguiente, la proliferación no implica una injusticia menor que el riesgo inherente a un mundo en el que cualquier lunático puede apretar el botón que pone en marcha un arma nuclear.

Cuando examinamos las alternativas más importantes, hay dos que rechazamos sin reservas. La primera es *la escalada en la carrera de armamentos*, sea cual fuera el disfraz ideológico bajo el que se presente. La justificación general de la escalada en la carrera de armamentos en Occidente es la defensa del mundo libre, el restablecimiento de un equilibrio roto en beneficio de los soviéticos que puede ser o no cierto. En la Unión Soviética la situación es sencilla: los dirigentes no dan ninguna justificación; simplemente niegan los hechos evidentes o se declaran garantía de la paz. Sin embargo, la referencia a la autodefensa es, a menudo, auténtica cuando viene de esos círculos estables occidentales que aceptan con dolor de corazón que a pesar de todo el dominio de la oligarquía liberal sigue siendo la parte más habitable del mundo. La mayoría de las veces, sin embargo, la referencia occidental no es más que una pantalla para ocultar la desagradable realidad, que es una tendencia criptokeynesiana o la secreta intención de llevar a una decrepita economía soviética hacia un ciclo supuestamente suicida de nuevos gastos. Pero en ambos casos la conclusión es, en nuestra opinión, equívoca y peligrosa, por varias razones. La primera es que la carrera de armamentos es una espiral sin fin en la que no hay prácticamente ningún momento en el que una de las partes pueda reclamar la victoria o pretender haber alcanzado su objetivo. Pero si esta espiral no tiene fin, las reservas sociales humanas son finitas. En segundo lugar, cada fase consecutiva, cada «nuevo paso» en esta escalada se basa en la legitimación de que en la próxima fase «nosotros» estaremos en superioridad de condiciones sobre «ellos». Pero, si esto es cierto, en la medida en que «nosotros» podríamos, si «quisiéramos», asestar un golpe preventivo impunemente (y sólo esa medida legitimaría los enormes gastos en términos de un «racionalismo instrumental» de carácter maquiavélico), toda la ideología de la disuasión se viene abajo. De hecho el único resultado, negativo, que ha producido la constante escalada ha sido que la gente ha perdido su confianza en la disuasión. Finalmente, no se puede excluir (aun cuando la manipulación de la fantasía colectiva con escenas de una «guerra accidental» sea en buena parte un medio irresponsable de desencadenar la histeria de las masas) que cuanto más sofisticados y complejos sean los sistemas de armamento, más susceptibles resulten a fallos mecánicos y electrónicos. Es muy improbable, aunque teóricamente no se pueda eliminar esta probabilidad, que la humanidad se encierre en un callejón sin salida. Estas son, pensamos, razones suficientes para rechazar la alternativa de una escalada de armamento «hasta la victoria» como una *falsa solución*, como una alternativa social viable sólo para una burocracia gubernamental que desee autorreproducirse.

La segunda alternativa, que rechazamos asimismo de forma incondicional, es el *desarme unilateral*. Si Occidente se desarmara unilateralmente, la libertad, nuestro valor supremo, se vería expuesto a daños irreparables. (Del mismo modo, sería totalmente

irrazonable e injusto esperar un desarme unilateral por parte de los países del Este. Pero dado el carácter y la mentalidad del aparato dirigente, que es el *único* que toma decisiones en estos países, no hay peligro inminente de que esto ocurra.) La petición de un desarme unilateral es exactamente el tipo de planteamiento al que hemos calificado de enfoque zoológico de los problemas humanos, como dice Castoriadis, la ética del esclavo. De hecho, los movimientos antinucleares de Occidente son demasiado unilaterales, incluso ahora, sin la irresponsable propaganda sobre las «pacíficas intenciones soviéticas» de algunos de sus miembros. La razón es muy sencilla: digan lo que digan los carteles, el objetivo actual sólo puede ser la OTAN, mientras que su contrapartida soviética no se ve afectada en el menor grado. Esta es la razón de que la sugerencia de E. P. Thompson a propósito de una «gira de paz voluntaria» de los militantes antinucleares por la Unión Soviética sea moralmente muy respetable, aunque en términos de la actual Ilustración no parezca factible. Ahora estamos convencidos de que, independientemente de las intenciones, todas las exigencias de unilateralismo sólo pueden llevar a la finlandización de Europa, que es, con toda probabilidad, la verdadera estrategia soviética, más que una guerra nuclear preventiva. Por supuesto, no podemos excluir formalmente lo que dice Sajárov, el más patriótico de todos los disidentes soviéticos, sobre el llamado «guión de Moscú». (Y es importante señalar que esta información procede de un hombre que nunca ha negado su importante contribución personal a la invención de la bomba soviética, porque no quiso ver su país expuesto a la hegemonía nuclear unilateral de los americanos.) Según Sajárov, el «guión de Moscú», opción que ha sido con toda probabilidad analizada muy a menudo por la dirección soviética, consiste en abandonar el objetivo impracticable de defender toda la Unión Soviética. Desde el punto de vista estratégico, esto implica la concentración de todas las armas defensivas en la zona de Moscú, corazón de la industria y la vida política soviética, para asestar un golpe preventivo a los Estados Unidos que aniquile sus principales ciudades y objetivos militares, y sacrificar a su vez todas las ciudades soviéticas salvo la protegida zona de Moscú al inevitable contraataque y, de este modo, ganar la guerra. Si bien en los círculos americanos hay, evidentemente, consideraciones igualmente lunáticas y criminales, creemos básicamente que en las burocracias civiles y militares de las superpotencias prevalecerán en última instancia el sensato deseo de sobrevivir y el conocimiento realista de lo que arriesgan, consigan o no la «victoria». Por consiguiente, si quieren triunfar en la competición global, como obviamente desean ambos, tienen que proponerse otras opciones. Creemos que los soviéticos tienen tanto la intención como los medios convencionales para hacer que Europa occidental dependiera de ellos, aunque no formara necesariamente parte de su imperio, si desencadenara su disuasión nuclear. Sería precisamente una situación como ésta la que se vería favorecida por una eventual victoria del unilateralismo, perspectiva que es totalmente negativa para nosotros.

La fría serenidad con que las burocracias militares y políticas consideran la capacidad de su oponente de dar el primer golpe (o el segundo, el tercero, etc.) nos enfrenta a una extraña contradicción. Si bien el carácter disuasorio de las armas nucleares ha seguido siendo una doctrina inatacable y un hecho inalterable para las burocracias cuyos funcionarios se mueven tan cuidadosamente como si estuvieran pisando huevos cuando se plantea una confrontación con el otro, la característica específica de la disuasión ha perdido buena parte de su valor a los ojos de la opinión pública. Los movimientos unilaterales son precisamente testigos materiales de este último fenómeno. Hasta ahora, había sido siempre una minoría, por clamorosa que fuera, la que había perdido la fe en la disuasión. ¿Cuál es la razón del repentino cambio, de la debilitada situación de la disuasión? Principalmente hay tres razones. En primer lugar, los dirigentes americanos encabezados por Reagan cometieron una serie de peligrosos errores tácticos. El anuncio irresponsable, así como estratégicamente insostenible, de una guerra nuclear limitada puso a la gente comprensiblemente nerviosa<sup>4</sup>. Pero en períodos anteriores, errores similares habían pasado

inadvertidos; por tanto, un paso en falso como la conocida afirmación pública de Reagan no puede ser la razón más profunda. La segunda causa, mucho más importante, es la nueva escalada en el ciclo de armamento, con el temor (en lugar de la esperanza anterior) de que las élites militares y políticas puedan creerse, aunque sólo sea por un momento, en una situación de superioridad absoluta sobre el otro y asestar un golpe preventivo. En realidad, no hay prueba alguna de que los Estados Unidos tengan una versión más agresiva de los planes estratégicos que tenían antes, y decimos esto sin la menor sombra de ilusión con respecto a los círculos dirigentes de los Estados Unidos. No nos cabe duda de que los políticos americanos extenderían lo que ellos llaman el mundo libre, y que consiste en una serie de sistemas tanto liberales como conservadoramente tiránicos, a todo el globo si pudieran y tuvieran confianza en que pueden. Pero no tienen esta confianza por una serie de razones que no analizaremos aquí, ni la tiene el mundo que dominan de una forma cada vez más incierta. Y aquí llegamos al tercer factor de la escasa validez de la disuasión en la opinión pública: el *derrotismo general* en la visión occidental del mundo. A este respecto es sumamente interesante señalar que en diciembre de 1981, un destacado físico francés se mostraba en *Le Monde* contrario al uso de la bomba como arma disuasoria por las siguientes razones. Si el anillo de protección de las fuerzas americanas y alemanas hubiera sido ya atravesado por los tanques soviéticos, ¿qué presidente francés lanzaría un ataque, obviamente suicida, contra Kiev sólo para que París fuera destruido como represalia? Nadie debe olvidar un punto importante: que las fantasías del miedo desaparecen en el momento de la *derrota*, sentimiento que socava la creencia en la bomba como disuasión. Por varias razones, un número cada vez mayor de personas creen que «Occidente» (sea cual fuere el significado que den a esta compleja etiqueta) ha perdido ya la partida y que sería absurdo, e incluso criminal, añadir el suicidio a la derrota. (El espacio no permite analizar aquí estas diversas razones del derrotismo. Baste señalar una de ellas. La recesión económica, con su sensación general de inestabilidad, genera un miedo universal de origen diferente, que es sublimado masivamente no sólo en el miedo a la bomba sino también en el miedo a la «decadencia de Occidente».) Estamos convencidos de que, independientemente de que se considere a «Occidente» como el posible futuro teatro de los experimentos democráticos socialistas o la sede por excelencia de la sociedad de libre mercado, predicar el derrotismo general y la ideología de la rendición al otro lleva, inevitablemente, a lo que hemos llamado aquí una postura zoológica.

Otra opción que rechazamos, no porque sea en sí peligrosa, sino porque carece de importancia como recomendación general, es la llamada *solución por zonas*: el postulado de las «zonas nucleares libres». Por supuesto, permanecer neutrales es un derecho incontestable de todas las naciones, especialmente si lo hacen abiertamente y no se mantienen dentro de una alianza cuyas cargas no están dispuestas a soportar de forma proporcional. Pero la neutralidad ha sido siempre una máxima procedente del arsenal ilustrado del «egoísmo racional». Su lema podría ser el siguiente: «El mundo está loco y yo no me quiero acercar a él». Sean cuales fueren los méritos o deméritos de esta máxima, y especialmente su viabilidad en un cosmos nuclear, no es una máxima universal, y la autohipnosis de que si yo lo hago a su debido tiempo otros me seguirán no es ni siquiera una mentira piadosa.

¿Cuál es entonces nuestra recomendación a los movimientos? Se basa en el mismo postulado moral y político que hemos formulado con respecto a los movimientos pacifistas (no necesariamente antinucleares): combinar el principio de la paz con el de la democracia. Esto significa que no creemos en la posible existencia de una parte del mundo desnuclearizado mayor que el posible sector de una democracia radicalizada. Estamos convencidos de que la democratización y la desnuclearización deben ir unidas (junto con la pérdida moral de la aureola de «instrumento racional» que rodea a la bomba). De otro

modo no se obtendrán resultados prácticos y prevalecerá el principio zoológico. En términos tácticos, nuestra sugerencia significa, en primer lugar, el paso de la reivindicación unilateral o de la reivindicación de un desarme nuclear total e inmediato a la reivindicación de una *congelación del armamento* seguida de un desarme *gradual y controlado*. En segundo lugar, sugerimos que los movimientos pacifistas y antinucleares deberían hacer frente a sus propias antinomias mediante una comunicación racional y hacerse de este modo «más teóricos». En tercer lugar, los movimientos, tanto en el Este como en el Oeste, deberían ajustar sus objetivos antinucleares a la meta de alcanzar los ideales democráticos. Este último aspecto seguirá vías totalmente diferentes en el Este y en el Oeste y tropezará con obstáculos sociales igualmente diferentes, pero éste no es asunto nuestro en este artículo. El *final* del camino sólo puede ser, en un futuro muy lejano, un mundo libre de los medios de autodestrucción.

¿Es esta perspectiva, y especialmente el ajuste de los objetivos antinucleares a unos ideales radicalmente democráticos, demasiado utópica? Tal vez. Pero cuando el mundo se enfrenta a una posibilidad de autodestrucción creada por él mismo, cuando el hombre se ha convertido en su propio Dios castigador, sólo la utopía puede recuperar una realidad de reservas muy limitadas.

Traducción: Pilar López

<sup>1</sup> *Final entries, 1945, The diaries of Joseph Goebbels*. Edición e introducción de H. Trevor-Ropes. Nueva York, 1979. Especialmente págs. 16, 22, 85-86.

<sup>2</sup> *Friedensbewegung in der DDR. Texte 1978-1982*, compilado por Wolfgang Büscher, Peter Wensierski y Klaus Wolschner, con la colaboración de Reinhard Henkys. Hattingen. Edition Transit. 1982. Págs. 20-26.

<sup>3</sup> En la década de 1970, hubo repetidas declaraciones públicas de expertos militares en la prensa yugoslava afirmando que la presión de «cierta» potencia podría llevar a Yugoslavia a la compra o fabricación de armas nucleares. Las afirmaciones de que Israel dispone de armas nucleares —no confirmadas pero tampoco refutadas oficialmente— son también constantes.

<sup>4</sup> Es difícil decir cuál fue, en realidad, el error americano: Creer en la posibilidad de una guerra nuclear limitada o anunciar públicamente tal posibilidad sin que existiera realmente tal creencia. Alan Roberts, en su artículo «Preparing to fight a nuclear war», —*Arena*, Melbourne, n.º 57, 1981, págs. 45-93—, en un análisis que tal vez sea el mejor tratamiento del problema en la prensa internacional, afirma que, si fuera necesario, el lanzamiento de una guerra planeada para ser nuclear y limitada forma de hecho parte de la estrategia americana. Cita las palabras de Kissinger abogando públicamente, desde 1957, por esta idea, pero ésta no es prueba suficiente para aceptar que la opción forme realmente parte de las doctrinas estratégicas americanas. Por otro lado, el excelente folleto de Desmond Bell, *Can nuclear war be controlled?* —*Adelphi Papers*, n.º 169. Londres. The International Institute for Strategic Studies. 1981— demuestra que el valor militar de todas las ideas sobre una guerra nuclear *limitada* es nulo.

Annual	Biennial
US \$ 25	US \$ 42
US \$ 20	US \$ 32
Bs. 110	Bs. 200
US \$ 12	US \$ 22



## NUMERO 62 (SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1982)

### ARTICULOS

Darcy Ribeiro: **La nación latinoamericana.**

Carlos J. Moneta: **El conflicto de Malvinas: Algunas consideraciones sobre sus efectos en el marco regional e internacional.**

Walter Guevara A.: **El TIAR a la luz del conflicto de las Malvinas.**

Leyla Bartet: **La crisis polaca: Ideología y problema nacional.**

Alexander Smolar: **Viejo orden y revolución en Polonia.**

Angelo Gennari: **Creación de un contrapoder sindical frente a las compañías transnacionales.**

Oscar Waiss: **Socialismo y hegemonía.**

Sergio Bitar-Eduardo Troncoso: **Venezuela: Hacia una nueva estrategia industrial.**

### DOCUMENTOS

**Vigencia de Bolívar en la era post-Malvinas.** Pompeyo Márquez.

**Cultura y Economía: Un mismo combate.** Jack Lang.

**Empresas transnacionales y desarrollo internacional.** Uwe Holtz.

NOTICIAS - DATOS - INFORMES - RECENSIONES.

### SUSCRIPCIONES

	<i>Anual</i>	<i>Bienal</i>
América del Norte/Asia/Europa .....	US \$ 25	US \$ 45
Argentina/Brasil/Colombia/Ecuador/México/Puerto Rico .....	US \$ 20	US \$ 35
Venezuela .....	Bs. 110	Bs. 200
Resto del mundo .....	US \$ 15	US \$ 25

**PAGOS:** Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD:

Apartado 61.712 - Chacao - Caracas 1060-A - Venezuela

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

---

# RAZONES Y SINRAZON DE LA LOGICA MILITAR

Fernando Savater

---

*análisis y debate*

---



2

«¿Dices que una buena causa justifica incluso la guerra?  
Yo contesto: una buena guerra justifica cualquier causa.»

Nietzsche: *Así habló Zaratustra*

A estas alturas del siglo XX, con dos grandes guerras y multitud de guerritas a nuestras espaldas, sin contar las actualmente en curso, hablar contra la violencia política o pretender su erradicación a largo o medio plazo casi equivale a sentar plaza de iluso irremediable. Se le recuerda a uno de inmediato que *siempre* hubo violencia entre los hombres e, incluso, que la tal violencia es la única que puede reclamar el título de «partera de la Historia» (lo cual no me parece, por cierto, timbre de gloria que haga forzosamente

merecedor de respeto). Se señala, con gran elocuencia de teorías, que la violencia deriva inevitablemente tanto del conflicto de intereses económicos que enfrenta a las clases y a los países, como de la propia psicología individual de cada uno de los miembros de nuestra especie, sometidos por atavismos genéticos a impulsos agresivos. Se concluye, en resumen, que la violencia política puede ser, a lo sumo, aplazada o reprimida, pero nunca abolida, y que lo importante es, pues, garantizar la seguridad y, si es posible, la victoria de nuestro grupo sobre los forzosos rivales. El iluso que se opone a la utilización sistemática de la violencia puede ser, en el mejor de los casos, y para la mayoría de los belicistas, un *alma bella* henchida de palabras bonitas pero desconocedora de las inexorables condiciones de la realidad (histórica y/o psíquica) y, en el caso peor y para muchos malpensados, un agente del enemigo o, al menos, un colaborador objetivo de sus planes hostiles. Pues bien, pese a este dictamen adverso creo que es posible sostener con apoyo de argumentos razonables que:

a) El que la violencia política haya sido una constante histórica —aunque en contextos y formas sumamente distintos— no comporta que sea un ingrediente inexcusable de la convivencia humana, al menos en sus versiones más crudas y sangrientas.

b) Aunque abundan las explicaciones políticas, económicas, etnológicas o psicológicas de las manifestaciones sociales de violencia, no hay *ni una sola de estas explicaciones* que se imponga como absoluta e indiscutiblemente necesaria, es decir, que no pueda ser modificada o abolida por una transformación voluntaria y racional de las condiciones vigentes (aquéllas que no pueden ser modificadas o abolidas pertenecen al reino de la mitología científica en la que nada nos obliga a creer). Es decir, ampliando este último punto: en cuanto al plano político de los conflictos violentos, no hay nada intrínsecamente bélico en ellos que impida su resolución por vías pacíficas o, al menos, no directamente violentas; respecto al plano innato de la agresividad humana o a la repercusión colectiva de los impulsos inconscientes de muerte, las formas de abreacción de estas instancias destructivas son tan diversas y su simbolización presenta tan amplio polimorfismo que, en modo alguno pueden ser asimilados sin más a los mecanismos instintivos de los restantes animales. Me estoy refiriendo, por supuesto, a las manifestaciones violentas organizadas, sistemáticas, colectivas e, incluso, ideológicamente sustentadas, no a los arrebatos individuales o antisociales que puedan eventualmente producirse y que en buena medida es justificado suponer que acompañarán siempre la aventura comunitaria de los hombres.

Parece definitivamente cierto que hay un componente violento y agresivo en el hombre y que no puede ser extirpado sin mutilar su capacidad de emprender y crear, de crítica y renovación; parece también indiscutible que tal componente se descarría en ocasiones, bajo la presión de las circunstancias y con el estímulo de las creencias, en matanzas y destrucción, peligro que siempre permanecerá latente, aun cuando lograsen abolirse los grandes conflictos bélicos. Pero de estas certezas no se derivan *ninguna* de estas dos conclusiones tendenciosas: a) que la guerra y la coacción violenta sean fundamentos insuperables de la estructura social, y b) que el recurso a la violencia armada sea la mejor o la única forma de resolver los contenciosos entre países, grupos o clases.

Naturalmente, la posibilidad de ampliación y consolidación de las vías pacíficas de resolver los conflictos de los colectivos humanos (esta conflictividad sí que es inevitable y además deseable, pues de ella depende la vitalidad y regeneración periódica del colectivo) no es algo que pueda ser demostrado sobre el papel, sino un proyecto que ha de ser emprendido y verificado en la práctica histórica. En una palabra, no es cuestión de persuasión retórica sino de reforma efectiva de las instituciones. Pero la reforma de las instituciones políticas tiene que ser labor iniciada por determinados individuos convencidos de la conveniencia y posibilidad de tal transformación. No parece pues tiempo perdido del



todo el invertido en intentar persuadir en este sentido al mayor número posible de personas. La solución violenta es la primera que se le ocurre a todo el mundo para resolver los problemas, porque es la atávica, la que responde a los himnos predatorios de nuestro paleo-córtex; pero es preciso poner en funcionamiento alternativas más complejas y darle su oportunidad al neo-córtex. Este último se caracteriza porque atiende a razones y no sólo a fobias o apetencias. De vez en cuando, el neo-córtex se convierte en abogado y portavoz de su troglodítico antecesor: sostiene que las instituciones políticas no son sino inevitable reflejo de fuerzas cuyo necesario mecanismo escapa al control voluntario humano y que sólo podrían ser transformadas por una conflagración apocalíptica que permitiese la implantación de un orden nuevo. Hay, pues, una tarea polémica que debe ser acometida y sostenida cuanto haga falta, la doble cruzada teórica contra los que afirman que el sistema vigente es inmutable y contra los que opinan que no puede ser modificado más que por medios violentamente quirúrgicos, contra los que en todo ven el sello inalterable de la jerarquía biológica o de las inexorables leyes de la producción y del mercado. Pero, sobre todo, es imperioso plantar dialécticamente cara a quienes apoyan el punto de vista de la lógica militar, sea para mantener el orden actual o para revocarlo.

Lo que he llamado ya en diversas ocasiones *lógica militar* es una determinada perspectiva que se complace en lo que de tenso e irreductible tiene todo enfrentamiento entre hombres. Cada conflicto de ideas, pasiones o intereses, encierra un coágulo durísimo, insoluble, que pide a gritos la pura y simple supresión del adversario para afirmarse sin trabas. Desde un ciertamente fuerte y arraigado punto de vista, filogenéticamente muy primitivo pero de permanente influencia, abolir al otro es la manera auténticamente eficaz de afirmarse. Elías Canetti ha subrayado con brillante agudeza en *Masa y poder* la relación entre poder y supervivencia: el más poderoso se alimenta de la destrucción de los otros, aspirando a que nadie permanezca en pie, vivo y diferente, frente a él. El certificado de mi vitalidad, según este punto de vista, estriba en que nadie pueda prevalecer contra mi deseo o mi criterio. Al hombre le ha llevado mucho tiempo no diré suprimir pero sí *mediar* este planteamiento y hacerlo compatible con los ideales éticos de comunicación y reconocimiento, con los ideales comerciales de intercambio y con los ideales políticos de cooperación y solidaridad. Esta mediación es frágil y, por tanto, preciosa, mientras que la entrega a la hostilidad inmediata tiene la solidez y también la irrelevancia para lo propiamente humano de una determinación biológica. El partidario de la lógica militar está convencido de que lo único que cuenta es prevalecer en el enfrentamiento y doblegar al contrario, sometiéndolo o destruyéndolo; las mediaciones de este impulso primitivo en forma de ideales éticos o políticos le parecen cobardía o añagazas ideológicas del adversario. Sostiene tenazmente que *en el fondo* todo es pura lucha, guerra primordial por la supervivencia o la primacía, que la única forma de sobrevivir y afianzarse en la existencia es precisamente vencer. Y, en efecto, esto es lo que cuenta «en el fondo», sea dicho fondo las fuerzas económicas o los mecanismos inconscientes: pero se desdén aquí todo lo que no es fondo, el constructo humano, lo edificado a partir de ese fondo ciego. *Todo lo que cuenta en la cultura es resultado, nunca fondo.* Y la paz como el entendimiento comercial, la discusión, la protección social de los débiles, los derechos humanos, etc..., son logros culturales que no pueden ser reducidos a su brutal «fondo» por la sinceridad reduccionista de uno u otro signo sin que se pierda lo más importante que hay en ellos. El partidario de la lógica militar desanda hacia un naturalismo inexorable y obtuso el difícilmente equilibrado camino por el que los hombres avanzan hacia lo artificial, es decir, hacia la obra del espíritu donde habrán de redimirse de la necesidad natural.

Pero, ¿cuáles son las características concretas que sirven para describir el funcionamiento de la lógica militar? Permítanme que cite un párrafo perteneciente a una obra mía reciente: «Maniqueísmo, simplificación extrema de posturas, ausencia de término

medio entre adhesión fervorosa y complicidad con el enemigo, jerarquización autoritaria, situación perpetuamente excepcional que muestra poca delicadeza con los derechos individuales o con las consideraciones éticas supra-partidistas, información restringida o deformada por la propaganda, acumulación ilimitada de armamento e invención de nuevas técnicas de destrucción, doctrina del "ojo por ojo", escalada permanente de las acciones de castigo, supeditación de los representantes civiles a los especialistas bélicos, insensibilización progresiva ante la brutalidad y la muerte, encomio de los "valores superiores" que justifican tales violencias ("honor", "patria", "revolución", etc...)» (*La tarea del héroe*, cap. 13).

Las fórmulas predilectas de la lógica militar son sobradamente conocidas: «O ellos o nosotros», «o con nosotros o contra nosotros», «no hay que dar cuartel a quien no nos lo dará», «*si vis pacem, para bellum*», «en el amor y en la guerra todo está permitido», etcétera... El partidario de la lógica militar tiene la mayoría de los rasgos que Adorno y su equipo señalaron como propios de la «personalidad autoritaria» y buscará siempre el liderazgo de jefes intransigentes, carismáticos, padres rígidos para sus fieles y ogros agresivos para los grupos rivales. Para él, la verdad o la justicia no pueden surgir de la transacción, sino que están completas y en bloque en uno de los dos platillos de la balanza: es obligatorio imponerlas por la fuerza a aquellos que se resistan a acatarlas por las buenas o que pretendan tenerlas también de su lado. Sin embargo, salvo raras excepciones de una sinceridad casi digna de agradecimiento, el partidario de la lógica militar se presentará siempre a sí mismo (y quizá incluso se crea realmente así) como un ardiente enamorado de la paz. Los agresivos, los implacables, son los *otros*. Nadie detesta más que él la guerra o la matanza, dice, pero la alevosía irreductible de su enemigo no le deja otra opción. En cuanto a las razones para recurrir a la violencia (pues aunque la violencia es sinrazón nunca renuncia del todo a fundarse razonablemente), lo cierto es que nunca faltan. Para el poseso de la lógica militar, tal como para el Zaratustra, de Nietzsche, es evidente que no es la buena causa la que justifica la guerra sino la buena guerra la que hace justa cualquier causa. Pero el recurso a la violencia por explícito deseo de rapiña o conquista ya no suele darse, lo que demuestra que la opinión internacional tiene algo más peso del que los pesimistas absolutos quieren concederle. Las tres legitimaciones habituales de la violencia política son *el patriotismo, la seguridad y defensa nacional, y el orden justo del mundo*. Voy a decir, a continuación, unas palabritas sobre cada una de ellas.

A finales del siglo XVIII escribió el agudo ironista alemán Lichtenberg: «Algo daría yo a cambio de saber exactamente por quién se han ejecutado en realidad esas acciones de las cuales se afirma públicamente que se han ejecutado por la patria». En efecto, el patriotismo no sólo es el revestimiento edificante de muchos buenos negocios, sino que él mismo es uno de los mejores negocios en los que todavía puede invertirse. En nuestros días los sociólogos insisten en la crisis de las grandes identidades colectivas, como la Nación, la Iglesia o el Partido político, que tienden a ser sustituidas por formas más cálidas y reducidas como la pequeña comunidad o región natal, la secta y el grupo de acción social centrado en torno a alguna reivindicación de la vida privada: sexo, droga, etc... Pero a la Patria, esa venerable cristalización del narcisismo colectivo, todavía le queda cuerda para rato. Lo mismo que constituye su crisis ayuda por otra parte a que renazca la lógica militar a ella vinculada: tal es el caso de los nacionalismos independentistas violentos, que por una parte se oponen a la centralización estatal de la Patria vigente y, por otra, reproducen los delirios patrioterros más feroces, pero esta vez bajo sello «revolucionario». Los patriotismos del Tercer Mundo han desempeñado un papel importante en la lucha contra el imperialismo de las grandes potencias, pero también pueden, en ocasiones, convertirse en útiles aliados de otro gran imperialismo de esta época, el de la multinacional de los fabricantes de armas. El caso de la «guerra» de las Malvinas ha sido particularmente ilustrativo para enseñarnos lo que aún puede temerse de la menta-

lidad patriótica. Una odiosa dictadura criminal, de la más siniestra escuela, decide atacar un enclave extranjero próximo a su territorio, en torno a cuya soberanía pende un incabable contencioso, para aplacar por vía patriótica el creciente descontento interno. La potencia agredida, también con graves problemas políticos y económicos, aunque dentro de una fórmula democrática, agarra al vuelo la ocasión de un escarmiento patriótico que eleve la decaída moral cívica de la población. Por ambas partes se manejan, con empalagoso entusiasmo, las sagradas nociones de «honor patrio», «soberanía nacional», etc... Con este absurdo pretexto se crea una situación internacional que pudo tener graves repercusiones para la paz mundial, se derrochan alegremente millones en nuevos juguetes bélicos y se malogra la vida de un puñado de jóvenes de ambos países. Todo un éxito. Pero lo más curioso es que las naciones se decantan por uno u otro continente por razones de vecindad (es decir, de suprapatriotismo continental), mientras que la izquierda tercermundista fulmina a la potencia agredida desde conceptos como «colonialismo», «imperialismo», «soberanía», etc..., que por no querer someterse a revisión desde el siglo pasado huelen más a patriotería naftalina que a otra cosa. El comentario más habitual de los patriotas poseídos por la lógica militar cuando quieren revestir de dignidad sus atropellos es: «Tú no eres de los nuestros (no eres argentino, vasco, judío o lo que sea), por eso no puedes entendernos». En efecto, quien no padece la ceguera patriótica a ultranza, difícilmente puede comprender, ni menos excusar o incluso entusiasmarse, por actuaciones que bajo cualquier sol cosmopolita no parecen más que barbaridades. El deseo de reivindicar las diferencias y mimar gozosamente lo peculiar no puede hacer olvidar, a estas alturas de la historia, la universalidad de ciertos principios valorativos.

El argumento de la seguridad y defensa nacional tiene dos vertientes, una hacia el interior del país y otra hacia el exterior. Actualmente, casi todos los ministerios de la Guerra o del Ejército prefieren llamarse «de Defensa». La mayoría de los conflictos armados entre naciones estallan por supuestas razones defensivas. Claro que siempre se ha dicho que la mejor defensa es el ataque... Por otra parte, este tipo de legitimaciones viene de antaño; Guibbon, en su *Decline and Fall*, ya comentó que «si uno le hace caso a Tito Livio, resulta que los romanos conquistaron el mundo en defensa propia». El ajedrez estratégico mundial tiene ya tal complejidad que la defensa de una de las dos grandes supernaciones del mundo puede exigir, en cualquier momento, literalmente la supresión de esta o aquella pieza intermedia. La lógica militar quiere hacernos creer que la «seguridad» de los ciudadanos del mundo aumenta si la carrera de armamentos prosigue a buen ritmo, mientras cada cual no deja de contar paranoicamente los tanques y misiles del contrario para superarlos si es posible y se está permanentemente listo para ser el primero en golpear. La neutralidad de algunos países, siempre precaria, es lo más aborrecible para los energúmenos de la defensa belicosa: «Es preciso elegir campo, ya no se puede ser neutral, con ellos o con nosotros...». Para estos ideólogos de la defensa agresiva, sólo la perpétua amenaza permite mantener sin fisuras los escudos. En nombre de la «seguridad nacional» puede legitimarse cualquier tropelía: Intervención desestabilizadora en un país cuyo gobierno no parece favorable a la superpotencia implicada (como hizo la CIA americana en el Chile de Allende), guerra de exterminio prolongada a través de países vecinos (el caso de la invasión israelita del Líbano), ocupación militar de «aliados» remisos (la Unión Soviética en Hungría, Checoslovaquia, Afganistán, etc...). Pero la defensa y seguridad nacional sirve también para legitimar la aplicación de la lógica militar en las relaciones Estado-individuo. Las leyes de excepción, los estados de sitio, la suspensión temporal de los derechos constitucionales en la lucha contra los «enemigos del Estado» (amplio concepto que abarca desde los terroristas propiamente dichos, hasta los izquierdistas en occidente, los disidentes en el área soviética, los antimilitaristas en todas partes, etc...) son otros tantos pasos que pueden dar las democracias hacia su transformación en autoritarismos dictatoriales y también las coartadas pseudolegalistas de los regímenes policiales. La permanente demanda de *seguridad* en la vida cotidiana es uno de

los habituales puntos básicos de todos los programas conservadores. Es curioso que en nombre de la «seguridad» puedan aprobarse en países más o menos democráticos leyes que permiten un largo período de detención sin asistencia de abogado, por ejemplo, lo que no es sino una incitación a la aplicación semitolerada de la tortura. Cualquier ley de excepción aumenta la inseguridad del ciudadano y disminuye la garantía de sus derechos frente a la arbitrariedad o el error estatal. En último término, la seguridad de un país y su mejor defensa no puede consistir en la coacción ni en la amenaza, sino en la justicia y la transparencia de la gestión gubernamental, que convoca a la colaboración leal de la mayoría ciudadana.

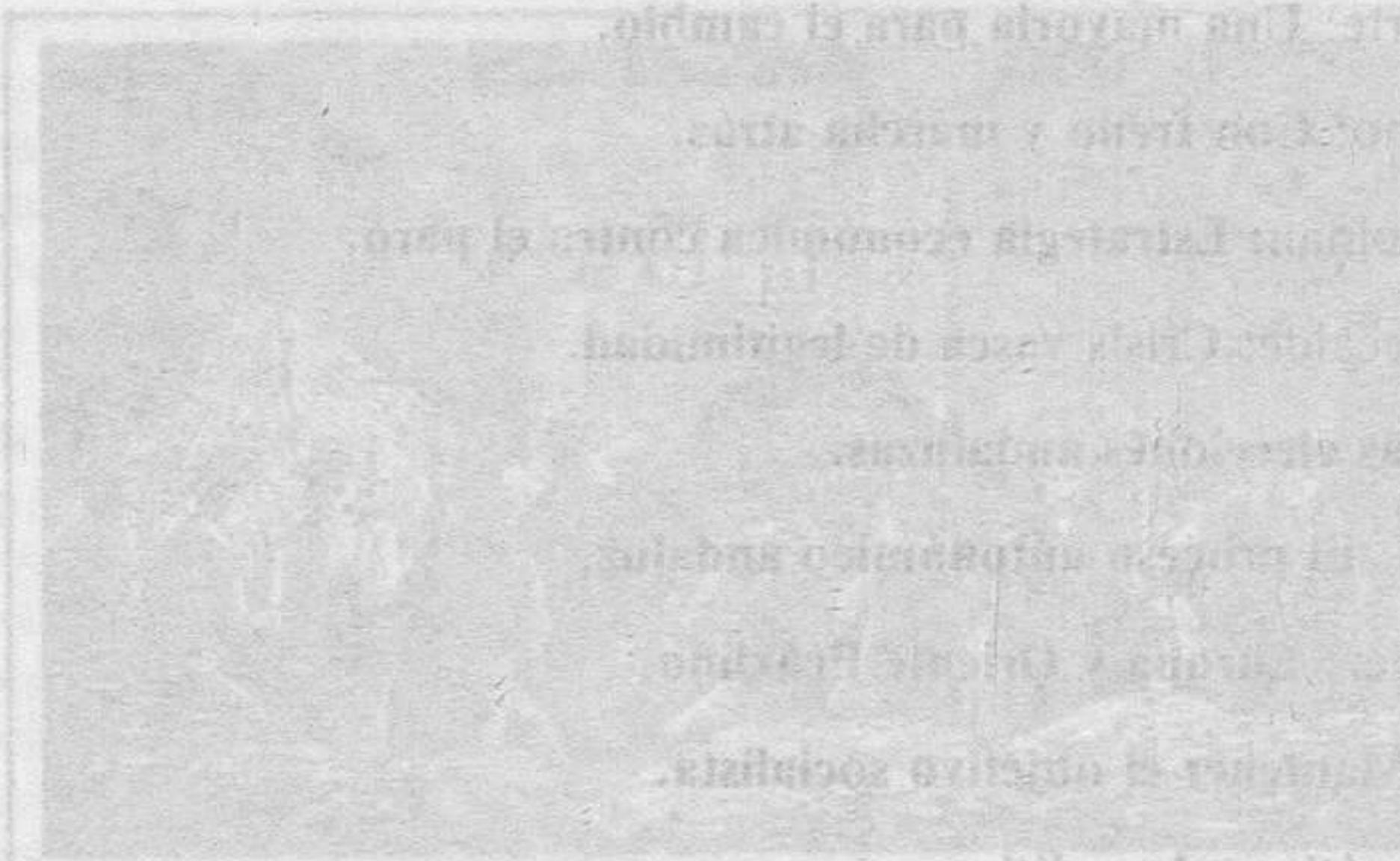
Precisamente el tercer gran motivo de recurso intra e internacional a la violencia es el ideal de un orden más justo de la sociedad. Por poco exigente que sea nuestro concepto de justicia, comprobaremos que en realidad aún falta mucho para aproximarnos, en cualquiera de los regímenes políticos vigentes, a una organización social auténticamente deseable. El hambre, la explotación hasta el embrutecimiento de los más por los menos, el escamoteo de libertades básicas abierto o encubierto, la represión de identidades nacionales, la presencia de auténticos mafiosos al frente de numerosos países pequeños (con el apoyo interesado de alguna superpotencia), y, sobre todo, la sensación asfixiante para almas rebeldes de que un auténtico cambio radical que nos haga pasar de la sociedad del dinero y la competición al reino de la solidaridad es imposible en las actuales circunstancias, provoca en muchas ocasiones un aura de prestigio y atractivo en torno a la lucha armada. Quien recurre a ella parece más sinceramente comprometido con la transformación de las condiciones de vida que quienes se limitan a la intervención política por cauces pacíficos (incluso aunque estos puedan no ser legales en determinadas situaciones). Es preciso admitir que ciertos Estados brutalmente dictatoriales y de sangrienta represión dejan pocos cauces no violentos a la protesta y la mejora política. En casos extremos, el recurso a la lucha armada parece casi cuestión de pura y simple supervivencia. Pero en la gran mayoría de las ocasiones, el grupo armado insurgente no logra escapar de los peores condicionamientos de la lógica militar: primero, en su propia estructura, que repetirá el esquema jerárquico, autoritario y maniqueo de cualquier ejército, pero con el suplemento despiadado que prestan el acoso y la clandestinidad; segundo, en la situación cotidiana del país, que los guerrilleros tenderán a interpretar desde la óptica del *cuanto peor, mejor* que favorece el apoyo de los civiles a su movimiento armado; tercero, en el futuro, tras el hipotético derrocamiento del régimen anterior, pues la vanguardia armada victoriosa suele convertirse en un nuevo ejército de ocupación del país y cobra con usura los servicios prestados a la población. Cuando la lucha armada se da en el marco de sociedades democráticas (cuyas imperfecciones son la justificación del movimiento insurgente), la guerrilla se convierte en la gran coartada del Estado para aumentar su cota represiva y cargar sobre la espalda de los terroristas la culpa de males sociales que provienen del propio sistema. El idealismo más o menos dogmático de algunos jóvenes aventureros (dispuestos a morir mártires y entre tanto a vivir como verdugos) es generalmente manipulado, directa o indirectamente, por los servicios secretos de los distintos países, perfecta encarnación de la lógica militar aquí comentada, que los emplean para desembarazarse de enemigos políticos, desestabilizar regímenes hostiles, etc... El más desapasionado y sincero análisis no puede encontrar que el terrorismo europeo haya mejorado en nada la situación de las clases desfavorecidas o haya contribuido a una más justa gestión del poder público en ningún país donde actúa; en cambio, no es difícil señalar sus efectos negativos en el aumento de represión y la disminución de las libertades. Oponerse al militarismo y a su lógica es el primer y esencial paso para una auténtica transformación revolucionaria del orden en que vivimos; pero no se puede combatir el militarismo con la creación de ejércitos «buenos» ni a la estructura estatal sustentada en violencia y terror con una violencia y un terror de signo supuestamente contrario. Cioran dijo en cierta ocasión que «en último extremo se puede gobernar sin crímenes, pero no

sin injusticias». Es un deber cívico intentar, por todos los medios a nuestro alcance, reducir al mínimo éstas, aunque no sea lícito ni eficaz recurrir para tal empresa a aquéllos.

La lógica militar es una auténtica *ideología de la violencia*. Combatirla allí donde aparezca es contribuir a la erradicación de las legitimaciones habituales de los métodos violentos. Y también se colabora así a reforzar las convicciones de quienes se niegan a entrar en este juego siniestro y aspiran a modificar las mediaciones institucionales de modo que se obstaculice al máximo la expresión bélica. En abstracto, quizá la guerra y sus secuelas sea uno de esos cuatro jinetes apocalípticos de los que la sociedad humana jamás logrará verse libre del todo; pero, en concreto, no hay *ninguna* guerra inevitable y ningún recurso a la fuerza armada está irrefutablemente excusado. Para lograr un efectivo desarme y una radical desmilitarización de los pueblos hay que comenzar por desarmar y desmilitarizar nuestras rutinas de pensamiento.

Jose Nuan

análisis y debate



3

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 9 (OTOÑO 1982)

Javier Solana: **La alternativa socialista.**

Ludolfo Paramio: **El final del desencanto.**

Jorge M. Reverte: **Una mayoría para el cambio.**

Pablo Castellano: **Con freno y marcha atrás.**

J. Muñoz-S. Roldán: **Estrategia económica contra el paro.**

José Ramón Recalde: **Crisis vasca de legitimidad.**

Pilar Brabo: **Las elecciones andaluzas.**

Antonio Checa: **El proceso autonómico andaluz.**

Emilio Menéndez: **Europa y Oriente Próximo.**

Agnes Heller: **Mantener el objetivo socialista.**

Reyes Mate: **La ética y la política.**

Felip Lorda: **Socialismo y filosofía del derecho krausista.**

Alvaro Espina: **Salarios, beneficio y empleo.**

---

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

---

**Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4**

---

# LA REBELION DEL CORO

**José Nun**

*análisis y debate*

---



**3**

En la tragedia griega el centro del escenario lo ocupaban casi siempre los héroes, únicos que se hallaban en contacto directo con los dioses. La vida cotidiana tenía reservado, en cambio, un espacio subalterno y sin rostro: el del coro. Lo formaban las mujeres, los niños, los esclavos, los viejos, los mendigos, los inválidos, en una palabra, todos los que se quedaban en la ciudad cuando los demás partían en busca de la aventura, del poder y de la gloria.

En *La República*, Platón trazó el correlato político de esta visión del mundo: el gobierno de su sociedad ideal no estaría en manos de inexpertos (como en una democracia) sino de reyes-filósofos, únicos que se hallarían en contacto directo con la verdad. Perspectiva también heroica de la política ésta, que ha dominado el pensamiento occidental hasta nuestros días. Fueron cambiando los decorados (la catedral, la corte, el parlamento, el palacio presidencial) al igual que los personajes y sus virtudes (el príncipe; el jefe

militar; el líder carismático; el gran orador; el sabio de Harvard; o, más módicamente, el galán de Hollywood); pero la política ha seguido siendo presentada como el espacio público de lo grandioso por oposición a la esfera privada en que casi todos vivimos nuestra realidad diaria, sudorosa y poco mostrable. (No hace mucho, los héroes de la Comisión Trilateral tuvieron la gentileza de explicarnos que la gobernabilidad de las democracias depende, precisamente, de que las cosas continúen de este modo, de que la gente no se tome demasiado en serio la idea de la participación.)

Porque ocurre que, en nuestra época, la vida cotidiana ha comenzado a rebelarse<sup>1</sup>. Y no ya mediante gestas épicas como la toma de la Bastilla o el asalto al Palacio de Invierno, sino de maneras menos deslumbrantes pero también menos episódicas, hablando cuando no le corresponde, saliéndose del lugar asignado al coro aunque conservando su fisonomía propia. El símbolo por excelencia de esta rebelión es el movimiento de liberación femenina, justamente porque la mujer ha sido siempre el símbolo por excelencia de la vida cotidiana. En el colmo de la sorpresa, el guerrero o el tribuno de la plebe advierten que les pasan la cuenta por su ropa sucia o por la crianza de sus hijos. Pero la descompaginación del libreto es más general: también las minorías étnicas, los ancianos, los sin casa, los inválidos, los homosexuales, los marginados, violan el ritual de la discreción y de las buenas formas, se plantan en medio del escenario y exigen que se les oiga.

Por cierto, hasta ahora estos movimientos se han manifestado con mayor intensidad en las sociedades capitalistas avanzadas, confirmando que tampoco la protesta es un asunto de libre elección, disponible de igual manera para cualquier grupo en cualquier tiempo o lugar, sino que emerge allí donde las condiciones estructurales la hacen posible. Pero la importancia que deben asumir tales movimientos en la reflexión actual de la izquierda latinoamericana me parece incuestionable no sólo porque también han venido surgiendo en nuestras latitudes sino porque procuran liquidar una imagen heroica de la política que no es para nada ajena a las tradiciones del marxismo criollo.

Este es el significado de fondo que se corre el riesgo de no percibir si uno se ofende prematuramente por el sectarismo de algunos de estos nuevos actores o se limita a considerar el problema desde un punto de vista puramente táctico. Sin duda, hay voceros apresurados de esos movimientos que decretan por sí y ante sí el fin del proletariado como sujeto revolucionario, sin darse cuenta —ni ellos ni sus críticos— que, según veremos, lo que en realidad están empezando a constatar es el fracaso del *discurso heroico* sobre la clase obrera. De ahí que el tema trascienda también meras discusiones coyunturales acerca de si, por ejemplo, darle impulso aquí y ahora al movimiento feminista es quitárselo al movimiento obrero o al movimiento campesino. Lo que está en juego es mucho más profundo: se trata de reivindicar y de potenciar los contenidos políticos de la cotidianeidad de *todos* los sectores oprimidos; y esto incluye, obviamente, la de los campesinos y la de los obreros. Pero ni esos contenidos ni esta cotidianeidad están ahí, ya dados, listos para ser aprehendidos en clave empiricista. Requieren ser construidos como objetos e interpretados. Y la verdad es que somos muchos los «intelectuales tradicionales» (*pace* Gramsci) que, por más situados a la izquierda que estemos —o justamente por eso—, nos hallamos mal preparados para la tarea.

Algunas de las razones son ya bien conocidas. Así, durante más de un siglo, el reduccionismo de clase nos llevó a dar saliencia especial a una forma determinada de opresión, en la confianza de que las otras o eran simples supervivencias del pasado o desaparecerían por arrastre. A la vez, en sus tratamientos de esa forma, tanto el «marxismo automático» de la Segunda Internacional como el «partido-conciencia externa» de la Tercera acabaron sepultando las tesis sobre Feuerbach y, con ellas, la revolucionaria idea de Marx de que toda verdadera filosofía es autodidacta, de que la gente se educa a sí misma a



través de su propia praxis. Pero hay otros obstáculos teóricos que tornan difícil aquel desciframiento y que son todavía parte del bagaje intelectual de muchos sectores de la izquierda latinoamericana. De esos obstáculos quiero ocuparme, brevemente, aquí. Para hacerlo, me centraré en el aludido fracaso del *discurso heroico* sobre la clase obrera.

### *La autoemancipación del proletariado.*

Hoy, por lo menos, un sentido en que el pensamiento de Marx coincide con el de Platón: para ambos, la auténtica garantía de una sociedad justa no resulta tanto de un sistema institucional específico como de la educación política de quienes la formen. Por eso, la utopía platónica asignaba a los reyes-filósofos el papel de tutores de la ciudadanía, con la misión de orientarla hacia el conocimiento verdadero, esto es, el que propugnaba la escuela del propio Platón. Es claro que Marx va a rechazar vigorosamente la idea de un guía externo y, con ella, una visión heroica de la política. Para probarlo, basta leer su Tercera Tesis sobre Feuerbach. Pero, ¿basta realmente?

En sede filosófica, sí. Como se sabe, Marx refuta en esa Tesis al materialismo mecanicista, poniendo en evidencia la contradicción que le es inherente: una perspectiva que concibe a los hombres como productos pasivos de fuerzas materiales que los determinan por completo sólo puede fundar la posibilidad del cambio en la existencia de una minoría que, por razones que teóricamente quedan sin explicar, se hallaría libre de esas determinaciones, es decir, estaría por encima de la sociedad y podría, de este modo, educarla y conducirla al progreso. La réplica de Marx es aquí rotunda: no hacen falta educadores externos ya que son falsas las premisas que obligan a invocarlos; a través de su praxis, son los propios hombres quienes continuamente cambian sus circunstancias y se transforman a sí mismos.

Esta Tesis funda, a su vez, un programa: el de la autoemancipación del proletariado. Pero hay más que eso. Es un programa que está indicando el lugar preciso de la educación política de este sujeto colectivo *concreto*: tal lugar no puede ser otro que el de su praxis constitutiva, o sea la fábrica, desde que «no en vano el proletariado pasa por la escuela dura, pero forjadora de temple, del *trabajo*»<sup>2</sup>. Sólo que aquí comienzan los problemas. Porque será el mismo Marx quien señale las limitaciones de esta «escuela»: si, por una parte, concentra a los obreros en grandes números y facilita así la comunicación y la solidaridad, por la otra «embrutece», «produce imbecilidad y cretinismo», convierte al operario en un mero «apéndice de la máquina» y, por último, «vence todas las resistencias» y sirve para reproducir las relaciones capitalistas de producción como si fuesen «las más lógicas leyes naturales»<sup>3</sup>. Esto sin mencionar las francas posibilidades de cooptación que abren los períodos de «prosperidad temporaria», a los que se refiere en sus análisis de la situación política inglesa<sup>4</sup>.

Estas constataciones lo irán llevando a Marx a atribuirles cautelosamente a los intelectuales burgueses que se desclasan funciones complementarias significativas: no únicamente la de «explicarle al mundo sus propios actos» sino también las de dar apoyo moral y organizativo a los obreros y difundir entre ellos la literatura y la propaganda revolucionarias. Pero, sobre todo, en sus escritos políticos de madurez Marx va a enfatizar cada vez más el papel decisivo de los sindicatos como potenciales «escuelas de socialismo», estrechamente ligadas a la «escuela del trabajo» pero por cierto no subsumibles en ésta<sup>5</sup>. O sea, que la educación política del obrero ya no aparece como un puro emergente de su práctica cotidiana sino que pone en juego mediaciones institucionales cuya densidad específica no hizo sino incrementarse desde la segunda mitad del siglo XIX.

Esto no significa que Marx preanuncie el voluntarismo radical del Lenin del *¿Qué hacer?* Los sindicatos son creaciones «espontáneas» de los trabajadores mismos que, «sin advertirlo conscientemente», se van constituyendo en «centros de organización de la clase obrera, tal como las municipalidades y comunas medievales lo fueron de la clase media»<sup>6</sup>. Lo importante es que, aunque Marx no llegó a plantearse en toda su complejidad la dialéctica base/sindicato, una apreciación realista del carácter contradictorio de la «escuela del trabajo» lo condujo a distinguir diversos niveles de estructuración de la clase y a poner distancia con cualquier visión heroica de la fábrica<sup>7</sup>.

Y es en este punto que sobreviene una cierta perplejidad. Dado lo anterior, ¿cómo se explica que tantas generaciones de militantes y de estudiosos marxistas se hayan empeñado en «descubrir» o en «desarrollar» la conciencia de clase por referencia exclusiva a los obreros mismos y a su experiencia fabril, como si éste fuese el único plano de constitución del sujeto revolucionario?<sup>8</sup>. Varios «ismos» se ofrecen como respuesta: economicismo, espontaneísmo, psicologismo; y, seguramente, son en parte válidos. Pero soslayan una cuestión que me parece fundamental: las razones teóricas por las que, a pesar de todo lo expuesto, el marxismo se ha mostrado siempre propenso a esa concepción heroica de la política que Marx supo, generalmente, aludir. Porque lo paradójico de la apelación directa al obrero es que ha servido, en los hechos, para mantener confinada a la oscuridad del coro la vida cotidiana de este último, en la medida en que no se ajustaba —ni podía ajustarse— a los términos de la convocatoria. Veamos, entonces, cuáles son aquellas razones.

### *El marxismo como terapia radical.*

Sucede que, por muchos años, ha predominado en el marxismo la tendencia a operar con una epistemología de corte empiricista. Esta tendencia halló su consagración canónica en *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin, y luego, cuando se difundió *La ideología alemana*, fue considerablemente realimentada por la seductora (e insostenible) metáfora de la cámara oscura<sup>9</sup>. Desde esta perspectiva, la conciencia *refleja* la realidad ya dada de las condiciones materiales de existencia sólo que, al hacerlo, la *invierte*; y esta inversión no es casual sino que resulta de la sumisión de esa conciencia a las ideas dominantes de la época, es decir, a la hegemonía burguesa<sup>10</sup>. ¿Por qué se trata de una epistemología *empiricista*? Porque, como se advierte, se maneja con una teoría del conocimiento en tanto simple copia de la realidad, según la cual esta última puede ser, en efecto, *reproducida* por la conciencia; y le añade un proceso distorsivo *sin el cual se supone que la realidad podría ser directa y diáfananamente aprehendida por sus actores*.

Pero, aparte de que teorías de este tipo no pueden dar cuenta de aquello que es «copiado» —o sea, de cómo y por qué la conciencia selecciona obviamente sólo algunos de entre los muchos estímulos potenciales que recibe—, su falla básica radica en ignorar que nuestra concepción del mundo es parte misma de la constitución de lo real (y esto incluye las condiciones materiales de existencia que, en tanto productos de la actividad humana, no son nunca un puro dato anterior a la conciencia). En otras palabras, a través de sus diversas prácticas los hombres, lejos de reducirse a *descubrir* una realidad ya establecida, la van *construyendo*, lo que revela la insuficiencia —y el carácter contemplativo— de cualquier idea de la copia o del reflejo. Sin embargo, que esta idea haya podido fascinar a los marxistas con vocación de «reyes-filósofos» tiene poco de sorprendente: entre otras cosas, ha servido para garantizarles de una vez para siempre su sitio junto a la verdad revelada. Invariablemente, la falsa conciencia es un problema de los otros.

La posición que critico se ha visto acompañada —y reforzada— por una teoría idealista del lenguaje, conforme a la cual las palabras son, a su vez, un mero *reflejo* de las ideas que nos pasan por la *mente*<sup>11</sup>. Lo que no deja de ser curioso puesto que el marxismo se privó así de extender al lenguaje uno de sus hallazgos fundamentales, a saber, que las ideas no son nunca dissociables del contexto histórico en que emergen. De manera análoga, el significado específico de una palabra no se averigua simplemente interrogando a quien la pronuncia o recurriendo al diccionario; para entenderlo es preciso investigar sus usos concretos, el papel que desempeña en las prácticas sociales en que interviene. Y esto justamente porque las palabras no son meras transmisoras de ideas o conceptos: descontextualizadas, carecen de sentido. Ni basta que un discurso apele a nociones como «conciencia proletaria» o «lucha de clases» para juzgarlo revolucionario, ni que no lo haga es condición suficiente para disputarle su calidad de tal. Como se ve, esta crítica resulta casi el reverso de la anterior: donde una teoría empiricista del conocimiento niega la función constituyente de la conciencia, una teoría idealista del lenguaje impide aprehender las formas discursivas como componentes centrales —y escasamente arbitrarios— de la realidad social material. Sumadas ambas perspectivas, dan sustento a una versión del marxismo que conduce necesariamente a una visión heroica de la política.

Para entenderlo, conviene reordenar los elementos ya presentados. En primer término, todo discurso es concebido como un reflejo de la conciencia y ésta, por su parte, como un reflejo (distorsionado) de la realidad. En segundo lugar, el discurso marxista aparece como el único verdadero porque expresa la conciencia revolucionaria capaz de explicar esa distorsión y de indicar el camino para cancelarla. Más aún, esta conciencia revolucionaria es la conciencia de clase del proletariado, aunque sean muchos los obreros concretos que no estén todavía en condiciones de asumirla porque son víctimas del proceso que invierte su conocimiento de la realidad. Respecto a ellos, entonces, el marxismo no puede menos que proponer una terapia radical: su discurso debe desalojar el discurso falso que las ideas dominantes han instalado en la cabeza de esos trabajadores; y debe desalojarlo todo. El agente terapéutico pueden ser las crisis económicas —como en el joven Lukács— o el partido de vanguardia —como en el *¿Qué hacer?*—; pero el criterio de éxito no ofrece dudas: las ideas verdaderas deben penetrar las conciencias para disolver las distorsiones que las afectan; y las nuevas palabras que esas conciencias asuman como propias darán testimonio de la misión cumplida. El proletariado será revolucionario, esto es, «hablará el marxismo», o no será. (Curiosamente, sin embargo, no se requiere de los trabajadores que conozcan las teorías de la competencia o de los costos comparativos cuando se los juzga unidimensionalmente integrados a la cultura dominante...).

Por este camino, los obreros se ven asignados sin más al rol abstracto y heroico de clase universal, con la misión de liberar a la humanidad en su conjunto. La teoría ha desvelado el secreto de esta predestinación y lo ofrece generosamente a sus elegidos: si éstos incorporan el mensaje, se salvan porque su conciencia se hace revolucionaria; de lo contrario, se pierden porque su conciencia sigue siendo burguesa.

Lo paradójico es que, entendido de este modo, el marxismo deja de ser un potente instrumento de análisis de la realidad para verse reducido a una de tantas propuestas ideológicas en busca de portador. Y nada pone más en evidencia este empobrecimiento que el mecanismo de la operación por la cual la mayoría de los obreros concretos son relegados al coro de los alineados, de los sometidos a la hegemonía burguesa, como si lo único que hubiese que explicar es por qué no se comportan como se supone que deberían<sup>12</sup>. Normatividad de trasfondo idealista que alimenta una imagen heroica de la política que acaba siendo desmovilizadora: su épica está poblada de obreros conscientes y de muertos gloriosos con los que difícilmente puedan medirse los hombres y mujeres de carne y hueso que deben ocupar la mayor parte de su vida en ganársela.

¿Se trata, entonces, de contribuir a que acepten pasivamente su suerte? Todo lo contrario. Es justamente el ángulo estrecho de visión que critico el que impide comprender el potencial transformador que realmente albergan los sectores populares, por más que no se expresen como se espera. ¿Cuál es la alternativa? A la luz de lo dicho, me parece que la rebelión del coro está indicando, por lo menos, su rumbo. Procuraré hacerlo más visible.

### *De Marx a Wittgenstein.*

El complejo problema de los diferentes niveles en que se estructura una clase en formación —y al que, según señalé, Marx le fue atribuyendo cada vez mayor saliencia— se rebaja a pura cuestión táctica si de lo que se trata es de transmitir un único discurso verdadero. Es que, en este caso, resulta lógico pensar tales niveles como otros tantos espacios en que ese discurso debe ser literalmente reproducido. La imagen piramidal de la organización que consagró la Tercera Internacional (en la cúspide, el partido; en la base, los trabajadores; y, entre ambos, los sindicatos actuando como correas de transmisión) brinda el ejemplo clásico de ese planteo a la vez que sugiere que el stalinismo fue algo más que una aberración individual.

El fracaso de esa concepción es hoy evidente. En la mayoría de los países llamados socialistas, las cúpulas ya ni siquiera simulan intentar que «el discurso verdadero» sea asumido por las masas y, significativamente, convierten al marxismo en tema sólo apto para académicos. Pero tampoco la historia de las luchas populares en el resto del mundo confirma la supuesta eficacia terapéutica de ese discurso en los términos descritos. Como pregunta Gintis con toda pertinencia: «¿Dónde han servido “la alienación”, “la objetivización”, “el fetichismo de las mercancías” o “la hegemonía” como gritos de guerra de la lucha de clases —sin mencionar “la desublimación represiva” o “la negatividad artificial”?»<sup>13</sup>.

Ocurre que los diversos niveles de la práctica social no son transparentes ni asimilables entre sí: cada uno tiene características cognitivas propias, estilos particulares de desarrollo y modos específicos de institucionalización. Pero hay más: esa misma práctica en su conjunto está siempre históricamente situada, de manera que no se trata sólo de distinguir entre sus instancias —la teoría; la acción política organizada; la actividad sindical; la vida cotidiana, etc.— sino de notar que las formas y los contenidos de estas últimas deben ser contextualizados para hacerse inteligibles.

En este sentido, la literatura marxista parece no haber sacado aún todas las consecuencias de la que hoy se ha vuelto una constatación ineludible: nunca hubo *un* modelo de revolución burguesa, desde que el desarrollo del capitalismo ha tomado formas marcadamente diferentes según los países. Y si no ha habido uniformidad en los modos de dominación, tampoco ha podido haberla en la manera en que se fueron configurando en cada sitio los múltiples niveles de lucha contra esa dominación. Siendo esto así, ¿cómo sostener *a priori* que existe un único discurso verdadero, un solo camino hacia la liberación, postulable *urbis et orbi*?<sup>14</sup>.

Creo que tanto este punto como las dos cuestiones generales recién propuestas —la necesidad de diferenciar niveles en la práctica social y el carácter siempre históricamente determinado de esta última—, ganan en claridad a la luz del famoso par de metáforas que utilizó Wittgenstein en sus análisis del lenguaje. Por una parte, sostuvo, las palabras operan como *herramientas*<sup>15</sup>. Pretender definir las en sí mismas es «una ceremonia vacía»: lo que realmente importa son las funciones que cumplen. Y estas funciones depen-

den del uso que se les dé, del mismo modo que un martillo puede servir tanto para destruir como para construir —alternativa que, por cierto, no resuelve su definición sino la manera concreta en que se lo utiliza. Por eso, «imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida»<sup>16</sup>.

Por otro lado, las palabras son comparables a las piezas de un juego y el lenguaje mismo a un conjunto de juegos. Sin duda, no hay una propiedad que sea común a todas estas prácticas que corrientemente llamamos «juegos»: unos requieren concentración y otros no; están los que exigen habilidades especiales y están los que no reclaman ninguna; hay juegos competitivos y no competitivos, etc. Más bien identificamos a los «juegos» en base a una complicada red de similitudes que se superponen y estre cruzan, sin perjuicio de la especificidad de cada juego particular. Desde este punto de vista el lenguaje, como parte de una actividad social, de «una forma de vida», puede ser concebido como una colección de juegos —cada uno con sus reglas propias—, en que intervienen palabras y acciones<sup>17</sup>. Así, la ciencia, la religión, la política, la vida cotidiana, etc., se articulan y se comunican por medio de múltiples «juegos de lenguaje», cuyas características y texturas lógicas son peculiares de cada esfera. El astrónomo que antes de ir al observatorio le comenta a la esposa que es una suerte que «el sol haya salido más temprano», no por eso está renegando de Copérnico: simple y saludablemente, está participando en uno de los juegos del lenguaje del sentido común y no de la ciencia.

Si regresamos, ahora, al tema de los niveles y de su historicidad, se comprenderá mejor por qué es inviable la idea del «único discurso verdadero» que homogeneice la totalidad de las prácticas de las clases subalternas.

Ante todo, como queda dicho, no sólo cada instancia estructura sus propios juegos de lenguaje sino que entre los de las distintas esferas hay una discontinuidad necesaria, por más que no se trate de comportamientos estancos. Ya lo advertía lúcidamente Gramsci cuando diferenciaba entre los niveles de la teoría y del sentido común: «es pueril pensar que un *concepto claro*, oportunamente difundido, se insertará en las diversas conciencias con los mismos efectos *organizadores* de una claridad difundida»<sup>18</sup>. En todo caso, ese *concepto claro* será refractado y reinterpretado según las reglas y los usos de los nuevos juegos de lenguaje en que busque colocarse; o, sencillamente, éstos no estarán en condiciones de hacerle lugar. Lo que importa añadir es que las diferenciaciones a que me refiero no connotan idea alguna de jerarquía sino que corresponden meramente a planos diversos de actividad; a este respecto, cuando antes se liquide la imagen de la pirámide, mejor<sup>19</sup>.

En segundo lugar, las piezas de esos juegos de lenguaje varían en cada contexto histórico particular. Aquí interviene la metáfora de las «herramientas» en un doble sentido: tanto la colección disponible en una sociedad dada como el modo prevaleciente de su uso son siempre el resultado concreto de luchas pasadas o presentes, larvadas o abiertas. Por eso, contra lo que suponen las teorías idealistas y/o conspiratorias, los discursos dominantes a cualquiera de los niveles —incluido el teórico— están lejos de ser un puro producto de emisores individualizables sino que, eventualmente, manifiestan la forma peculiar en que el mensaje de estos últimos se ha refractado en una realidad determinada; y esta forma, que condensa conflictos anteriores, se vuelve, a su vez, objeto de nuevos enfrentamientos. E. P. Thompson ha mostrado, por ejemplo, cómo en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII «la ley había sido menos un instrumento de poder de clase que una arena central de conflicto». De este modo fue cambiando la noción misma de ley hasta que, finalmente, saturó «la retórica de Inglaterra en el siglo XVIII» y sirvió, entonces, para consolidar la dominación de la aristocracia. Sólo que «era inherente a la misma naturaleza del medio que [ésta] había seleccionado para su propia defensa que no pudiese ser reservado para su uso exclusivo». El conjunto de las relaciones de clase pasó a expre-

sarse a través de formas legales; y si éstas beneficiaban a los grupos dominantes, también ponían límites a su acción. Pero, sobre todo, los sectores subalternos impulsaron usos muchas veces inesperados de esas formas legales, generando choques que no siempre los jueces pudieron resolver a favor de la aristocracia. Por esta vía, acabaron por legitimarse aplicaciones no previstas de las herramientas originales<sup>20</sup>. Las ilustraciones de este punto podrían multiplicarse. En el siglo XIX, la burguesía luchó en Inglaterra o en Francia por la libertad de asociación para poder contar con organizaciones que fortaleciesen su poder de clase y que le permitieran controlar a los gobernantes de turno; pero los obreros se valieron de ese mismo principio para reivindicar su derecho a formar sindicatos que pudiesen enfrentarse a la dominación de la propia burguesía. En este caso, atribuir simplemente el derecho de agremiación al discurso liberal —del que, en efecto, pasó a formar parte— implicaría olvidar hasta donde fue ésta una penosa conquista de los trabajadores<sup>21</sup>.

Es claro que dista de ser irrelevante para el curso concreto de la lucha de clases en una sociedad determinada que los conflictos tiendan a revestir formas legales o a expresarse a través del discurso liberal. Tanto los juegos de lenguaje como las piezas que éstos movilizan no son neutros respecto a las prácticas sociales a que están ligados sino que contribuyen a constituirlos y a regular sus condiciones de variabilidad: ni el ajedrez desarrolla los músculos ni con un martillo se puede pintar paredes.

Pero, salvo que uno ópte por la metafísica, esas prácticas, a los diversos niveles, deben ser el punto de partida obligado de cualquier esfuerzo de transformación que se quiera eficaz. Más aún: por mejor intencionada que esté, una estrategia política que pretenda soslayar la compleja trama de condicionamientos a que vengo a referirme acaba por producir consecuencias no queridas. En el caso de las versiones del marxismo que critico, una en especial: la de perpetuar una visión heroica de la política que conduce tanto a la impotencia —porque el coro no puede oír— como al autoritarismo —porque al coro no se le deja hablar.

### *Vida cotidiana y buen sentido.*

Es significativo que, seis años *después* de la Revolución de Octubre, Trotsky se viese obligado a concluir: «La primera tarea, la más profunda y urgente, es la de romper el silencio que rodea a los problemas de la vida cotidiana»<sup>22</sup>. No se dirigía, por cierto, a los funcionarios del zar, que habían sabido intervenir en las experiencias cotidianas del pueblo ruso mediante una represión abierta y vociferante; estaba escribiendo para un público de militantes comunistas y lo que empezaba a advertir era que el silencio puede ser otra forma de la coerción.

En nuestros países, la rebelión del coro viene pugnando fragmentariamente por romper ese silencio aquí y ahora, sin esperar «el gran cambio revolucionario» para pedir la palabra. Es natural que los sectores dominantes se la nieguen o se la concedan bajo condiciones que la invaliden. Lo que sería lamentable es que la izquierda persistiese en hacer lo mismo, instalada en la certeza de su discurso verdadero.

Esto no quiere decir, de ninguna manera, que la militancia deba volverse *seguidismo*. En primer lugar, ello implicaría caer en un «reduccionismo basista» que anularía todo lo dicho acerca de la significación y de la singularidad de las múltiples instancias en que se estructura un sujeto revolucionario. Por otra parte, la vida cotidiana de los oprimidos se expresa a través de los juegos de lenguaje de un sentido común a-crítico, vehículo de muchas «falsas verdades» recibidas de la religión, de las tradiciones populares, de la cultura oficial, etc. A lo que cabe añadir que esa cotidianeidad tiende a agotarse en el particula-

rismo, cierre de horizontes que opera, a la vez, como defensa frente a la continua agresión de los poderes establecidos y como obstáculo para una estrategia unitaria de acción.

No obstante, al mismo tiempo —como también intuyera Gramsci— el sentido común de los explotados contiene un núcleo de buen sentido, un sentimiento elemental de separación y de antagonismo frente a los dominadores. Este núcleo aglutina experiencias pasadas y presentes; y, aunque el sentido común se ocupa de sabotearlo y de oscurecerlo de mil maneras, hay juegos de lenguaje específicos que lo preservan. Son éstos, justamente, los que deben ser elaborados y fortalecidos. Pero, para eso, es preciso comprenderlos antes en sus propios términos, como resultado concreto de procesos de lucha que importa identificar. Tal esfuerzo de comprensión es tanto más importante cuanto que, sin duda, esos juegos de lenguaje no serán coincidentes en los diversos sectores subordinados, lo que quiere decir que no debe esperarse una homogeneidad directa en los modos en que el núcleo de buen sentido defina, en cada caso, sus áreas de igualdad y de oposición. Pero, aunque significativo, éste es solamente el primer paso de la tarea de desciframiento a que aludí al comienzo. Porque, entre otras cosas, se requiere establecer, además, cuál es el grado de consistencia interna de los juegos de lenguaje del buen sentido en un momento histórico dado y según los segmentos sociales de que se trate; hasta dónde son traducibles a otras situaciones; cuáles son sus posibilidades propias de expansión; qué lugar les corresponde en el conjunto de los dominios de relevancia del actor y del grupo<sup>23</sup>, etc. Todo esto es condición *necesaria* para una comunicación auténtica entre masa e intelectuales (militantes incluidos), concebida como empresa de esclarecimiento mutuo que lleve a un desarrollo pleno del potencial crítico contenido en aquel núcleo de buen sentido. Si no me parece todavía condición *suficiente* es porque tal comunicación no puede darse en el aire: exige contextos institucionales adecuados, que no son postulables en abstracto y que pueden ir desde la asociación vecinal o el club deportivo hasta la cooperativa de consumidores o el consejo de fábrica. Estamos ante un vastísimo campo de acción, tan vasto como la intrincada red de determinaciones de la sociedad civil que se quiere transformar.

Desde luego, la hipótesis política que guía este planteo es que el mundo de la vida cotidiana de los oprimidos no es el mero espacio de la reproducción sino que se halla atravesado por múltiples puntos de ruptura con el orden dominante; y que, aunque muchas veces contradictorios o parciales, estos puntos de ruptura hacen a la lógica más íntima y permanente de la lucha social. De ahí que la cabal recuperación de esta esfera de la práctica para entenderla y para potenciarla deba verse como una decisión *estratégica*, a la que se liga estrechamente la posibilidad de construir una genuina democracia socialista. En cambio, dado el desarrollo siempre desigual de los niveles, será la coyuntura la que indique cual de ellos debe recibir prioridad *táctica*: en contextos históricos muy diferentes, Marx pudo privilegiar a los sindicatos; Rosa Luxemburg, a los movimientos de base; y Lenin, al partido de vanguardia<sup>24</sup>.

Dije al comienzo que iba a tomar como punto de referencia de mis reflexiones el fracaso del *discurso heroico* sobre la clase obrera. Pero la rebelión del coro hace algo más que ponerlo en descubierto: socava también la imagen del proletariado como clase universal al traer al centro del escenario reivindicaciones que trascienden los supuestos «intereses objetivos» de este último, soporte de aquella imagen. Sin duda, se trata de un cuestionamiento válido, aunque debemos cuidarnos de dicotomías simplistas: que la clase obrera deba ser pensada como un actor *limitado* y no universal no quita nada a su *centralidad* en la lucha, dado su papel decisivo en el proceso capitalista de producción y su capacidad tantas veces probada de organización estable. Actor limitado y central, entonces, cuyas demandas concretas deben articularse con las que suscitan todas las otras formas de opresión. La tarea es extremadamente compleja y, sobre todo, roto el encanto de la teleología, no hay nada que garantice sus resultados. Pero, en estas cuestiones, ¿hubo alguna vez seguridades que fueran realistas?

Agradezco los comentarios de Marta Teobaldo, Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero a una primera versión de este texto. Desde luego, esos comentarios no los comprometen con lo que aquí digo.

<sup>1</sup> Para un esbozo histórico de la emergencia de la problemática de la vida cotidiana ver Alvin W. Gouldner: «Sociology and the everyday life», en Lewis A. Coser, comp., *The idea of social structure* (Nueva York, 1975).

<sup>2</sup> C. Marx y F. Engels: *La sagrada familia* (México, 1967. Trad. Wenceslao Roces). Pág. 102.

<sup>3</sup> Las primeras citas aparecen en diversos escritos juveniles de Marx; las dos últimas corresponden a *El Capital* (México, 1946. Trad. Wenceslao Roces). Tomo I. Cap. 24. Pág. 627. Es instructivo contrastar la imagen de la fábrica que presenta este texto con la que ofrece el *Manifiesto Comunista*. Parte I.

<sup>4</sup> Ver, por ejemplo, Carol Johnson: «The problem of reformism and Marx's theory of fetishism». *New Left Review*, 119. Enero-febrero, 1980. Págs. 70-96.

<sup>5</sup> El excelente artículo de Walter Adamson: «Marx and political education». *The Review of Politics*, 1977, 39:3. Págs. 363-385, documenta la referida evolución de Marx. Ver también William Leiss: «Critical theory and its future». *Political Theory*, 2:3. Agosto, 1974. Págs. 330-349.

<sup>6</sup> K. Marx: «Instructions for the Delegates of the Provisional General Council» (agosto 1866), en K. Marx y F. Engels: *Selected works* (Moscú, 1976). Tomo II. Págs. 82-83.

<sup>7</sup> Es casi innecesario señalar que Marx no pudo prever los procesos de burocratización sindical que sólo se tornarían visibles desde comienzos de este siglo.

<sup>8</sup> La pregunta se aplica también a los numerosos sociólogos —especialmente anglosajones— que se han dedicado a refutar a Marx mediante el simple procedimiento de construir un supuesto «tipo ideal» de conciencia de clase, para mostrar luego cómo se apartan de él las orientaciones de los obreros que entrevistan. Pero, insisto, uno no puede ensañarse demasiado con estos críticos cuando los propios marxistas adoptan métodos similares.

<sup>9</sup> «Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico». C. Marx y F. Engels: *La ideología alemana* (Montevideo, 1968. Trad. Wenceslao Roces). Pág. 26.

<sup>10</sup> Conviene subrayar que no me propongo hacer aquí una exégesis del pensamiento de Marx sino que me estoy refiriendo a algunas partes del mismo que se volvieron moneda corriente en la izquierda marxista. Digo esto porque, en *El Capital*, la teoría del fetichismo de la mercancía permite fundar un análisis de los procesos de refracción/inversión radicalmente distinto —y mucho más rico— que el contenido en *La ideología alemana*. A este respecto, véase por ejemplo, Richard Lichtman: «Marx's theory of ideology». *Socialist Revolution*. 23 de abril de 1975.

<sup>11</sup> Para una detenida elaboración de este punto, me remito al importante trabajo de Herbert Gintis: «Communication and politics: marxism and the "problem" of liberal democracy». *Socialist Review*. 50/51. Marzo-junio 1980. Págs. 189-232.

<sup>12</sup> Seguramente, pocos razonamientos circulares lo hubieran irritado tanto a Gramsci como este tan cómodo que se hace hoy invocando su nombre: «¿Por qué es hegemónica la burguesía?» - «Porque el proletariado no ha desarrollado todavía su conciencia revolucionaria» - «¿Por qué no ha desarrollado todavía el proletariado su conciencia revolucionaria?» - «Porque la burguesía es hegemónica».

<sup>13</sup> H. Gintis: *Op. cit.* Pág. 197.

<sup>14</sup> Reencuentro así la pregunta que se formulaba hace unos años Norman Birnbaum: «The crisis in Marxist sociology». *Social Research*. 1968. 35:2. Pág. 371.

<sup>15</sup> Ludwig Wittgenstein: *Philosophical investigations* (Nueva York 1968. Trad. G. E. M. Anscombe). Párrafo 11.

<sup>16</sup> *Idem.* Párrafo 19.

<sup>17</sup> *Ibidem.* Párrafo 7.

<sup>18</sup> Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere* (Turín, 1975. Ed. Valentino Gerratana). Tomo III. Página 2267.

<sup>19</sup> Ver José Nun: «El control obrero y el problema de la organización». *Pasado y presente*. 4:2. 1973. Págs. 205-232.

<sup>20</sup> E. P. Thompson: *Whigs and Hunters - The origin of the Black Act* (Nueva York, 1975). Págs. 261-264.

<sup>21</sup> Cf. C. B. Macpherson: *The real world of democracy* (Toronto, 1965). Págs. 7-11.

<sup>22</sup> *Pravda*, 17/8/1923, reproducido en León Trotsky: *El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana* (México. Cuadernos de Pasado y Presente. Núm. 27. 1978). Pág. 157.

<sup>23</sup> Introduzco de intento la temática de los dominios de relevancia, elaborada por Alfred Schutz: *Estudios sobre teoría social* (Buenos Aires, 1974. Trad. N. Míguez), esp. cap. 6. Es que, sin perjuicio de criticar las premisas de que parte la sociología de cuño fenomenológico, creo que el marxismo puede beneficiarse con muchos de sus análisis de la estructura formal del mundo de la vida cotidiana. Para una introducción general a estas cuestiones ver, por ejemplo, Barry Smart: *Sociology, Phenomenology and Marxian Analysis* (Londres, 1976), esp. Págs. 95-104.

<sup>24</sup> Para un mayor desarrollo de este punto, ver José Nun: *Op. cit.* Págs. 218-219.



---

# CAMBIO SOCIAL Y CONDICIONES DE TRABAJO

Carlos Asenjo

*análisis y debate*



La eclosión de la Revolución Industrial, primero en Inglaterra y posteriormente en otros Estados del occidente europeo, inició un proceso de proletarización creciente de las poblaciones polarizando alrededor del trabajo el espacio y el tiempo. La mayor parte del transcurso vital del individuo se centra en el tiempo que pasa en el centro de trabajo, en función de cuya localización se desarrolla un urbanismo que va separando progresivamente las zonas de residencia y ocio de los lugares de trabajo.

La generalización de la producción en cadena y la tendencia irresistible a incrementar la intensidad capitalista de los procesos de producción, bajo los imperativos de la competencia y la productividad y la búsqueda a cualquier precio de mejores rendimientos, se complementa con una organización del trabajo basada en el taylorismo, según el cual era factible domeñar científicamente las dos variables que concurren en la producción: la tecnología y la organización de las funciones y las tareas. En este sistema, el hombre que-

daba reducido a una mera variable de ajuste, adaptable al proceso, sobre todo por medio de estímulos monetarios y susceptible de ser molestado y preparado del mismo modo que la máquina de la que era apéndice.

Esta es la esencia del taylorismo, la aplicación sistemática de la técnica en la organización del trabajo industrial, poniendo la base de lo que se conoce como Organización Científica del Trabajo (O.C.T.). La implantación del control de tiempos y movimientos logró un incremento del rendimiento y de la productividad, acompañado de un mayor esfuerzo en términos de fatiga y desgaste físico y mental, reduciendo a su mínima expresión la iniciativa y creatividad del trabajador.

Las consecuencias negativas de la aplicación del taylorismo forzaron, en 1915, a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a encomendar al Comité «para las Relaciones Industriales» la realización de una encuesta, conocida como Encuesta Hoxia. Las opiniones consultadas resaltaron los perjuicios morales, psicológicos y sociales del sistema. En definitiva, se constató el papel marginal atribuido al hombre en las organizaciones productivas.

El desarrollo de las actividades terciarias y el crecimiento de la burocracia administrativa extendieron al trabajo de cuello blanco algunos de los problemas hasta entonces privativos del trabajo manual.

Los aspectos negativos del taylorismo, generadores a su vez de disfunciones e insuficiencias y con repercusiones no sólo sobre la organización industrial sino también sobre el cuerpo social, llevaron a los expertos en organizaciones industriales a trasladar el énfasis al estudio de los problemas con que se enfrentaba el individuo en su puesto de trabajo.

Aunque el objetivo básico seguía siendo alcanzar mayores grados de eficiencia del factor trabajo en el proceso productivo, la psicología industrial descubrió que tanta e incluso mayor importancia económica tenían las relaciones que se establecen desde el trabajador hacia el proceso y las necesidades que consecuentemente surgen para individuos y grupos, como las establecidas en sentido contrario y que constituían el objeto central del sistema de Taylor.

Tras la terminación de la Segunda Guerra Mundial el problema clave con el que se enfrentan Europa y Japón es la reconstrucción de sus economías, arrasadas por la guerra. Los Estados Unidos, que por necesidades bélicas habían restringido el consumo, entran de lleno en la sociedad consumista. Se asiste, con la consagración del Keynesianismo, a una etapa de fuerte expansión económica, surgiendo en los primeros años sesenta una relativa escasez de mano de obra. Los gobiernos favorecen los medios de desarrollo de la producción, mientras que los sindicatos intentan obtener un mejor reparto de los resultados del crecimiento.

En estos años el interés prestado a las consecuencias del crecimiento económico incontrolado es escaso.

Los desmanes urbanísticos, el deterioro del medio ambiente, los movimientos de población, etc., han entrañado costes sociales elevados, disimulados por una evidente mejora de los niveles de vida y por una insuficiente contabilización de sus efectos.

Paralelamente a la elevación del bienestar económico mejoraron sustancialmente los niveles de formación de las poblaciones, accediendo cada vez mayor número de jóvenes

a los grados superiores de la enseñanza. La confluencia de estos factores y la aparición de unas jóvenes generaciones, que no habían vivido la Gran Depresión ni los duros años de la postguerra, con unas aspiraciones individuales y sociales distintas y que no están dispuestas a aceptar sin más los sistemas de valores y la organización social heredada, hace surgir los primeros movimientos de contestación a principios de los años 60. Como no podía ser menos la actividad del hombre en y ante su trabajo también sufre una profunda alteración. Es en este momento cuando surgen en Europa conflictos laborales que van más allá de las reivindicaciones puramente monetarias para referirse y cuestionar tanto el contenido del trabajo como el lugar que ocupa en las formas de organizar la producción.

El diferente «status» alcanzado por el hombre como ciudadano y como trabajador; la descualificación profesional; la cada vez mayor complejidad de los procesos productivos que dificulta la integración del hombre en la organización; los mayores tiempos de transporte que disminuye lo conseguido en la reducción del tiempo de trabajo; la nueva valoración del tiempo libre; la inadecuación entre los sistemas educativos y las necesidades de la producción; la proletarización de los intelectuales, etc..., provocan entre las jóvenes generaciones un profundo sentimiento de insatisfacción ante las condiciones de vida y de trabajo, que alcanzarán su punto álgido en los grandes movimientos de contestación de fines de los años 60.

Para responder a esta reivindicación sobre el trabajo surgen las primeras experiencias de mejora de las condiciones de trabajo, pero pronto se aprecia que no sólo es la organización del trabajo la que se cuestiona, sino también la calidad de la vida fuera de él.

El período de expansión económica se fractura con el desencadenamiento de la crisis de la energía y de las materias primas en 1974, lo que va a situar el trabajo y las condiciones en que se desarrolla en un nuevo contexto. No es sólo la inversión del fenómeno de escasez de mano de obra observado en los países industrializados en la década de los 60, además se asiste al desarrollo del trabajo a domicilio, a tiempo parcial, temporal y, en general, la creciente precarización de la seguridad en el empleo; se acentúa la segmentación del mercado de trabajo; se extiende la subcontratación; se intensifica el proceso de concentración empresarial simultaneado con la transferencia o dejación a los nuevos países industriales de determinadas actividades; se introducen las nuevas tecnologías (informática, telemática, robotización, etc.).

Las empresas enfrentadas a los nuevos parámetros de la realidad económica reaccionan con políticas tendentes a ahorrar costes de trabajo y materias primas e incrementar la productividad. En el primer caso, el nivel alcanzado por el salario y la dificultad para reducir en términos reales tanto los componentes directos e indirectos del mismo, hacen que las empresas intenten mantener invariables los costes unitarios del trabajo, reduciendo las necesidades totales de trabajo bien mediante despidos, bien alterando los procesos productivos haciéndolos más intensivos en capital.

En el sector secundario la informática fue acogida en los años de fuerte crecimiento con la esperanza de que permitiría suprimir los empleos más penosos o las tareas más repetitivas. Pero con la crisis, esta tecnología se ha convertido para la mayoría, pese a que en el plano macroeconómico no hay evidencias que lo confirmen, en una amenaza capaz de suprimir un número importante de empleos. Lo que sí parece claro es que incidirá de manera sustancial sobre las organizaciones y que, a corto y medio plazo, provocará transformaciones profundas en los contenidos y en las tareas, obligando a que buena parte de los trabajadores se reconviertan profesionalmente. Ciertamente las nuevas máquinas son más limpias y menos ruidosas e incorporan estudios ergonómicos de los que las conven-

cionales carecían, pero también es cierto que presentan problemas: riesgos para la vista por trabajar sobre pantallas, mayor esfuerzo mental debido a las tareas de vigilancia o a las que exigen mucha atención, pero, sobre todo, para los trabajadores del terciario supone una mayor proletarización y una pérdida de los aspectos intelectuales de su trabajo al empobrecer sus tareas.

Pese a todo, el cambio de actitudes y comportamientos hacia el trabajo no se ha frenado. Desde el final de los años 60 el hombre ya no acepta sumisamente ser una simple variable de ajuste en el proceso productivo, y esta nueva óptica está haciendo cambiar las formas de dirigir las organizaciones, tanto para satisfacer las nuevas aspiraciones como para posibilitar una mejor travesía en una época de transición cambiante e incierta.

Hoy se rechaza trabajar a cualquier precio; el «status» profesional no es el objetivo último del desarrollo vital; alcanzar el éxito a toda costa no es ya una filosofía general. El tiempo de ocio se valora de distinta manera porque permite realizar tareas y actividades tan gratificantes, por lo menos, como el propio trabajo y que, en muchos casos, suponen una proyección y realización personales que, con frecuencia, no se consiguen en la vida profesional. La actual situación del empleo hace que se acepten trabajos que muy poco tienen que ver con la formación y aspiraciones de los individuos, pero si estas situaciones se perpetúan, la insatisfacción y el descontento crecerán y todo el cuerpo social se resentirá.

Las nuevas generaciones han formado un sistema de valores en que al trabajo, aún siendo un importante factor de realización individual, no se le concede el carácter de valor absoluto que se le atribuía hace unos decenios. El nuevo sistema de valores está impregnado del deseo de participación activa en las decisiones, aspiración que pocas empresas están en condiciones de satisfacer adecuadamente. Este desfase cultural entre trabajador y sistemas productivos tendrá que corregirse si éstos no quieren ver agudizarse las disfunciones propias de las modernas sociedades industriales, de efectos tan negativos como absentismo, desinterés por las tareas que se realizan, ausencias de vínculos y deterioro de la integración del individuo en las organizaciones, pérdidas de calidad de la producción y aumento de los residuos, etc., lo que ampliaría la diferencia entre el rendimiento real y potencial de los trabajadores e influiría negativamente sobre la competitividad de las estructuras productivas, por tanto sobre su capacidad de crear empleo.

Pese a que ya existe un buen caudal de experiencias resultado de la acción de transformación de la organización del trabajo en un sentido más participativo y cuyo primer efecto es una mejora en la capacidad de adaptación al entorno de las organizaciones, todavía queda mucho camino por recorrer. Existen dificultades de entidad como las derivadas de la crisis económica, que no permite dedicar recursos a acciones de rentabilidad no inmediata, ni incurrir en gastos extras con respecto a los competidores; del hecho de que toda innovación tiene un riesgo que no todas las empresas están dispuestas a correr y de que no se ve la necesidad de cambiar comportamientos, procedimientos y sistemas que se han mostrado válidos hasta ahora.

Pero no es suficiente actuar sobre la calidad de la vida en el trabajo, hay que tener en cuenta también la calidad de la vida fuera de él. Todas las aproximaciones al absentismo coinciden en señalar la incidencia de factores como la presión a que se ve sometido el trabajador por el imperativo de la productividad, la insatisfacción que le produce la tarea realizada, la forma como es mandado, controlado, reconocido y recompensado, pero también la influencia del tamaño del centro de trabajo, el tiempo de transporte, la insuficiencia de los servicios y equipamientos sociales, la calidad de la vivienda, etc.

Como señala Chaigneau, «la búsqueda de la calidad de la vida en el trabajo es la única capaz de ordenar las virtualidades de los recursos humanos disponibles al desarrollo de las economías». Es por esto que las políticas del trabajo se insertan cada vez más en las políticas económicas generales y en las estrategias globales de las empresas. Los objetivos de tales políticas deben recoger progresivamente las condiciones exigidas por las nuevas generaciones para incorporarse con todo su potencial creativo al sistema de producción, y esto debe plasmarse desde las fases de concepción y desarrollo de los equipos y procesos.

La organización del trabajo deberá cambiar tanto en la división de las tareas como en el sistema jerárquico y de especialización de las funciones en la empresa. La alternativa de la organización en grupos frente al trabajo en cadena, la capacitación de los trabajadores para desempeñar distintas funciones (polivalencia), la inclusión en una sola tarea de otras varias (enriquecimiento), la fusión de dos o más puestos de trabajo en uno solo (alargamiento del ciclo), la flexibilidad en los horarios, etc., son algunas de las acciones que ya se han emprendido en esta materia. Se mejora la flexibilidad de la organización, se aumenta la cohesión del grupo y la integración en la organización, se disminuye la monotonía, permite una visión más amplia del proceso y del producto y se ofrecen al trabajador mayores posibilidades de autonomía en la organización de su propio trabajo. No obstante, hay quien piensa, como Bonazzi, que las experiencias de reorganización del trabajo se traducen en una elevación de los precios de los productos, con lo que el beneficio de unos pocos revierte en perjuicio de muchos consumidores.

La duración del tiempo de trabajo también deberá reajustarse. Esta ha sido una constante en las reivindicaciones de las organizaciones de los trabajadores desde su aparición. La limitación de la jornada de trabajo ha sido y es considerada un logro fundamental por la clase obrera. Los sistemas productivos han absorbido con más o menos dificultades la reducción de los tiempos de trabajo. Aún más, cabe pensar qué habría sido del progreso técnico y de la productividad si los procesos de producción no hubieran estado sometidos a las presiones habituales de reducción del tiempo de trabajo y de incremento de salario real.

Hoy, que existe una grave crisis de empleo, la cuestión de la reducción del tiempo de trabajo como una forma de distribuir más equitativamente el empleo existente tiene una gran fuerza. No obstante, la reducción del tiempo de trabajo no puede aportar, en las circunstancias actuales, más que una contribución de alcance reducido en la lucha contra el paro. Efectivamente, salvo que se produjera una reducción simultánea de los tiempos de trabajo en las distintas economías, cosa harto improbable, o se aceptasen reducciones equivalentes de los salarios reales, una economía que funciona bajo el imperativo de la competitividad no puede permitirse el lujo de una acción en este sentido si no consigue incrementos de productividad de magnitud suficiente para no deteriorar su posición competitiva. La solidaridad nacional e internacionales que tales políticas requieren están muy lejos de alcanzarse, por lo que parece más positivo y menos traumático dejar en libertad a los interlocutores sociales para que fluyan acuerdos sobre este tema.

Las actuaciones deberán dirigirse hacia una más amplia descentralización de la gestión del tiempo de trabajo que no es incompatible con su paulatina reducción y/o intercambio por tiempo de formación.

En lo que se refiere a la contraprestación monetaria que el individuo recibe por su trabajo, la evolución de las mentalidades ha hecho que se espere del trabajo una retribución que desborda la sola remuneración. Las nuevas generaciones valoran un conjunto de factores como duración, trabajo, interés de la tarea, posibilidades de promoción, etc.,

lo que no quiere decir que los salarios hayan perdido su importancia pero indica claramente que la política salarial debe contar con otros parámetros de referencia.

Si las expectativas de una relativa abundancia de la mano de obra en los próximos años se cumplen, y no parece que las mujeres vayan a abandonar de pronto el mercado de trabajo, la política de las remuneraciones tenderá a disminuir el coste de su componente no salarial, cuyo nivel está distorsionando la combinación capital-trabajo elegida en detrimento del factor trabajo, mediante el traslado a la colectividad de los cargos extraños al funcionamiento del sistema productivo.

Las nuevas tecnologías (telemática, informática, robótica, etc.), dan origen a procesos de producción y de comunicación distinta; los nuevos hombres tienen una mentalidad y un sistema de valores socio-culturales muy diferentes al de sus padres. La empresa, sin embargo, no ha experimentado un cambio cultural acorde con la transformación de los dos principales elementos de la producción: equipos y procesos de un lado, y hombres y mujeres por otro. La organización del trabajo deberá cambiar, lo está haciendo ya, para integrar y cambiar eficazmente al hombre y a la máquina. La cuestión capital se convierte ahora no en quién poseerá los medios de producción sino, ¿quién tendrá el control de la aplicación y funcionamiento de los nuevos procesos? ¿Con qué criterios y bajo qué condiciones se organizará el trabajo para que sirva de factor de realización y no de alienación del hombre? Una respuesta positiva a estas preguntas sólo puede obtenerse en un contexto de solidaridad y libertad, único caldo de cultivo apropiado para una transformación social profunda y progresista.

---

# EL PSOE Y LA II REPUBLICA

*Feliciano Páez-Camino Arias*

---

*análisis y debate*

---



5

Hace poco más de medio siglo el Partido Socialista asumió tareas de gobierno en el seno de un Estado democrático. No se trata de trazar paralelismos más o menos superficiales entre aquella situación histórica y la actual, ni de extraer del análisis de aquella coyuntura admoniciones y enseñanzas para la situación de hoy. La historia no se repite pero la reflexión histórica puede ayudar a situarse en el presente. Por eso se pretende aquí evocar algunas de las líneas maestras por las que transcurrieron la teoría y la praxis socialistas durante la República y tomar la medida a las distancias que separan a aquella España de ésta y a aquel PSOE del que hoy tenemos.

Con cincuenta años de perspectiva y la experiencia brutal de la historia que siguió, los historiadores han tenido ya ocasión suficiente para reflexionar sobre lo que la Segunda República significó en nuestra historia. Se suele convenir en que la República constituyó un ambicioso intento de construir un nuevo Estado sobre nuevas bases sociales. Un Esta-

do distinto del surgido con la Restauración, que a sus ya considerables limitaciones de partida había unido el desgaste político y moral acumulado, con velocidad creciente, en los treinta primeros años de nuestro siglo. Y, en ese sentido, la República fue un *Estado nuevo* en mucha mayor medida que el franquista, cuyas líneas de continuidad con el Estado monárquico pre-republicano no son desdeñables.

La construcción de ese nuevo Estado republicano hundía sus raíces en una nueva alianza de clases, distinta del bloque dominante que había sostenido a la Restauración. La República se apoyaba en una confluencia social de las clases medias y la clase obrera (probablemente, en la sociedad española de los años treinta, sea más adecuado decir también *las clases obreras*). Las clases medias, y muy especialmente las clases medias urbanas de Madrid y la periferia peninsular, habían permanecido en los márgenes sociales del sistema canovista y expresaban, a través de un republicanismo de notorio matiz institucionalista, una voluntad de reforma política y una viveza intelectual ante las que la sociedad española, globalmente considerada, se mostraba, en el inicio de los años treinta, extraordinariamente receptiva. Los sectores obreros, por su parte, se expresaban en la vida pública a través de una doble tradición: un anarquismo, de fuerte implantación agraria y en muchos de los ámbitos en los que las unidades de producción industrial estaban fuertemente atomizadas; y un socialismo, que desde hacía dos décadas iba abandonando trabajosamente su societarismo aislacionista y tendía a convertirse en el gran apoyo de una reforma social que cada vez se veía más necesariamente unida al cambio político.

Como es harto sabido y largamente sufrido, la empresa histórica de fraguar un nuevo régimen desde una nueva base social fue, a la postre, abortada. Contribuyeron a ello las contradicciones sociales y políticas del propio proyecto pero el elemento determinante en la destrucción de la República fue, quien puede negarlo, la desmelenada reacción de las clases dominantes y sus aparatos de poder, amparados en una coyuntura internacional que, si económicamente era poco favorable a la consolidación de la República, a ellos, en cambio, les resultó, políticamente, harto propicia. Pero asumir la realidad del pasado no equivale a legitimarlo desde supuestos deterministas cualesquiera que sean. La República no cuajó, no porque no pudiera —en términos de posibilidad histórica— hacerlo, sino porque sus poderosos enemigos estuvieron salvajemente decididos a que no cuajara y consiguieron, en una coyuntura propicia, aunar fuerzas más efectivas y homogéneas en el bando de la reacción que las existentes en el del progreso (y aquí, por una vez, la simplificación no es maniqueísmo).

En definitiva, la República fue algo, política y socialmente, nuevo y ese algo nuevo no terminó de ser pero pudo haber sido. Y en nuestros días parece que vale la pena reflexionar sobre lo que realmente fue, lo que pudo ser y no fue y las razones que explican el por qué no fue. Y ello no por una simple curiosidad o afán de elucubración sino porque hoy, salvadas las enormes distancias creadas por medio siglo de evolución socio-económica y cultural, la realidad de la España republicana retoña en sus proyectos, en sus herencias e incluso en alguno de sus más significados protagonistas colectivos.

### *Un partido y dos políticas.*

Si buscamos un protagonista común a la política republicana y a la de nuestros días nos topamos, inevitablemente, con las siglas del PSOE. El Partido Socialista fue uno de los dos grandes protagonistas constructivos de la empresa republicana. Representaba al sector de la clase obrera más receptivo a la necesidad de darle un andamiaje político al cambio social y atraía desde hacía varios años a un significativo grupo de intelectuales. El otro gran protagonista constructivo lo constituían los republicanos (instaurada la



República, necesariamente los republicanos *de izquierda*), depositarios de los afanes de modernización del Estado y permeables, asimismo, a las necesidades de cambio social. Por eso el proyecto de combinar la construcción de un nuevo Estado con el desarrollo de una política social basada en una nueva alianza de clases tuvo su más natural expresión en la conjunción republicano-socialista. La conjunción fue la partera del nuevo régimen y constituyó luego la entrada de la labor reformadora del primer bienio; su quiebra preludió el bienio de reacción y su reconstitución fue la base fundamental del Frente Popular triunfante.

En el seno del PSOE la política de colaboración con los republicanos distaba mucho de ser unánimemente aceptada. La organización socialista mantuvo una tensión continua entre dos líneas de enfoque del hecho republicano y el propio XIII Congreso nacional de octubre de 1932 puede ser una muestra de ello <sup>1</sup>. Existió una línea *de identificación* con el nuevo régimen, que consideraba a la República como una empresa propia —aunque compartida con otros sectores sociales— que sólo podía consolidarse si los socialistas la apoyaban, llenándola de contenido social. Convivía con esta postura en el interior del PSOE una línea *de desvinculación*, que veía a la República como algo esencialmente ajeno, a lo que los socialistas podían prestar eventualmente su colaboración pero que era, en definitiva, «tarea de republicanos», de adversarios de clase al fin y al cabo. Buena parte de las fracturas internas que jalonaron la andadura accidentada de la República tuvieron parte de su origen en el entrecruzamiento de esas dos líneas de pensamiento y práctica socialistas.

Pero, llegados a este punto, conviene señalar dos cosas. En primer lugar, que ambas actitudes no son identificables sin más con posiciones *de derechas* o *de izquierdas* en el interior del Partido, sino que podemos observar en la postura de desvinculación una confluencia, a primera vista sorprendente, entre posiciones teóricas que comúnmente se consideran muy alejadas entre sí. En segundo lugar, que esta actitud, además de constituir una respuesta a estímulos objetivos de carácter nacional e internacional, enlaza con una tradición aislacionista muy arraigada en el PSOE y se justifica por medio de una retórica pretendidamente marxista de la que participan las diversas posiciones teóricas que coinciden en la actitud desvinculadora.

La empresa de construir el Estado republicano tiene un nombre propio: Azaña. Eso parece hoy aún más claro que hace cincuenta años. La actitud socialista de colaboración sistemática, hasta el límite de la identificación, con el nuevo régimen tiene también un protagonista indiscutible: Prieto. Llegada la guerra civil, la defensa socialista de la República encuentra en Negrín un actor tenaz y dotado de una singular comprensión del entramado político. Prieto en la paz y Negrín en la guerra, representan esa línea constructiva en la que muchos historiadores ven el alma de una República innovadora y reformadora. Pero ni uno ni otro (y ni siquiera, al menos de forma destacada, ninguno de los miembros del sector prietista del Partido) elaboraron una reflexión sólida que, desde posiciones teóricas socialistas, justificaran coherentemente el sentido y los límites de su empeño.

Muy otra cosa cabe decir de quienes tendieron a ver la realidad republicana como una empresa más ajena. Aquí la justificación teórica abunda y lo hace tanto más cuanto que sus argumentos tienen fuertes raíces en la tradición teórica de nuestro socialismo y, en particular, en el tradicional enfoque pablista del tema de la colaboración con los republicanos <sup>2</sup>.

La postura más temprana, resuelta y doctrinariamente aislacionista, la representa Besteiro. Desde un horizonte marxista, que se concreta en realidad en un evolucionismo

kautskiano con ecos neokantianos, Besteiro sostiene que la construcción de la República es tarea de la burguesía y que la clase obrera debe, en todo caso, *apoyar desde fuera* y esperar a que llegue su hora. En el otro extremo del abanico ideológico del propio socialismo, Luis Araquistáin (el Araquistáin de *Leviatán*) parte de parecidas consideraciones, pero piensa que esa hora ya está sonando y atisba una «nueva etapa del socialismo» en la que éste supera el marco ambiguo y formal de la República y toma las riendas de la revolución proletaria. Araquistáin, en medio de inevitables ecos neoregeneracionistas y adherencias psicologistas, fraguará la tesis de la superación de la República, a partir de un proceso de «bolchevización» más verbal que real, cuyo exponente visible —con algún rasgo de caudillismo— será la figura de Largo Caballero.

Puede parecer raro el que Besteiro y Largo, la derecha y la izquierda, aparezcan asociados en un enfoque esencialmente coincidente del hecho republicano, pero el reduccionismo «marxista» que ambos profesaban y la común vinculación biográfica a la burocracia del partido y del sindicato pueden explicar ciertas afinidades fundamentales. Por otra parte, no es la primera vez que Besteiro y Largo coinciden en un enfoque semejante del régimen político. Ambos mantuvieron, frente a Prieto y Fernando de los Ríos, una posición favorable a un entendimiento con la Dictadura de Primo. No hay que olvidar que los contactos de Prieto y De los Ríos con los republicanos en el año treinta y la propia firma del «pacto de San Sebastián» se hicieron con una indudable visión de futuro pero desde una posición personal que les situaba al límite mismo de la disciplina del Partido. Entretanto Besteiro, en el ocaso de la Dictadura, hacía gala de una actitud bastante más colaboracionista:

«La táctica de retraimiento y de abstención es una táctica errónea, que ha producido siempre resultados fatales para la democracia (...). Casi desde la aparición de la dictadura vengo manteniendo constantemente un criterio de intervención frente a las críticas fáciles de los abstencionistas»<sup>3</sup>.

Cuatro años después, en 1933, y a propósito de las tensiones internas que se manifestaban en el gobierno, Besteiro dirá:

«Esta es una labor a la cual asistirá, o deberá asistir, más bien como testigo que como actor el Partido Socialista, al cual, a menos que los acontecimientos obligaran a torcer esta trayectoria, no le está reservado en la República el papel de asumir las responsabilidades fundamentales de Gobierno, sino más bien el de condicionar con su fuerza indiscutible la política de los partidos burgueses republicanos»<sup>4</sup>.

El acceso a un régimen democrático no parece haber provocado en Besteiro un cambio en su actitud de que el Partido Obrero recorra en solitario su propio camino. Más bien al contrario: el retraimiento parece más condenable con la Dictadura que con la República. Para Besteiro, el más pablista en esto de los dirigentes socialistas del momento, el objetivo esencial era conservar incontaminado el tesoro de una organización socialista larga y lentamente construida y, para eso, había que contemporizar con la Dictadura y no comprometerse demasiado con la República.

Evidentemente la actitud de Largo no fue la misma pero hay algo en ella que, en última instancia, suena parecido. Más receptivo hacia la conveniencia de integrarse en la actividad republicana, Largo se comprometió, tras alguna vacilación, en esta vía, como lo muestra su actividad ministerial. Pero cuando esto supuso la posibilidad de un desgaste de la influencia política y, sobre todo, sindical de los socialistas, Largo optó por la desvinculación, no para esperar pacientemente, como Besteiro, a que los republicanos bur-

gueses culminaran su obra, sino para anunciar que, ante la agresividad fascistizante de la reacción, se acercaba el momento de que la clase obrera acometiera la suya. Tras el fracaso de Octubre, la reconstrucción de la alianza con los republicanos fue vista con desconfianza y aceptada finalmente ante la propia dinámica popular engendrada por las expectativas del frente de izquierdas. Pero, tras la victoria electoral de éste, volvió a dejarse bien claro que los republicanos debían agotar en solitario su menguado caudal reformador para dar paso luego a la obra revolucionaria de los socialistas. En la tarea de aclararse sobre estos puntos —y sus derivaciones organizativas— estaban los socialistas cuando la sublevación del 18 de julio sorprendió a un gobierno de republicanos burgueses, sin que la presencia destacada en el PSOE de «marxistas fervorosos»<sup>5</sup> pudiera poner coto a tal desmán. Los caballeristas habían anunciado, una y mil veces, la revolución pero, si revolución hubo, fue a contrapelo del levantamiento y el día y la hora lo había elegido la reacción.

Naturalmente tampoco es cuestión de personalizar demasiado las eventuales culpas del desentendimiento un tanto suicida que muchos socialistas practicaron con respecto a la democracia republicana. Raúl Morodo ha señalado, a propósito del pensamiento político de Araquistáin, que «en el socialismo español de pre-guerra, la praxis política precede a las construcciones teóricas»<sup>6</sup>. En el caso que analizamos, las propuestas teóricas de Araquistáin y las actitudes políticas de Largo fueron, sobre todo, la respuesta a una presión de fondo que tenía mucho que ver con las enormes dificultades objetivamente existentes para la consolidación de un nuevo Estado paralelamente a la práctica de un cambio social.

Hay que tener presente, no obstante, que las complejas y a ratos difíciles relaciones de los socialistas con la República fueron una manifestación de los irresueltos problemas del socialismo en asuntos tales como el valor y el sentido de la democracia parlamentaria, y el carácter que a la sazón tenía la sociedad española, así como el tipo de revolución social que era preciso esperar o promover.

### *El PSOE ayer y hoy.*

Está hoy generalizada, en los medios socialistas, la convicción de que la democracia es una conquista que no cabe *superar* sino *profundizar*, ampliando su contenido hacia los ámbitos extrapolíticos. En este sentido, la posición de los socialistas con respecto al régimen democrático está, en la actualidad, más firme y unívocamente establecida que durante la República. Un vistazo al tono en que se libraban las luchas políticas en los años treinta puede ayudarnos a comprender, empero, las razones objetivas para la existencia de aquella actitud con los socialistas de hace cincuenta años. La debilidad que mostraban los regímenes demoliberales para hacer frente a las acometidas de la reacción autoritaria, el proceso creciente y visible de fascistización que experimentaban los sectores conservadores, la generalización, en suma, de la oleada fascista en Europa creaban, sin duda, un caldo de cultivo favorable a las teorías *superadoras* de la democracia *burguesa o formal*.

En el caso español, la cuestión del tipo de régimen —monarquía o república— enmascaró, a veces, el verdadero fondo de la cuestión. Se asociaba, por razones históricas, la idea de república a la de democracia, en tanto que la monarquía se identificaba, en el mejor de los casos, con el régimen formalmente liberal pero muy escasamente democrático surgido con la Restauración. Ser republicano tenía entonces un sentido profundo, que ha permanecido largamente en nuestra memoria colectiva; significaba, cuando menos, ser partidario de un régimen democrático. Pero ocurría que algunos socialistas radicales

*descubrían* que, en definitiva, el tema república o monarquía tenía una dimensión esencialmente formal y llegaban a la conclusión de que *qué más daba* la República, cuando la clave de la cuestión no era precisamente la República sino la democracia que ésta entrañaba.

En este tema del valor de la democracia no se puede ignorar la importancia de la coyuntura internacional. Es sabido que, en relación con la experiencia republicana, la situación de la actual democracia española es claramente más favorable. Juega a nuestro favor, por un lado, la sombría huella dejada en la conciencia universal por los fascismos que, en los años treinta, alcanzaban el esplendor de su repugnante arrogancia; para nuestro alivio, la imagen del fascismo es hoy mucho más que la de una siniestra promesa. Hay que añadir a esto el escaso crédito que tienen hoy, en el panorama internacional, la involución antidemocrática y el militarismo fascistoide. Lo que los militares argentinos, chilenos o bolivianos han llegado a hacer con las vidas y las haciendas de sus pueblos, o la senda por la que se ha encaminado el golpe *blando* de Turquía, configuran un horizonte hacia el que sólo parecen dispuestos a caminar los reaccionarios más empedernidos, y éstos, despojados de la cobertura de masas más amplias, encuentran que el camino se hace difícil y que el tiempo corre en su contra.

Otro factor que diferencia claramente nuestra situación de la republicana es el cambio sociológico que ha tenido lugar entre ambas. Clase obrera y clases medias están hoy económica y culturalmente más próximas entre sí y, por ello, un proyecto de cambio social que las integre a ambas es hoy más factible. Ello ha permitido, asimismo, que ambas puedan compartir un mismo instrumento: el viejo Partido Obrero que, sin renunciar a su reencontrado arraigo entre sus bases de apoyo más tradicionales, ha recogido una parte importante de la herencia social republicana. Como ha observado agudamente Santos Juliá<sup>7</sup>, el socialismo español puede ahora ser obrero sin ser obrerista y está en condiciones, sociológicas e ideológicas, de protagonizar la construcción de un Estado razonablemente sufrible, sin tener que cederle la responsabilidad de esta tarea a ningún partido *burgués*.

Esto, que desde cierto punto de vista puede considerarse como la pérdida de las esencias doctrinales del Partido o la traición a su historia, no es más que el testimonio de una adaptación del PSOE —bastante innovadora en relación con su historia anterior— a las necesidades impuestas por el cambio histórico. Difícilmente habría podido el PSOE proponerse como impulsor del cambio futuro si previamente se hubiera obstinado en ignorar el que ya se ha producido en nuestra sociedad<sup>8</sup>.

Dicho esto, conviene subrayar que superar el doctrinarismo no debe equivaler a desdibujar el proyecto político, que hacer eso que se llama «política de Estado» no puede significar hacer política para todos sino para la mayoría y, necesariamente, contra algunos, y que conocer la realidad no debe servir de pretexto para ahuyentar la utopía. Y, por supuesto, que dejar de ser obrerista no debe llevar hacia el populismo, ni la práctica de la conciliación social equivaler al interclasismo a ultranza. Tampoco sería inteligente empeñarse en olvidar la existencia real de la lucha de clases (en todas sus nuevas manifestaciones) que es cosa bien distinta que acatar el reduccionismo —tan tradicional en nuestro marxismo— que considera a la sociedad tajante e inequívocamente dividida en sólo dos clases antagónicas.

Lo cierto es que una combinación de factores ha hecho que el espacio político y social que hoy ocupa el PSOE sea bastante más amplio que el que ocupó durante la Segunda República. Tras su fuerte crecida en los inicios de la República, el PSOE experimentó la competencia de fuerzas políticas que canalizaron buena parte de las energías progresistas

que en la actualidad confluyen en el Partido Socialista. El de 1933 es un año clave en el proceso de estancamiento socialista y de cerco por parte de otras fuerzas políticas. La tarea de construir el Estado republicano la encarnaban más genuinamente Azaña y los republicanos de izquierda. La llama sagrada de la retórica insurreccional estaba en manos anarquistas y el desgaste y las contradicciones derivados de la participación socialista en el gobierno fueron en buena parte rentabilizados desde las filas del anarcosindicalismo (precisamente el miedo a perder en beneficio de la CNT las posiciones adquiridas en el movimiento obrero fue determinante en la evolución de Largo Caballero). Los comunistas, por su parte, encarnaban una atractiva combinación de mística política y sentido de la organización y de la eficacia y esto fue decisivo en el retroceso de la influencia socialista en favor del PCE, en particular durante la guerra civil. Se puede detectar, además, en los socialistas de la República una cierta falla generacional entre una dirección tradicional y una militancia política joven o reciente cuya sensibilidad y expectativas podían chocar con los hábitos y los ritos de un partido que, curiosamente, fue más viejo a los cincuenta años que a los cien.

En contraste con ese espacio político en retroceso, el PSOE es ahora un amplio marco en el que confluyen tradiciones políticas que proceden del republicanismo, del anarcosindicalismo y del comunismo. Esa herencia, que va felizmente más allá de la propia tradición socialista, es un factor de heterogeneidad, de complejidad. Pero la confluencia en una misma formación política crea unas posibilidades de armonización que pueden contribuir a evitar muchos de los problemas estrictamente políticos que asediaron al régimen republicano.

El PSOE actual ofrece, además, una presencia más homogénea en la geografía española. Conservando sus zonas de influencia tradicionales —e incluso penetrando más hondamente en ellas, como es el caso claro de Andalucía— ha conseguido, amparado en la evolución sociológica, ser fuerza predominante en zonas insospechadas: Navarra, Castilla-León o la propia Cataluña, donde ha sabido encauzar una parte importante del nacionalismo progresista.

La sociedad española es hoy más homogénea no sólo espacialmente sino en cuanto a sus formas de vida y esto a pesar de la permanencia de profundísimas desigualdades sociales. Si históricamente el motor del partido fue, en gran medida, el sindicato, los proyectos político-sociales del presente tienen una clara pluralidad de orígenes y, de resultas, el ámbito de acción social del PSOE también se ha ampliado. Esto plantea con fuerza el problema de la organización interna, que ha acompañado al Partido Socialista a lo largo de su historia. Junto a este tema, otros de actualidad presentan un considerable paralelismo con las de los socialistas de la República: la acumulación de tareas históricas, la dificultad de conciliar las posibilidades reales de acción con las expectativas despertadas, los peligros de anquilosamiento organizativo en el partido y en las instituciones...

Cierto es que hoy muchas tareas y dificultades siguen; sobre todo las que se refieren a la construcción de un Estado democrático y reformador. Pero el proceso de maduración de la sociedad española, por un lado, y la significación que hoy tiene el proyecto socialista para amplios sectores de esa sociedad, permiten esperar —con esa ilusión esmaltada de temores que es compartida por millones de españoles— el cumplimiento efectivo, en y para la España del final del siglo XX, de muchos de los viejos sueños republicanos de los años treinta.

<sup>1</sup> Véase CONTRERAS, Manuel: *El PSOE en la II República: Organización e ideología*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas. 1981.

<sup>2</sup> Esta cuestión ha sido abordada en PAEZ-CAMINO ARIAS, Feliciano: *Tradicón y mitos en el socialismo español*, en «LEVIATAN». II época. N.º 5 (Madrid, otoño 1981). Págs. 73-82.

<sup>3</sup> Boletín de la UGT. N.º 8 (agosto 1929). Pág. 9, Citado en CONTRERAS: *O.c.* Pág. 23.

<sup>4</sup> MARINE, Enrique: *El momento de España visto por...* Madrid. Aguilar. 1933. Págs. 43-44.

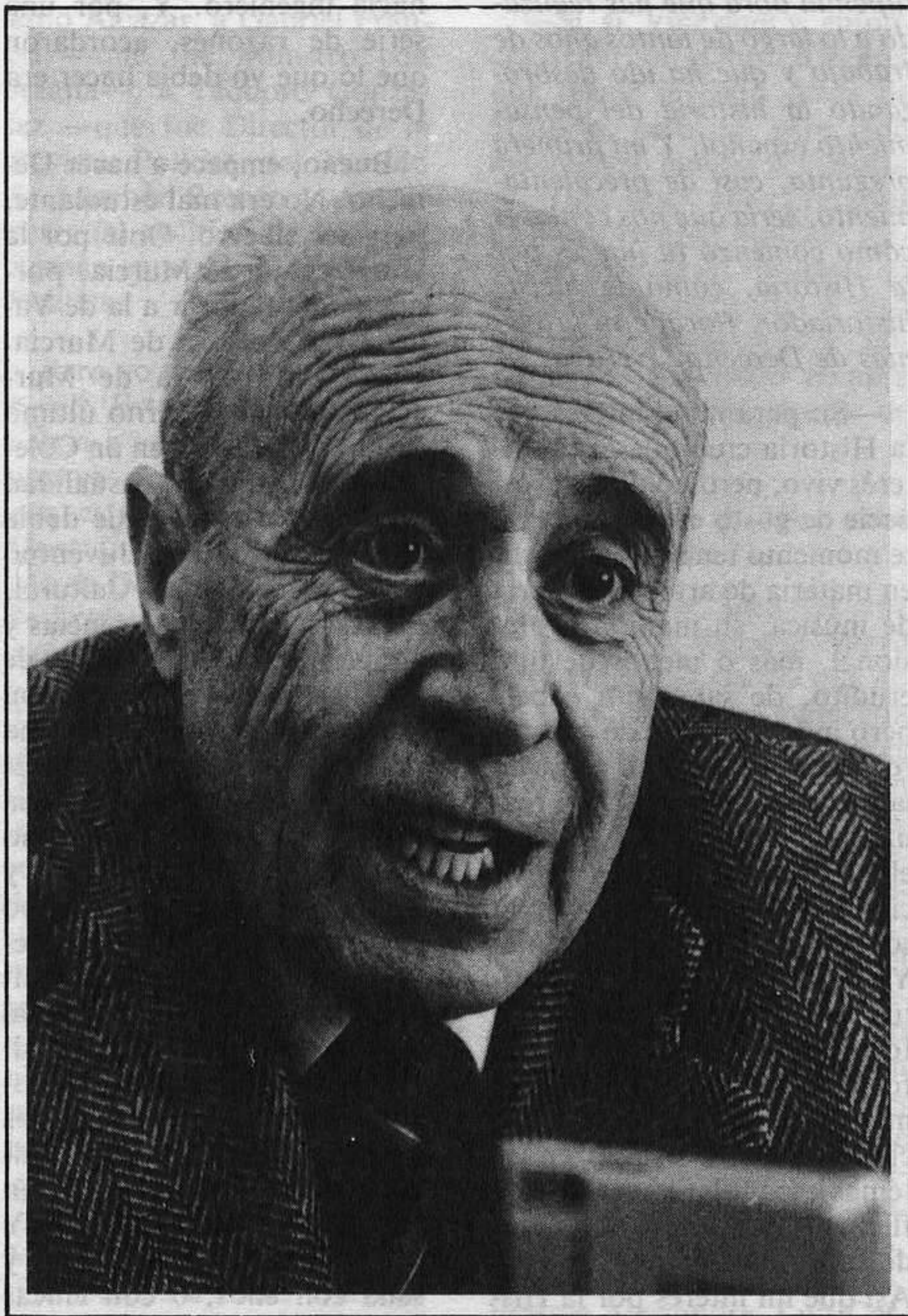
Se trata de una encuesta realizada a diversas personalidades de la vida política y cultural en las que se les pregunta sobre su visión de la situación política. Se pueden espigar en las respuestas alusiones al PSOE en las que éste aparece claramente, a ojos de personas ajenas a él, como el eje del sistema republicano. Por ejemplo, Gregorio Marañón afirma: «El Partido Socialista es la única fuerza organizada, fuerte y de sentido universal que hay en España». Por su parte, Goicoechea (dirigente de Renovación Española al que entonces se concedía «status» de representante eximio de la extrema derecha) aparte de decir eso tan sonoro de que «si España no acaba con el marxismo, será el marxismo el que acabe con España», previene: «por ley histórica fatal, la República española será socialista o no será».

<sup>5</sup> Tan curioso calificativo puede verse, por ejemplo, en «Claridad», n.º 36 (Madrid, 27 de febrero de 1936) bajo el epígrafe *La nueva Ejecutiva marxista del Partido*. Unas líneas más abajo se hace mención a la «victoria (sic) de octubre de 1934».

<sup>6</sup> MORODO, Raúl: *Introducción al pensamiento político de Luis Araquistáin*, en «Estudios de Ciencia Política y Sociología (homenaje al profesor Carlos Ollero)». Madrid, 1972. Pág. 589. Nota 1.

<sup>7</sup> JULIA, Santos: *PSOE: de la taberna al Gobierno*, en «El País» (Madrid, 29 de octubre 1982). Página 13.

<sup>8</sup> Resulta curioso lo que en fecha tan temprana como 1957 escribió Dionisio Ridruejo al respecto: «Si el socialismo español hiciese una apertura en sus principios prepolíticos y ajustase su programa, creo que deberíamos desear que él fuese el gran partido de la mayoría; el capaz de constituir la mayoría de clase media y clase obrera que España necesita y cuya ausencia costó la vida a la República». Lo recuerda Francisco Fernández Ordóñez en *La España necesaria*. Madrid. Taurus. 1980. Pág. 41.



## JOSE ANTONIO MARAVALL

«Recuerde, Maravall —escribía D. José Ortega y Gasset en la dedicatoria de uno de sus libros a aquél— que si la vida es un resorte que se dispara, antes es un resorte que se contrae». Siempre he

pensado que José Antonio Maravall, vital e intelectualmente, ha hecho honor a esa hermosa andadura que aconsejaba Ortega. Han pasado ya casi veinte años desde que, al ingresar en la Universidad, en

la Facultad de Ciencias Políticas, tuve la suerte de conocerle como alumna y también personalmente al ser amiga de sus hijos. Pertenecía Maravall a ese pequeño grupo de profesores «míticos» que los estudiantes respetaban por su saber y talante liberal y temían por la seriedad de sus clases y exámenes. «Ideas» con Díez del Corral y «Pensamiento» con Maravall eran como dos ritos de pasaje que todo estudiante de Políticas atravesaba con la inseguridad y el esfuerzo propios del caso, pero que proporcionaban también, posteriormente, la confianza que dan los ritos. A través de todos estos años, desde aquella Universidad de mediados de los sesenta a la que tenemos actualmente, Maravall ha permanecido siempre, como intelectual y como universitario, perfectamente atento a las transformaciones del país y del sentir de los más jóvenes, al tiempo que, sin dejarse llevar nunca por desencantos, ha proseguido una obra docente e investigadora que le han convertido en referencia obligada en todas las Universidades del mundo donde se estudia el pensamiento español. Universitario dedicado a su profesión —como él mismo gusta definirse—, trabajador infatigable, Maravall es autor de más de una veintena de libros de fuerte impacto en la inteligencia europea, como recordaba no hace mucho el Presidente de la Universidad de Toulouse al imponerle las insignias de doctor honoris causa de la Universidad francesa, amén de un sinnúmero de artículos especializados y estudios monográficos que abarcan desde temas medievales a aspectos y corrientes del pensamiento desde los siglos XVI

al XX. Particularmente, sus libros sobre el Barroco, el Renacimiento, el Estado Moderno, la Celestina, las Comunidades de Castilla, los estudios sobre el teatro y la literatura y sobre el poder y las élites en el siglo XVII, han dotado a la historia del pensamiento político español de nuevas perspectivas metodológicas y de contenidos y enfoques nuevos y originales. Académico de la Historia, catedrático de la Complutense, catedrático asociado de varias Universidades europeas y americanas, presidente de la Asociación Española de Ciencias Históricas, la relación de sus méritos, distinciones académicas y publicaciones haría interminables estas páginas. Pero Maravall no es sólo —con ser mucho— un sabio historiador, un intelectual respetado y querido, sino una persona humanamente entrañable y cercana a los demás con el paso de los años, uno de esos profesores y amigos que ha crecido con el tiempo en sabiduría, en bondad, en comprensión, y que ha triunfado en el «difícil arte de vivir» creando, junto con su mujer, M.<sup>a</sup> Teresa, un entorno armonioso que parece confirmar la fuerte creencia que este «humanista moderno» —como alguien dijo de él— tiene en el poder de creación de los hombres.

—Hay que empezar por confesar que esto, más que una entrevista, cosa de la que yo no tengo práctica alguna, es una charla amistosa o más bien un pretexto amistoso para que, a través de mis preguntas, otras personas conozcan algo más del hombre y del historiador Maravall, aspectos que forzosamente no pueden estar en los libros, no pueden entresacarse de esa es-

tupenda obra que has realizado a lo largo de tantos años de trabajo y que ha ido desbrozando la historia del pensamiento español. Y mi primera pregunta, casi de precalentamiento, sería que nos contases cómo comenzó tu interés por la Historia, cómo te hiciste historiador. Porque tú provenías de Derecho, ¿verdad?

—Sí; para mí el interés por la Historia creo que es un interés vivo, pero no por una especie de gusto erudito. En este momento tenemos un gusto en materia de arte, en materia de música, en materia profesional, más o menos de tipo erudito, de saber por saber, pero independiente de nuestra realización personal. Para mí la Historia va ligada a mi realización de español. Quizá ello se debe a que soy valenciano, lo he sido siempre y lo soy hasta el fondo del alma. Y, al mismo tiempo, mi gratitud por Castilla y porque mi formación castellana es una formación más entrañable, más profunda. Esto me ha hecho interiorizar siempre en los temas españoles y en los conflictos y tensiones españolas de una manera muy sincera. Así que mi interés por la Historia está unido realmente a mi propio desarrollo.

En fin, desde muy pronto para mí fue una materia de gran interés la Historia. Pero, viviendo en un pueblo, un pueblo abierto, un pueblo, dentro de los españoles, de lo más vivo que se podía encontrar en aquel momento, como era Játiva, la presión familiar, o más bien el condicionamiento, me llevaron a hacer Derecho. Entonces en un pequeño pueblo no se entendía aquello de hacer Filosofía y Letras o alguna cosa así. Se hacía uno médico, se hacía abogado, se

hacía ingeniero. Y, por una serie de razones, acordaron que lo que yo debía hacer era Derecho.

Bueno, empecé a hacer Derecho. No era mal estudiante, para ser sincero. Opté por la Universidad de Murcia, porque podía tanto ir a la de Valencia como a la de Murcia, pero opté por la de Murcia porque el invierno último de mi Bachillerato en un Colegio de Játiva dio la casualidad de que un Centro, que debía ser algo así como de Juventud Católica o Centro Cultural, organizó unas Conferencias y vinieron unos Catedráticos de Valencia que me produjeron un asombro tremendo y una desilusión inmensa. Cómo es posible que la Universidad sea esto, ¿verdad? Y claro, yo no quería ir a la Universidad y encontrarme con esto. Debo decir que yo fui un poco prematuro, es decir, que he tenido siempre amigos, en general y sobre todo en mi juventud, bastante mayores que yo. Incluso en aquellos momentos de los 16 ó 17 años, mis amigos tenían 23 ó 24, y estaban terminando casi la carrera. Y yo leía cosas que leían ellos y salía con ellos, o con chicas que también me gustaban mucho. El caso es que un amigo médico, mejor dicho que estaba estudiando la carrera de Medicina, me dijo: «Pues mira, Murcia es una Universidad pequeña, donde hay gente —profesores— muy jóvenes, que vienen del extranjero y que son estupendos». Y efectivamente, era una joven promoción, de las jóvenes promociones de profesores que venían todos de haber estado con becas fuera, de la Junta de Ampliación de estudios, y tenía un excelente profesorado. Y allí yo tuve, por ejemplo, a Jorge Guillén, a Caye-



tano Alcázar, a Gabriel Franco —que fue Ministro con Azaña—, a Teodoro González —que fue Director de la Revista Política del Partido de Sánchez Román y Asesor personal político de Sánchez Román en materia de Ciencia Política.

Pero yo tampoco permanecí allí. Estaba algunos días y volvía a casa. Seguía en casa porque era difícil costearse una estancia permanente en Murcia; entonces el primer año de Derecho era el primero de Letras. La Historia de España me la tragué, me la había leído, me la había estudiado y me la había aprendido, pues tenía muy buena memoria, en quince días prácticamente. De la Historia de la Literatura, de Jorge Guillén, tenía como texto, porque no podía tener otra cosa, el *Hurtado y Palencia*, con su infinita erudición de fechas, títulos, autores y demás, y su poco contenido, que eso era, en cambio, lo que yo tenía a veces la suerte de escucharle al propio Guillén; y luego tenía la Gramática Histórica, de Menéndez Pidal, pero a los que íbamos a hacer Derecho no nos la exigían y, en cambio, sí nos exigían tres o cuatro lecturas: El Lazarillo, el Poema del Mío Cid, las obras de Góngora, El Buscón, el Guzmán de Alfarache. Luego ya continué en Madrid.

—Además de tu interés por la Historia, en esos primeros años en Madrid, creo que tuviste serias inclinaciones literarias de tipo vanguardista, ¿no? ¿Con quién y cómo enlazaste en la Universidad con los grupos literarios de vanguardia? Concretamente, ¿cómo conociste a los miembros de la llamada generación del 27?

—Sí, sí. Vine aquí y, entonces, seguí con el mismo interés por seguir leyendo cosas de Historia, pero por otro lado me interesó mucho la literatura. Tuve unos años literarios de hacer versos y publicar versos en revistas de vanguardia. Hicimos la vanguardia dentro mismo de la Universidad, cosa que hasta entonces siempre había sido un movimiento de fuera...

—Llegásteis a tener una publicación, ¿no?

—En efecto, sacamos una revista que se llamaba *Nueva Revista* (es una revista que no se ha estudiado, y merecería la pena, porque yo creo que es la primera revista que hacen unos estudiantes vanguardistas), y en ella conseguimos para cada uno de los seis números que publicamos con nuestro dinero, sin subvención del Decanato ni de nadie, es decir, privándonos de nuestro cine y de nuestra merienda, en La Granja del Henar, pues eran cinco o seis duros los que se podían conseguir, conseguimos valiosas colaboraciones. Colaboró José Bergamín, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Fernando Villalón, colaboró Azorín, es decir, como ves, un repertorio grande; y, desde entonces, data la amistad que hice con todos ellos y mi relación estrechamente amistosa con algunos como, por ejemplo, Salinas, que pertenecía al grupo de profesores que se incorporaron a este vanguardismo. Al mismo tiempo se produjo la efervescencia política en el país por la lucha final —digamos— contra Primo de Rivera, y ya, concretamente el último año de la carrera entré en la FUE y me dediqué mucho a esto. Y eso del interés político se re-

fleja ya en esa revista que hicimos y luego se acentuó más, hasta que terminé la carrera. Al terminar la carrera, realmente estaba un poco despedido, no sabía qué hacer, porque a mí lo que me gustaba era sólo una parte de lo que había estudiado. Intenté, para que no se dijera, ver si podría aprobar las oposiciones de Notario, de Registrador, de Juez, o algo así. Me compré varias veces las contestaciones de todas estas cosas y las fui archivando, porque yo lo que quería hacer era una Ciencia Política siempre relacionada con la Historia y con el estudio de la sociedad, que por entonces empezaba a interesarme.

Es curioso que en aquel momento en España —hablo del año 1928, 1929 ó 1930— ya había algunas publicaciones sobre el pensamiento utópico de fuera. Es posible, incluso, que algunas cosas de Ernst Bloch, no recuerdo bien, sean ya de ese momento. Pero en España nadie hacía esto. Y a mí me entró una curiosidad grande, fui a la Biblioteca Nacional y me leí la traducción al francés de *La Ciudad del Sol*, de Campanella. Me leí otra traducción de «La Atlántida», de *La Nueva Atlántida*, de Bacon. Recuerdo, sí, que una vez tuve un amigo que me decía: «¡Qué absurdo eres! ¡Qué cosas más absurdas se te ocurren siempre! ¡Esto no lo habrá leído nadie en siglos!»

—Es curioso, de todas formas, que te interesaras tan temprano por la Utopía.

—Sí, porque a mí siempre me apasionó la capacidad de acción del hombre sobre el entorno. Yo recuerdo la impresión que me produjo cuando leí por entonces, coincidiendo

con el final de la carrera, el libro que acababa de publicar la «Revista de Occidente» de Max Scheler, que yo leí apasionadamente, *El puesto del hombre en el Cosmos*, y donde dice: «Lo más propio del hombre es que es el único ser capaz de decir no a la realidad y tratar de rehacerla, en lugar de no decir nada». Esa frase me llenó de entusiasmo.

—*La paradoja del poder creador de la mentira, del lenguaje dual. Eso que decía alguien de que el hombre es el único mamífero que lleva en las circunvoluciones de su cerebro mundos que no son de este mundo.*

—Sí, eso es. Había también otra cosa que me interesaba que era la Economía. Por eso, cuando terminé la carrera de Derecho mi primera ocurrencia fue, desde luego, incorporarme a la Universidad y al año siguiente fui nombrado ayudante, y solicité —y lo conseguí— a pesar de que no había hecho la carrera con él; pero gracias al informe de Gabriel Franco, de Joaquín Garrigues y de otros amigos, que me hiciera ayudante Flores de Lemus. Y luego, cuando ya al año siguiente, o al otro, vino a Madrid el que luego habría de ser, también, Ministro de Hacienda con Azaña, Viñuales, como las dos cátedras estaban en relación, pues los ayudantes eran de uno y de otro; yo tanto estuve con uno como con otro.

—*Fue en esa época también cuando escribías en El Sol y conociste a D. José Ortega y Gasset, ¿no? ¿Te vinculaste entonces a Revista de Occidente?*

—Pues sí. Es una anécdota muy curiosa. Llevado, de un lado, por mi interés político, literario, filosófico, yo que

había empezado a escribir y que había publicado unos artículos en *El Sol* espontáneamente, en fin, y que seguí durante dos años escribiendo en *El Sol* con bastante asiduidad y que además había empezado a escribir, mejor dicho, que había escrito ya, en otras muchas revistas de jóvenes, no conocía, sin embargo, a Ortega. Y un día María Zambrano me animó a que abordara directamente a Ortega, y he contado a veces ya a mi manera estas cosas, porque, vamos, son tan bonitas que alguna otra vez ya lo he repetido.

Un día iba por San Bernardo, por un pabellón lateral, que era donde se daban las clases, en general, de Letras de la Sección de Filosofía, que le llamábamos el Pabellón Valdecilla; pues subía yo por las escaleras, porque estaba allí la Biblioteca de Ciencias Políticas, de las materias de Derecho Político, la Biblioteca que, con un eco positivista muy bonito, se llamaba «Laboratorio» —vamos, no estaba allí, pero se iba por allí—, el Museo Laboratorio Ureña y el Seminario —también en la pequeña Biblioteca— que llevaba el nombre de Adolfo Posada, que estuvo allí de Decano muchos años. Bueno, el caso es que subía por allí y en ese momento bajaba Ortega. Entonces, en medio de la escalera le paré y le dije: «Don José, no sé si usted habrá reparado en mí, porque vengo siguiendo su curso, y si fuera posible y en un momento dado, cuando a usted le venga bien, pues me gustaría charlar unos instantes y algún momento con usted». Entonces él me miró, así, parecía una mirada de interés, amistosa, y me dijo: «¿Cómo se llama usted?». Y yo le dije: «Me llamo

José Antonio Maravall». Y entonces, con gran estupefacción mía, me dice Ortega: «Oiga usted, Maravall, y usted, ¿por qué escribe en *El Sol*?». Yo me quedé verdaderamente impresionado de que Ortega —hay que ver lo que era Ortega entonces, hoy no hay nadie que tenga un peso semejante en el mundo intelectual español y universitario—; vamos, era algo increíble, ¿no?; Yo no esperaba que se hubiera fijado que había un nuevo nombre que aparecía en *El Sol*, y que se llamaba así. Y le conté cómo había empezado a escribir en *El Sol*. «Pues mire usted, porque hace un año estaba terminando la carrera e iba a examinarme de las últimas asignaturas. Tenía Derecho Mercantil, que me gustaba mucho, que estudié con mucho gusto, pero estaba realmente aburrido. Y entonces, una tarde de domingo aparté el Derecho Mercantil y volví a leer un libro que había adquirido poco antes y que acababa de salir. Un libro de poesías de Pedro Salinas, *Seguro azar*. Y al leerlo me puse a escribir unas cuartillas y me salió un artículo, y lo mandé sin conocer a nadie, ni saber nada, se lo mandé al director de *El Sol* para que hiciera con él lo que le pareciera. Y al domingo siguiente lo vi inserto en las páginas literarias. Y desde entonces, pues seguí mandando; luego he mandado otros de carácter político».

—*¿Os pagaban algo por esos artículos?*

—Nada. Y entonces Ortega me dijo: «¡Ah!, bien, bien, está bien. Entonces venga usted a verme mañana, a las 12, a la *Revista de Occidente*».

Me marché al día siguiente a la *Revista de Occidente* y es-

tuvimos casi dos horas hablando, a través de las cuales, sin plantear casi en ningún momento una forma de preguntas y respuestas, en una conversación espontánea y directa, cuando salí me dí cuenta de que este hombre se había enterado de todo lo que podía enterarse de mí, pero de las cosas más increíbles. Es decir, se había interesado por cuál era la situación económica de mis padres, qué tipo de vida había sido mi vida familiar, qué relación tenía yo con ellos —que no podía ser más profunda y más inmediata—, qué lecturas me habían impresionado, por qué tenía yo afición literaria, qué otras cosas había estudiado, qué me había interesado más en la carrera. Vamos, no me hizo preguntas, me impulsó a comentarios sobre profesores que quizá rayaban un poco con la impertinencia si no hubiera sido por la intimidad de aquella conversación, e incluso se interesó muy seriamente sobre el tipo de muchachas que me gustaban y el tipo de muchachas que había frecuentado y con las que había salido; en fin, los flirts que se habían sucedido a través de la no muy larga vida mía.

—*Todo un estudio en profundidad.*

—Salí agradablemente sorprendido. Y entonces, a partir de esto, empecé a escribir en la *Revista de Occidente*. Al terminar Derecho me dediqué un par de años a ir a Cursos de la Facultad de Letras, no de Historia, porque no me interesaba la Historia que se hacía en la Facultad.

—*¿Qué tipo de Historia se daba: la de fechas, batallas, acontecimientos?*

—Se daba Historia Política,

pura Historia Política, más o menos modernizada o más o menos tradicional, muy bajo la influencia de la línea Menéndez-Pelayista, que a mí siempre me ha cargado, pero, sobre todo, no Menéndez-Pelayista en el sentido de lo que hay en éste de ideas, de pensamiento, sino en las fórmulas de patriotismo oficial. No fui a ningún curso de estos de Historia. Pero, en cambio, fui a los Cursos de Ortega, y allí insistentemente fui tres o cuatro años; fui también durante un año al Curso de Zubiri cuando regresó de Alemania por aquel entonces. Asistí a un Curso de Morente. Y a buena parte de un Curso de Gaos. Intenté ver si iba a clase y podía seguir de alguna manera el Curso de Besteiro, pero —claro— era Presidente de las Cortes, y no era posible. Y a esos otros cuatro es a los que fui, sobre todo y muy en especial a los de Ortega.

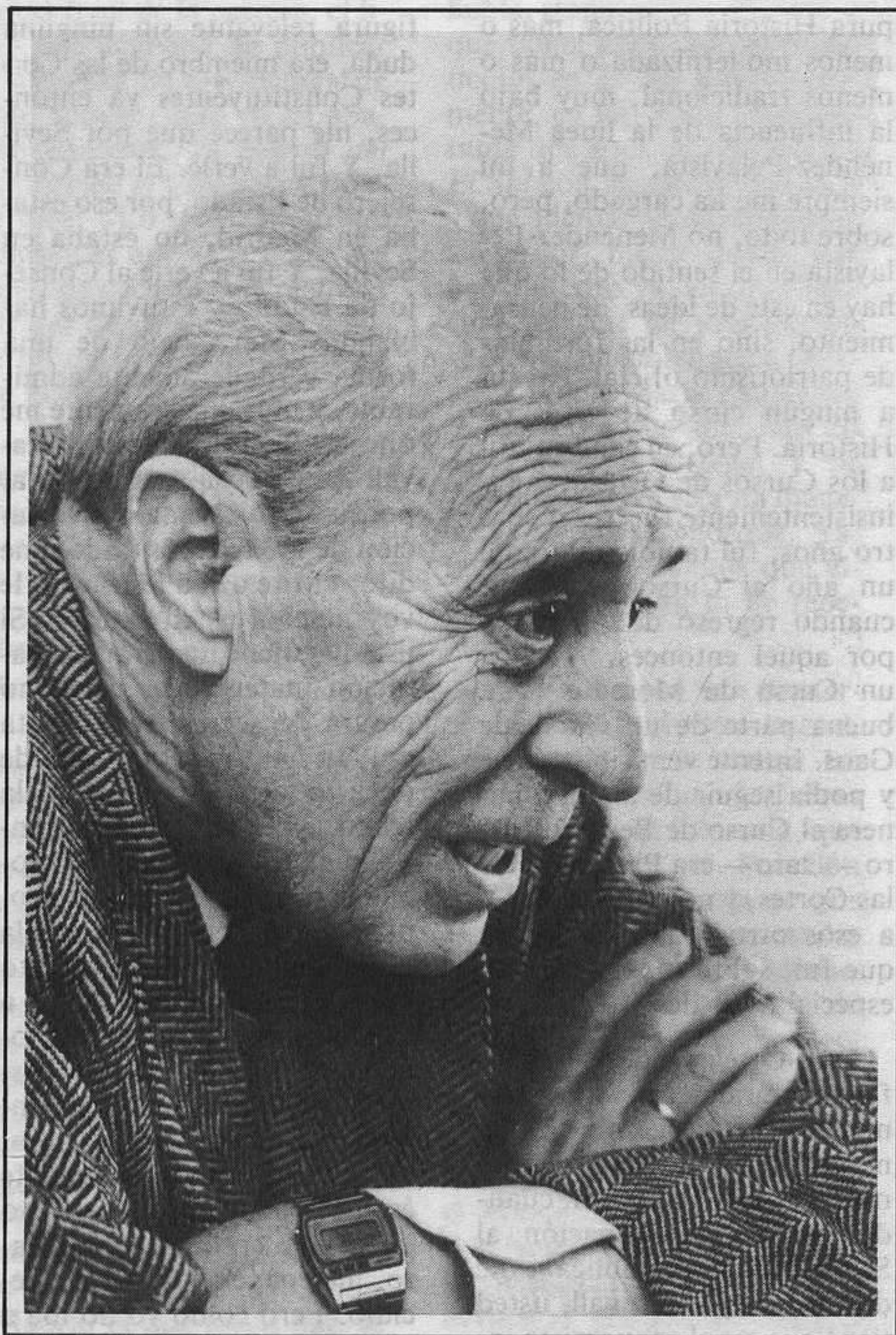
Yo a Ortega le debo una influencia grande, no ya en términos generales, sino de una manera más inmediata sobre mi actividad, porque él, cuando creó la «Agrupación al Servicio de la República», me dijo un día: «Maravall, usted tiene que ser el economista joven del grupo». Y a mí, ya digo, me interesaba mucho la Economía, pero también me asustaba en cierto sentido...

—*¿A quién se refería Ortega con el grupo?*

—Al grupo de Jóvenes al Servicio de la República. Era un grupo que hicimos de la Agrupación de Ortega; ya te lo explicaré porque también es una cosa interesante. Entonces me dijo: «Vaya usted a ver a Carande y póngase usted en relación con él». Carande era de la Agrupación y era la

figura relevante sin ninguna duda, era miembro de las Cortes Constituyentes ya entonces, me parece que por Sevilla. Y fui a verle. El era Consejero de Estado, por eso estaba en Madrid, no estaba en Sevilla. Y fui a verle al Consejo de Estado y estuvimos hablando. Me acogió de una forma verdaderamente admirable, y muy sinceramente me dijo: «Bueno, mire Maravall...» (la cosa es estupenda, porque esto es una conversación de 1932 lo más tarde), me dijo: «Mire usted Maravall, le voy a ser a usted sincero. Si usted no tiene una gran preparación matemática, usted no pasará de ser un economista muy trivial, un economista de poca monta. Como yo no la tengo, yo prácticamente entrego a otras personas relacionadas conmigo lo que es propiamente la enseñanza de la Economía Política en cuanto tal, y sobre todo me dedico a trabajar en Historia Económica. Yo me dedico a la Historia. Ahí tiene usted un campo donde puede hacer cosas». «Pues mire usted, justamente ése es el campo que yo deseo». Y entonces, pues claro, me convenció y ya me decidió. Pero como yo no iba a hacer una carrera de Historia tradicional porque había muchas cosas que yo ni las pensaba estudiar, como la Geografía, Numismática, o toda la parte, digamos, de antigüedades o humanidades, como se decía, sino que buscaba una cosa más científica y más moderna, pues pensé hacer Historia desde la Ciencia Política y relacionada con la Ciencia Económica también.

Me preguntabas por ese Grupo. Cuando Ortega hace la Agrupación al Servicio de la República, hay un momento en que parece que va a gra-



nar como partido nacional y entonces se hace una presentación en Segovia, que organiza Antonio Machado y toma parte en el acto —el famoso discurso de la Opera de aquí, que tuvo gran resonancia—; hay grupos en Valencia, en Murcia, en Sevilla, en fin, en muchos sitios, la historia es conocida. Y entonces a los jóvenes que estábamos con él, cerca de él, nos animó a formar un grupo de jóvenes al servicio de la República, pero nos dijo que «lo que hay que evitar es esa cosa mortecina y

sin interés de las juventudes de partido, porque eso no lleva a nada. Vamos a emplear otra fórmula, ustedes se van a constituir como un Grupo, exclusivamente de jóvenes, y entonces en un momento dado se produce una declaración de nosotros hacia ese Grupo de jóvenes, y ustedes se incorporan como una especie de Sección autónoma dentro de la Agrupación». «¡Ah! Pues muy bien». Y ese Grupo éramos... pues, el nombre más ilustre hoy, sobre todo en estos últimos tiempos, humana-

mente de una calidad maravillosa, exquisita, inolvidable como amiga y en todos los aspectos, era María Zambrano, con la que yo tenía una amistad fraterna. Habíamos hecho juntos una Misión Pedagógica por la Serranía de Ronda, y estuvimos 15 ó 20 días por allí, andando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, y yo prácticamente casi todos los domingos por la tarde los pasaba en casa de María Zambrano con algunos otros amigos. Nos reuníamos allí, y allí iba un poeta que murió, se llamaba Ramón Santeiro, muy inteligente y una gran persona que parecía que iba a hacer mucho, pero... luego, pues, la guerra lo aplastó y murió poco después. Iban otros..., yo creo que han desaparecido todos, menos los que constituimos el Comité Ejecutivo del Grupo. Ese Comité Ejecutivo estaba formado por Alfonso García Valdecasas —que era ya catedrático jovencísimo y era diputado de la Agrupación, pero sacado por los socialistas— y Antonio Garrigues.

Preparamos una especie de manifiesto y un nombre. El nombre lo dio Valdecasas. Hay que ponerse en 1932, porque hoy parece una cosa y entonces era, evidentemente, otra. Se llamaba «Frente Español». Me encargaron a mí que hiciera el manifiesto. Yo hice el manifiesto pero, como me pasa a mí con frecuencia, no tengo una pluma cálida, lo sé muy bien. Y claro, aquello era una losa de hielo, y lo leyeron, se consultó con Ortega, y Ortega consultó con la opinión de los demás, y claro, la mía también, y dijo: «Bueno, esto es un ensayo. Usted lo puede publicar en cualquier parte, si quiere se lo publicamos en la Revista, pero es un

ensayo. En fin, esto, salvo el párrafo final, no llama a nadie, ¿verdad? Es un análisis que usted hace de la situación; me parece aceptable como escrito, en fin, habría que discutirle algunas cosas, eso es cosa suya, pero no es un manifiesto». Entonces dije: «No, no, si yo estoy convencido de ello, y ya dije que no me consideraba adecuado para una función de esta naturaleza». Y, entonces, se hizo otro manifiesto que lo redactó García Valdecasas.

—Eso que dices de la escritura, que es un tema que si quieres después volvemos a tocar, porque tendría que ver con otra pregunta que quisiera hacerte sobre la libido sciendi, pero es curioso porque nunca has tenido problemas de bloqueo, problema de expresión en la escritura, al parecer has escrito desde siempre, ¿no?

—Desde siempre. Siempre ha sido mi manera natural. Así como en cambio me ha resultado siempre mucho más difícil hablar; la conferencia para mí es, y sigue siendo hoy, una prueba; no, una tortura; pero, claro, al cabo de tantos años, y de tantos cientos de clases... Pero quiero decirte que nunca he dado jamás una clase sin llevar no un apunte, sino todo un gran fajo de fichas. Y no solamente eso, sino que nunca —te revelaré este secreto— he dado una clase ni una conferencia sin quedarme todas las horas antes de la mañana o de la tarde repasando todas las notas, porque me ha producido terror pensar que pasara una nota y me encontrara con algo que no me esperaba en ese momento.

—Bueno, pero a mí eso no sólo no me parece un defecto, sino al revés.

—No, si yo no digo como defecto o no, sino como una condición, ¿no?

—Sí, pero ni siquiera tendría que ver con la facilidad o no facilidad verbal, puede tener que ver más con un respeto hacia el oyente, con una cierta inseguridad, sobre todo cuando se empiezan las primeras clases.

—Pero tú fijate, después de tantos años no he conseguido nunca una expresión tranquila y serena. Siempre mi expresión verbal es nerviosa y un poco agitada. Siempre es un tic nervioso hasta el punto de que muchas veces parezco más polémico, o incluso a veces hasta agresivo, cuando lo único que trato es exponer mi punto de vista.

—Es curioso. Yo que he sido alumna tuya no tengo esa impresión.

—¿No? Pues a mí me lo han dicho algunos. Y algunos han hecho referencia a ese nerviosismo que...

—Sí, un nerviosismo, pero que yo siempre lo he atribuido más a un apasionamiento por la cosa, a la propia ansiedad intelectual que provoca el entusiasmo por la cosa en sí.

—Es una manera generosa, propia de ti, de verlo.

—No, no.

—Pero, en cambio, el texto escrito mío no tiene ese nerviosismo, es una expresión mucho más impersonal y más fría. Yo pienso que, quizá, cuando me he puesto a escribir he manejado tantas fichas, he manejado tantos materiales, en fin, me he familiariza-

do tanto con ellos; tengo en realidad dentro de mí una luz sobre ellos, y esa luz sobre ellos es lo que yo trato de reflejar, y claro, para mí no es un problema de salir hacia fuera sino de verter hacia el exterior la presencia que tienen dentro de mí esos elementos; me he hecho miles y miles de notas, miles y miles de fichas.

Quiero decir que cualquier libro mío, el conjunto de mis libros, está en cierta forma programado desde 25 años antes de que los escribo. Hay partes, por ejemplo, en mi libro sobre *Estado moderno y mentalidad social*, de las que tenía hasta un primer esbozo publicado en una revista del año 48 ó 49, y el libro, sin embargo, no sale hasta el año 72. *La Cultura del Barroco*, con su tesis de que el barroco es toda una técnica racionalizada de conducción de una sociedad, está en una nota que publiqué en una revista de los años 41 ó 42, 43 lo más tarde, que se llamaba *Finisterre*, y que se titulaba, título de entonces que fue una especie de desafío y que algunos hasta lo tomaron como un insulto, *Barrocos hacia el abismo*. Quiero decir que el libro *La Cultura del Barroco*, pues no sale hasta 1975. En fin, que son unos treinta o treinta y tantos años de diferencia, y así sucesivamente.

En *Antiguos y Modernos* cuento, en el prólogo, cuándo se me ocurrió la idea del libro, exactamente en un visita a la Catedral de Auxerre, leyendo una monografía donde leí unos documentos en los que los constructores de Auxerre pensaban «superar las obras pasadas», unos documentos muy curiosos... y de aquí arranca la idea de investigar la teoría sobre el progreso hu-

mano en la sociedad española del XVI. Y esto fue el año 51 ó 52, y el libro sale en el 66, y así sucesivamente.

Lo que pasa es que yo he estado trabajando en varios frentes, por así decir, y, si tú te fijas, todos tienen conexión. Entonces mis lecturas se han ido haciendo, yo tomaba notas y luego las iba distribuyendo en montones diferentes. Este para tal libro, éste para tal otro, éste para el otro. Y a la vez he ido fabricando. Por eso, de pronto, coincidía que se publicaban dos o tres libros casi en la misma fecha. En el año 72 creo que salen dos o tres títulos, pero lo que pasa es que estaban realmente hechos. Claro, esto es un esfuerzo de trabajo metódico.

—*Toda la vida has mantenido un régimen de trabajo bastante regular, ¿verdad?*

—Yo creo que sí. Es decir, creo que he partido siempre de un planteamiento artesanal, y creo que, como algún ilustrado dijo alguna vez: «trabajar es un contrato que se tiene con la sociedad». La idea de un «contrato social» aplicado a la idea de trabajar. Y yo lo he tomado un poco siempre así. Es decir, tenía que hacer una función y había que aceptar la función artesanalmente.

—*Un trabajo con el cual se goza.*

—Claro. He dicho alguna vez que yo me siento un hombre vocacional. Realmente a mí no me ha costado trabajar y ha sido un coste mínimo. Es más, con el transcurrir del tiempo, según cada uno, el coste es inmenso, pero en total yo he tenido una vida con goces indecibles, caudales de

ternura y de felicidad introducida por otras personas pero, claro, aún así, pues también he tenido peligros, necesidades y disgustos. Y, a veces, mi mujer que me ha visto decaído, o disgustado, triste, y me ha dicho: «Hombre, vamos a salir, vamos a dar un paseo, vamos al cine, vamos al teatro, o vamos a un concierto, o vamos...». Y he dicho: «No, no. Estoy demasiado preocupado, demasiado cargado, no, no, me ha afectado demasiado para una distracción así. No tengo más remedio que meterme en un cuarto y ponerme a trabajar». Me he puesto a trabajar y a la media hora se me ha olvidado.

—*Hay una reflexión de Montesquieu muy bonita en sus diarios, en su Spicilège, creo que dice: «Nunca he tenido un disgusto en mi vida que no se me haya podido pasar con dos horas seguidas de lectura».*

—Yo he hecho un poco esto. Sí. No conocía ese pasaje de Montesquieu, pero efectivamente yo he hecho esto.

—*Un tema que también quería que tocásemos es el problema de la difícil institucionalización aquí, la poca protección verdaderamente que hay en todo lo que sea la cultura y el trabajo intelectual.*

—Sí, eso es cierto, lo sabe todo el mundo. Yo he dicho con frecuencia, porque ahí sí traduzco una experiencia negativa del problema, que mientras que para la mayor parte de los occidentales el ser de su país es un apoyo, para el español el ser español es un obstáculo que tiene que vencer. En todo, desde el paso de la frontera misma. En el lado

extranjero resulta que eres más fácilmente recibido que en el lado español. Y no digamos respecto a los instrumentos de trabajo. He trabajado mucho más fácilmente en las Universidades y Bibliotecas de París, donde he tenido —y lo declaré una vez en una entrevista en *Le Nouvel Littéraire* que me hicieron en el año 52 ó 53—, he gozado de privilegios concedidos amistosamente, como pocos en el mundo han tenido. Y en América, en la Universidad de Minnesota, pues me ha bastado decir «quisiera estas reproducciones» para que, mientras charlaba un momento con el bibliotecario, al salir encontrarme que las tenía hechas y que me las regalaban. Y esto me ha pasado también en Harvard. Cosas increíbles, ¿verdad?

—*O sea, aquí imposible.*

—Aquí, la buena voluntad es indudable, pero hay dificultad de medios, fundamentalmente de medios administrativos. Aquí hay este tremendo caparazón, esta tremenda costra de la relación administrativa y de los requisitos administrativos, es una cosa que se convierte en lo principal y lo otro es como lo que es obvio. Y yo se lo dije a un funcionario de los que tienen como finalidad fiscalizar ciertas cosas: «Pero yo entiendo que la función administrativa es para que se realicen las cosas y que el éxito no está en conseguir impedir que se realicen, porque si de alguna manera está en el presupuesto y está en los programas del Estado, quiere decirse que están porque deben realizarse del todo. Y esa acción de usted no tiende a fomentarla, sino al contrario, usted cree y usted se queda muy satisfecho

de hacer lo posible para impedir que eso se realice».

—*Se podría decir que hay por lo menos en ese nivel, en un nivel administrativo, una auténtica desvalorización hacia lo cultural y hacia los trabajadores de la cultura, vamos.*

—Bueno, la hay y no la hay. La hay y al mismo tiempo hay, yo creo, hasta una insana y poco desproporcionada proyección social de cierto tipo de cultura y de escritor o de hombre de letras, y que por el solo hecho de serlo tiene una significación social que fuera no tiene. Por ejemplo, un buen profesor de Universidad americana socialmente pesa menos, y quizá es hasta menos conocido y sale menos en los periódicos, que el español, pero en cambio su labor es más conservada, más facilitada, más aprovechada y más auténticamente estimada. Porque aquí muchas veces lo que sucede es que ese peso no se da al que es un profesor, o un investigador, o un intelectual, o un escritor —en fin— de una calidad estimable, sino a aquél a quien, por una serie de razones, conviene echarle los focos sobre él. Y el manejo, la manipulación que aquí se hace de esto es contraproducente. Por eso, yo creo que, por un lado, pesa poco, en el sentido de que sinceramente y para aprovecharla y para seguirla y bajo la idea de que la cultura, la ciencia, la educación en general —en fin— la labor intelectual es acumulativa y debe seguirse, y lo que han dicho unos deben continuarlo otros, y esto otros, y así sucesivamente; esto no se da. Pero, en cambio, se da mucho el aprovechar a un grupo determinado, a unos hombres determinados para

adorno, para propaganda, para revestir determinados valores.

—*Se me ocurre que quizá eso tiene que ver también con la interiorización que los propios universitarios, en este caso, puesto que es el medio en que nos movemos, hacen de sí mismos, porque es muy curioso en este momento, por ejemplo, la mezcla que hay entre una pedantería absolutamente desproporcionada respecto a lo que algunos universitarios pueden hacer respecto a sí mismos, y por otro lado una desvalorización, una auto-desvalorización de la Universidad, no digamos en nuestra Facultad, que yo creo que es absolutamente injusto, porque la experiencia —que tú has vivido directamente—, es que, en un nivel de élite, desde luego, de un nivel de gente que trabaja y que está preparada, yo no creo que haya nada que envidiar a ningún universitario, profesor o investigador de fuera. Hablo naturalmente del terreno de las ciencias sociales que es lo que conozco. Por lo menos, las experiencias que yo he tenido en Francia y en Estados Unidos, Inglaterra lo conozco menos, pero amigos que han estado insisten en ello: un español está a la misma altura. Entonces se me ocurre si tiene que ver una cosa y otra, porque es curiosa la mezcla de sobrevaloración y desvalorización que hay también en nuestro nivel medio español.*

—Habría que partir de un dato categórico, un dato positivo y que está totalmente en el sentido de esa afirmación y de lo que puede ser la Universidad española. Hoy, merced a la multiplicación en términos verdaderamente incompares de la salida al extranje-

ro de jóvenes españoles, se ha producido el hecho de que muchos de ellos o se hayan quedado fuera o hayan permanecido muchos años fuera. Estos están ocupando puestos y están recibiendo una estimación en sus puestos universitarios como los mejores de dentro y como personas de la más excelente calidad. Es decir, que todo eso que se decía de la calidad del español, de la incapacidad del español, toda esa farsa, todo ese topicazo es, sobre todo, una última manifestación no de Américo Castro, claro está, sino del banal «americano-castrismo» que ha suscitado eso de los caracteres del español.

Estoy recordando que hace ya unos quince años, esa Asociación de la que tú eres miembro de la Junta, la Asociación de Mujeres Universitarias, en la calle Miguel Ángel, organizó unas Conferencias sobre la Universidad, conferencias que luego se publicaron; una de ellas me la encargaron a mí. Yo ahí decía que había que partir de lo que llamaba «la triple explosión» producida en relación con la Universidad. En primer lugar, la explosión demográfica: se había multiplicado por un número muy alto la cifra total de estudiantes. Cuando yo hice Derecho, en toda la Facultad de Derecho no llegábamos a 400 alumnos, y hoy deben ser, pues, 5.000 ó...

—*12.000 en Derecho en Madrid, creo, en la Complutense.*

—O 12.000, fíjate. Entonces éramos 80 ó 100 por curso, 120 —en fin—, 500 alumnos en total. Primero, la explosión demográfica. Segundo, lo que pudiéramos llamar la explosión del número de disciplinas, una clasificación

que se arrastraba durante casi siglos, por lo menos décadas y décadas, y de pronto cada una de esas disciplinas se ha convertido en una galaxia. Por ejemplo, Sociología. En 1920, decir Sociología era decir una disciplina determinada que estudiaba el fenómeno de la sociedad y que se llamaba Sociología. Fíjate tú hoy la de ramas que eso tiene. Política, pues antes había una cosa que se llamaba Derecho Político o Ciencia Política, como se quisiera, pero ahí estaba todo. Fíjate tú lo que es hoy el repertorio de los saberes políticos. En Historia no digamos. Pero a su vez, dentro de esas especialidades la explosión de problemas ha llegado a novedades realmente sorprendentes, que obligan a multiplicar las técnicas y multiplicar la instrumentación y el material disponible. Entonces, claro, es un grito de desafío para la Universidad. Es decir, si la Universidad no funciona es que no puede funcionar. Partamos de que la Universidad no puede funcionar, porque para responder al papel que le correspondería en la sociedad hace un siglo, pues lo que necesitaría hoy no hay ningún Estado que lo pueda afrontar. Al parecer ni siquiera los Estados Unidos. Así que Estados Unidos, como nosotros, tendríamos que renunciar a tener Universidades. Esta es la primera observación de la que, yo creo, hay que partir modestamente.

Entonces creo que hay que replantearse un poco la cuestión. Y efectivamente sí, en la Universidad hay muchos estudiantes que no cumplen con sus obligaciones de estudiantes. Hay muchos estudiantes que no merecerían estar en la Universidad. Hay otros que, bueno, qué se le va a hacer,

están en la Universidad, cumplen bien que mal, bueno, pero hay un grupo que es un grupo como no lo ha habido nunca. Y te digo esto, te lo digo con toda sinceridad porque yo, en mi época, pertenecí al grupo más selecto de la Universidad. Te lo digo esto desde dentro y porque lo viví, era un núcleo pequeñísimo. Los que leían libros en la Universidad éramos muy pocos; dentro de la Facultad de Derecho, de esos 500 estudiantes yo no sé si llegaría a la docena los que leían libros.

—Ahora hay pocos también.

—No, muchos más. Muchos más no ya en proporción de la facilidad del libro de bolsillo, que ha aumentado, es decir, ahí ha habido un factor multiplicador importante, que ha incrementado mucho la proporción aritmética que correspondería al número de alumnos. Porque tú fíjate hasta qué extremo era antes la penuria, que yo he comprado en carritos de la calle San Bernardo —como te he dicho alguna vez— las obras de Eugenio D'Ors, las obras de Baroja, las obras de Azorín, las obras de Valle Inclán. Esto que ahora tanto se venden, bueno entonces se podían comprar por una peseta en carritos en la calle San Bernardo, en la Gran Vía, por Callao, y lo comprábamos unos pocos.

Recuerdo —y lo recuerdo como si fuera ahora— en un momento así, comprando uno de estos libros nos conocimos, porque pertenecíamos a cursos diferentes aunque éramos de la misma edad, Díez del Corral y yo.

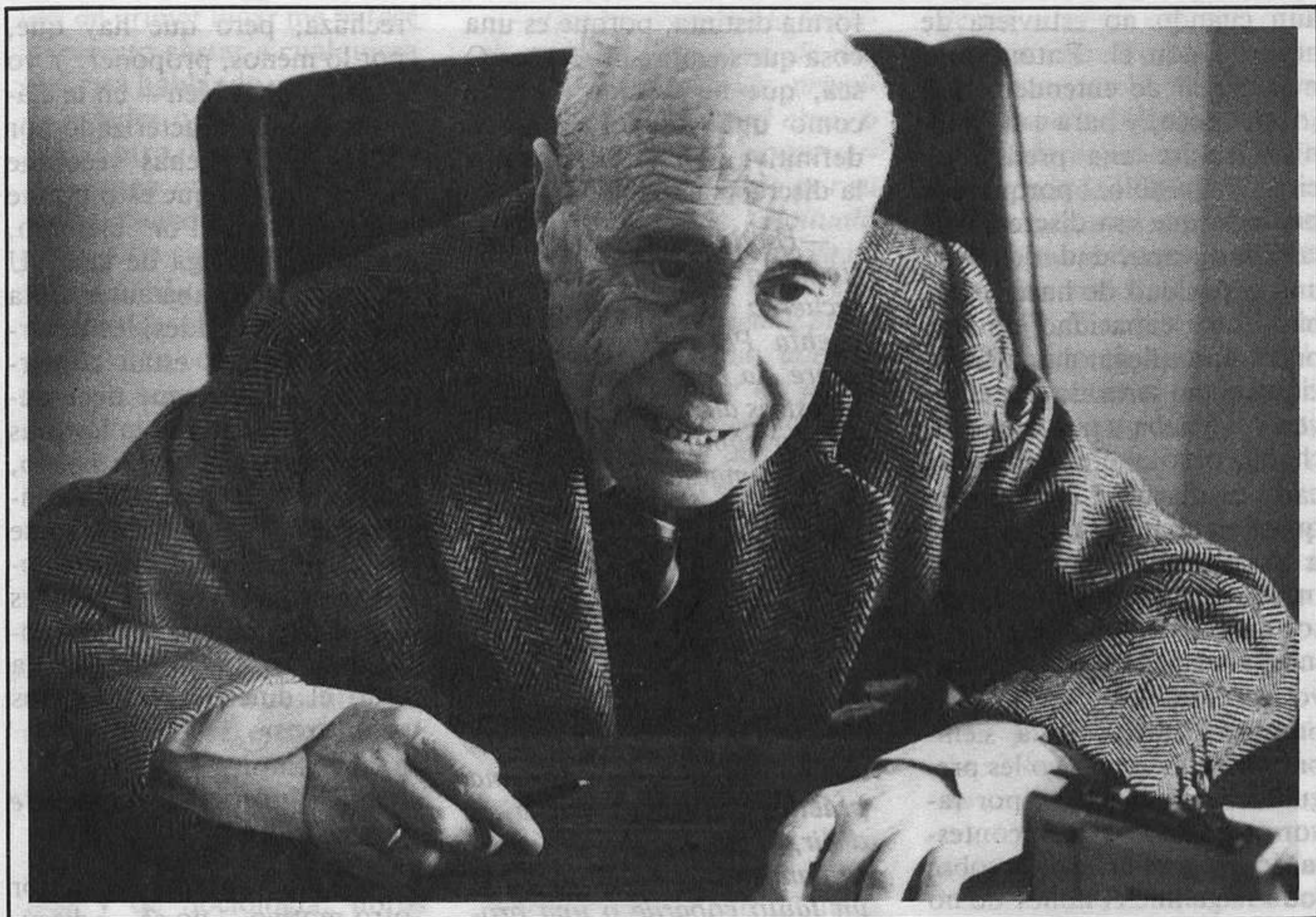
—Así empezó una amistad.

—Así empezó una amistad. Y claro, fíjate el cambio ahora. En fin, yo tuve un expediente que creo que era un buen expediente, y luego además, inmediatamente, unas semanas antes de terminar la carrera es cuando yo publico el primer artículo en *El Sol*, y yo no tuve jamás, ni he tenido jamás en mi vida una beca, ni ninguna ayuda del Estado, e incluyo los años de la República en esto, jamás. En cambio ahora, pues quizá porque hay más medios, porque hay más gente y, por lo tanto, hay mayor ámbito en el cual seleccionar, hay un grupo de gentes estupendas. Yo todos estos años, desde el año 60, o mejor desde el 56, cuando empezaron los disturbios, hasta que he terminado, todos los años, he tenido un grupo excelente. Me ha costado unas cuantas semanas —en fin—, pero al final me he encontrado con un grupo fenomenal, hasta el extremo de que mi experiencia —y mi mujer te lo podrá confirmar— es que muchas veces o porque nos hayamos acostado tarde, porque había estado toda la tarde trabajando, o sencillamente charlando, a veces con mis hijos, me gustaba charlar, a lo mejor me acostaba a las tantas de la mañana charlando, pues me levantaba —yo tenía la clase pronto, a las nueve— e iba cansado, e incluso con cierto peso encima. Salía de la clase rejuvenecido. Para mí la clase me ha servido durante los 20 años últimos como una especie de dosis vitamínica.

—Eso dice mucho a favor de tu juventud...

—Entonces, mi teoría es, lisa y llanamente, que hay que cortar. Es decir, en un mo-





mento dado la Universidad en el siglo XIII, cuando empiezan las Universidades, hasta el siglo XVIII y XIX (bueno, en Inglaterra hay restos— como tú sabes— tradicionales, pero nada más que tradicionales aparentes, con todo lo que se llama tradicional en Inglaterra, que es un adorno, que es un cosa externa, nada más), desde el Bachillerto hasta el Doctorado todo está junto en la Universidad y en un momento dado la Universidad se desprende de lo que pasa a ser la enseñanza media y se queda con la parte más pequeña de la enseñanza superior. Yo creo que hoy estamos ante una estructura social y una estructura de conocimientos que va a obligar a la Universidad a cambiar, es decir, a un corte que deje de un lado la Universidad, si se la sigue llamando así —me parece un nombre venerable y

muy simpático, que para mí está lleno de resonancias afectivas—, que se quede con la parte de la enseñanza superior, otro que se quede una especie de enseñanza intermedia alta, otro de enseñanza intermedia baja, y luego la enseñanza general básica.

—O sea, que se iría a la creación de post-graduados de estudios universitarios.

—Esto es. Hay que ir a una especie de estudios universitarios que sean seguidos por graduados. Que es la problemática de toda esta finalidad en que están las Universidades americanas.

—Y hablando de buenos profesores y de estudiantes, quisiera recoger, aunque ya hablamos en algún momento de ello, que tú te has llevado siempre muy bien con los jó-

venes, por lo menos con cierto grupo de jóvenes. Yo creo que una de tus influencias mayores, por lo menos en todos los que hemos sido discípulos tuyos, no simplemente alumnos, sino discípulos y amigos, es que has sabido infundir eso que alguien ha llamado el «valor en sí mismo», que es una manera de orden y de crear un nomos en el interior de las gentes, es muy importante. Y siempre, incluso en los años más difíciles, has comprendido la postura de los estudiantes.

—Bueno, yo no puedo decir que sea un hombre de naturaleza —en fin— un *outsider*, no precisamente pero sí he tenido siempre una gran simpatía por eso mismo de la utopía de que hablábamos, por la discrepancia. Es decir, para mí el discrepante siempre ha contado con mi simpatía

aun cuando no estuviera de acuerdo con él. Entonces lo más difícil de entender en el joven es eso, y para eso yo tenía siempre una predisposición favorable, porque he pensado que esa discrepancia era una capacidad de vivir, una capacidad de hacer cambiar, una capacidad de que pudiéramos llegar a una situación que no sería esa que el joven anunciaba y por la que luchaba, pero que en cualquier caso ayudaría a erosionar y quizá en el mejor de los casos a derribar, como en algún momento y en algunos aspectos ha sido así, lo que estábamos viviendo. Por lo tanto, yo recuerdo que desde mis primeros cursos decía siempre: «Si alguna vez yo les pregunto a ustedes algo, por favor no se esfuercen en contestar lo que yo he dicho, y sobre todo háganme el honor de no contestar lo que yo he dicho si no lo creen así, porque si alguien dice una cosa contraria a la que yo he dicho, sólo que, eso sí, con un mínimo de esfuerzo en decirlo razonablemente y razonadamente, para mí tendrá una puntuación doble, porque me es mucho más simpático y además me ayuda mucho más, porque a mí lo que me interesa es lo que me diga el otro, lo que diga el otro para hacerme cuestión de ello. Porque ustedes, sin darse cuenta incluso, y es una cosa que he practicado mucho, están mirando cuando yo hablo, de modo que en esa atención, en esa mirada, yo leo si les está pareciendo bien, si no está pareciendo bien, si les irrita incluso lo que digo, o si les aburre, y para mí es una colaboración riquísima, porque tengan ustedes la seguridad de que ese papelito, que en ese momento he leído o esa nota, al año siguiente irá de

forma distinta, porque es una cosa que siempre procuro». O sea, que he tratado siempre como una colaboración, en definitiva, con la diferencia y la discrepancia del alumno.

—*Eso tan hermoso de la estimación y la discrepancia me recuerda una historia que cuenta Peter Handke, creo, sobre la nostalgia de dos maestras alemanas por no poder ser como habían sido sus propios maestros, «apasionadamente severos» y se preguntan con cierto desconcierto si el exceso de tolerancia que prodigan a los niños, ese dejarles pasar por todo, no llevarles nunca la contraria, no forzarles a cumplir las obligaciones con una cierta disciplina, no será algo más que una práctica pedagógica nueva, es decir, si no encubrirá un extrañamiento, una comodidad un tanto cobarde o una profunda indiferencia hacia esos pequeños seres ajenos. Siempre ha pensado que tú y el pequeño grupo que hemos conocido de vuestra generación —Díez del Corral, por ejemplo, que antes mencionábamos— habéis sido, felizmente para muchos de nosotros, «apasionadamente severos».*

—Yo diría que discrepantemente tolerante, yo creo efectivamente en esto. No sólo tolerancia, sino tolerancia viva. Yo la tolerancia de decir: Bueno, pues todo vale, todo da lo mismo y sirve para algo, pues no, no lo creo, porque todo en el mundo tiene unas configuraciones.

—*Y una necesidad de límites, o de reglas del juego. Si todo fuera posible, nada sería posible.*

—Claro, una necesidad de límites y el moldeamiento que se acepta o no, se recoge o se

rechaza, pero que hay que, por lo menos, proponer. Y yo —tú lo sabes bien— en la clase no me he caracterizado por callarme y muchas veces he hecho constar que esto no me parece bien. Por ejemplo, cuando la huelga de la LAU primera, que daba autonomía a las Universidades, les advertí: «Si ustedes están convirtiendo la LAU, que tiene defectos, pero que es la ley más progresista que se ha hecho, en el foco de atención y contestación, están sin darse cuenta encubriendo otras cosas, porque mientras ustedes hacen esto va a pasar sin oposición ninguna la ley que da todo el dinero a los centros ortodoxos».

—*Como efectivamente ocurrió.*

—Recuerdo otra vez, por otro motivo —no sé—, discutimos fuerte, y hubo un muchacho que seriamente me dijo: «Bueno, que conste que el que nos diga usted esas cosas, lo toleramos porque es usted el señor Maravall». Y le dije: «Hombre, pues muchas gracias. Me ha hecho usted un homenaje que —en fin— me dan ganas de darle un abrazo, porque efectivamente es eso lo que intento, es decir, yo no trato de engañarles. Yo les doy a ustedes mi opinión; ahora, yo lo que no trataré nunca es de imponerles mi opinión, ni imponerles un castigo, ni de hacerles perder el curso o la carrera, o rebajar lo más mínimo una nota que yo estime porque ustedes hayan dicho una cosa diferente en cualquier orden que sea. Ahora, dentro de que sea algo razonable, de verdad. Pasa, por ejemplo, como con las preguntas. Yo no acepto que vengan ustedes aquí a levantarse sin más a hacer pregun-

tas; en primer lugar me parece incorrecto cortar a cualquiera que está hablando, cualquiera de ustedes o yo, y ponerse a hablar otro, hay que esperar a que venga un momento adecuado, cuando termine un párrafo o de exponer una cosa. Pero además, yo me reservo el derecho de decir: Esto corresponde o no corresponde al tema, me reservo el derecho a discutir con ustedes si corresponde o no corresponde al tema. Y, además, me reservo otro derecho que es el derecho a decir si lo puedo o no puedo contestar en el momento, porque yo no vengo aquí a jugar a discípulo de televisión, yo vengo con la cara descubierta, es decir, yo sé esto y no sé otras cosas. Cualquiera de ustedes que está en 4.º curso de carrera, que ha leído muchos libros de Política, de Economía y de Sociología, libros que yo incluso pues ya me es difícil de leer, y casi hasta de conocer que existen, pues sinceramente cualquiera de ustedes puede salir, ir a la primera librería, venirse con un libro del cual yo no tengo idea y a mí hacerme unas preguntas que estén ahí y que yo no conozca; de manera que eso es facilísimo. Dejar a un profesor "pegado", si es un profesor sincero, es facilísimo; si es insincero les saldrá a ustedes por cualquier tontería de éstas y se acabó, pero yo voy a ser sincero y, por lo tanto, yo me reservo el derecho, ante cualquier pregunta que ustedes me hagan, a pedirles que me la hagan por escrito y yo guardármela, y al día siguiente o al otro, cuando lo haya encontrado ya, lo haya resuelto, venir aquí y decirle, pues mire usted de aquella cosa que usted me preguntó, le cuento que yo pienso, lo que yo he visto, etc.».

—*Eso me recuerda la famosa anécdota de uno de los grandes alemanes de principios de siglo, Husserl creo, o quizá Max Scheler, no recuerdo ahora, que, famoso por su rigor en las clases, puntualidad, etc., faltó un solo día en su vida a dar clase, no sin antes poner una nota en la puerta del aula en la que, además de disculparse ante los alumnos, explicaba que en conciencia no podía dar la clase porque él mismo no había llegado a la claridad de mente mínimamente necesaria respecto al problema filosófico que tocaba dilucidar. Hay que ser bastante grande para esto, ¿no?*

—Indudablemente. Eso es. Yo he llegado siempre a establecer una relación lo más razonable posible con los alumnos, porque incluso he dicho siempre: en este país mi única preocupación es conseguir que los estudiantes un día sean seres perfectamente razonables, porque a lo largo de nuestra historia es esto lo que falta. En este país hay valientes, hay osados tremendos, hay cobardes, hay miserables y hay toda una fauna muy variada, pero lo que hay muy poco son gentes razonables. Y eso es lo que yo trataría y quisiera que en la Universidad se procurase hacer. Es a lo que yo les incitaría a ustedes, a procurar ser razonables y mantener razonablemente su posición cada uno, pero que el ser razonable no quiere decir que piense usted lo que yo, sino que podamos discutirlo civilizadamente. Y creo que he tenido siempre una buena ventaja para entenderme con los estudiantes, aparte de ustedes, es decir, siempre he tenido un grupo con ustedes excepcional, y además de eso he tenido la gran ventaja

de mi relación con mis hijos, que ha sido siempre excelente un poco por lo mismo, porque yo no hubiera sido nada si no hubiera sido por mi mujer —y la verdad es que casi no soy más que un pretexto para que mi mujer haya podido desarrollar todo su valor humano—. Y con mis hijos hemos tenido siempre una relación muy buena. Yo recuerdo muchas veces, ahí sentados hemos estado hasta las tres de la mañana hablando y discutiendo; a veces discutiendo con mucho calor, generalmente con un gran cariño y divirtiéndonos mucho y pasándolo bien, pero otras veces con mucha fuerza, con mucho acaloramiento: Y yo decía: No, no, vamos a ver —a veces incluso cuando todavía eran pequeños—, aquí vamos a distribuir los papeles de forma distinta a como están cronológicamente y por ley distribuidos. De modo que yo aquí soy el que recibo de vosotros, porque vosotros tenéis una educación, podéis ver cosas que yo no veo, porque el mundo ha cambiado mucho en estos momentos y yo no estoy tan seguro de estar en la línea de cambio, y a mí me corresponde escucharos y decirnos lo que en otro tiempo se podría pensar acerca de esas cosas. Y así discutíamos muchas veces. Y entonces yo esto lo he visto, por ejemplo, con algún compañero, he visto que sí, que muchas veces ha habido cosas molestas con los estudiantes, y cosas que, claro, uno está predispuesto a otros modos y tal..., pero nunca me ha provocado antipatía ni odio, porque siempre he tenido delante a mis hijos, y siempre he visto en los estudiantes los que eran como mis hijos, que estaban y tenían los problemas y las complicacio-

nes y las dificultades y quizá las confusiones que tenían mis hijos y, por lo tanto, pues claro, no te iba a decir que los quería como a mis hijos, ¿verdad?, indudablemente, pero lo que era imposible para mí era tomar odio a esto, porque era imposible si era lo que tenía en casa, con un poco más o un poco menos de educación, con un poco más o menos de aspereza, quizá con un poco más o menos a veces de facilidad, porque mis hijos no te creas tú que eran aduladores y blandos.

—No, no. Los conozco muy bien.

—Ha sido muy fácil por eso, porque ha seguido el diálogo, en mi casa, y por eso se me ha dado tantas veces de verme a preguntar jóvenes: ¿Qué le parece esto? Incluso preguntas de tipo personal, incluso me ha pasado en el Ministerio con funcionarios y funcionarias jóvenes, sobre todo con funcionarias, porque yo me llevaba muy bien con las chicas. Sin duda. Una vez Rof Carballo —he comido con él tres o cuatro veces, una de las últimas veces estaba co-

miendo con ocho o diez amigos, y habíamos hablado—. Y se volvió a mí y me dijo: «Tú debes haber sido una persona que debes haber tenido una especial suerte, un especial favor, no de malcrianza, sino de favor, de facilidad de entenderte con las mujeres a tu alrededor. Tú fíjate, has debido tener alrededor un ambiente de mujeres muy favorable y muy cerca de ti —en fin— muy que te han entendido, y que tú has entendido». Digo: «Pues es curioso, no había caído en ello, pero ahora que lo dices, pues sí, sí». Todas —en fin— pues mi madre, las hermanas de mi madre, mi tía-abuela, las criadas que hubo en casa —en fin— nunca he tenido un problema con mi mujer.

—Estarías entonces muy de acuerdo con lo que decía el otro día mi Decano que creía que la Universidad sólo volverá a funcionar cuando haya por lo menos un 25 % de mujeres que estén plenamente incorporadas en puestos responsables.

—Por supuesto, y en este país especialmente. Este país no tiene más solución que la promoción de la mujer. Por-

que vas a donde hay mujeres y resuelven las cosas mucho mejor. En todas partes te entiendes mucho mejor con las mujeres que con los hombres, porque los hombres o son pretenciosos algunas veces o vagos o desconsiderados (en fin, siempre te puedes encontrar con alguna vendedora de grandes almacenes que no es que sea un modelo de comunicabilidad), pero, en general, quitando excepciones, tratar con mujeres y con mujeres inteligentes, es muchísimo mejor, muchísimo mejor.

—Bueno, pues ya sólo agradecerte todas estas sesiones. Has sido de una generosidad increíble.

—Yo a ti.

—Tú sobre todo. Y espero que se cumpla eso que dice García Márquez que las entrevistas sólo salen bien cuando las dos personas se quieren y cuando quedan no unas preguntas y respuestas, sino un buen recuerdo.

—Pues entonces, nosotros tenemos para recordar un rato largo.

—Muchas gracias.



# JOSEP PLA: La obsesión de escribir

Luis María de Puig

«Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión —ni la ilusión de las mujeres, ni la del dinero, ni la de llegar a ser algo en la vida—, tan sólo sentir esta secreta y diabólica manía de escribir (con tan poco resultado) a la cual sacrifico todo, a la que probablemente lo sacrificaré todo en la vida». Así se expresaba, hace ya muchos años, Josep Pla, y lo menos que podemos afirmar es que sus previsiones se cumplieron. Su vida ha estado al servicio de una asombrosa aventura literaria que supera las 30.000 páginas. Con tenacidad desmesurada, devorado por la pasión de escribir, este ilustrado campesino ampurdanés vivió ochenta y cuatro años para crear una obra literaria sin precedentes, de fuerza y singularidad extraordinaria. Lo que escribió el enciclopédico autor catalán es una de las más extensas producciones de la literatura moderna. Y, sin embargo, es poco conocido en el orden,

digamos, universal de las letras.

Acaba de aparecer, a poco más de un año de su muerte, traducida al castellano, la obra más importante sobre Pla: *José Pla o la razón narrativa*, de Josep M.<sup>a</sup> Castellet<sup>1</sup>. Este autor se ha convertido en el primer exégeta de Pla y su más preparado especialista. Su libro viene a ser la primera aproximación crítica que se publica en castellano.

Josep Pla escribió el setenta por ciento de su obra en catalán, lengua minoritaria y proscrita durante casi toda su vida, circunstancia que explica en parte la ignorancia general sobre su obra. No nos cabe la menor duda de que si Pla hubiera sido un escritor francés, inglés o toda su obra hubiera sido escrita en castellano, su cotización en el mercado de las letras sería muy otra. Es el precio de pertenecer a un mundo lingüístico minoritario sin apenas pro-

yección, a un ámbito cultural pequeño, constantemente amenazado, sin posibilidad alguna de competir ni alinearse con las grandes literaturas. Pla era consciente de esta realidad. La describió como nadie, lamentándola. En definitiva, sus «papeles» —como llamaba él a sus escritos— no fueron sino un intento de salvar, de mejorar, de normalizar la lengua y la literatura catalanas. Puso su talento de escritor al servicio de aquella causa. Hubiera podido adoptar definitivamente el castellano como lengua para su producción y hubiese podido alejarse de temáticas tan reiteradamente catalanas. Pero no quiso. O no pudo hacer otra cosa. Consumió su vida para dar a la literatura catalana la más importante obra en prosa de su historia y un empuje prodigioso al uso intelectual moderno de la lengua de sus mayores.

Por otro lado, una gran

parte de los numerosos volúmenes de la obra completa de Pla son un vasto ensayo, vivo y apasionado, sobre la Catalunya de su tiempo. Su condición profesional de periodista y la necesidad constante de escribir le convirtieron en una especie de cronista del país. Algunos de sus mejores escritos pertenecen a la descripción casi sistemática que va haciendo de la vida catalana que conoció, de la que nos da una visión calidoscópica muy personal. Es decir, Pla escribe en catalán y sobre Catalunya básicamente. Ello obedece, claro está, a un compromiso íntimo y profundo del autor con Catalunya, estrechamente relacionado con los avatares históricos de este siglo, de manera especial por la etapa abierta tras la guerra civil española. Este compromiso condujo al viejo escritor de Llofriu a escribir miles y miles de páginas para dejar constancia de las cosas y las gentes que vio, de aquello que a él le pareció imprescindible para la literatura del país y para el mantenimiento de la identidad y la memoria colectiva de los catalanes: «Si no sabemos qué aspecto tenían nuestros abuelos, qué cara presentaban, cómo fueron, ¿qué idea podemos tener del pasado del país? Todo está olvidado, todo son ruinas», escribía para justificar los pequeños ensayos biográficos de las gentes que conoció. Y añadía: «La literatura no es más que un esfuerzo contra el olvido». En realidad, esa fue la clave de su literatura, de la literatura que quiso legarnos, que sintió la necesidad de escribir; una literatura comprometida con una lengua en peligro de perecer y un pueblo, Catalunya, en vías de despersonalización. Por ello sentenciaba: «El gran problema de un escritor arraigado en un país es contribuir a la lucha contra el olvido».

Bien es cierto que es localismo lingüístico y político, con ser fundamental para la literatura catalana y, desde luego, importante para el proceso de recuperación nacional de Catalunya, no son factores de los que faciliten la entrada de un autor en el Olimpo de la literatura universal. Ciertamente tales circunstancias van en contra de Pla, de la divulgación de su obra, de la valoración de su obra.

Y, en cambio, creo que se puede afirmar que estamos ante un escritor grandioso, ante un enorme literato, uno de los mejores prosistas que haya dado jamás lengua alguna. No cabe duda que la edición en castellano de la obra completa, si algún día se realiza, constituirá un descubrimiento de primer orden, como ya lo fue para muchos la traducción de Ridruejo del primer volumen, el *Cuaderno gris*.

Y ahí está su obra escrita en castellano y sus numerosos libros de viajes, sus reflexiones sobre el arte, la literatura, la historia, la política, por los que pasan todos los fenómenos mundiales que le tocó vivir, todas las épocas de la humanidad y, en primer término, los problemas fundamentales del hombre y su lucha contra la naturaleza y el paso del tiempo. En realidad, y como señala su analista, Josep M.<sup>a</sup> Castellet, el conjunto de la obra de Pla viene a ser una larga autobiografía, intimista, en la que se describe cuanto ha visto, oído, intuído o experimentado su autor. Una obra de reflexión profunda, con un evidente sentido moral —sentido siempre presente en esa búsqueda/descripción constante de Pla— que acerca su producción a la de los grandes moralistas del XVI y el XVII, que fueron sus maes-

tros, en especial Montaigne, Pla es un clásico. Un caso insólito, pasado de moda quizá, con las preocupaciones básicas sobre el hombre, la naturaleza, la vida, la muerte. Las obsesiones de los renacentistas, de los enciclopedistas. De ahí que la imputación de autor localista —en su sentido restringido— caiga por sí sola. Más allá del contenido geográfico e histórico de las páginas dedicadas a Catalunya emerge en la producción planiana la meditación moral e ideológica. Incluso aquello más concreto y característico, como sus recuerdos de infancia en su pueblo, adquieren universalidad porque nos son ofrecidos a través del análisis y la reflexión trascendente —y a la vez realista— de su autor.

Por otra parte, ninguna de las grandes ideas, corrientes y personalidades de su tiempo escapan a su pluma sagaz, siempre aguda. De ahí que la obra de Pla sea un retablo inmenso de este siglo, sus hechos, sus gentes y sus problemas, desde la perspectiva de un hombre fundamentalmente perteneciente al mundo mediterráneo-latino —como solía decir— que tuvo una especial destreza para escribir y una cabeza considerable.

Sus libros y numerosos artículos en castellano —muchos de los cuales han sido traducidos al catalán para ser incorporados a su obra completa—, sin ser su idioma profundo, prueban su evidente talento literario, y su prosa repleta de reminiscencias catalanas no deja de ser un testimonio del escritor agudo, del adjetivador inimitable que fue. El lenguaje de este hombre, directo, fácil, elegante, produce en el lector una identificación como pocas veces nos es dado con otro escritor. Es-

ta fue la intención de Pla. Ya desde joven insistió en la necesidad de partir de la lengua y la expresión populares e, incluso, coloquiales y acabar así con la literatura barroca rimbombante. En su esfuerzo logró una plasticidad y un estilo tan acusadamente directo, a la vez bello y preciso, que penetra fácilmente en el lector, que no se siente como en tantas ocasiones alejado del autor por el lenguaje retórico e intelectualizado que nos depara la literatura habitual.

No nos parece aventurado señalar que quizá la originalidad de Pla —sus distintas originalidades— están en su procedencia rural. Pla se describe a sí mismo como «un puro y simple campesino, un tráfugo del arado, la azada y la trailla, sofisticado por la cultura de nuestros días». En su obra —y en su vida— hay muchas actitudes que confirman esta aseveración personal. Joan Fuster le definió como un «Kulak». Y no sólo porque a Pla le preocupan de manera casi obsesiva los fenómenos de la naturaleza, las cosechas, el mundo rural en general y sus gentes. Hay más, Pla se desenvuelve en términos de una lógica profundamente rural, concreta, de hombre de la tierra. La filosofía de Pla es la del payés catalán, escéptico, distante, receloso, conservador y conformado. De ahí este sentido fundamentalmente práctico y útil de las cosas, el materialismo exacerbado que Pla ha lucido tantas veces. «A la rosa, para ser perfecta, sólo le falta ser comestible», puede ser una frase planiana aproximativa al sentido realista y utilitario de Pla que intentamos describir. Los mismos fenómenos de la naturaleza eran, para él, hechos que tenían una traducción económica: la cosecha, el crecer del sembrado.

Claro que ese lenguaje, el sentido realista y las preocupaciones rurales de Pla se nos ofrecen a través de una «sofisticación cultural» de grandes proporciones. Basta con una ojeada a las fuentes y las citas de Pla y nos damos cuenta que nos encontramos ante un universo intelectual impresionante. Pla nació y creció en el medio rural pero se realizó en el ambiente burgués de la Catalunya del primer tercio de este siglo. Lo genial es el resultado del encuentro de la vieja sabiduría ancestral, escéptica y profunda del mundo campesino catalán, con el conocimiento libresco, con el contacto con la intelectualidad europea de este siglo, con la cultura más exquisita. La síntesis es esa obra kilométrica, desigual, inteligente y entrañable de nuestro autor. Lo cierto es que su origen campesino es una de las claves para entender y comprender a Pla. Hay un evidente rechazo de la vida moderna, de la sociedad industrial, del progreso, que, en definitiva, destruía todo cuanto amó desesperadamente en su infancia y juventud. Pla no entendió jamás el mundo industrial, las máquinas le asustaban. Escribió: «El día más triste de mi vida fue aquel en que oí la sirena de la primera fábrica en Palafrugell». En cierta medida su obra es una visión a veces irónica y otras amargada del hundimiento del mundo rural, hecha por un hombre que no quiere adaptarse a la industrialización y a la vida urbana.

Ernest Lluch ha avanzado la idea de que Pla, como los medianos propietarios centroeuropeos, era partidario de compaginar el proceso industrializador con la permanencia de las estructuras sociales tradicionales. Lluch insiste en que Pla se presenta como mo-

deradamente burgués e, incluso, contrario al capitalismo internacional y la gran industria. Con algún matiz, creemos pertinente esta afirmación.

Nació en Palafrugell en el seno de una familia de pequeños propietarios. Estudió el bachillerato en la ciudad de Girona y, después de iniciada la carrera de Medicina en Barcelona, la abandonó y curso Derecho finalmente. Durante esta época se introduce en el mundo cultural barcelonés, ambiente que describió magistralmente en su *Cuaderno gris*. Colaboró desde muy joven en revistas comarcales como la *Revista de Girona*, *Baix Empordà*, *Cenacle*, hasta que comenzó su actividad periódica profesional en el diario *Las noticias*, del que pasó más tarde a *La publicidad*. Fue corresponsal en Madrid de *La Veu de Catalunya* y colaboró en la capital de España con los periódicos *El Sol* y *Fígaro*, así como escribió varios artículos para la *Revista de Catalunya*. Prácticamente hasta el final de la guerra civil española vivió fuera de Catalunya, ejerciendo como corresponsal de prensa. Viajó por toda Europa, pasó largas temporadas en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y la Unión Soviética. Durante estos veinte años leyó vorazmente a los grandes autores, conoció directamente las mayores obras de arte y contrastó culturas y civilizaciones, siendo, además, testigo excepcional de los acontecimientos políticos de entreguerras.

Se había operado, asimismo, lo que podríamos llamar su adscripción política. Frequentó los ambientes de la Lliga, por la cual fue diputado provincial por Girona en 1921, y se convirtió en un propagandista de Cambó —su

ídolo político indiscutible— y de los postulados políticos de la burguesía catalana. A causa de su alineación política, Pla resultaría un hombre polémico con cierta precocidad, criticado por los intelectuales catalanes de izquierda que le acusaban de tergiversar la realidad con su excesiva servitud a la Lliga y a Cambó.

Parece ser que Pla fue sustituido como diputado por la Dictadura de Primo de Rivera, cuando se encontraba en Berlín como corresponsal de *La Publicidad*, donde fue a parar más o menos exiliado por un artículo suyo aparecido en *El Día*. Siguió escribiendo libros y artículos periodísticos durante la República. Se ha dicho que por amistad con Lerroux fue nombrado Inspector de Instrucción Pública de una importante capital de provincia, sin que sepamos más acerca de ello. Lo cierto es que durante los años treinta Pla se dedica frenéticamente a escribir. Es ya un autor celebrado y popular. En 1925 publicó *Coses vistes* que causó sensación. Siguió *Llanterna màgica* (1926), *Vida de Manolo* (1928), *Cartes de lluny* (1928), *Madrid (un dietari)* y su *Francesc Cambó* (1928-1930) entre otros libros aparecidos desde su primer volumen en catalán.

Durante el período republicano, además de sus constantes crónicas políticas desde Madrid, escribe y publica *El sistema de Francesc Pujols* (1931), *Vint i cinc anys de política catalanista* (1931), *Madrid, l'adveniment de la República* (1933), y *Viatge a Catalunya* (1934). Al estallar la guerra civil, Pla, más o menos temeroso de persecución por sus posiciones políticas, decide salir de Catalunya, al parecer a través del consulado de Dinamarca, gracias a sus rela-

ciones sentimentales con una dama danesa.

En Marsella, siguiendo las indicaciones de Cambó, formó parte de una pequeña organización de información y enlace a las órdenes de Josep Bertran i Musitu, el SIFNE, de apoyo a Franco, organización que desapareció a instancias de las autoridades francesas en 1937. Trasladose nuestro hombre a Italia donde comenzó la redacción de lo que sería más tarde su *Historia de la Segunda República Española*, publicada en 1940-41. En 1938 se encontraba en San Sebastián donde parece ser contactó con Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes, Augusto Assia y Manuel Aznar, e incluso con este último dirigió *El Diario Vasco* y se trasladó a Catalunya en enero de 1939, inmediatamente después de la entrada de las tropas franquistas. Le fue confiada después la dirección de *La Vanguardia* —periódico que se manifestó entusiásticamente a favor de la situación— aunque según las vagas noticias existentes sobre este asunto sería el propio general Franco quien le hizo sustituir por Luis de Galinsoga, precisamente por haber sido un hombre de Cambó.

En todo caso, a partir de esta época se produce un hecho importante en la vida de Pla. Se instala en su pueblo natal, semiretirado a vivir en la casa de sus padres, el «mas» de Llofriu y allí empieza una nueva existencia, que durará hasta su muerte, exceptuando los viajes esporádicos que realizará al extranjero tan sólo ya como turista, o sus tozudos paseos por Catalunya y el Ampurdán.

La guerra y su desenlace, y especialmente la tremenda masacre del enfrentamiento,

es evidente que convulsionaron a Pla. Quedó aturdido, consternado. Se derrumba el mundo que había conocido y amado y la ilusión de una Catalunya determinada desaparece. Abrumado por la desaparición de tantos amigos, perseguido incluso su catalanismo conservador y dialogante, obligado a ser testigo de la brutalidad pedante e inculta del régimen, se somete a una profunda reflexión. Quizá ello no se produzca con la voluntariedad y el automatismo de una decisión inmediata, solemne y trascendental. Optamos por creer que es su propia situación personal y el paso de los días los que le llevan a esta actitud que destaca Castellet. Se comprende sin más que Pla tuviera grandes dificultades para adecuarse cómodamente al mundo de la postguerra. Sus libros, en catalán hasta el momento, ¿dónde hubiera podido publicarlos? Los periódicos en los que escribió, ¿dónde estaban? Ciertamente intentó el enganche con los nuevos tiempos; su historia de la II República puede ser un ejemplo de voluntad de congraciarse con los que mandaban. En ella intenta justificarse políticamente sin obviar duras críticas y juicios desfavorables sobre la actuación de los políticos catalanes y españoles que dirigieron la República. Escribió algún artículo proclive al régimen. Para ganarse la vida —es posible que se encontrara con dificultades económicas— colocó artículos en el periódico *Arriba*, dirigido aquellos días por el falangista Javier de Echarri, que le fueron pagados generosamente.

Ante las dificultades para publicar en catalán, Pla escribe varios libros en castellano: *Guía de la Costa Brava* (1941), *Las ciudades del Mar* (1942), *Viaje en autobús* (1942), *Hu-*



*mor honesto y vago* (1942), *Rusiñol y su tiempo* (1942), *El pintor Joaquín Mir* (1944), *Un señor de Barcelona* (1945), *La huída del tiempo* (1945). Semana tras semana escribe su artículo en *Destino*, bajo un epígrafe que se hará famoso: «Calendario sin fecha», en una colaboración que durará de 1939 a 1976. Posiblemente cerca de tres mil artículos, muchos de los cuales han sido incorporados a su obra completa, traducidos al catalán por otras personas, extremo notoriamente criticado.

Desde su cuasi escondrijo, Pla escribe páginas y más páginas que aparecerán como textos inéditos al cabo de los años, cuando se edite su actual obra completa, de Ediciones Destino. Mientras, en cuanto puede, vuelve a la publicación de nuevos libros en catalán con su *Cadaqués* (1947), en el que, sin darle trascendencia, confiesa en el prólogo: «En el seno de una cultura hay una misión oscura pero indispensable: continuar. Este libro no es más que la continuación de lo que se hizo antes al objeto de que los que vengan puedan trabajar». Casi cada año publica un libro, cuando no dos, sobre viajes, gentes, ciudades, el campo, el tiempo, la cocina, grandes personajes. A partir de los años cincuenta Pla es reconocido como el gran prosista de Catalunya. En 1961 recibe el Premio Joanot Martorell por su libro *El carrer estret*. En 1956, Editorial Selecta propone publicar sus obras completas de la que se editaron veintinueve volúmenes, hasta que la muerte del editor José M.<sup>a</sup> Cruzet acabó con el proyecto. Su producción no cesa. En 1966, de la mano de su amigo y editor Vergés, comienza la compilación de la actual obra completa, a la que se incorporan muchos textos

inéditos como el *Quaderno gris* (1966), *Notes disperses* (1969), *Notes per a Sílvia* (1974), *Notes del canvesprol* (1979), *El que hem menjat* (1972), además de lo que Pla escribirá en los últimos años, entre los que podemos señalar parte del *Album de Fontclara* (1972), de *Prosperidad i rauxa de Catalunya* (1977), de *Un petit món del Pirineu o Itàlia i el mediterrani* (1980), *Escrits empordanesos* (1980) y *El viatge s'acaba* (1981). El resto de sus cuarenta volúmenes son sus grandes libros de biografías *Homenots* (cuatro volúmenes) (1969, 1970, 1972, 1975), *Tres senyors* (1971), *Tres biografías* (1968), *Tres artistes* (1970), *Retrats de pasaport* (1970), *Francesc Cambó* (1973), sus viajes por el mundo, *El nord* (1967), *La vida amarga* (1967), *Sobre París y Franca* (1967), *Las escales de Llevant* (1969), *Les Illes* (1970), *En mar* (1971), *Las Amèriques* (1978), *Direcció Lisboa* (1975); su descripción de Catalunya, *Primera volada* (1966), *Aigua de mar* (1966), *Viatge a la Catalunya vella* (1968), *Tres Guies* (1976), *El meu país* (1968), *Els pagesos* (1968), *Les hores* (1971), y luego están los volúmenes compilación de artículos diversos en los cuales se habla de lo divino y lo humano, *Humor, candor* (1973), *Articles amb cua* (1976), *Per passar l'estona* (1979), *El passat imperfecte* (1977), *Polàmica, Cròniques parlamentàries* (1982) y dos volúmenes más de *Cròniques parlamentàries*.

El volumen de lo escrito por Pla es gigantesco. Y lo impresionante es que su autor fue consciente de la envergadura de su producción; es más, quiso que fuera así por creer «que una experiencia literaria cuantitativa, en esta lengua, podría ser plausible». Leemos que quedan cuatro

volúmenes por imprimir, a pesar de que se ha rechazado la idea de reeditar su *Historia de la Segunda República*, por haber sido más o menos repudiada por su propio creador en los últimos tiempos —aunque hay quien opina lo contrario. Sabemos, además, que no han sido recopilados exhaustivamente sus innumerables artículos en periódicos y revistas. Este hombre fue imparable.

La obra completa tiene, como se ha señalado anteriormente, una unidad evidente. A pesar de la heterogeneidad de sus escritos, viajes, descripciones, biografías, comentarios, ensayos, novelas, reseñas, dietarios, guías —y en general todo lo que yo he elaborado— constituyen testimonios de sucesivos momentos y situaciones de mi vida que forman parte de unas vastas memorias, de una sucesión de reflejos de mi insignificante pero auténtica existencia; estamos, pues, ante un memorialista que en sesenta años de actividad literaria escribe lo que él llamó «un diario íntimo, vastísimo —unas reminiscencias de la ceniza de la vida».

En los últimos veinte años Pla se convirtió en un patriarca de las letras catalanas como jamás hubo otro. Obtuvo todos los premios posibles (Lletra d'Or en 1956, Crítica de Serra d'Or en 1967, 1970, 1973 y 1977; recibió también el Premi Ciutat de Barcelona y la Medalla de Oro de la Generalitat, recientemente), exceptuando el controvertido «Premi d'Honor de les Lletres Catalanes», que le fue negado, año tras año, por creer que si bien su obra es una de las más importantes de la historia de la literatura catalana, su actitud personal ética y política no eran ejemplares, tal y

como exigen, el parecer, las bases del galardón.

Viviendo en solitario, pero con una relación constante con toda clase de personas, cada vez más apegado a su Ampurdán —el que Pla denomina «su país»— admirado por muchos y criticado siempre por sus constantes «boudades» y su conservadurismo recalcitrante, se convirtió en un personaje pintoresco, fascinante y sugestivo, a la vez que desagradable en ocasiones. Pla tuvo un carácter difícil, de trato duro, con grandes filias y grandes fobias, mordaz, beligerante aunque distante y escéptico. Con su peculiar sarcasmo e ironía llenó un anecdotario que le dio una imagen frívola, de hombre sin escrúpulos, bon vivant, diletante, alcohólico en los últimos tiempos. Esta manera de ser —que está también en su obra— alimentó, tanto como sus actitudes políticas, el coro de detractores cambiante que siempre tuvo, a los cuales no les faltaba razón en algunas de sus críticas, ciertamente.

Tratándose de un conservador granítico —él mismo admite, en un brillante pasaje de su obra, que se le aplique la denominación «reaccionario»— es lógico que hayan sido los sectores más progresistas —Pla se ha mostrado siempre escéptico ante el progreso: «Creer en el progreso es una pura ilusión del espíritu»— los que más duramente hayan criticado al escritor de Llofriu, así como es comprensible que determinados elementos de la derecha hayan hecho bandera de la defensa de Pla. Bastaría con citar *El Alcázar*, con motivo de su muerte, para comprender este extremo. Se podría aducir que no es posible, ni justo, enjuiciar una obra literaria extraordinaria, que nadie discute, a

través de la actitud ética, política, personal de su autor. Sin embargo, eso sería olvidar dos aspectos fundamentales en aquella obra que están en la base de toda la polémica: La obra de Pla es un discurso ideológico permanente, como nos hace notar Castellet. Tan sólo añadiríamos: un discurso direccional y excluyente que ha provocado la consiguiente reacción y ha sido un acicate para los discrepantes. Y, por si fuera poco, el mismo Pla fue un crítico fenomenal, durísimo, en ocasiones vitriólico. Un hipercrítico total. Nada ni nadie escapa a su verbo implacable.

Se puede establecer que el «viejo kulak» ampurdanés ha sido el mejor prosista de la lengua catalana. Diciéndonos que se ha limitado a poner adjetivos detrás de los sustantivos, Pla ha desarrollado la más variada y completa utilización del vocabulario catalán. La aportación de este hombre al uso de su lengua ha sido formidable, única, impagable. Por otra parte, su personal modo de ayudar a su pueblo a mantener una identidad en peligro —treinta mil páginas— es un esfuerzo sin precedentes. «Estos cuarenta volúmenes, a los cuales fatalmente llegaremos, son mi modesta aportación a dos cosas que amo: mi lengua y el país donde he nacido. Negar la evidencia de un hecho tan obvio no sería admitido ni por mis apreciados detractores». La importancia de la obra de Pla es tal, que es imposible prescindir de él para entender Catalunya y su historia en este siglo. Su tercera característica ha sido incorporar a la literatura catalana una visión de su tiempo, del tiempo universal, del mundo, del arte y la cultura, de la política y el pensamiento, una visión de gran categoría, ofrecida por un ob-

servador: «He hecho una literatura de observación, de visión, de materialización de alguna forma de conocimientos, de realismo, en fin. Yo soy un escritor realista, pero sin olvidar que, al realismo, hay que añadirle una punta de adjetivación lírica —hasta donde me ha sido posible—. He dado a mi oficio esta tendencia porque creo que es lo más positivo y conveniente. La literatura de imaginación dura poco, cae de las manos enseñada. La literatura de observación dura un poco más y es mucho más divertida». Con estos criterios, tendió siempre a quitar importancia al valor de su esfuerzo. Aludiendo a su obra escribió: «No podrá ser incluida en el recinto de la literatura hinchada, retórica y triunfalista. Más bien será una cosa para cada día, una escritura insignificante». Este alejamiento de la literatura, pedante y elitista, constituye, finalmente, la última gran virtud de Pla. Escribe para todos.

Curioso caso, este de Pla, terrible ambivalencia en la que hay que compensar constantemente las contradicciones, los contrasentidos. Su vida y su obra son una enorme antinomia, un juego de paradojas. Tímido y agresivo: «Cuando tengo una pluma en la mano puedo ser ofensivo, dionisiaco». Materialista y a la vez lírico: «Yo no sé aún en qué consiste la belleza. Evidentemente la tierra bien cultivada es una forma de belleza real...». «Así cometí el gran error de escribir papeles líricos, en vez de haber hecho sistemáticamente un periodismo de carta comercial, que es el que generalmente se hace». Realista y poético. Predicador de lo concreto, pero incorregible generalizador: «Las mujeres de aquí no tienen ningún interés». «Todo lo importante

de este mundo es italiano». No nos queda otro remedio que aceptar este cara y cruz inefable que constituye Pla, encantador e impertinente, discreto y exagerado, conservador e iconoclasta, moralista y escéptico, asceta y bon vivant, frívolo y profundo, elitista y popular. Pla es una duplicidad compleja en un solo todo. El propio Pla fue, quizá, un poco el reflejo de la comedia y la tragedia que quiso describir: «En la concepción de mi literatura narrativa he tratado de poner sobre el papel, escalonadas, una sucesión de escenas de la vida humana, escenas muy diversas, con la miseria y la belleza mezcladas, alternando al vicio y la virtud, la línea del sentimiento y la línea quebrada de la insanidad. No sé si he llega-

do a un resultado. No podría asegurarlo. Puras tentativas...». Es posible que se acercara más que otros a las contradicciones de la vida real. Y, así, vivió contradictoriamente.

En el fondo de lo que es la «cuestión Pla» late un dilema, lejano y antiguo. El autor y sus ideas enfrentados al valor literario de su obra. Vieja discusión ésta llena de nombres en la historia. Y en nuestros días, Borges, Solzenitzyn, por ejemplo. También de patrimonio doméstico, podríamos citar muchos: Vizcaíno, Romero, Pemán... Dejémoslo.

Nos queda el reto de leernos su obra. ¿Cómo pudo escribir tanto? «He escrito mucho porque no he pensado

más que en escribir. Es un oficio sanguinario que yo no aconsejaría a nadie, especialmente si uno puede ser notario, o albañil, electricista o médico de la seguridad social, pero que a mí me ha hecho pasar la vida con las penas y trabajos habituales, pero no absolutamente mortífera».

Ahora aparece el libro de Josep M.<sup>a</sup> Castellet. Es la introducción indispensable a este escritor catalán singular, Josep Pla, un extraño y fabuloso caso de un hombre que sólo vivió para una obsesión: escribir y escribir...

<sup>1</sup> José M.<sup>a</sup> Castellet: *José Pla o la razón narrativa*. Ediciones Península. Barcelona, 1982.

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

## NUMERO 7 (PRIMAVERA DE 1982)

- I. Sotelo: **Polonia, las razones de una crisis.**
- M. Pérez Ledesma: **Tres modelos de lucha antiburocrática.**
- M. Misialska: **Polonia, ¿revolución en un solo país?**
- J. M. Reverte-L. Paramio: **Hipótesis sobre los apoyos de un gobierno socialista.**
- S. Giner: **El porvenir del socialismo.**
- A. Tamayo: **Ernst Bloch afronta la muerte.**

## NUMERO 8 (VERANO DE 1982)

- C. Miranda: **Gibraltar: Hacia una nueva estrategia.**
- R. Lovelace: **Crisis del PCE: manifestación de un proyecto inviable.**
- J. A. Gimbernat: **La iglesia en la transición.**
- C. Mouffe: **Socialismo, democracia y nuevos movimientos sociales.**
- R. Rossanda: **Crisis de partidos y crisis de movimientos.**
- Entrevistas con Michael Foot y Jacques Attali.

Notas, cine, teatro, libros, arte...

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4



# EL AUTOR FRENTE A LA INDUSTRIA TEATRAL

Jerónimo López Mozo

Tengo que empezar por hacer algunas consideraciones sobre mi postura en la debatida cuestión de si el teatro es un género literario o la síntesis de diversas formas de expresión artística.

En contra de quienes piensan que el teatro es un texto que sirve de pretexto para que otros creadores posteriores levanten sobre él un espectáculo<sup>1</sup>, creo que el texto no es, por sí solo, teatro, sino una parte más o menos importante de él según la función que cumpla dentro de la representación escénica.

Para los primeros está claro que el teatro es pura literatura y, en consecuencia, al concebir su obra lo hacen de modo que el mensaje que desean transmitir llegue al espectador únicamente a través del lenguaje verbal. Para los segundos, el trabajo tiene una doble

vertiente que consiste, por un lado, en confiar al texto que redactan una parte del mensaje y, por otro, en apuntar a quienes han de poner en pie el espectáculo la parte que puede ser comunicada mediante otras formas de expresión. No quiere decir ello, y me importa mucho destacarlo por cuanto es uno de los argumentos esgrimidos por sus detractores (a veces con razón), que el hecho de poner en cuestión que el teatro sea literatura suponga que en lo que toca al texto los autores puedan descuidar su calidad. A mí, personalmente, me preocupa mucho este aspecto porque entiendo, eso sí, que el texto es la aportación (única aportación) literaria al espectáculo teatral y debe estar a la altura que hoy en día alcanzan los demás lenguajes acústicos o visuales que forman parte del hecho teatral.

Sirva este preámbulo, que he pretendido breve, para conocer mi punto de vista y sirva también para explicar que para determinados autores la obra teatral lo es desde que el texto está concluido (la representación es un apéndice deseable, pero no imprescindible) y que para otros, en cambio, éste es sólo el primer paso de un proceso que concluye con su puesta en pie en un escenario.

Los últimos, y con ello entro en el tema del artículo, atraviesan (atravesamos) momentos difíciles por cuanto hay razones sobradas para pensar que junto a las enfermedades crónicas que padece el teatro español, algunas de las cuales ya han sido inventariadas en estas mismas páginas por Domingo Miras, ha aparecido otra que afecta a cierto tipo de obras conde-

nándolas a no ser estrenadas por muchos que sean los méritos que reúnan.

Mientras el autor escribe el texto (la propuesta) todas las dificultades que puede encontrar pertenecen al mundo de la creación. Será su capacidad intelectual la que determine los límites de su trabajo. Pero cuando entra en la etapa siguiente, la de gestionar su representación, advierte que la negociación la establece con una industria, cultural si se quiere, pero industria al fin y al cabo. Sus interlocutores someten la obra (no siempre) al control de calidad, lo que parece lógico. Pero paralelamente la hacen pasar por diversas pruebas encaminadas a determinar la rentabilidad económica del proyecto y a valorar los riesgos que corren al asumirlo. La obra es para estos industriales del teatro, por encima de cualquier otra consideración, una mercancía, un objeto destinado al consumo. Su decisión de aceptarla o de rechazarla dependerá del saldo positivo o negativo que resulte de su estudio de mercado. Puro marketing.

Sin ánimo de generalizar, el empresario suele ser poco amigo de las aventuras por mucho prestigio que puedan proporcionarle. Su discurso es, no faltaría más, el adecuado al medio, pero bajo el noble vocabulario discurre una mentalidad poblada de cifras, de signos más o de signos menos, de sumas y restas... Ordena los números en dos columnas. En una coloca los posibles ingresos: los que llegan a través de la taquilla y los que puede obtener en forma de subvenciones oficiales. Aquellos son siempre inciertos, pues dependen tanto de la opinión de la crítica (cada vez menos influyente) como de la

aceptación de la obra por parte del público, del local en que se vaya a representar, del gancho del autor y de los actores e, incluso, de la casualidad. Estas, las subvenciones, son, salvo para algunos privilegiados, maestros en el arte de conseguirlas, en el mejor de los casos insuficientes.

En la otra columna figuran los costes inherentes a la puesta en pie del espectáculo, costes que el industrial conoce «a priori» y cuya determinación está sujeta a muy pocos errores. Así, pues, actúa preferentemente sobre ellos y suele hacerlo, salvo casos muy concretos referidos al mundo del gran espectáculo musical, con ánimo restrictivo. Dos de las partidas afectan de forma muy directa al autor. Son el precio de la escenografía y la nómina de actores. Sus obras tendrán mayores posibilidades de ser adquiridas por la industria teatral cuanto más elementales sean los decorados y más reducido el reparto.

Tal como están las cosas, y para desgracia del teatro español, es cada vez menos probable que cualquiera de nuestros dramaturgos, suponiéndole con talento suficiente para ello, pueda plantearse hoy la redacción de un texto de la envergadura del *Marat-Sade*. Estamos en el tiempo (véase si no la cartelera) del monólogo (barato y cómodo para ir de gira). Y eso es, dicho con el mayor respeto por los monólogos, que desde luego me gustan, triste.

No meto en el saco de la industria teatral al teatro independiente, que si bien es verdad que rechaza los textos con numerosos personajes o de costoso montaje no lo hace a partir de consideraciones que tengan que ver con el lucro, sino desde la realidad de un

movimiento que está atravesando el peor momento de su historia tratando, aún, de encontrar su lugar en la España postfranquista y de superar su tradicional pobreza, tanto más notoria en un medio artístico en que los costes de producción son elevados. Que el problema económico del teatro independiente es de diferente naturaleza del que afecta al teatro comercial es evidente y, por tanto, su análisis debe ser otro.

A veces la mezcla de la necesidad moral de representar a determinado autor marginado o ideológicamente afín y de una buena voluntad digna de elogio que ignora los riesgos materiales que algunos proyectos llevan aparejados da como resultado la puesta en pie, por parte de grupos independientes, de obras que desbordan sus posibilidades económicas y humanas. Aunque los resultados artísticos sea aceptables, las diferencias entre las propuestas de los autores y lo ofrecido en el escenario son tales que difícilmente consideran aquellos, por mucho que agradezcan el gesto de quienes les representan, que sus obras han sido definitivamente estrenadas<sup>2</sup>.

Las esperanzas de no pocos autores (y de otros sectores de la profesión) están depositadas, agotadas o abandonadas las bazas del teatro comercial y del independiente, en el protagonismo que el Estado puede jugar en la tarea de proteger un arte que para muchos ha entrado, si este apoyo no se produce de inmediato y con generosidad, en la recta final de su existencia. Dejando de lado las migajas de las subvenciones, las aspiraciones se centran preferentemente en sentar plaza en los dominios del polémico Centro Dramático Nacional o de cualquier en-

tividad que pueda sustituirle en el futuro. Para los autores sentar plaza supone ser estrenados en alguno de los teatros gestionados por el mencionado organismo.

No es objeto de este artículo entrar en las frecuentes polémicas sobre la razón de ser del CDN desarrolladas a partir de su creación y a lo largo de las sucesivas etapas que ha conocido. Tampoco opinaré sobre el papel que corresponde jugar al Estado en el mantenimiento del teatro, ni sobre cual debe ser la política a seguir para garantizar que su tutela no pueda llegar a convertirse en eficaz arma de control o en camuflada censura. Parto, pues, del hecho cierto de la existencia del CDN y de las posibilidades de estreno que brinda al autor vivo español.

Suponiendo que su misión tenga, cuando menos, la triple vertiente de ofrecer aquellos espectáculos foráneos culturalmente interesantes que no han merecido la atención de las empresas privadas, de recuperar el legado de nuestros clásicos y, finalmente, de promocionar a los autores españoles vivos, la primera deducción que cabe hacer es que la cuota de escenario que a los últimos corresponde en el conjunto de la programación anual es pequeña para el amplio censo de autores que aguardan su oportunidad. No es pecar de pesimista pensar que a razón de dos o tres dramaturgos vivos programados en cada temporada, algunos tendrán que aguardar su oportunidad durante, quizá, diez años (para bastantes será definitivamente tarde) y que para los más afortunados (los que ya han estrenado o están en puertas de hacerlo) las perspectivas de repetir la experiencia son lógicamente mínimas. Es obvio que por mucho que

el responsable de turno del CDN mejore el porcentaje de autores españoles vivos en la programación, la desproporción entre estrenados y no estrenados será siempre desesperanzadoramente grande.

Pero, además (y esta sí que es una cuestión de política teatral que afecta a la selección de obras que por su coste de producción rechaza la empresa privada), sucede que por razones de prestigio en cada temporada incluye algún espectáculo fastuoso<sup>3</sup> que consume buena parte del presupuesto de la temporada. No estoy seguro de que lo que voy a decir sea así, pero en algunos casos tengo la sensación de que esta circunstancia está presente en la mente de quienes programan y de que conscientes de que el dinero va a escasear a medida que la temporada avanza tienen más o menos veladamente presentes criterios de pobreza en la selección de nuevos textos españoles. Téngase en cuenta que estas obras se incluyen a finales de campaña y durante breve tiempo, que quienes las eligen apenas tienen confianza en ellas y que si lo hacen es por cumplir una lógica exigencia que tratan de salvar con el máximo sigilo para no verse salpicados con su posible fracaso.

De acuerdo con este criterio, los autores españoles vivos favorecidos en esta rifa de las oportunidades son presionados para que entreguen, para su representación, obras con pocos personajes y escenario único (obras baratas), invitándoles a que aquellas que no reúnen dichos requisitos continúen guardadas en el cajón del olvido<sup>4</sup>.

Cerradas también para este tipo de textos las puertas de los centros oficiales, y dando

por sentado que la condición de arte caro que tiene el teatro no va a modificarse en el futuro inmediato, sus autores se debaten entre dos posibilidades: una, la de aceptar las reglas del juego impuestas por la industria teatral y encajar sus ideas en el corsé de las exigencias económicas; otra, la de renunciar desde el momento mismo de la gestación del texto a cualquier intento de verlo representado.

En el primer caso, lo que se pone en juego es la libertad de creación. El argumento de que al someterse a tales reglas el autor pone a prueba su ingenio es tan falso como aquel otro empleado hasta hace pocos años que consideraba que la censura, lejos de ser una pesada losa, era un estímulo, pues es en las circunstancias adversas donde el creador da su verdadera talla.

La segunda posibilidad supone para quienes entienden (entendemos) que el teatro es lo que se muestra sobre el escenario y no lo escrito en unos folios un duro golpe de difícil asimilación. Y es que al admitir desde un principio que los textos no serán representados se ven en la necesidad, si no quieren que se conviertan en proyectos inéditos, de darlos a la imprenta para que puedan, cuando menos, ser leídos.

El retorno a la antigua práctica de la lectura de piezas dramáticas se produce en el momento en que muchos ponemos en tela de juicio que el teatro sea un género literario. La inoportunidad no puede ser mayor. Pero el hecho es ese y hay que afrontarlo. Para los autores de textos-literatura no hay problema. Los de textos-propuesta (o textos-guión) se meten de lleno, en cambio, en un cúmulo de con-

tradiciones del que a mí, por lo que me afecta, me importa salir.

Si se pretende ser fiel a la función que concedemos al texto en el conjunto de la representación teatral, su lectura puede producir cierta sensación de pobreza (por ausencia de las partes que deben ser transmitidas a través de formas de expresión no literarias) e incluso convertirse en un aburrido ejercicio si el lector no es profesional del teatro. La cuestión, al menos para mí, no se resuelve renunciando, ni siquiera temporalmente, al papel del texto. Pretendo que éste, aún destinado por razón de las circunstancias apuntadas a ser leído, conserve su carácter de propuesta para la escena y no devenga en pieza literaria.

En mi próximo trabajo trato de solucionar desde un plano personal este problema. Por el momento es sólo un proyecto que 'estoy madurando.

En su desarrollo estará presente, de un lado, la idea de que escribo el texto para ser representado. De acuerdo con mis criterios sobre su función dentro del espectáculo dramático será lo suficientemente abierto que permita que los demás elementos que intervie-

nen en él (en el caso de que algún día fuera estrenado) trabajen con libertad y enriquezcan mi propuesta. De otro lado, tendré presente que va a ser leído e intentaré, por ello, que su lectura resulte agradable como la de una novela o un poema y, además, proporcionaré al lector los elementos suficientes para que mentalmente cree su propio escenario.

Constará de dos partes bien diferenciadas, pero que presentaré ensambladas de modo que formen un único cuerpo.

Una parte, la destinada a la representación, será el texto propiamente dicho, formado por los diálogos y las acotaciones. La otra consistirá en una serie de notas o apuntes que irán intercaladas con las escenas. Dichas notas, no representables, pero que pueden ser un material valioso en manos del director y de los actores para profundizar en determinadas claves de la propuesta, estarán dirigidas al lector. En ellas daré cuenta del proceso seguido en la elaboración de algunas escenas, de cual ha sido su origen, de cómo unas soluciones han prevalecido sobre otras posibles, se incluirán reflexiones mías y, ante todo, se completarán los retratos de los personajes e, incluso, aparecerán tipos episó-

dicos que no figuren en el reparto.

Esta es mi respuesta, seguramente modesta, a la cuestión planteada.

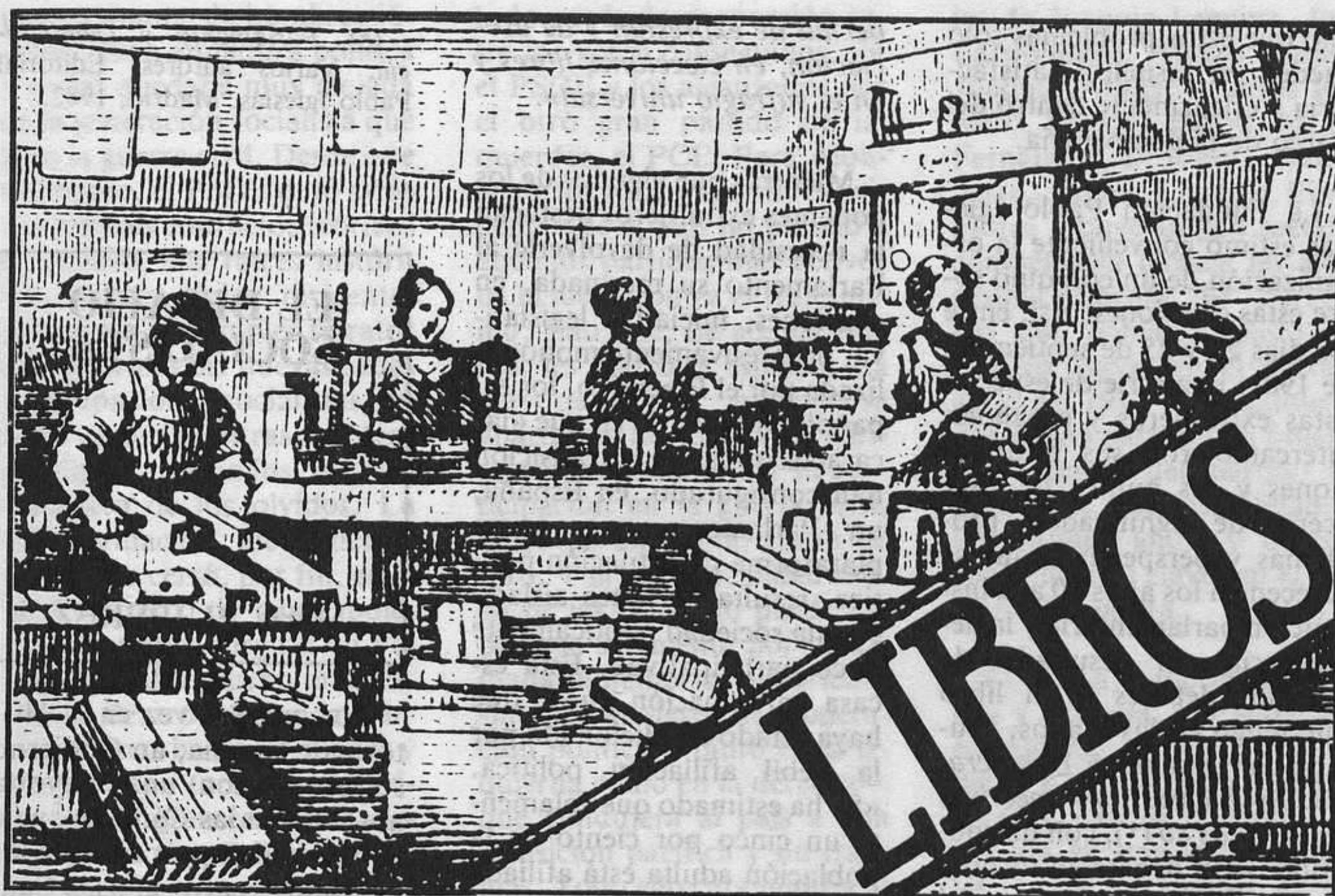
<sup>1</sup> Antonio Gala. *Primer Acto*, n.º 184. Abril-mayo, 1980.

<sup>2</sup> Un caso reciente de lo que digo es la versión ofrecida por el colectivo El Búho de la tragedia compleja de Alfonso Sastre *La sangre y la ceniza*. El propio autor, que en unas notas que acompañaban la primera edición española autorizaba la reducción de texto y la eliminación o doblaje de personajes, aprobó la simplificación que de su propuesta original realizó el citado colectivo. Pero era evidente, como apuntaron algunos críticos, que el trabajo de síntesis para adaptar tan complejo y ambicioso texto a las posibilidades humanas del grupo y a las exigencias de la itinerancia produjo una versión, aunque estimable, minimizada. En tales circunstancias, el estreno de *La sangre y la ceniza* tal y como fue concebida aún no se ha producido.

<sup>3</sup> El propio Haro Tegglen, durante algún tiempo miembro de la Junta Asesora del CDN, lo confirma en *Hoja del Lunes*, de Madrid, el 10-3-80.

<sup>4</sup> Un ejemplo sería la representación durante la pasada temporada en el María Guerrero de la obra de Angel García Pintado *El taxidermista* (tres personajes y decorado único) en lugar de *La sangre del tiempo*, accésit del Premio Lope de Vega 1981 (amplio reparto y acción en diversos lugares).





## PARLAMENTO Y DEMOCRACIA

Juan A. MATESANZ

La creciente complejidad de la sociedad moderna, su mayor grado de tecnificación, con la impronta de la tecnología cada vez más sofisticada, la necesidad de la presencia de expertos en casi todos los órdenes de la actividad colectiva y la consiguiente extensión de las funciones del Estado, por un lado, y la nueva estructura del Estado democrático surgido de la Segunda Guerra Mundial, por otro, así como los problemas planteados a la vida política por los nuevos Estados totalitarios implantados en buena parte de Europa

en el primer tercio del siglo XX, han generado una serie de problemas y de incógnitas que exigen una reflexión sistemática.

España ha estado apartada en la práctica durante cuarenta años de este tipo de inquietudes por el aislamiento a que le sometió la dictadura franquista. El restablecimiento de la democracia en nuestro país vino a poner en evidencia la oportunidad de un debate a escala internacional sobre el estado de la cuestión.

### *¿Crisis del Estado?*

En nuestros años universitarios recibimos, de ciertos profesores, la idea de que el Estado democrático se hallaba en una profunda crisis y de que la institución por excelencia de ese Estado democrático, el Parlamento, había perdido la eficacia que tuvo en el pasado para integrar y expre-

sar los distintos intereses de la sociedad pluralista, al tiempo que perdía sus posibilidades de ordenar la vida política de la sociedad industrial. Y se añadía que esta crisis llegaba necesariamente a un paulatino predominio del Ejecutivo sobre el resto de los poderes del Estado democrático.

Sin embargo, el hecho de que existan nuevos retos no quiere decir, en absoluto, que el Estado democrático y, dentro de él, el Parlamento, hayan agotado sus posibilidades de expresión, orientación y dirección de la sociedad, sino más bien todo lo contrario. Lo que los últimos años han venido a demostrar es precisamente la solidez y la capacidad de adaptación a las nuevas situaciones de la sociedad y del Estado democrático y pluralista y la inviabilidad a corto o a largo plazo de los Estados totalitarios o dictatoriales. Ello no quiere decir que no existan los problemas,

sino que estos problemas sólo pueden ser resueltos satisfactoria y eficazmente dentro del marco de la democracia.

La Fundación Pablo Iglesias estimó conveniente la organización de un coloquio sobre estas cuestiones. Así, entre los días 23 y 25 de septiembre de 1981, una serie de especialistas extranjeros y españoles intercambiaron sus informaciones y sus puntos de vista acerca de significados, problemas y perspectivas que se ofrecen en los años 80 a la institución parlamentaria y la democracia. El resultado de aquellos debates es el libro que tengo en las manos, titulado *Parlamento y Democracia. Problemas y perspectivas en los años 80* (\*), con un subtítulo: «Un debate en torno a los problemas actuales del Parlamento como institución representativa de la voluntad popular, visto desde una perspectiva de ampliación y profundización de la democracia». El subtítulo es largo, pero acierta a expresar, con bastante exactitud, el contenido de la obra. Como señala en la introducción José María Maravall, se pretende «recalcar (...) la especificidad del caso español: en nuestro país el reto no consiste sólo en *profundizar la democracia* (...) sino en *defender la democracia*, legitimar y reforzar el Parlamento».

A lo largo de las intervenciones aflora un tratamiento crítico sobre el papel del Parlamento en la sociedad democrática y se recogen las críticas que se han dirigido a esta institución desde la izquierda extraparlamentaria y la propiamente parlamentaria. Ahora bien, como señala, asimismo, Maravall en su introducción, «no existen democracias sin un Parlamento basado en el pluralismo partidista, en la li-

*bertad de expresión y de asociación, en elecciones libres y en el sufragio universal*».

Mientras que algunos de los ponentes extranjeros destacan la necesidad de devolverle al Parlamento su mermada, en ocasiones, iniciativa legislativa, progresivamente monopolizada por el Ejecutivo, los españoles insistieron en que «las características de la transición han configurado, en España, un Parlamento que, como plataforma de actuación política, resulta un tanto aislado en una sociedad políticamente poco participativa». Esta escasa participación puede que haya estado condicionada por la débil afiliación política. «Se ha estimado que solamente un cinco por ciento de la población adulta está afiliada a partidos políticos y, de ella, dos tercios a partidos de izquierda».

La democracia no acaba en el Parlamento. En la sociedad pluralista existen otras instancias que contribuyen decisivamente a ampliar y a consolidar el Estado y la sociedad democráticos: el sindicato y el poder local, y, en nuestro país, la estructura autonómica del nuevo Estado.

*Parlamento y Democracia* expone, en líneas generales, pero con precisión crítica, estos y otros problemas (los partidos políticos, por ejemplo) que aparecen en la sociedad democrática. Constituye una herramienta útil por su ligereza de estilo y por el abanico de temas que contiene para tener una idea más precisa de cuál es la situación y será la perspectiva de la sociedad democrática de los 80. Consideramos, pues, un acierto la celebración del coloquio y la posterior publicación de sus debates y conclusiones.

(\*) *Parlamento y Democracia*. Varios autores. Editorial Pablo Iglesias. Madrid, 1982.

## EL DESAFÍO SOCIALISTA

María RUIPEREZ

Por primera vez en la Historia de España, un Gobierno socialista, con una mayoría absoluta en las Cámaras, va a gobernar este país durante los próximos cuatro años. ¿Cuáles van a ser los problemas a los que tendrá que enfrentarse? ¿Cuál será la respuesta de los poderes fácticos ante una gestión socialista? A estas y otras cuestiones de trascendencia histórica y política han tratado de contestar César Alonso de los Ríos y Carlos Elordi en su último libro, *El desafío socialista*,<sup>1</sup> publicado hace unos meses.

Pese a que muchos de los interrogantes planteados en la obra quedarán despejados antes incluso de que salgan a la luz estas líneas, pensamos que el libro tiene la suficiente entidad para merecer, siquiera, un pequeño comentario. Los autores toman como punto de partida de su análisis la conversión del antiguo PSOE de Rodolfo Llopis —anclado en el pasado, y sujeto a una dirección alejada, como consecuencia del exilio, de la España real de la década de los setenta— en un partido nuevo. Tras el resultado del famoso Congreso de Suresnes de 1974, la Ejecutiva del partido

pasó a manos de hombres jóvenes, cuya andadura política y social quedaba muy alejada de la generación socialista que hizo la guerra civil. Desde este momento, el PSOE dejó atrás sus propios conflictos teóricos e, incluso, sus raíces históricas, y sus viejos dirigentes pasaron a ser simples retratos que adornan las nuevas sedes y agrupaciones socialistas, en unos casos, mientras en otros quedaron relegados al más completo de los olvidos. La transformación ideológica y política se cerró, por fin, en el 28 Congreso, de cuyas polémicas internas surgiría un Felipe González mucho más respetado dentro y fuera del partido, y unas bases agrupadas y solidarias en torno a sus dirigentes. El gran cambio había comenzado, y el Partido Socialista se preparaba para llegar al poder.

Por ello, la victoria electoral del 28 de octubre no ha sorprendido a casi nadie. La manifiesta incapacidad de UCD —partido que llegó a las elecciones mermado en hombres y desprestigiado ante el país— para llevar a cabo las reformas políticas y administrativas propias de un Estado moderno, y la sensación general de que faltaba la capacidad o voluntad política para enfrentarse con quienes pretendían acabar con la democracia, han hecho posible —entre otras razones— el triunfo absoluto del Partido Socialista.

Pero si la victoria socialista en estas últimas elecciones «estaba cantada», no se puede decir lo mismo respecto a los procesos electorales anteriores. Los analistas políticos vieron, en su mayoría con sorpresa, y aún no han conseguido explicarlos suficientemente, los resultados de las elecciones de junio de 1977, sobre

todo por la desproporción entre los votos conseguidos por el PSOE y los alcanzados por el otro gran partido de izquierdas, el PCE. Para Alonso de los Ríos y Elordi, es evidente que el país no premió a aquellos partidos más activos en la lucha contra el franquismo, sino que, de alguna forma, les volvió la espalda. La mayoría de los votantes se apartaron de los viejos dirigentes, conocidos por su participación en la guerra civil, tanto de un bando como de otro. Y la nueva realidad salida de las urnas no puede explicarse solamente por la llamada «memoria histórica», sino por un deseo de moderación política —tanto en la izquierda como en la derecha— que condujera al país a una transición pacífica y sin traumas. Todo ello catapultaría al PSOE al puesto del primer partido de la oposición, mientras el PCE solamente conseguía 20 diputados; y tal diferencia sería la raíz última de la crisis posterior del PCE, reducido en 1982 a una representación parlamentaria mínima. Quedaba así descartada una salida «a la italiana», para dar paso a un modelo político semejante al alemán o al sueco.

Desde el exilio hasta hoy, el PSOE ha recorrido un largo camino. Sus bases se han ampliado sustancialmente, abarcando a nuevas capas sociales, y sus cuadros tienen poco que ver con los dirigentes tradicionales del período anterior a la guerra. ¿De dónde procede la nueva dirección? A falta de estudios concretos sobre el tema, Alonso y Elordi señalan la importancia de los cuadros técnicos y políticos procedentes de otras formaciones políticas, en especial de los partidos que componían la antigua FPS, integrada a partir de 1977-78 en el nuevo PSOE. Nombres como

los de Joaquín Leguina, José Barrionuevo, Alvaro Espina, Joaquín Arango, Carlos Romero, Enrique Barón, M. A. Fernández Ordóñez, Narcís Serra, Ernest Lluch o Elena Flores —cuyo origen social y competencia técnica les aleja sustancialmente del obrerismo que había ocupado los puestos claves en el partido antes del 1939— han cubierto una buena parte de las funciones técnicas del partido en puestos de responsabilidad en los últimos años, y ocupan ahora lugares claves en el Gobierno socialista.

Con esta composición teórica y humana, el PSOE va a enfrentarse en los próximos meses a la prueba de fuego de sacar al país de la caótica situación en que le ha dejado UCD. En su análisis de los problemas más acuciantes a los que tendrá que dar una respuesta el Gobierno —la reforma de la Administración, la lucha contra el paro y la crisis económica, el fenómeno del terrorismo y la necesaria reforma del Ejército—, Elordi y Alonso de los Ríos señalan las numerosas dificultades con que va a tropezar la política socialista. Pero abren también el camino a la esperanza: los diez millones de votantes que han otorgado su confianza al PSOE y el apoyo popular que el partido va a encontrar para legislar, hacen pensar que las esperanzas no serán defraudadas.

<sup>1</sup> C. Alonso de los Ríos y Carlos Elordi: *El desafío socialista*. Ed. Laia. Barcelona, 1982.

## EL TORRENTE Y SU ECO

Luis CAÑIZAL

La novela estaba en todos los escaparates de Italia el verano de 1981<sup>1</sup>. Formó parte de ese botín lícito y jubiloso que uno se trae en cada asomada al extranjero. Desde la primera lectura —que, de todos modos, marcaba crecientemente la necesidad de una segunda— determinó que saliera de su estante por enésima vez el ya descuajaringado ejemplar de *Fragmentos de Apocalipsis*<sup>2</sup>. Y a partir de entonces todo ha sido un ir y venir de la una a la otra. Mientras tanto, devorábamos toda la mensajería que la novela de Eco ha echado por delante<sup>3</sup>, y así engañaba uno la avidez de verla traducida al español. Estas son algunas consideraciones de urgencia que tales idas y venidas han dado de sí.

*Il nome della rosa* es un modelo de inmanentismo textual. Nadie en ella deja de actuar como lo que es: un ser hecho de palabras en papel. Así que todos, absolutamente todos los pasos que se dan en ella tienen como horizonte el papel, y como atmósfera el signo. Se nos introduce a ello con un gesto de cinismo sonriente: «Naturalmente, un manuscrito», es lo primero que dice la voz del narrador más cercano cronológicamente a nosotros (puesto que hay varios, alquitarados por éste). Es el mismo gesto con que el narrador —alambique tam-

bién— en *Fragmentos de Apocalipsis* dice: «¿Cómo son las escaleras? ¿De caracol, quizá? En cualquier caso, muchas, demasiadas para un hombre de mi edad. Si las subo, me canso. Pero ya están ahí, ya las nombré, ya trepan hasta la altura encajonadas en piedra (...). Si yo fuera de carne y hueso, y la torre de piedra, podría cansarme, y resbalar, y hasta romperme la crisma. Pero la torre y yo no somos más que palabras. Sus, y arriba. Voy repitiendo: piedra, escaleras, yo. Es como una operación mágica, y de ella resulta que subo las escaleras»<sup>4</sup>.

Sí: demasiadas generaciones de lectores habían (habíamos) sido envenenados por la gran mentira letal del realismo a todo estricote en literatura. Y no digamos en cine. Pero ya es demasiado viejo el mundo para seguir dócilmente con los ojos el brazo del juglar cuando apunta al horizonte mientras dice: «¡Quál ventura seré esta, si ploquiesse al Criador/ que assomasse essora el Cid Campeador!», ni tampoco hay espectadores de cine suficientemente ingenuos para avisar con gritos crispados al que en la película sube la escalera interminable, que no siga, que en el rellano le está esperando uno con el cuchillo alzado. ¿La inocencia perdida, entonces? Quizá, pero para acceder a esta segunda inocencia: la del disfrute del juego puro, sin implicación de otros intereses.

Si de los lectores pasamos a los escritores, la diferencia entre el novelista español y el italiano reside en que aquél, de paso que escribe su libro, se ríe por todo lo alto del Estructuralismo: lo pone en solfa, lo desmitifica, como ya había hecho con ése y otros -ismos en *La saga/fuga*,

mientras que Umberto Eco muestra, al hacer la suya, cómo se concilian, porque en el fondo puede no haber solución de continuidad entre ellos, el Formalismo ruso (esa inmanencia textual de que hablaba antes), el Estructuralismo y el Generativismo: de estos dos participa ese procedimiento que expone Frate Guglielmo para el descifrado de enigmas<sup>5</sup>; y de índole generativista es esta observación del mismo al frailecillo Adso (el narrador finalmente destilado): «Pensando en el artilugio me he puesto a pensar en las leyes naturales y en las de nuestro pensamiento (...). Los conocimientos matemáticos son proposiciones construidas por nuestro intelecto de suerte que funcionan siempre como verdaderas, bien porque son innatas, bien porque las matemáticas fueron inventadas antes que las otras ciencias»<sup>6</sup>. Es una fiesta para la mente ver lo bien que se acoplan estas dos posturas, de igual forma que *Il nome della rosa* viene a instalar en la paz de lo cerrado a una mente de lector puesta en danza hace años por *Fragmentos de Apocalipsis*: la misma paz en que se queda el oyente de unas *variaciones* musicales cuando después de la última le devuelven la canción sobre la que se hicieron; y esto, claro es, no significa que Torrente escribiera su novela conociendo los planes de Eco: tras un repaso desenfrenado de *Los cuadernos de La Romana*, *Nuevos cuadernos de La Romana* y *Los cuadernos de un vate vago*<sup>7</sup>, no me consta que nuestro compatriota leyera el libro del italiano de que ahora, con tanto retraso, tengo noticia yo gracias a la revista *Los cuadernos del Norte*<sup>8</sup>. Lo que sí me habla de una antigua armonía Torrente-Eco es esta nota del primero en 1974: «Y ahora es otro

italiano, Umberto Eco, quien da medida humana, inteligibilidad, orden, al galimatía estructuralista y a todos los galimatías que andamos padeciendo»<sup>9</sup>.

Más coincidencias gozosas entre estas dos novelas; gozosas porque podemos hablar de ellas libres del sambenito de las dependencias, los débitos y los préstamos (que también son engorro para el crítico, no sólo para el criticado). Más coincidencias gozosas: en ambas, hacia el final, la voz cantante se salva (si no, no habría llegado a serlo) de la quema, literalmente: salta fuera de un texto, pero no hay ruptura del inmanentismo, porque el salto es al texto mismo más ampliamente considerado. Urge decir que el mecanismo no es tan estrepitosamente nuevo como parece: ya en la primera mitad del XVI un narrador y su personaje saltan fuera de un texto, y el segundo vuelve a entrar en él, por más señas rodando escaleras abajo<sup>10</sup>. Y ya que esta fiesta libresca ha venido a dar en un clásico español célebre por su vena regocijada (pero no sólo por ella), bueno es acabar coincidiendo con Manuel Sito Alba cuando en una nota de lectura sobre *Il nome della rosa*<sup>11</sup> suscita, muy a propósito de un tema de ella, el de si se trata, por parte de Eco, de identificar lo español con la negación de alegría (es que, en *Il nome della rosa*, el personaje español defiende por las bravas la conveniencia absoluta de no reír, «porque Cristo no rió nunca»). ¡Lo que son las cosas y las tradiciones simplificadoras! Porque a ese clásico español del XVI, a Francisco Delicado, le colgó gratuitamente Guillaume Apollinaire la paternidad del bronco, sórdido y chantajista *Regionamento dello Zoppino fatto*

*frate e di Ludovico puttaniere*, que siempre se ha atribuido al italiano Pietro Aretino; y todo porque «ces détails presque macabres, ces descriptions écoeurantes de la crasse, cet étalage malpropre de laideurs féminines, ces métaphores bizarres, épouvantables, *apocalyptiques même*, décèlent, à mon sens, un auteur espagnol»<sup>12</sup>. Paciencia. Felizmente, esta vez la obra del español ha precedido a la del italiano, y en el caso de *Fragmentos de Apocalipsis* y el *Nome della rosa* no se plantea ni de cerca ni de lejos el caso de recontar trapos sucios, ni mucho menos el de echárselos a la cara nadie a nadie.

En fin, ¿se ha visto qué gustosa zarabanda de libros va y viene en esta nota? Pues pretende imitar la que se baila en *Il nome della rosa* situada en el siglo XIV. Porque acabada su lectura, a cualquier hijo de vecino le quedan deseos de seguir jugando.

<sup>1</sup> ECO, Umberto: *Il nome della rosa*. Milano. Bompiani. Segunda edición: octubre de 1980 (la primera en septiembre del mismo año). 442 págs. Acaba de aparecer la traducción al español en Editorial Lumen. Barcelona, 1982.

<sup>2</sup> TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: *Fragmentos de Apocalipsis*. Barcelona. Destino («Ancora y Delfín», n.º 513). 1977. 394 págs.

<sup>3</sup> Entrevista de Luis Pancorbo con Umberto Eco: *Por fin me escapé con una bailarina...* (*El País*, 16-V-82: *Libros*, pág. 3). Y entrevista de Mario Fusco con Umberto Eco: *O texto é una máquina preguiçosa...* (*En JL, jornal de letras, artes e ideias*, 14-27-IX-82, págs. 16-18). En ninguno de estos anticipos, ni tampoco en el que luego citaré de *Los cuadernos del Norte*, he encontrado mención de *Fragmentos de Apocalipsis*.

<sup>4</sup> *Fragmentos...*, pág. 15.

<sup>5</sup> *Op. cit...*, pág. 171. Pero

para que lo pueda ubicar el lector de la edición española, es en la segunda jornada, a la hora de Completas.

<sup>6</sup> *Ibidem*, págs. 218-19. La traducción es del autor de esta nota, mientras llega la de toda la novela, en editorial Lumen: allí y entonces se podrá ubicar la cita en la tercera jornada, a la hora de Vísperas.

<sup>7</sup> Este último, de reciente aparición en Plaza & Janés. La grabación correspondiente al 27/V/76, pág. 369, remacha lo que digo en el texto y en la nota siguiente.

<sup>8</sup> Me refiero a la obra de U. Eco: *Il Beato de Liébana* (1973), de la que se publica un fragmento en *Los cuadernos del Norte*. III. Julio-agosto 1982. Págs. 2-20. En cambio, sí he hallado esta nota de Torrente Ballester, que nos garantiza la autonomía de su materia novelesca: «Esta "tarasca" filarmónica se relaciona con varios otros mitos, más o menos locales o más o menos inventados. Uno de ellos, de los últimos, es el de una moza hermosísima cuyo féretro se encuentra en el centro de un laberinto constituido debajo de la catedral. La gente del románico fue muy aficionada a los laberintos» (*Nuevos cuadernos de La Romana*. Barcelona. Destino. «Ancora y Delfín», n.º 490. 1976. Pág. 11. Nota correspondiente al 28 de septiembre de 1974).

<sup>9</sup> *Los cuadernos de La Romana*. Barcelona. Destino («Ancora y Delfín», n.º 469). 1975. Pág. 81. Nota fechada el 3 de enero de 1974.

<sup>10</sup> DELICADO, Francisco: *Retrato de la Lozana andaluza*. Ed. crítica de Bruno M. Damiani y Giovanni Allegra. Madrid. Porrúa, 1975. Mamotreto XVII. Págs. 165-70.

<sup>11</sup> En el número descrito de *Los cuadernos del Norte*. Página 45.

<sup>12</sup> APOLLINAIRE, Guillaume: *L'oeuvre de Francisco Delicado*. «*La Lozana andaluza*» (*XVIIe siècle*). Introduction, essai bibliographique par. Paris. Bibliothèque des Curieux (Les Maîtres de L'amour). MCMXII. Pág. 9. El subrayado, naturalmente, es mío.

# Fundación Pablo Iglesias

## PUBLICACIONES

**La Izquierda ante la crisis económica mundial.**  
Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980.  
Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.  
186 pp. 400 Ptas.

**El tema de las Nacionalidades.**  
La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.  
68 pp. 200 Ptas.

**Vida y obra de Marx y Engels.**  
José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Eisner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.  
101 pp. 200 Ptas.

**Homenaje a Pablo Iglesias.**  
(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)  
203 pp. 400 Ptas.

**100 años de socialismo en España.**  
Bibliografía del socialismo español, 1979.  
216 pp. 250 Ptas.

**100 años por el socialismo.**  
Historia ilustrada del PSOE, 1979.  
225 Ptas.

**Catálogo de Publicaciones Periódicas**  
pertenecientes a la Hemeroteca  
de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp.: 50 Ptas.

## DISTRIBUCION A LIBRERIAS

**EN MADRID:**  
Visor Libros  
Roble, 22  
Madrid-20  
Teléf. 279 34 43

**CATALUNYA Y RESTO PAIS:**  
Les Puntxes, S.L.  
Escornalbou, 12  
Barcelona-26  
Teléfs. 235 22 08-235 61 08

---

# IN MEMORIAM

---

## Manuel Sánchez Ayuso

---

El pasado mes de noviembre fallecía repentinamente Manuel Sánchez Ayuso, amigo y colaborador habitual de *Leviatán*.

Manuel Sánchez Ayuso nació en Murcia en 1941. Doctor en Ciencias Económicas y Licenciado en Derecho, ocupaba la cátedra de Política Económica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Valencia, de la cual había sido Decano. Miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista Popular, se integra

en el PSOE y es elegido diputado por la circunscripción de Valencia en las elecciones generales de 1979 y 1982. Pertenecía a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista del País Valenciano, donde ocupaba la Secretaría de Estudios y Programas.

Asiduo escritor y ensayista publica, entre otros, *Política económica. Una aproximación crítica* (Fernando Torres editor. Valencia, 1975), *Por un socialismo de izquierdas* (Fernando Torres editor. Valencia, 1976) y *Socialismo y*

*Crisis* (Fernando Torres editor. Valencia, 1980). En *Leviatán* han aparecido *La estrategia económica de los laboristas ingleses* (N.º 4, verano 1981), *Un importante alegato en favor del socialismo democrático* (N.º 6, invierno 1981), *En torno al programa económico del PSOE* (N.º 7, primavera 1982) y *Mendes-France, por Lacouture* (N.º 8, verano 1982).

A continuación publicamos un fragmento de su último libro, *Socialismo y Crisis* (páginas 210-212).

El proyecto socialista implica una crítica radical al capitalismo en todas sus dimensiones y muy en concreto en su vertiente de miseria cotidiana. En este sentido, es preciso globalizar una respuesta al capitalismo, en que las diferentes reivindicaciones frente al sistema aparezcan armónicamente situadas en una alternativa coherente, y aquí hay que ser audaces. Hay que combatir muy claramente la imagen del socialismo como un capitalismo sin capitalistas, hay que plantear un nuevo sistema, en el que los valo-

res como igualdad, autogestión y libertad real sean prioritarios, frente al consumismo individual desenfrenado, frente a un desarrollismo falso, frente al abandono de los débiles por los fuertes, etc. Este combate es una labor compleja, que debe desarrollarse en diversas orientaciones, en distintos niveles y lugares, que debe plantearse como una acción a emprender en el partido y fuera de él, que significa un debate socialista continuo y una proyección de él a todos los niveles, desde el parlamentario hasta el de

cualquier asociación ciudadana. En este sentido, para utilizar una frase de León Blum, hay que insistir en que «la transformación revolucionaria del régimen de propiedad y de la producción no es un fin en sí, sino el medio necesario y la condición indispensable de la liberación de la persona humana, que es un fin en sí y el fin último del socialismo»<sup>1</sup>.

Esta sociedad alternativa no debe plantearse como un objetivo cuya realización exija la violencia revolucionaria, porque no es así, porque la

realización del socialismo puede y debe hacerse por una vía democrática, por una vía que conjugue el acceso al gobierno mediante unas elecciones y la utilización de las instituciones y aparatos del Estado con la autoorganización de la sociedad, con el desarrollo de los movimientos sociales y el desarrollo al máximo de fórmulas autogestionarias. La violencia y la insurrección son fórmulas que, en el contexto del capitalismo avanzado o tardío en que estamos, no sirven, no engendran socialismo. Otra cosa es la lógica de defensa de las instituciones democráticas frente a posibles intentos armados de los que desearían impedir que la democracia se realizara en sus dimensiones política, económica y social, o sea, en el marco del socialismo.

Un análisis de la realidad de

## MANUEL SANCHEZ AYUSO

Antonio Santesmases

Conocí a Manolo Sánchez Ayuso una tarde que ya es histórica; durante el 28 Congreso del Partido Socialista, cuando se discutía ardientemente si elegir una nueva ejecutiva o dejar el partido en manos de una comisión gestora, corriendo de reunión en reunión. Salimos de aquel Congreso con un estigma que, a mi modesto entender, cuadraba poco con la realidad. Éramos los marxistas, los rojos, los totalitarios que habían puesto en peligro la democra-

la sociedad actual, de la sociedad española, muestra que la oferta del socialismo y de la izquierda, como no podía menos que ser, atrae potencialmente a una mayoría de la población que es el conjunto de clases dominadas. También es cierto que ese bloque social debe ser construido y, en este sentido, cobra una especial significación que el proyecto socialista contenga en sí las reivindicaciones de esas clases dominadas, adecuadamente jerarquizadas, y comprendidas dentro del nuevo modelo económico y social del que se ha hablado reiteradamente a lo largo del libro.

Claro es que el planteamiento de los objetivos de transformación de la sociedad, al exigir la democracia como fin y como medio, pasa en España por una profundización de esa democracia, que

cia en España (como afirmaba el diario *ABC*), y que habían estado a punto de provocar la salida de los tanques a la calle (como se dijo en la sala UNESCO del Palacio de Congresos).

Era tal el grado de maldad del que éramos responsables que se nos acusaba, a la par, de haber llevado el partido al abismo y de ser presa de la más vil de las ambiciones que nos hacía pasar por encima de todo lo divino y lo humano. Ambas acusaciones contradictorias: amantes del poder sin medida o irresponsables desestabilizadores sin ninguna alternativa de poder para el partido, se irían repitiendo a lo largo de aquellos meses. Y fue justamente a lo largo de aquel verano, intentando racionalizar la polémica, intentando distinguir lo que era una crítica al funcionamiento interno del partido de lo que era una discrepancia ideológi-

no consiste en consolidarla atendiendo temerosamente a las exigencias de la derecha, sino en consolidarla dinámicamente a través de su extensión. Desde la exigencia ineludible de la democratización de la enseñanza hasta la exigencia de la construcción de un verdadero Estado de las autonomías, pasando por tantas y tantas transformaciones democráticas que hay que empezar, la izquierda y fundamentalmente los socialistas, debemos plantearlas todas con energía por su valor en sí mismas y también como la forma dinámica de ir consolidando una democracia incipiente, que la gran aspiración de la derecha consistiría en congelar llamando a esa operación «la consolidación de la democracia».

<sup>1</sup> Citado por Jean Lacouture, *León Blum, ob. cit.*, págs. 566-567.

ca, política y estratégica, como fuimos conociéndonos y entablando una amistad los componentes del entonces «sector crítico» del PSOE.

En aquel grupo heterogéneo y dispar sobresalía la capacidad analítica y la preocupación intelectual de Manolo. En muchas ocasiones, conscientes de la falta de elementos intelectuales en la configuración de la izquierda del partido, habíamos comentado cómo, tristemente, Sánchez Ayuso era casi el único economista que se había acercado a la izquierda socialista. Efectivamente, el carácter de catedrático universitario, de ensayista, de promotor de actividades editoriales, hacían de Sánchez Ayuso una pieza insustituible no sólo para vertebrar una izquierda sólida en el Partido Socialista, sino para participar e incentivar los debates económicos e ideológicos imprescindibles para el



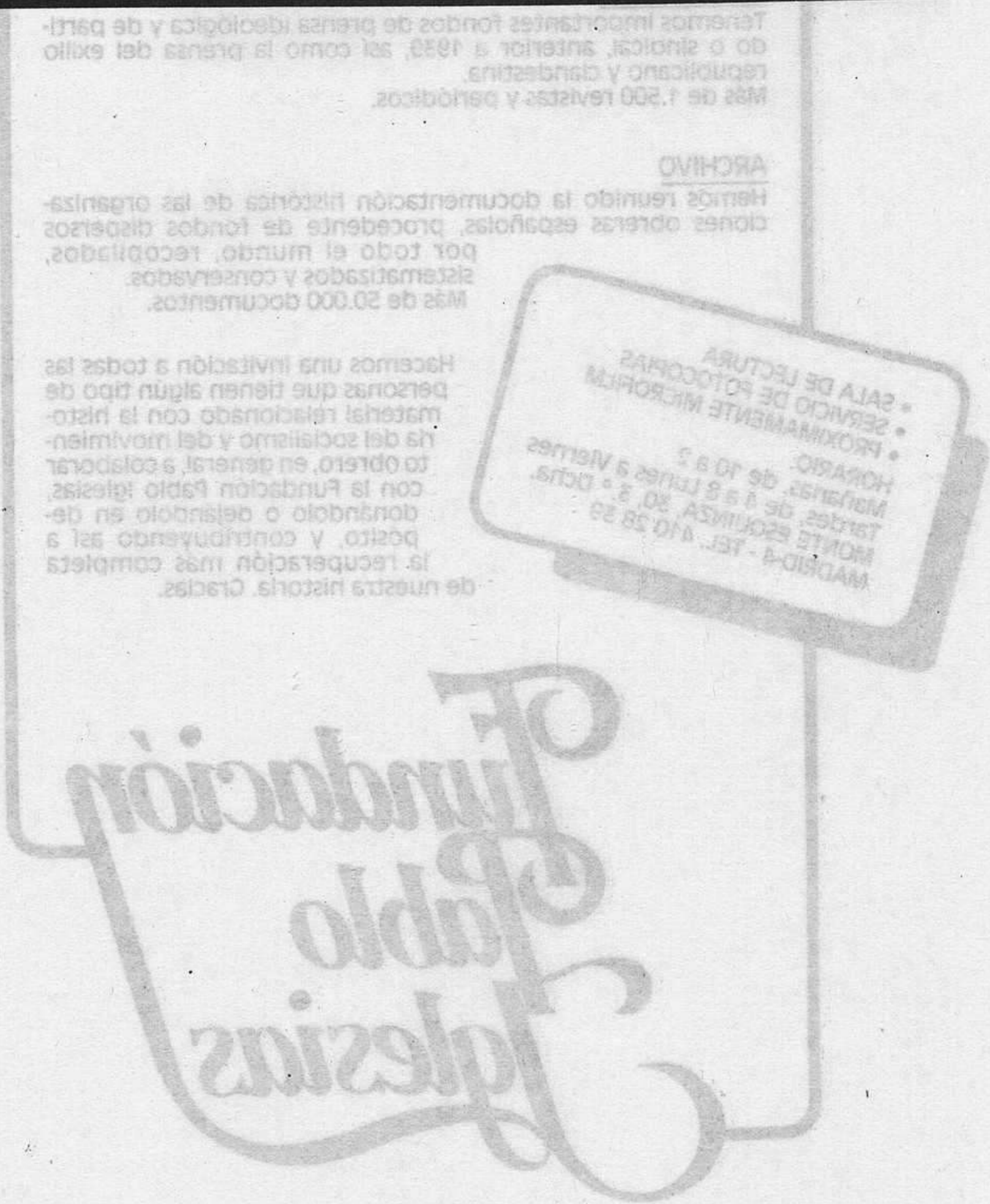
desarrollo, en nuestro país, del socialismo democrático.

La noticia de su muerte, por lo sorprendente, por lo inesperada, por lo absurda, nos hace decir adiós al compañero de tantas reuniones, al participante en aquella candidatura del Congreso Extraordinario que sólo obtuvo el 7 % de los votos, al autor del libro *Socialismo y Crisis*, del que hemos seleccionado unas

páginas para realizar un mínimo homenaje a su memoria. En la obra se intenta plantear el problema de la actualidad del socialismo en un contexto de crisis económica, política e ideológica. Es una obra nacida de la polémica socialista incubada en el 28 Congreso, pero desarrollada hacia derroteros que desbordan aquella situación.

Cuando comenté su obra

en el diario *El País*, hace un par de años, hablaba de aurora y de crepúsculo del socialismo de izquierda. El debate acerca de si los socialismos de izquierda lograrán vivir una nueva aurora o si, por el contrario, estarán en el futuro condenados irremediamente al fracaso, sigue en pie. La tragedia es que uno de los interlocutores privilegiados para llevar a cabo tal debate en nuestro país ha fallecido.



ARCHIVO  
Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones  
operas españolas, procedente de fondos dispersos  
por todo el mundo, recopilados,  
sistemizados y conservados.  
Más de 20.000 documentos.

Hacemos una invitación a todas las  
personas que tienen algún tipo de  
material relacionado con la histo-  
ria del socialismo y del movimien-  
to obrero, en general, a colaborar  
con la Fundación Pablo Iglesias,  
donándolo o dejándolo en el  
pósto, y contribuyendo así a  
la recuperación más completa  
de nuestra historia. Gracias.

MADRID - TEL. 410 28 29  
MONTE ESQUINZA, 20, 3.º DCHA.  
HORARIO: de 10 a 2  
Martes de 1 a 8 Lunes a Viernes  
SERVICIO DE FOTOCOPIAS  
SALA DE LECTURA  
PROXIMAMENTE MICROFILM

### FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

### BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

### HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina. Más de 1.500 revistas y periódicos.

### ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados. Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

#### **HORARIO:**

Mañanas, de 10 a 2  
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes  
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.  
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

# Fundación Pablo Iglesias





**PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.**